



3 1761 09546558 9

ITALIA-ESPAÑA

G  
U  
Á  
R  
D  
E  
S  
E  
  
C  
O  
M  
O



J  
O  
Y  
A  
  
P  
R  
E  
C  
I  
O  
S  
A

EX-LIBRIS  
M. A. BUCHANAN



PRESENTED TO

**THE LIBRARY**

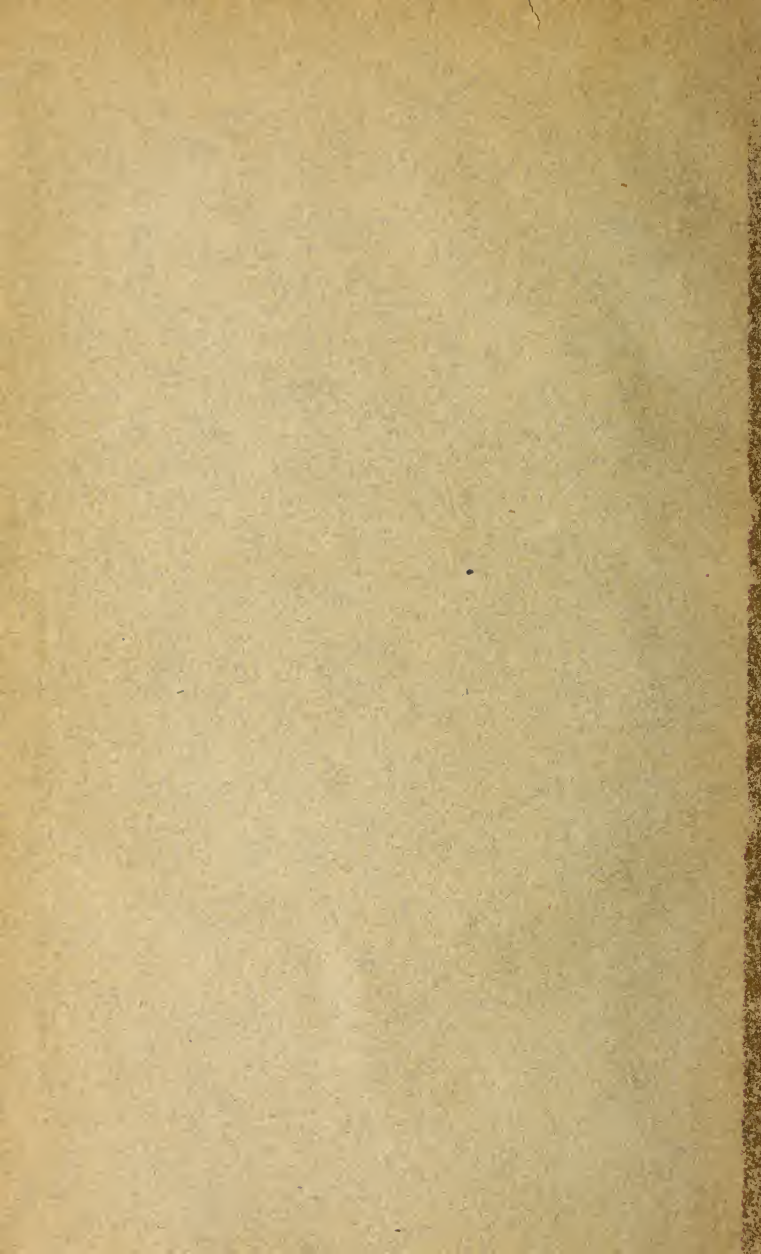
BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946



LOS CONDENADOS



# OBRAS DE B. PÉREZ GALDÓS

## EPISODIOS NACIONALES

EDICION ECONOMICA: TOMOS EN 8.º Á DOS PESETAS

*Trafalgar.—La Corte de Carlos IV.—El 19 de Marzo  
y el 2 de Mayo.—Bailén.*

*Napoleón en Chamartín —Zaragoza —Gerona.—Cádiz.—Juan Martín  
el Empecinado.—La batalla de los Arapiles.*

*El equipaje del Rey José.—Memorias de un cortesano de 1815.*

*La segunda casaca —El Grande Oriente.—7 de Julio.*

*Los cien mil hijos de San Luis.*

*El Terror de 1824.—Un voluntario realista.*

*Los Apostolicos.— Un faccioso más y algunos frailes menos.*

Tomando en la Administración (San Mateo, 11) los 20 tomos, 35 pts

## GRAN EDICION ILUSTRADA

Diez hermosos volúmenes, conteniendo cada uno dos *Episodios*, con más de 1.200 grabados. Precio en la Administración: encuadernados en rústica 138 pesetas: 168 en tela. Toda la obra pagada en la Administración 125 y 155. Idem á plazos 140 y 170. Para provincias, remitida por correo, sin certificar, 130 y 170, y á plazos 145 y 180. Por suscripción: cuadernos de cuatro entregas á peseta cada uno.

## NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

**DOÑA PERFECTA**—Tomo en 8.º 2 pesetas.

**GLORIA**—Dos tomos en 8.º 4 pesetas.

**MARIANELA**—Tomo en 8.º 2 pesetas.

**LA FAMILIA DE LEÓN ROCH**—Tres tomos en 8.º 6 pesetas.

**EL AMIGO MANSO**—Tomo en 8.º 3 pesetas.

**LA DESHEREDADA**—Dos tomos en 8.º 6 pesetas.

**EL DOCTOR CENTENO**—Dos tomos en 8.º 6 pesetas.

**TORMENTO**—Tomo en 8.º 3 pesetas.

**LA DE BRINGAS**—Tomo en 8.º 3 pesetas.

**LO PROHIBIDO**—Dos tomos en 8.º 6 pesetas.

**FORTUNATA Y JACINTA**—Cuatro tomos en 8.º 12 pesetas.

**MIAU**—Tomo en 8.º 3 pesetas.

**LA INCOGNITA**—Tomo en 8.º 3 pesetas.

**REALIDAD**—Tomo en 8.º 3 pesetas.

**ANGEL GUERRA**—Tres tomos en 8.º 9 pesetas.

**TRISTANA**—Tomo en 8.º 3 pesetas.

**LA LOCA DE LA CASA**—Tomo en 8.º 3 pesetas.

**TORQUEMADA EN LA CRUZ**—Tomo en 8.º 3 pesetas.

**TORQUEMADA EN EL PURGATORIO**—Tomo en 8.º 3 pesetas.

**LA FONTANA DE ORO** (1820-1821.)—Tomo en 8.º 2 pesetas.

**EL AUDAZ**, *historia de un radical de antaño* (1804)—Tomo en 8.º 2 pts.

**TORQUEMADA EN LA HOGUERA**, *El artículo de fondo, La mula y el bucy, La pluma en el viento, La conjuración de las palabras, Un tribunal literario, La princesa y el granuja, Junio.*—Tomo en 8.º 3 pesetas.

**LA SOMBRA**, *Celín, Tropiquillos, Ttheros.*—Tomo en 8.º de 360 páginas, 2 pesetas.

**REALIDAD**—Drama en cinco actos, arreglo de la novela del mismo título por su autor, 2 pesetas.

**LA LOCA DE LA CASA**—Comedia en cuatro actos, 2 pesetas.

**LA DE SAN QUINTIN**—Comedia en tres actos, 2 pesetas.

Los pedidos de ejemplares se dirigirán á la casa editorial *La Guirnalda*, San Mateo, 11 duplicado, bajo. Madrid.

LS  
P4387co.2

# LOS CONDENADOS

drama en tres actos, precedido de un prólogo

POR

en 17  
B. PÉREZ GALDÓS

Representóse en el TEATRO DE LA COMEDIA, la noche del 11 de Diciembre  
de 1894.



MADRID  
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ  
*Atocha, 100, principal.*

—  
1895

PERSONAJES

ACTORES

|  |       |                  |
|--|-------|------------------|
| SALOMÉ, (24 años), sobrina de Gastón.....  | SRTA. | COBEÑA.          |
| MÓNICA, ancianita enjuta y espiritual, conocida familiarmente por SANTAMONA..... | SRA.  | RUIZ.            |
| FELICIANA BELLIDO, (34 años), viuda rica.....                                    | »     | ALVERÁ.          |
| SANTIAGO PATERNOY, (45 años.)  | SR.   | CEPILLO.         |
| JOSÉ LEÓN, (30 años), vagabundo.   | »     | THULLIER.        |
| BARBUÉS, (50 años), ansotano pudiente.....                                       | »     | CIRERA.          |
| JERÓNIMO GASTÓN, (60 años), ricacho de Ansó.....                                 | »     | URQUIJO.         |
| GINÉS, (25 años), pícaro, ex-sacristán.....                                      | »     | BALAGUER.        |
| VICENTA } sobrinas de Gastón...  | SRTA. | MOLINA (Adela.)  |
| PRISCA }   | »     | MOLINA (Amparo.) |
| MOZO 1.º.....  | SR.   | DEL CERRO.       |
| ÍDEM 2.º.....  | »     | ABOJADOR.        |
| SOR MARCELA.....   | SRTA. | LÓPEZ.           |
| LA SUPERIORA DE LA ESCLA-<br>VITUD.....  | »     | CANCIO.          |

Acción contemporánea.—País de Ansó y Berdún.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla, en España, ni en ninguno de los países con los cuales haya celebrados ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Serán furtivos todos los ejemplares de esta obra que no lleven el sello de *La Guirnalda*, cuya Administración, San Mateo, 11, duplicado, Madrid, servirá los pedidos que de ella se le hagan.

Los Comisionados de la Administración Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



# PROLOGO

---

Esta obra, estrenada en el teatro de la Comedia la noche del 11 de Diciembre, no agradó al público. No necesito encarecer mi confusión y tristeza, casi estoy por decir mi vergüenza ante el fracaso, pues compuse el drama con la franca ilusión de que sería bien acogido; llegué á figurarme, trabajando en él con ciego entusiasmo, que lograba expresar ideas y sentimientos muy gratos á la sociedad contemporánea en los tiempos que corren; lo terminé á conciencia, lo corregí y limé cuanto pude, y persuadido de no haber hecho un despropósito, ni mucho menos, lo entregué confiado y tranquilo á D. Emilio Mario, que tuvo la bondad de mandar sacarlo de papeles sin pérdida de tiempo, y de repartirlo y ensayarlo con el esmero que es de ritual en aquella casa. El estreno, como brusca sacudida que nos transporta del ensueño á la realidad, me presentó todo al revés de lo que yo había pensado y sentido. El teatro es esto. Las obras de uno y otro género, así las muy pensadas y con cariño escritas, como las compuestas á vuela pluma, no son más que la mitad de una proposición lógica, y carecen de sentido hasta que no se ajustan con la otra mitad, ó sea el público. ¿Casa? Resulta el conjunto verdad, el éxito. ¿No casa? Pues de seguro hay error grave en una de las partes, ó en las dos.

Debo decir que la mayoría de las personas que acudieron al teatro en aquella desgraciada noche, iban con el deseo y quizás con la confianza del éxito. Otras, en cambio, las menos sin duda, llevaron la previsión y la seguridad de la derrota. Más que la alegría de éstas (cosa muy propia de las luchas literarias, y que no debe asustar á nadie), me duele á mí el desengaño de las primeras. La pena que mostraban en el curso de la representación, y al retirarse de la sala, centuplicaba el desconsuelo con que actores y autor veíamos perdido nuestro trabajo, y malogradas las esperanzas de la empresa.

Pero no tardó en venir á mi espíritu una resignación plácida, que me permitió apreciar los hechos con serenidad. El fin de toda obra dramática es interesar y conmover al auditorio, encadenando su atención, apegándole al asunto y á los caracteres, de suerte que se establezca perfecta fusión entre la vida real, contenida en la mente del público, y la imaginaria que los actores expresan en la escena. Si este fin se realiza, el público se identifica con la obra, se la asimila, acaba por apropiársela, y es al fin el autor mismo recreándose en su obra. El drama *Los CONDENADOS* no produjo en el público, al menos en la ocasión de su estreno, el efecto á que aspira toda obra de teatro. Pero aunque en la representación resultara una tentativa infeliz, creo que no debe recaer sobre él inmediatamente el olvido, por lo cual, siguiendo el ejemplo de ilustres compañeros, y maestros del arte, determino imprimirlo. Seguramente, muchas personas que no asistieron al estreno gustarán de apreciar por sí mismas las causas de la caída.

★  
★ ★

Por añeja costumbre de examen de conciencia, en la noche del estreno, y en el curso mismo de la representación, cuando

yo veía que, escena tras escena, se iban marchitando las ilusiones que forjó mi deseo de acierto, no cesaba de investigar con rápida crítica la razón de que no interesaran al público pasajes y conceptos que juzgué ¡ciego de mí! de posible, de casi seguro efecto. Hé aquí el eterno enigma del teatro, la esfinge, en cuyo rugoso entrecejo, si nunca supieron leer los maestros, ¿cómo han de saberlo los aprendices? El público desvanece el misterio con brutal é irrevocable sentencia. Diríase que en unos casos crea la obra con los datos que le da el autor, y que en otros devuelve friamente los datos, quedándose con un deforme embrión entre las manos. Es la obra que soñada entrevió, que quiso crear sin poder conseguirlo, ya porque los elementos venidos de la otra parte eran infecundos, ya porque no encontraron medio apropiado para su desarrollo. ¿Esto quién lo sabe?

Pues bien: aunque no he llegado al conocimiento preciso de las causas del desacuerdo entre autor y público, pensando en ellas desde la noche del estreno, quiero apuntar con absoluta sinceridad todas las que se me han ocurrido. ¿Cayó la obra por la marcha calmosa de la exposición, y la desusada longitud de algunas escenas? Podrá ser; pero no puedo olvidar que en otras obras he incurrido, quizás más ostensiblemente, en el mismo defecto, si defecto es, y el público no ha mostrado impaciencia; ha sabido escuchar y esperar. ¿Cayó por el pecado de lógica, que si muchas veces es venial en el teatro, otras merece terrible anatema? Esto ya es más grave. Debo decir que si el público me ha perdonado la falta de concisión, también me ha consentido los agravios á la lógica, inevitables en la estrechez del mecanismo teatral. Ni en las creaciones más acabadas se encuentra una lógica perfecta. La verdad es que las incongruencias en la soldadura ó en el engranaje de los hechos que componen el argumento, saltan á la vista cuando el interés langui-

dece, y se ocultan cuando éste adquiere fuerza bastante para subyugar al espectador. La importancia de los vicios de lógica se subordina, pues, á la intensidad de los efectos, con que un autor hábil sabe producir el goce estético, que al propio tiempo que aplaude, absuelve. Por consiguiente, bien podría ser que influyeran en la condenación de *LOS CONDENADOS*, más que los errores de lógica, la impericia del autor para desvanecerlos ó ahogarlos bajo el peso de una profundísima emoción. Apunto esta idea como probable, sin estar seguro de haber encontrado la razón que busco.

Quizás la encuentre en que toda la cimentación de la obra es puramente espiritual, y lo espiritual parece que pugna con la índole pasional y efectista de la representación escénica, según los gustos dominantes en nuestros días, pues no admito tal incompatibilidad, de un modo absoluto, entre el desenvolvimiento psicológico de un plan artístico y las eternas leyes del drama. Y ya que hablo de acción psicológica, ¿consistirá mi yerro en haber empleado con imprudente profusión imágenes, fórmulas, y aun denominaciones de carácter religioso? ¿Será que la idea religiosa, con la profunda gravedad que entraña, tiene difícil encaje en el teatro moderno, y que el público, que goza y se divierte en él cuando ve reproducidos los afanes secundarios de la vida, se pone de mal humor cuando le presentan los elementales y primarios? ¿Es esto así, y debe ser así? Pues cuando categóricamente lo afirmen los doctores de la iglesia literaria, no los bachilleres, lo admitiré y tendré por dogma indiscutible.

Y ahora quiero indagar fuera de la escena la causa del desacuerdo. ¿Será que el público, por instinto de ponderación, en el cual palpita un gran principio de justicia, se cansa de ser benévolo con este ó el otro autor, y que por haberle enaltecido más de la cuenta, se complace después en arrojarle por el sue-

lo? Yo oigo una voz que viene de la sala, no ciertamente de las filas contrarias, sino de las amigas, la cual me dice: «Mira, hijo, mucho te he querido y te quiero. Durante veinte años, en otra región literaria, donde la vida es más tranquila y el ambiente menos tempestuoso, aplaudí tu laboriosidad. Después he premiado con mi benevolencia tus tentativas en el arte escénico. Pero, créelo, ya me van cansando tus pesadeces, tus aficiones analíticas, tus preferencias por la acción interna ó psicológica. Vuelve en tí, hijo mío, y no apures mi divina paciencia. Yo vengo aquí en busca de emociones fáciles, de ideas claras, de accidentes alegres ó patéticos, presentados con arte y brevedad, y tus filosofías me aburren. Te lo manifiesto ahora en forma cortés, porque no puedo olvidar que algún derecho tienes á mi circunspección; pero no me busques el genio, que ya sabes que las gasto pesadas. Te perdono esta culpa, con tal que te retires por el foro, prometiéndome traer otra vez cosa más acomodada á mis gustos y aficiones.»

Examinadas las causas probables, y no sabiendo fijamente cuál es la verdadera, se me ocurre que hay que buscar en la conjunción de todas ellas la razón del desgraciado éxito. De éste me declaro único responsable, pues los actores, sin excepción alguna, representaron la obra con inteligencia y esmero, venciendo en lo posible la turbación que debía producirles la inutilidad de sus esfuerzos ante un público en parte distraído, en parte hostil.

\*  
\* \*

El público aprueba ó desaprueba, por sentimiento, por instinto crítico, razonando vagamente y por tópicos casi siempre rutinarios, lo que ha visto y oído. Después viene la prensa, cuya misión debe ser examinar con criterio inteligente las obras literarias. He tenido la paciencia, que paciencia y no poca se nece-

sita para ello, de leer todo lo que sobre LOS CONDENADOS se escribió; pocos artículos de crítica formal, sin fin de revistillas que respiraban malquerencia, sueltos informativos, conteniendo juicios precipitados, de una severidad enfática y ridículamente sentenciosa. En periódicos que me distinguieron siempre con su amistad, ví la tristeza del fracaso, y una crítica indulgente y cariñosa. Muchos venían tan alegres como si les hubiera tocado el premio gordo de la lotería. Algún crítico, que goza fama de mordaz, se mostraba duro con la obra, con su autor, considerado y respetuoso. Otros, en cambio, salieron tan desmandados, como si se tratara del último esperpento de los teatros por horas, de una de esas efímeras piezas, cuya crítica suele hacer el aburrido público con las extremidades inferiores.

Entre tantas y tan diversas formas de censura, he encontrado un artículo crítico que me ha sido muy grato, aunque no es de los menos severos, pues en él se ve á un escritor que sabe lo que trae entre manos, y que acostumbra mirar con seriedad las obras del entendimiento, producto más ó menos feliz de un honrado trabajo. Me refiero al Sr. Villegas, periodista distinguidísimo, de claro juicio y vasta erudición literaria. No sé si me equivocaré; pero ello es que he creído ver en el artículo del Sr. Villegas, como un tímido esfuerzo para sustraerse á la sugestión que sus compañeros de oficio ejercieron mancomunadamente sobre él. Claro que no pudo librarse, porque el esfuerzo, como digo, fué de los más tímidos, y la sugestión debió de ser, por las trazas, de las más enérgicas. Pero nadie me quita de la cabeza que se inició el esfuerzo ó tentativa de independencia. ¡Bueno fuera que en tantos años de trajín literario, no hubiera uno adquirido un poquito de perspicacia para deletrear el pensamiento ajeno! Digo esto, porque en el mencionado escrito encuentro ideas, que son mis ideas, sorprendidas en la represen-

tación de LOS CONDENADOS, y transportadas á las columnas de *La Época*, donde las he visto con alegría.

Verdad que después de esto, el Sr. Villegas incurre en la flaqueza de narrar con dudosa exactitud, y algunos ribetes de mala fe, el argumento de la obra. Pero esto no es ahora del caso, y voy á lo principal. Yo aceptó la interpretación que da el articulista al pensamiento inicial de la obra, y le agradezco mucho que la haya manifestado resueltamente. Antes y después de esta espontaneidad, dice cosas el Sr. Villegas, con las cuales no estoy de acuerdo, aunque las acojo, como suyas, con toda la consideración del mundo, y me permitirá que les ponga algunos reparos.

Esto del simbolismo es ahora la ventolera traída por la moda, y muchos que de seguro no la entienden al derecho, nos traen mareados con la tal palabreja. Para mí, el único simbolismo admisible en el teatro es el que consiste en representar una idea con formas y actos del orden material. En obras antiguas y modernas hallamos esta expresión parabólica de las ideas. Por mi parte, la empleé, sin pretensiones de novedad, en *La de San Quintín*. En LOS CONDENADOS no hay nada de esto, ni fué tal mi intención, porque eso de que las figuras de una obra dramática sean personificaciones de ideas abstractas, no me ha gustado nunca. Reniego de tal sistema, que deshumaniza los caracteres.

Y también me permito indicar al Sr. Villegas que ningún autor ha influido en mí menos que Ibsen, ó, mejor dicho, que si en el pecado de obscuridad incurrí, no debe atribuirse á las lecturas del dramaturgo noruego. Influyen en un autor inferior las obras de autor superior que le cautivan, que le embelesan, infiltrándose insensiblemente en su espíritu. Divido las de Ibsen en dos categorías. Las de compleción sana y claramente teatral, como *La casa de muñecas*, *Los aparecidos*, *El enemigo del pue-*

blo, me enamoran, y parécenme de soberana hermosura. Las que comunmente se llaman simbólicas, como *El pato silvestre*, *Solness*, *La dama del mar*, han sido para mí ininteligibles; y fuera de alguna escena en que maravillosamente se revela el altísimo ingenio de su autor, no he hallado en ellas el deleite que seguramente encontrarán los que sepan desentrañar su intrincado sentido. Mal pueden influir en mí composiciones, cuyo superior mérito reconozco, fiándome del criterio ajeno más que del propio. Lo que de nebuloso y soporífero se haya encontrado en la infeliz obra que motiva estas líneas, hay que achacarlo á errores intrínsecos, y quizás á malogrados esfuerzos por alcanzar un ideal, hacia el que, con alas tan cortas y pulmones tan débiles, no debí tender el vuelo.

Hecha esta aclaración, tengo mucho gusto en reproducir aquí apreciaciones del Sr. Villegas. Palabras tuyas son; pero las ideas me pertenecen, y me siento muy honrado con que un crítico, á quien esta vez no tenga por amigo, escriba lo que pensé. «Condenados estamos á la mentira, sometidos á un convencionalismo falso que nos arrastra de error en error, y de caída en caída. Para librarnos de este ambiente malsano que por todas partes nos rodea, es preciso ser sinceros, abrazarnos á la verdad, y tener el valor de arrojar de nosotros nuestras faltas después de reconocidas.

»Solamente así se regenera el hombre; solamente cuando, por el esfuerzo de su voluntad y en uso de su libre albedrío, acepta la expiación, es cuando cumple con la ley que rige su presencia divina. Mas esta verdad no se conquista en la tierra: para poseerla es preciso ir más allá; la verdad está tras las fronteras de la otra vida, y sólo pasando por los dinteles de la muerte, puede alcanzársela.»

Al final del artículo, añade el Sr. Villegas: «Bien sé que en



obras de arte no salva la intención; pero justo es consignar que, en el drama de Galdós, con harta más claridad que la significación simbólica, se ve el propósito de dirigir los ojos del público, ó más bien, de la sociedad hacia las grandes cuestiones de conciencia, tan olvidadas en medio de la atmósfera positivista que nos envuelve.»

Cierto es que la intención no salva á los autores; pero también le digo al Sr. Villegas (y ahora me toca á mí coger por un momento las disciplinas) que no es propio de un escritor serio y que conoce las dificultades del arte, referir el argumento de una obra con infidelidad manifiesta, hija sin duda de la precipitación y el desenfado con que aquí se hilvanan ahora las críticas literarias, como se podrían narrar los incidentes de una bufonada grotesca. Bien comprende el discreto articulista que no hay obra que resista á esa manera de contar lo que en ella ocurre. Hágase la prueba. Cójase el drama ó comedia de mayor perfección y hermosura: refiérase su asunto con ese péfido humorismo, á estilo de chismografías de café, y el público que lo desconozca y se fíe de tales informaciones, creerá que el autor á quien se quiere juzgar, es un estafador literario. Críticos hay á quienes nada se les pide, porque difícilmente podrían darlo; pero al señor Villegas, que tiene entendimiento, buen gusto y claridad de juicio, hemos de exigirle rectitud de conciencia, en el sentido literario, pues no poseyendo esta cualidad preciosa, de poco valen las demás para ganar nombre y autoridad de crítico.

★  
\* \*

Ya que he dicho algo del pensamiento de Los CONDENADOS y de su acción psicológica, déjenme apuntar algo también acerca de los caracteres. Creí firmemente, y en esto consistió quizás mi equivocación más grave, que los tipos de Santamona y Pa-

ternoy habfan de cautivar al público. En ambos puse, con esmero y buena voluntad, el fundamento moral del drama. Pero sea porque los caracteres de excepcional grandeza moral no aploman bien en la escena, tal como hoy la vemos y entendemos; sea porque no supe darles vida y relieve, manejando con destreza de prestidigitador los resortes teatrales, ello es que ni Santamona ni Paternoy penetraron en el corazón del público, no ciertamente por culpa de la actriz y del actor encargados de aquellos papeles. Ni una ni otra figura son abstracciones filosóficas, sino personas (al menos intenté hacerlas tales), y en la vida real existe seguramente el modelo de ambas, aunque no puede decirse que abunda. La razón de que el público las acogiera con frialdad, podrá quizás encontrarse en defectos internos de la composición, según el criterio dominante; en la imprudente manía de desechar por anticuadas ciertas combinaciones que ya arrojan vivísima luz, ya sombra densa sobre las figuras; en la torpeza del autor para contrastar la preparacion sagaz con la brusca sorpresa.

Cierto que, en una obra teatral, nada es defendible si en el conjunto no tiene defensa; pero, por lo que valga, declaro que cuanto he puesto en boca de Paternoy y de Santamona lo conceptúo natural, y naturales creo también sus acciones, incluso el juramento falso, del cual no tengo por qué arrepentirme, por ser un acto de alta caridad, en el cual la letra tiene que ser arrollada por el espíritu, y la fórmula por la intención. La brutalidad de los hechos les pone en el trance includible de faltar á la verdad temporal, dirigidos los ojos del espíritu á la verdad infinita, y la voluntad al fin supremo de salvar, no sólo una vida, que esto poco valdría, sino un alma.

Si me arguyen, demostrándolo (y quizás no sería difícil la demostración), que los incidentes preparatorios del juramento pe-

can de artificiosos, y que la includibilidad de la fórmula falsa no está clara y patente, me callaré, pues no extremo la defensa, ni dejo de conocer cuantos puntos débiles ofrece este drama á una crítica perspicaz. Pero admitidos los antecedentes, el juramento falso me parece de una lógica firme, y tengo por farisáicos los escrúpulos que algunos han manifestado sobre este particular. Lo que hay es que los efectos teatrales se subordinan, á veces, á causas de una sutileza casi inapreciable. Dependen del movible estado de ánimo del público, y de los rapidísimos cambios que sufre en él la receptividad de las emociones. Pensando en esto, he llegado á creer que el juramento falso, consumado por dos personas de incontestable virtud, puede hacer mal efecto, por el eclipse que en un momento brevísimo sufre la belleza moral de los personajes allí representados. Ciertamente que, pasado aquel momento, ambos recobran su sér luminoso; pero ha habido eclipse, y los eclipses, en toda situación culminante, son siempre peligrosos. Menos difícil de defender es la conducta de Paternoy al final del primer acto, cuando permite el casamiento de Salomé, abusando un poco tal vez de la autoridad, en cierto modo hipnótica, que ejerce en la familia y en todo el pueblo. Las razones de moral elevada que da para obrar de este modo, condenando á los amantes al purgatorio que resulta de la derivación de los errores humanos, podrían ser apreciados por un lector. Para un público son quizás tesis imprudente y peligrosa. Posible es que éste fuera el punto en que la armazón de la obra empezó á resquebrajarse.

Y en cuanto á José León, personaje complejo y escabroso, debo decir que si su lenguaje se justifica por su superior educación, sus actos, teatralmente considerados, no son tan fáciles de defender. Errores hay que no se ven en veinte lecturas, ni en doscientos ensayos, y en la noche del estreno resplandecen sú-

bitamente, iluminados por fugaz relámpago, en la conciencia literaria del autor. La obscuridad que envuelve al personaje no se desvanece hasta que formula su declaración en la última escena de la obra. Es mucho esperar este para un público, lo reconozco. Cuando la declaración llega, el auditorio se ha desorientado sin número de veces, y ha sufrido bruscas alternativas en su manera de pensar y sentir. El momento supremo del arrepentimiento de José León y de la efusión de su conciencia, parece que debía ser inmediatamente después del perjurio de Paternoy y Santamona, y como ofrenda de su alma dañada á las almas purísimas de las dos personas que acababan de salvarle. La obstinación del pecador en el mal, si real y lógica en la vida, pudo ser causa en el teatro de que se malograra una situación de legítimo efecto.

Ya ven que doy argumentos á la crítica, y que no disimulo las brechas por donde el drama pudiera ser noblemente atacado. Digo con expansiva sinceridad todo lo que pienso, y si no me callo lo favorable, tampoco hago un misterio de lo adverso. Presumo que algunos que de teatros escriben, sabrán estas cosas mejor que yo; pero no han querido sin duda examinar la obra con seriedad, y la han tratado como á una farsa sin sentido. Con esto no me conformo, y por decoro del arte, he de protestar de tales procedimientos, por desgracia muy arraigados en las costumbres de la prensa y de la crítica.

Creo que toda obra de arte, producto más ó menos feliz del entendimiento, con el entendimiento debe juzgarse, y el que no lo tenga para estas cosas, dedíquese á cualquier otra profesión, ó al oficio á que le llamen sus aptitudes. Y en el caso presente, refiriéndome tan sólo á las producciones literarias, no á la personalidad de los que cultivan las letras, creo y sostengo que hay clases ¡medrados estaríamos si no las hubiera!; ó, en otros términos, que los grados de culpabilidad de un autor á quien se

acusa de equivocación, no pueden ser independientes de las dificultades del género que cultiva, ni de las asperezas del asunto que trata. Una mogiganga insustancial, hilvanada en veinticuatro horas para entretener á un público infantil, y una composición detenidamente escrita con fines artísticos y morales, no deben ser condenadas con un solo gesto de grotesco desdén, y una crítica indocta y vacía.

Como no me duelen prendas, he de ser ingenuo y claro hasta no poder más. Acato el veredicto del público, aun en los casos en que pudiera tenérsele por precipitado. En cuanto á lo que suele llamarse enfáticamente *fallo de la prensa*, ese, ni lo admito ni lo acato, sino que me rebelo absolutamente contra la idea de que tal fallo pueda existir en los tiempos que corren. Las razones de esto las verá el que tenga la paciencia de seguir leyendo.



A pesar de sus evidentes progresos en el arte de escribir y en la amenidad de sus escritos, no ha llegado aún la prensa entre nosotros á ser maestra de la opinión ni á llevársela de calle en todos los asuntos. Hoy se lee más que antes, pero se cree menos en las aseveraciones de nuestros buenos *chicos de la prensa*, entre los cuales hay muchos de brillante y agudísimo ingenio. Y se cree menos en ellos, porque desde que los periódicos se transformaron, trocando la sequedad sectaria del instrumento de partido por la ligereza anecdótica del órgano de información, si se lograron algunas ventajas, perdiéronse cualidades morales y literarias, que convendría restablecer para que la prensa cumpliera totalmente su misión.

La fiebre informativa ha llegado á ser tan intensa, que ella consume toda la savia intelectual del periodismo, destinada á emplearse en objetos diferentes. Algunos de estos objetos son tratados con excesiva amplitud; otros, como las letras y cuanto á la vida intelectual se refiere, con desdeñosa restricción. En remotos tiempos, que ahora motejamos de atrasados, y cuando los periódicos eran pobres, y casi de milagro vivían, no había ninguno que dejase de tener en su redacción una pluma perita que trataba desahogadamente, con libre criterio, los asuntos literarios. Hoy, la prensa rica, potente y bien administrada, no les presta la atención debida. La crítica de teatros no es más que una mal razonada noticia del éxito ó el fracaso, y como para esto no se necesita calzar muchos puntos en materia estética, comunmente vemos que periódicos poderosos mandan al estreno de una producción literaria al revistero de toros, sujeto muy apreciable sin duda, pero que no puede, con la mejor voluntad del

mundo, desempeñar su cometido. A los pelotaris, á los ciclistas, y á los lidiadores de reses bravas, consagra nuestra prensa mayor espacio y atención más cariñosa que á todas las artes liberales.

Personas inteligentísimas y escritores de gallardo estilo trabajan hoy en los diarios de Madrid y provincias. Sin adulación se puede decir que los que treinta años há tuvieron fama de grandes estilistas, no sabían tanto, ni escribían tan bien como muchos jóvenes y viejos que hoy dan sus fugaces escritos á la prensa. Pero estos tales, y todos los que en periódicos muy leídos descuellan por su inteligencia, menosprecian la vida literaria, ó no han parado mientes en ella. La entregan al brazo débil de los inferiores de la redacción, para dedicarse á las embriagueces de la política. En cuanto se meten en el Congreso pierden la cabeza, y con ella la noción total de la vida del país, de la cual sólo perciben una fase.

Cierto que hay excepciones; pero éstas sólo se manifiestan en inseguras tentativas de reforma. Se ve un deseo generoso, no una voluntad organizadora. Periódico hay, de los más populares, que consagra semanalmente un día á la colaboración literaria; otros ofrecen diariamente á su parroquia lecturas amenas y eruditas; algunos conservan la tradición del crítico literario y del musical; pero todo ello sin amor, sin dirección, sin criterio elevado ni atención esmerada, siempre relegando el arte y las letras á un término menos que secundario, como cosa que importa poco á la nacionalidad.

Y al menos las obras de teatro pueden contar con la información segura. De todo drama, comedia ó sainete se habla en los periódicos al día siguiente de su estreno, aunque sólo sea en unas cuantas líneas dictadas por la amistad, el compañerismo ó el pandillaje. ¡Pero la novela...! De eso no hablemos. La novela

ha sido, durante mucho tiempo, una infeliz desheredada, y su existencia un verdadero milagro del Señor, que milagro es vivir sin calor, sin movimiento y hasta sin atmósfera. Para dar más fuerza al argumento que emplearé, prescindo ahora de lo que á mí me ha ocurrido en veinticinco años de fatigas literarias, luchando á brazo partido con el público; y omito el aislamiento y la obscuridad de los tiempos de aprendizaje, sin apoyo en la prensa grande, con una sola excepción, de que hablaré después. Los desdenes del cuarto poder del Estado hacia todas las formas literarias, se demuestran mejor diciendo que autores eminentísimos, cuyo nombre ño hace al caso, han dado al público en los últimos diez años obras que harán época en nuestra historia artística, sin que en los días de su aparición, ni en mucho tiempo después, se encuentre mención de ellas en los periódicos de más lectura que en Madrid se publican. Novelas magistrales, estudios de alta crítica y enciclopedias de saber estético andan por esos mundos que no me dejarán mentir. Recórranse cuidadosamente colecciones de diarios importantes, y no se encontrará ningún examen crítico de aquellas obras, maravilla del ingenio y gloria de la patria: aun la noticia escueta y desdeñosa de su aparición en las librerías, es difícil encontrarla. En los últimos años, justo es decirlo, se ha querido corregir este abandono, y los órganos de la opinión admiten gustosos capítulos de novela próxima á publicarse, ó recién publicada, como un fácil anuncio, que los autores agradecen, echando siempre muy de menos, dentro y fuera del periodismo, la atmósfera literaria. Después, recae nuevamente el olvido sobre los pobres frutos del ingenio, que han de abrirse camino como Dios les dé á entender. Cierto que en esto no hay malicia, sino incuria. Privadamente, se encuentra en todos y cada uno de los grandes periodistas, un perfecto literato, amante del arte y muy amigo de sus amigos; pero



el vértigo de la profesión, hoy viciada por la política, les arrastra, y sin darse cuenta del daño que ocasionan, no conceden al desenvolvimiento de la vida intelectual ni al examen sistemático de toda producción artística, la atención conveniente.

Por eso, los que con ingrata perseverancia se dedicaron al libro, tuvieron que ganarse su público *á pulso*, como vulgarmente se dice; y cuando han llegado á tenerlo, han visto menos ceñudo el rostro de la diosa prensa. Por mi parte, debo manifestar que en los cruellísimos años de una lucha trabajosa por llegar al corazón y á la inteligencia del público, poco tuve que agradecer á los periodistas de alto vuelo, y sólo hago una excepción en favor del que fué mi querido amigo, D. Eduardo Gasset y Artime, fundador de *El Imparcial*. Á otras personas que en la dirección literaria de aquel diario le sucedieron, debo también una benevolencia cariñosa, y no creo inoportuno consignarlo aquí, sin que esto invalide ni poco ni mucho las ideas que vengo sosteniendo.

Pues si la novela y otras manifestaciones del arte, poco ó nada deben á la prensa contemporánea, el teatro no sale mejor librado. Al día siguiente de un estreno, unos cuantos caballeros, designados para esta fácil labor por cada periódico, publican una impresión ligerísima, generalmente sin conocimiento de causa, juzgando, así para aplaudir como para censurar, por medio de recetas, que unos á otros se sugieren masónicamente. Y después, así sea la obra elevada á las nubes, así arrojada á los profundos abismos, ya no se vuelve á hablar de ella, ni se la analiza, ni se la toma en cuenta para nada. Se ha registrado el caso en la estadística de la diaria información, como un juego de pelota feliz ó infortunado, y después á otro suceso, á otra emoción, á otra noticia.

Pues bien: á una prensa que no vive en comunión perfecta

con las letras, ¿cómo se la ha de tener por infalible en materias literarias? ¿Ni cómo se ha de creer en los fallos de un tribunal que no está constituido para poder darlo conforme á derecho? ¡Qué fallo ni qué garambainas! Forzoso es reconocer la autoridad del público que vivifica ó mata las obras con una lógica inapelable y fatalista. Pero la autoridad de la prensa no debe merecernos igual acatamiento, hoy por hoy, y sus dictámenes no son más que opiniones, en algunos casos respetables, en otros no, y en ninguno ejecutivas.

★  
★ ★

No hay quien me persuada de que los estrenos, tal como hoy se verifican, sean la mejor manera de dar á las obras dramáticas una sanción clara y definitiva. Ni los grandes éxitos, ni los fracasos ruidosos convencen á todo el mundo. Cierto que nadie ve un sistema mejor, ni hay medio de modificar prácticamente lo que tiene profunda raiz en las costumbres. Pero ello es cosa mala, y porque no se le vea el remedio, como á otras cosas malísimas, no por eso hemos de tenerla por irremediable. Casos hay de obras aplaudidas, y aclamadas después por la prensa con grandes aspavientos, que á los tres ó cuatro días de su estreno se han visto totalmente desamparadas del público. Ejemplos hay también de lo contrario, aunque menos frecuentes. Eso de que el auditorio de la primera noche acierta siempre, es un gran despropósito. En el éxito, bueno ó malo, hay algo de la eventualidad lotérica. La suerte teatral no debe fascinar á un espíritu sereno, ni la desgracia confundirlo y acobardarlo. Escribir las obras para el triunfo de una noche, en las condiciones que éste se da ó se niega, entraña cierto rebajamiento de la dignidad del arte.

Creo asimismo que ningún autor debe abandonar sus obras, aunque el público las oiga con frialdad y el frívolo reporterismo las maltrate. Nada más ridículo que ver á los *monos sabios* erigiéndose en jueces de la lidia, mandando al corral del olvido obras y autores, é impidiendo á éstos la defensa ó siquiera la explicación de motivos que la justicia permite á los mayores criminales. Esto es absurdo. Todo autor que tiene lazos de simpatía y de gratitud con el público, está obligado, hasta por cortesía, á decir algo á éste sobre la obra que no fué de su agrado, á defenderla si puede, á explicarla si es obscura, á declarar sus errores, si los ve, á trazar, en fin, una línea divisoria entre la crítica formal y la garrulería impertinente.



Otra cosa. Nadie necesita hoy, que sepamos, título de *autor dramático* para dar una obra á las empresas teatrales. Ni he visto yo que éstas, cuando se les presenta un drama ó comedia, exijan [al autor la *papeleta de comunión*, ó sea el diploma que, por lo visto, se expide en los corrillos de los cafés, ó en la redacción de algún periódico. Al menos, á mí [ninguna empresa me ha pedido la tal papeleta, señal de que no es necesaria, ó de que los directores de compañías son hombres de manga ancha y expansivo criterio.

El que esto escribe no cede á nadie en entusiasta respeto hacia los que con su ingenio potente han ganado fama y autoridad de maestros en el arte dramático. Ante ellos se quita, no digamos el sombrero, sino el cráneo, y les ensalza y reverencia con toda su alma. A otros, más jóvenes, les aplaude y admira por la arrogancia con que acometen los más delicados problemas de la sociedad y de la familia. Los que en la comedia urbana, y en la de entretenimiento, y en el picante sainete hacen maravillas, le cautivan también. Á todos les pone sobre su cabeza, convencido de que, con ser<sup>r</sup> ellos en conjunto y personalmente tan grandes, no han pensado en arrogarse el monopolio del arte escénico. El *desestanco del teatro* es un hecho incontrovertible. La<sup>r</sup>escena es hoy un campo abierto á todas las tentativas, á todas las aspiraciones, á formas que cada cual presentará como le cuadre. No hay más que una ley de existencia: agradar ó no al público, y ser ó no compatible con el interés de las empresas.

Los que de otro campo hemos venido, y carecemos de abo-  
lengo dramático, no por eso nos detenemos tímidamente en el dintel de la casa de Talfa, ni menos pedimos un pase á quien ya lo querría para sí. Provincianos somos, ciertamente; pero hasta

ahora, ninguna ley dispone que sólo los cortesanos puedan entrar en la Corte.

Y no nos hablen de incompatibilidad entre el arte de construir dramas ó comedias y otras arquitecturas más ó menos similares. Está muy bien la afirmación de que tal autor, acertó más en la novela, ó en la poesía, ó en la didáctica que en el teatro. Pero querer poner con esto valladares al humano esfuerzo; llegar hásta la afirmación de que las dotes del novelador ó del poeta estorban al conocimiento de la complicada armazón escénica, me parece de una tontería inefable.

Cuanto sobre este particular han dicho algunos señores, ténngolo por crítica del género angelical. De esto puedo hablar á ciencia cierta, porque yo también he sido angelical. En mis verdes años padecí, como tantos, ese sarampión de las letras, que consiste en la fiebre del criticismo impertinente. Contraviniedo la ley de Naturaleza, por la cual el juzgar las obras del entendimiento es labor más propia de la madurez experta que de la infancia presumida, lancé á la publicidad innumerables escritos de ciencia literaria; me metía con todo el mundo, daba consejos á los mayores en edad, saber y gobierno, y sostenía con pueril gravedad los mayores desatinos. Verdad que nadie me hacía caso, y por esto sin duda llegué á comprender, con la ayuda de Dios, que por aquel camino no se iba á ninguna parte. Rasgué mi toga de juececillo literario, y busqué en la reflexión y en el trabajo la senda verdadera.

Conste, pues, que eso de ser ó no ser autor dramático no significa nada para los que venimos del campo vecino, para los que vendrán después; y según mis noticias, vendrán, á Dios gracias, en mayor número de lo que se cree. Por mi parte, haré ó no haré más obras dramáticas, según me acomode. Ni engreído por un triunfo, ni abatido por un desaire, subordinó mis planes

al buen ó mal éxito, ni menos á la petulancia de los que quieren llevar el *padrón de autores* sin haber podido, en una larga vida de infructuosas tentativas, incluirse en él.

Al fin y á la postre, el público es quien tiene las llaves del templo de Talía, y bien sabemos que lo abre para toda persona de regular entendimiento y buena voluntad. Sólo á los tontos les da con la puerta en los hocicos. Así ha sido siempre, y será por los siglos de los siglos.

Si Jesucristo hubiera podido descender á estas menudencias del arte, de seguro habría dicho: *Siempre habrá majaderos entre vosotros*. Condición es de la vida literaria el escucharles y sufrirles, respirando el mismo ambiente que ellos respiran. Y hay más; creo que son necesarios, y que sin ellos, la humana labor tendría menos vitalidad. Siempre sabia y previsora, la Naturaleza ha creado este légamo extensísimo de la majadería, para que fecunde los terrenos en que otras fuerzas crecen con más ó menos vigor. Las de menos savia parece que se robustecen con todo ese material de acarreo, que cae sobre ellas con intento de ahogarlas.

No conservo, pues, en mi espíritu ninguna clase de rencor, ni aun de resentimiento, contra los que han escrito acerca de *Los CONDENADOS* cosas que tengo por injustas y descortesas, alardeando de un rigor crítico en el cual no se ve proporcionalidad entre la sentencia y los errores la cosa juzgada. Después de todo, en ello hay más ignorancia que malicia, y una y otra son accidentes comunes de la lucha por la existencia artística, ruda en todas las esferas del pensamiento, y en el teatro formidable. Yo aseguro con toda ingenuidad, que esta excitación de la lucha produce en mi ánimo el contento del vivir, y me despierta ambiciones disparatadas, que en otras circunstancias no habría sentido seguramente.

Y como no convienen escenas largas, ni prólogos desmesurados, aquí termino éste. Al escribirlo, he creído cumplir un deber de conciencia, y dar una prueba de consideración al público en general, y particularmente á mis habituales lectores.

Algo más podría decir referente al teatro y á su precaria existencia; pero quédese para otra ocasión, y con lo dicho basta y sobra por hoy.

B. Pérez Galdós.

Madrid, Diciembre de 1894.





---

---

# ACTO PRIMERO

---

Patío que separa las dos casas de Gastón. Al fondo, un muro de piedra, de poca altura, con paso practicable á una callejuela. En el forillo, paisaje, con fondo de altas montañas pobladas de pinos. A derecha é izquierda, las casas, de fachadas irregulares y techos muy apuntados. Mesa tosca de madera, sobre la cual hay tazas, botellas y servicio de café, en desorden. En el suelo una herrada. Un par de sillas ó banquetas rústicas. Es de día. Derecha é izquierda se entiende del espectador.

## ESCENA PRIMERA

VICENTA y PRISCA, ocupadas en los quehaceres de la casa. La primera concluye de barrer el patío. La segunda entra por la derecha con una cesta vacía, en la cual Vicenta recoge el servicio; FELICIANA, por el fondo, en traje ansotano de lujo.

FELIC. ¡Hola, Vicenta!... ¡Prisca!

VICENTA. Buenos días, Feliciana Bellido.

PRISCA. ¡Mujer, qué hermosa estás!

FELIC. Ayer llegué. ¿Y qué tal? ¿Muy atareadas estos días? Vuestro tío, el primer ricacho de Ansó, sabe ser rumoso con sus huéspedes.

VICENTA. ¡Ya lo creo!

FELIC. ¿Y la otra sobrinita, Salomé?

PRISCA. En la cocina, friendo las truchas.

FELIC. Trabajáis sin descanso las tres. ¡Qué vida, qué costumbres, qué esclavitud para el bello sexo!... ¿No entendéis? El bello sexo somos nosotras, las mujeres.

VICENTA. ¡Ah, sí!

PRISCA. Ya, ya.

FELIC. (Examinando las casas.) ¡Cómo ha variado esto! Y esa casona ha sido restaurada...

VICENTA. La arregló el tío para la primera de nosotras que se case. Abajo tenemos el granero, el establo...

FELIC. ¿Y nadie vive aquí?

PRISCA. En lo de arriba, vive madre Mónica.

VICENTA. La santa del pueblo.

FELIC. Sí, sí; Santamona, que tiene la manía de recoger en el monte ramos de hierbas aromáticas para adornar las habitaciones... (Riendo.) y ahuyentar los malos pensamientos.

VICENTA. Sí. Hoy, por ser la fiesta del bendito San Pedro, patrono de la villa, vendrá cargada de hojarasca muy linda.

PRISCA. (Mirando por el foro.) Por allí va.

FELIC. La encontré hace un rato. Volvía del monte, engalanada como la borriquita del Domingo de Ramos. ¡Pobre santa, qué divina inocencia!

PRISCA. (A su hermana.) ¡Traigo más agua?

VICENTA. Sí. (Prisca se pone la herrada en la cabeza.)

FELIC. Por mí, no os entretengáis.

PRISCA. Con tu licencia. (Vase por el fondo.)

FELIC. Yo espero á tu tío.

VICENTA. Hasta luego. (Vase por la izquierda, llevándose la loza en una cesta.)

## ESCENA II

FELICIANA; BARBUÉS, por el fondo, con aire arrogante y voz altanera, la chaqueta al hombro, un garrote en la mano.

BARBUÉS. ¡Eh... Jerónimo!... (Llamando.) ¡Jerónimo Gastón!

FELIC. No ha venido aún. Ya no tardará.

BARBUÉS. ¡Válgate Dios con la pachorra! (Indignado, dando una patada.) ¡Zapa, contra-zapa!

FELIC. (Asustada.) ¡Jesús, qué genio de hombre!

BARBUÉS. Perdone usted, señora doña Feliciania. (Se descubre.) Tengo un genio muy áspero, el peor genio de Ansó, y de todo Aragón. ¡Le parece á usted que...! (Impaciente recorre la escena.)

FELIC. Sí; es tremendo. ¡No estar aquí Jerónimo cuando á usted se le ocurre venir!

BARBUÉS. Es que tengo que decirle cosas de re-muchísima gravedad.

FELIC. Pues yo no vengo más que á firmar las cuentas de los bienes que Jerónimo me administra, y á pagar la visita á su sobrino y huésped, Santiago Paternoy, ese solterón venerable y reverendísimo que ha vuelto de Francia con una buena porrada de cuartos.

BARBUÉS. Ganados honradamente en el comercio de nuestras lanas.

FELIC. De las de nuestras ovejas, querrá usted decir.

BARBUÉS. Eso... ¡zapa con las retólicas!

FELIC. No se enfade. (Con interés.) ¿Y es cierto que quieren casarle con una de las sobrinitas de Gastón?

BARBUÉS. Con Salomé.

FELIC. ¡Pues vaya un partido que se calza esa mocosa!... Porque Santiago... cierto que no es muy joven... ¡pero qué arrogante figura, qué gravedad!

BARBUÉS. Hombre más completo no nació de madre. Como que se dijo que iba para santo.

FELIC. De caballería, como el apóstol del propio nombre.

BARBUÉS. Y que repartía toda su riqueza entre los pobres.

FELIC. Para sentar plaza de Trapense.

BARBUÉS. Pero ahora sale con que la mejor de las Trapas es el santísimo matrimonio.

FELIC. (Con malicia.) Diga usted, Barbués... No me gusta hablar mal de nadie, no. Pero... vamos, yo tengo mis motivos para creer que no se casará.

BARBUÉS. Y yo también. Como que... No, cállate, boca.

FELIC. Dígalo.

BARBUES. Usted habrá oído ciertos rumores...

FELIC. Y usted también.

BARBUES. Como que de eso quiero hablar hoy mismo á Jerónimo.

FELIC. En fin, de usted para mí, (Secreteando.) la sobrinita esa se perderá.

BARBUES. Démosla por perdida.

FELIC. ¡Ah! Fíese usted de las costumbres patriarcales, de la vida sencilla y honesta, disciplinada con rudos trabajos, en el encierro de este valle, que no es más que un bonito presidio.

BARBUES. ¿Reniega de su querida tierra de Ansó?

FELIC. ¡Tanto como renegar...! Ya ve usted, acato la tradición vistiéndome á estilo del país. Pero ¡ay! ¿cree usted que después de haber vivido en contacto con la ilustración, puede una acostumbrarse á la estrechez de estas breñas inaccesibles, y al rigor de las costumbres ansotanas?

BARBUES. ¡Já, já!... Pues si tanto le disgusta su tierra, ¿á qué demonios viene acá?

FELIC. He venido á que mis niños respiren el aire puro de la montaña, y de paso inspecciono mis propiedades. Tengo mil y setecientas cabezas.

BARBUES. Mil y pico de cabezas, y entre ellas una... muy mala.

FELIC. ¡Bah!... Pues crea usted que allá estaba mejor, en mi Zaragoza de mi alma, tratando con señoras y caballeros de la mejor sociedad. ¡Seis meses en compañía de mi prima Josefa, cuyo marido es catedrático de Historia en el Instituto! Figúrese usted si habré aprendido cosas. Al volver á mi patria, pueblo, costumbres, trajes... parécenme... ¿á que no sabe usted qué?... parécenme... (Marcando la expresión.) de la Edad Media. Usted no entiende el término.

BARBUES. Ni falta... (Picado.) Significa que somos, como el otro que dice... salvajes.

FELIC. (Riendo.) No tanto... primitivos.

BARBUES. Primitivo es mi nombre.

FELIC. ¡Y qué bien le cae! Tiene usted fama de ser hombre de pasiones violentas, rencoroso, vengativo...

BARBUES. ¡Templado decimos por acá!

FELIC. ¡Noblote!... Vamos, lo mismo que su hermano Alonso Barbués, el hombre más bravucón, más fiero y montañés que había por estas tierras. Naturalmente, acabó mal. Le mataron ¡pobrecito! Y para que todo resultase dramático y envuelto en el misterio... *medieval* (así se dice), aún no se ha podido averiguar quién fué el matador.

BARBUES. Porque no hay justicia, ni... (Reprimiendo su cólera.) Señora, no me busque el genio.

FELIC. (Apartándose.) ¿Estaremos seguros?...

BARBUES. Es que cuando me tocan esa tecla, ¡cógilis! (Apretando los puños.) Señora, mire que...

FELIC. ¡Dios mío, qué hombre tan bárbaro!... (Corrigiéndose.) en el buen sentido. Quiero decir... carácter enérgico...

BARBUES. (Con virilidad.) Me zumban todas las ternillas del cuerpo. Es la dignidad; la gran bestia, señora, que patalea dentro de mí en cuantico le hacen cosquillas.

### ESCENA III

DICHOS; GINÉS, que aparece medroso por el fondo, cuando Barbués dice las últimas expresiones. Entra recatándose.

GINES. ¡Válgame Santa Orosia bendita, abogada contra los malos encuentros!... ¡Éstos aquí... y Vicenta no!... ¿Y cómo le doy yo á Vicenta la cartita para...? (Mirando á las dos casas.)

BARBUES. (Sorprendido al verle.) ¡Eh!... ¿Quién es?

GINES. (Con timidez.) Nadie, señor... digo, yo. Buscaba á Vicenta. Me prometió una trucha.

BARBUES. ¡Trucha! Eso eres tú... (Observándole fijamente.) Y yo voy á escabecharte con este palo. (Le amenaza.)

GINES. ¡Oh, señor! (Huyendo.) ¡Vicenta!

BARBUES. ¡Pillete!

- FELIC. (Contenténdole.) Busca á Vicenta. Será tal vez su novio...
- GINES. (Temblando.) Sí, señora... su... novio...
- FELIC. Búscala por ahí. (Señalando á la derecha.)
- GINES. Voy... ¡Gracias!... ¡Qué fiero de hombre!... (Entra en la casa de la derecha.)
- BARBUES. (Que le ha examinado con atención.) ¿Ve usted ese danzante? Apostaría que es de la cuadrilla de vagabundos que tanta guerra dieron por acá el año pasado, y el otro... Pues ahora... pongo mi cabeza á que este pájaro anda en la compañía de un sujeto sospechoso... pero muy sospechoso, que suele morar en la Canal de Berdún, ó en Biniés, y en ciertas épocas del año, se corre por los montes de Ansó hasta los puertos.
- FELIC. (Curiosa.) ¿Su nombre?...
- BARBUES. José León le llaman.
- FELIC. (Asombrada.) José León... (Queriendo disimular su asombro; se turba.) Ya... José León...
- BARBUES. (Que ha notado su turbación, la mira fijamente.) Vamos... que le conoce usted...
- GINES. (Por la derecha, con una rebanada de pan y una trucha, comiendo.) Gracias á Santa Orosia bendita, dí la carta á Vicenta, y ella me obsequió con esta benditísima trucha.
- BARBUES. (Abalanzándose á él.) Ven acá, títere.
- GINES. ¡Ay, ay!
- BARBUES. Díme la verdad, ó te mato. (Le coge por una oreja.) ¿Andas tú en compañía de ese que llaman José León, habitante en las huertas de Biniés?
- GINES. No... digo, sí... Es mi amigo... No vivimos ya en las huertas; nos hemos venido más acá, á las ruínas del Temple, junto á Santa Lúcia... ¡ay, ay!
- BARBUES. Ya le diré yo á Gastón qué clase de avechuchos entran en su casa.
- GINES. Señor, yo soy un hombre honrado.
- BARBUES. Largo pronto de aquí, si no quieres que...
- FELIC. ¡Deje al chico, por Dios! ¡Pero qué feróstico y qué...!
- GINES. Con permiso... ¡Pies para qué os quiero!... (Vase corriendo y comiendo.)

## ESCENA IV

### BARBUÉS y FELICIANA

FELIC. Va como el viento.

BARBUES. (Cogiéndole una mano.) Venga usted acá. ¡Eh, no se me vuelva atrás ahora! La señora doña Feliciana Bellido, cuando nombré á José León, se puso un poquitico colorada.

FELIC. ¿Yo?...

BARBUES. Usted... ¡Zapa!... No me lo niegue.

FELIC. ¿Yo, por qué?

BARBUES. Usted le conoce.

FELIC. No tengo por qué negarlo... la verdad... le conocí en Zaragoza y en Sangüesa, hace dos años, si no recuerdo mal.

BARBUES. ¡Ajajá!... Poco á poco se va descubriendo... Y dígame... A ver si es cierto lo que sospecho.

FELIC. ¿Qué?

BARBUES. Que ese José León, no se llama José León.

FELIC. ¡Ah!... No sé...

BARBUES. Haga memoria, señora doña Feliciana.

FELIC. Bueno... pues, sí, tengo una idea... Yo le traté muy poco; pero lo bastante para comprender que es hombre nacido en altas esferas, y de educación muy esmerada. En Sangüesa se decía que, por querellas de familia, por un duelo, ó no sé qué, ocultaba en estas apartadas tierras su verdadero nombre y calidad.

BARBUES. Total... que anda huído... y nuestras montañas le sirven de burladero contra la justicia de por allá... ¿Pero no sabe usted lo mejor? Ese perdulario, con visos de caballero disfrazado, es el que le birla la sobrinita á Gastón, ¡já, já!

FELIC. Eso ya lo sabía.

BARBUES. Y por sospechas de cosa más grave, tengo yo entre ojos á ese... (Viendo venir á Gastón y á Paternoy.) ¡Silencio! Aquí están ya Jerónimo y su huésped.

## ESCENA V

DICHOS; GASTÓN y PATERNOY, por el fondo; poco después  
VICENTA y PRISCA

FELIC. ¡Gracias á Dios!

GASTON. (Riendo.) ¡Oh! aquí está la viuda correntona, (Saludándola.)  
mi señora...!

PATERN. (Saludándola.) ¡Está aquí mi señora doña Feliciana!

BARBUES. (Incomodado.) ¡Y aquí está mi señor don yo, esperándoos  
hace un siglo!

GASTON. (Rechazándole y volviéndole la espalda.) ¡Déjame en paz! (A  
Vicenta y Prisca, que entran, la primera por la izquierda; la se-  
gunda por el fondo, con la herrada á la cabeza.) Oye tú... y  
tú... Ordeno y mando... (Deteniéndose para consultar con Pa-  
ternoy.) ¿Te parece que vistamos de gala á Salomé?

PATERN. Me parece muy bien.

FELIC. (Riendo.) Vamos, ni en cosas tan pequeñas se decide  
aquí nada sin consultar... (Por Paternoy.) al Concilio de  
Trento.

PATERN. Se empeñan en que he de tener aquí poder absoluto,  
así en lo espiritual como en lo temporal, y... ya ve us-  
ted... no me gusta mandar, pero me resigno... y man-  
do... y me obedecen... y soy el tirano por fuerza...

GASTON. (A sus sobrinas.) Ya lo habéis oído... La basquiña nueva  
y los manguitos bordados; las alhajas de su tía... En-  
cargáos las dos de vestirla, y de ponérmela como un  
sol de guapa.

VICENTA. Bien, señor. (Se retiran, y Gastón las detiene.)

GASTON. ¡Ah!... y luego irá con nosotros á la plaza. (Consultando  
á Paternoy.) ¿No es eso?

PATERN. Sí, sí... á bailar un poquito. (Vanse Vicenta y Prisca por la  
derecha.)

GASTON. ¿Y usted, Feliciana?

FELIC. (A Paternoy, festivamente.) Dígame, señor Pontífice Máxi-  
mo, ¿puede una viuda honesta dar un par de vueltas  
por el corro del baile?



- PATERN. En usted no mando yo.
- GASTON. Díle que sí. En honor al santo patrono, San Pedro, bailaré conmigo.
- PATERN. En todo caso, cenará usted con nosotros.
- FELIC. ¡Oh, no, gracias! Al obscurecer me voy á mi granja del Temple, donde pasaré la noche y el día de mañana.
- GASTON. ¿Tan lejos?
- PATERN. ¿Teniendo casa en el pueblo?
- FELIC. Voy para que mis niños corran y brinquen en la huerta, que es hermosísima.
- BARBUÉS. Mala vecindad tiene usted en las ruínas del castillo.
- FELIC. ¡Las ruínas! ¿Pues qué hay allí?
- BARBUÉS. Por temporadas se dan bandidos.
- FELIC. ¡Jesús!
- GASTON. ¡Cómo desbarras, Primitivo! (A Paternoy.) Tú, mándale á este bruto que cierre la boca.
- BARBUÉS. Lo que has de mandarle á este tonto es que abra las orejas. ¡Pues no es poco urgente, en gracia de Dios...! (Queriendo llevarle aparte.) Con permiso...
- GASTON. (Resistiéndose.) ¡Al demonio con tus urgencias! La señora viudita me aguarda para firmarme las cuentas de administración.
- FELIC. Verdad. Ya no me acordaba. Entremos un momentito.
- GASTON. Por aquí. (Entran en la casa de la derecha.)

## ESCENA VI

### BARBUÉS, PATERNOY

- BARBUÉS. Pues este majadero de Gastón no quiere oirme, hablaré contigo.
- PATERN. (Sentándose meditabundo, algo fatigado.) Dí lo que quieras.
- BARBUÉS. (Que permanece en pie.) Allá voy. Dispensa la curiosidad, Santiago de mi alma. Pero te quiero, y... Vamos á ver, ¿es cierto que te casas con la sobrinita?
- PATERN. Hombre... ¡qué sé yo!... La chiquilla me gusta, y aunque le doblo la edad, podría ser que... Verás: hace

más de quince años, más, sí... antes de irme á Francia... cuando yo era un mocetón y ella una criatura, que levantaba del suelo tanto así, iba conmigo al monte á coger avellanas. Yo charlaba con ella en lenguaje infantil... «¿quiere niña mí?» Esto me encantaba. Y ella: «yo tigo, yo tigo, siempre tigo.» ¡Me quería más la chiquilla!...

BARBUES. Pues ya no te quiere.

PATERN. ¿Tú que sabes?

BARBUES. Has estado ausente el tiempo necesario para que la niña crezca y se despabile... y ahora, cuando sube al monte, en vez de coger avellanas maduras, coge hombres verdes.

PATERN. ¡Barbués!

BARBUES. Lo dicho dicho... ¿Pero no has visto mi impaciencia, mi comezón por coger de mi cuenta á Jerónimo, y quitarle de los ojos las telarañas, que no le dejan ver su deshonra?

PATERN. ¡Deshonra! (Exaltándose.) Barbués, corazón duro, alma seca, lengua dañina, eso no es verdad. (Le agarra violentamente por la muñeca, y le sacude. Pero se domina de improviso con poderosa voluntad.) ¡Oh!... Pierdo la calma... yo, que había hecho propósito de no incomodarme nunca... (Con frialdad, sentándose de nuevo.) Sigue.

BARBUES. Pues revolotea por aquí un gavilán, que ha hecho presa en la chica.

PATERN. ¡Mira lo que dices!

BARBUES. Rumores de deshonra han llegado á estos oídos... Estos ojos, algo vieron también, no diré dónde ni cuándo, en la noche oscura.

PATERN. (Después de una pausa.) ¿Y quién es... él?

BARBUES. ¿Has oído hablar de un tal José León?

PATERN. (Recordando.) José León... ¡Ah, sí! Buena presencia, aire de persona fina, despejado él... sí, sí.

BARBUES. Endemoniada la tiene ese pillo. Si tú le oyes hablar, te engatusa también, y te vuelve loco. Porque no hay otro de más sal en la mollera, ni de más prontitud y

soltura en el voquible. ¡Pero á mí!... (Con misterio.) Y si yo te dijera en confianza, Santiago...

PATERN. ¿Qué?

BARBUES. Pues... sospecho que ese hombre tuvo arte y parte en la muerte de mi hermano Alonso.

PATERN. ¿De veras?

BARBUES. Y en el incendio de tus casas, de las casas de los Paternoy, en Hecho.

PATERN. (Flemático.) ¿Sospechas nada más?

BARBUES. Corazonadas que á mí no me engañan. Mi corazón sabe mucho, y yo le creo como á la palabra de Dios. Si ese tunante me hurga tanto así, te juro que le quito de enmedio en menos que se dice.

PATERN. ¡Rencoroso! ¿Cuándo ha sido cristiano castigar un crimen con otro crimen?

BARBUES. Ojo por ojo.

PATERN. Pues qué, ¿ya no hay justicia?

BARBUES. (Con gran energía.) No.

PATERN. ¿No hay tribunales?

BARBUES. No.

PATERN. (Recobrando su calma.) Pues mejor. Deja que le castigue Dios si lo merece.

BARBUES. Anda, que con esas... *tiologías*, tu rinconcico del Limbo no hay quien te lo dispute. Te birla la muchacha y encima le das chocolate con mojiçón.

PATERN. No seas bruto, y óyeme tranquilo. Indagaremos, buscando la verdad, la evidencia. Si ello resulta como tu malicia lo cuenta, ¿qué remedio tengo más que conformarme? Te diré: hace más de un año que se inició en mí el hastío del trabajo mercantil, el asco de las riquezas, la repugnancia de las mil vanidades que componen esto que llamamos mundo... Sentí anhelos de vida religiosa, austera... Al principio, creí que esto era como un empacho, el dejo amargo de la refinada civilización que nos rodea. «Yo estoy monomaniaco, yo estoy enfermo,» me decía... Vine á mi país natal, donde los hombres son tan inocentes como bravía la

Naturaleza, y aquí no tardé en sentirme curado, á mi parecer. Ver á Salomé y cambiar de ansiedades, fué todo uno... ¡Matrimonio, una mujer hermosa y buena, mi casita, hijos...! ¡Qué encanto! Y cádate que cuando más encariñado estoy con tan risueñas imágenes, vienes tú, y me echas en el oído este veneno, y en el alma estas hieles... (Suspirando fuerte.) Pues aquí me tienes otra vez solicitado de aquella idea que juzgué insana, y ahora veo que fué sugerida por Dios. A ella me atengo, á Dios, al claustro, á la paz y á la purificación del alma. Lo que creí falsa vocación es la verdadera, sí. (Levántase y se expresa con ardor.) ¡Ah! Si me pierdo, Barbués amigo, no me busques donde haya bullicio, placeres, cariños mundanos; búscame donde haya soledad, penitencia, pobreza voluntaria y sacrificio... Cierto que tu revelación me causa algún trastorno. ¿Pero qué es ello? Nada. Un relámpago de ira ó despecho, remusguillo del amor propio, un poco de dolor aquí, y después... calma otra vez; esa calma de que sólo goza el que posee la verdadera salud.

BARBUÉS. (Con entusiasmo, descubriéndose.) ¡Santo, santo, santo!... ¡Hosanna... Alleluia... (Bendiciéndole cómicamente.) *Benedictus... in nomine patri!*...

## ESCENA VII

DICHOS; SANTAMONA, por el foro, trayendo en ambas manos matas de diferentes plantas. Al mismo tiempo, FELICIANA y GASTÓN, por la derecha; al fin de la escena, VICENTA

SANTAM. (Risueña, avanzando con lentitud.) La paz de Dios sea con todos.

GASTÓN. (Recibiéndola con alegría.) ¡Oh, la santita del pueblo!

FELIC. ¡Santamona!

BARBUÉS. Ya tenemos aquí toda la corte celestial.

GASTÓN. ¡Anda, anda! Cargadita de hierbas olorosas, para engalanar las viviendas.

- FELIC. Para sanearlas y espantar los pecados, ¿verdad? (Apártase con Paternoy á la derecha del proscenio.)
- SANTAM. (Dejando las ramas sobre la mesa, y escogiendo matitas que distribuye.) Esto no es más que un recreo de los ojos y el olfato. Suele pegarse algo á la voluntad. (Da un ramito á Gastón.) Toma, vejete, harto de goces. Tomillo. Es muy bueno contra la gula y el empacho de felicidades y riquezas.
- GASTON. (Poniéndoselo en el pecho.) Dame acá.
- SANTAM. (A Barbués.) Toma tú, cascarrabias. Mejorana. Excelente contra la ira y los berrinches.
- BARBUÉS. Venga. (Como todos los demás, se lo pone en un ojal.)
- FELIC. (Aparte, á Paternoy, á la derecha del proscenio.) Nada le falta á mi querido Ansó para ser un pueblo *medieval*. (Marcando bien la palabra, con pedantería.) Trajes *medievales*, costumbres *medievales*, rudeza y pasiones de lo más primitivo. Completan el carácter unas miajas de bandidos; y en fin, para que resulte Edad Media completísima y perfectísima, también tiene su santa.
- PATERN. (Pasando al centro de la escena para saludar á Santamona, á quien besa la mano.) La inocente y angelical ancianita, en quien Dios mora.
- GASTON. Santa, sí, orgullo y alegría de Ansó.
- SANTAM. Santiaguillo, chico... espejo de los ángeles, Dios te bendiga. (Le pone las manos sobre el pecho.) Y á tí, Felicianna, Dios te guarde.
- FELIC. (Con ligera inflexión festiva.) *Amén*... ¿Y para mí, no hay un ramito?
- SANTAM. (Sigue escogiendo matas.) Ahora. (A Paternoy.) Toma tú. Enebro. Preciosísimo contra la soberbia.
- PATERN. ¡Soberbio yo! (Rien todos.)
- SANTAM. Contra el flujo de mando y el querer gobernar á todo el mundo.
- PATERN. ¡Qué cosas tienes! (Risas.)
- FELIC. ¿Y yo?...
- SANTAM. Para tí... torongil y ruda mezclados. Cosa buena contra la presunción.

- FELIC. (Riendo con todos, y poniéndose el ramo en el seno.) ¡Qué graciosa! ¡Si yo no presumo! (Rumor lejano de bandurrias.)
- GASTON. ¡Ea, á la plaza!
- FELIC. Animada está la gente.
- SANTAM. Corred á la fiesta, bailad, divertíos sin ofender á Dios.
- GASTON. VAMOS. (A Vicenta que ha salido por la derecha.) ¿Y Salomé? ¿Todavía componiéndose?
- VICENTA. Sí, señor.
- GASTON. Tú, Mónica, dale prisa, y échala para allá.
- SANTAM. Sí, sí. (Se sienta fatigada. Salen primero Feliciano y Gastón. Paternoy y Barbués les siguen.)
- PATERN. (Con tristeza.) Urge informar á Jerónimo...
- BARBUÉS. (Vivamente, queriendo adelantarse.) Ahora mismo.
- PATERN. (Deteniéndole.) No... al regreso del baile.
- SANTAM. (Después de aguardar á que se alejen.) ¿Pero qué hace?
- VICENTA. Ya está vestida. Pero dice que no va á la plaza, como no la lleven muerta. ¡Pobrecilla! Tan pronto llora, como se pone de rodillas, con las manos así, rezando... Da pena verla y oirla.
- SANTAM. Díle que estoy aquí. Puede bajar sin miedo.
- VICENTA. (Mirando por la puerta de la derecha.) Ya viene.
- SANTAM. Vete tú á tus quehaceres. (Vase Vicenta por la derecha.)

## ESCENA VIII

SANTAMONA; SALOMÉ, que aparece por la derecha en traje de gala. Revela consternación y sobresalto, y se detiene en la puerta, temerosa de encontrar gente.

SANTAM. Ven mujer... Aquí me tienes ya. No hay nadie. Todo el pueblo en la plaza.

SALOME. (Avanzando un poco.) ¿De veras no hay nadie? ¡Santamona de mi alma! Tú que eres una santa, alma de Dios, conciencia pura, díme, aconséjame... sácame de esta tribulación.

SANTAM. A eso he venido.

SALOME. ¿Qué debo hacer?

SANTAM. (Con dulzura, unción y cierto gracejo delicadísimo en toda la escena.) Confesar la verdad, la verdad entera, niña... Pero siéntate. (Salomé se sienta en una banqueta muy baja, apoyando los codos en las rodillas de la santa.) Por lo poco que me dijiste anoche en la cocina, por otro poquito que yo he sabido, y otro poquito que adiviné... entiendo, hija mía, que tu alma está dañada. Para limpiarla, confesión. Siéntate.

SALOME. ¡Ay, no puedo, no puedo!

SANTAM. (Remedándola.) ¡No puedo, no puedo! Señal de que el daño es hondo. Vamos á cuentas. Jerónimo bebe los vientos por casarte con tu primo, hombre sin par, hombre extraordinario, que...

SALOME. (Interrumpiéndola.) No necesitas alabarle. Yo...

SANTAM. Clarito: que con todo su mérito, no te agrada ser su esposa.

SALOME. Es que...

SANTAM. (Haciéndola callar.) Ya sé... Tienes tus razones. Quieres á otro hombre. No; si hasta aquí no hay pecado. Pero has de corresponder á la lealtad de Santiago con tu lealtad; es preciso que á tu buen tío, sin pérdida de tiempo, le digas la verdad.

SALOME. (Con desaliento.) ¡Imposible... imposible!...

SANTAM. ¡Ay! es que tu amor es deshonesto, es que... Hija, no llores; serénate y hablemos con calma. Si es muy sencillo, tonta. Vas á tu tío y le dices: «Querido tío... yo...» (Salomé, consternada, hace enérgicas denegaciones con la cabeza.) ¿No te atreves? Bueno, bueno; ¡pobrecilla! (Acariciándole las mejillas.) Ea... pues vas á confesármelo todo á mí.

SALOME. A tí sí, viejecilla de mi alma... Pero decírtelo yo... contarte...

SANTAM. Ya. Eres como los chicuelos que van á confesarse por primera vez. Creen que son grandes pecadores, y como el cura no les pregunte, no hay modo de sacarles una picardía del cuerpo.

SALOME. Así soy.

SANTAM. Bueno. Yo iré preguntando. Lo primero, dime: ¿cuánto tiempo hace que conociste á ese hombre?

SALOME. Tres meses. Fué la víspera de Páscoa, Sábado Santo.

SANTAM. ¿Dónde? ¿cómo?

SALOME. Bajaba yo del monte mirando al suelo... Buscaba una aguja de media que se me había perdido... De repente, se me apareció él junto á un matorral que ardía. Creí verle salir de en medio de las llamas, negro, echando fuego por los ojos. Tuve mucho miedo.

SANTAM. Parecería el demonio.

SALOME. Un demonio... bien parecido.

SANTAM. Ya... En fin, que tiznadito y todo, te habló, le hablaste.

SALOME. Sí; su habla me pareció la más bonita que yo había oído en mi vida. El acento sonábame á música que venía de muy lejos; y lo que decía, la substancia, el... la...

SANTAM. Ya... la miga... el alma, la...

SALOME. ¡Era de una novedad para mí!... ¡Y todo tan precioso!... Santamona, vamos.. tan rebién parlado, que me tenía el alma suspensa y como entontecida.

SANTAM. El demonio tiene mucha labia. En fin, que un día y otro, volviste al monte en busca de la aguja que se te había perdido.

SALOME. Sí.

SANTAM. ¿Y á cuántos días del encuentro empezaste á quererle?

SALOME. Pues... (Pausa. Mira al suelo, jugando con sus dedos.) Desde el primer día. Al cuarto de hora de hablarle, ya le quería... Mira tú qué raro. ¡Ay, madre Santamona, tú que te has pasado la vida sirviendo y adorando á Dios, no comprendes este querer de la mujer al hombre y del hombre á la mujer; este fuego que viene al alma de repente, y como si las palabras fueran rama seca, y el mirarse un viento muy fuerte, fú... ú... ú... allá va la llamarada!

SANTAM. ¿Que no lo comprendo?... Por eso me lo explicas tú.

SALOME. Y yo te pregunto: ¿el querer es siempre así? Esto de enloquecer una, y ver delante á la persona noche y día,



y hablar con ella ausente, y presente no saber qué decirle; y alegrarse una de estar triste, y llorar cuando debiera reír, y preferir la deshonra, la muerte, á que no nos quieran... ¡Ay, yo no sé! Dime tú: ¿de este modo quieren todas las personas?

SANTAM. (Riendo.) Creo que sí, sobre todo, la primera y la última vez.

SALOME. (Con viveza y asombro.) ¿Pero se quiere más de una vez? No, Santamona, eso sí que no te lo admito. Se quiere una vez sola, y cada alma no tiene ni puede tener más que un amor.

SANTAM. Dejemos eso, que nos marearía la cabeza, y sigamos nuestra confesión. Lo más delicado entra aquí. ¿Siempre le has visto en el monte?

SALOME. Precisamente en el monte...

SANTAM. Vamos, un poquito más acá... Quizás en el campo de Garcés, al otro lado del Veral...

SALOME. ¿Al otro lado...? (Dudando.)

SANTAM. Ó al lado de acá, en el campo de lino...

SALOME. Me parece que sí...

SANTAM. Luego... Pasaba el río...

SALOME. ¿El río...? No sé... ¡Llevaba tan poca agua...!

SANTAM. Y os veáis quizás en el robledal de abajo...

SALOME. Pues sí, algún ratito...

SANTAM. ¿Siempre de día?

SALOME. Alguna vez entre día y noche.

SANTAM. ¿Entre día y noche? ¡Cómo se entiende eso! ¿Había obscuridad?

SALOME. Obscuridad, sí; pero yo no sabía la hora. Arriba, en el cielo, muchísimas estrellas, y allá, el lucero de la mañana.

SANTAM. ¡De la mañana!

SALOME. Es que madrugábamos.

SANTAM. Ya... ¿Algunas noches, dime la verdad, no te saliste descalza de tu casa, y bajaste al huerto, que sólo está separado del robledal por una tapia bajita?

SALOME. Á ver si recuerdo... ¿Una tapia dices?...

SANTAM. Sí... fácil de saltar.

SALOME. Si está caída... Con la obscuridad, yo no podía ver hasta dónde llegaba.

SANTAM. ¿Y no recuerdas... aguza la memoria... si alguna vez estuviste de palique la noche entera?

SALOME. ¡Ah! no, Santamona, no digas eso. ¡Qué cosas tienes! Pues nada más que desde las diez, hasta que nos daba en los ojos la claridad...

SANTAM. ¿Del día?

SALOME. No, no; debía de ser la luna. Sí, ya me acuerdo: eran noches de luna, y noches muy cortas, pero muy cortas...

SANTAM. ¡Ay, hija de mi alma, estás perdida, perdida sin remedio si no vuelves en tí; pero pronto, pronto! Has de saber que ese hombre...

SALOME. ¿Qué?

SANTAM. ¿Se llama José León?

SALOME. Sí.

SANTAM. Pues cuantos le conocen no dicen de él cosa buena. ¿No has oído que su primera aparición en el país fué en una cuadrilla de cómicos ó danzantes?

SALOME. Para disfrazarse mejor.

SANTAM. ¿Y no sabes que en la Canal anduvo acompañado de gente mala, y que por esto alguien le cree autor de la muerte del pobre Alonso Barbués?

SALOME. Eso sí que no es verdad, no, no. Yo te aseguro, madre Mónica, que José León es un caballero. Tiene mucha idea, mucha, y entiende de mil clases de trabajo.

SANTAM. ¿Caballero y trabajador? ¡Qué maravilla! ¿Y si con todas esas prendas resultara que es tan malo como dicen?

SALOME. Eso no es posible. Pero si fuese malo, casi, casi, me alegraría un poquito.

SANTAM. ¡Jesús!

SALOME. Para hacerle yo bueno. Creo que lo había de conseguir. Pero no es malo, no. Es desgraciado, y por desgraciado le quiero más. (Con entusiasmo ardiente.) Por sus des-

dichas le quiero, por sus persecuciones, por su resignación para sufrirlas, por su esperanza de ganar conmigo la dicha y la paz. Por eso le quiero, y me comería á bocados á quien le tocase al pelo de la ropa.

SANTAM. Bueno. Y dime otra cosa: ¿no ha pasado por tu magín la idea de que José León quiera á otra mujer?

SALOME. (Con asombro.) ¡Á otra! (Con ira.) ¡Á otra! (Levántase furiosa, apretando los puños.) Santamona, mucho te quiero; pero si me lo vuelves á decir...

SANTAM. ¡Ay, qué tonta!

SALOME. ¿Por qué me lo dices?

SANTAM. Hija mía, no afirmo nada. Dije tan sólo que podías creer que te quiere á tí sola, y luego resultar...

SALOME. Ah, no; por algo lo has dicho tú...

SANTAM. Que no. (Haciéndola sentar.) ¡Vaya!...

SALOME. ¡Me has hecho un daño!... ¡Querer á otra!... Entre bromas y veras me has clavado un puñal en el corazón.

SANTAM. Pues, hija, de poco te asustas. Ea, ten juicio. (Le coge las manos.) ¡Pobrecita de mi alma! siento decírtelo, pero no hay más remedio. Estás condenada.

SALOME. ¡Condenada! La Santísima Virgen me ampare. Tú, Mónica mía, no me abandonarás.

SANTAM. ¡Abandonarte! ¡Nunca, nunca! Iré contigo á donde tus errores y el pecado te lleven. Si Dios te diera la felicidad, no me verías junto á tí; pero como te da la desgracia y el castigo, donde quiera que estés, tendrás á esta pobre vieja para infundirte valor y fe, y enseñarte el camino del bien. (Se abrazan y besan llorando.)

SALOME. ¡Oh, qué buena eres, santa de Ansó!

SANTAM. (Con resolución, levantándose.) Animo, hija mía. No perdamos tiempo. Resolvamos algo. ¡Ay, si tuvieras tú valor y arranque para una cosa que voy á proponerte!

SALOME. ¿Que?

SANTAM. A ver si puedes... Prométeme no ver más á ese hombre.

SALOME. ¡No verle más! ¡Ay, santica, dime que te prometa morirme, y verás qué pronto lo cumplo!

- SANTAM. ¿Acaso piensas verle pronto... hoy?...
- SALOME. (Después de vacilar.) Sí.
- SANTAM. ¿Dónde?
- SALOME. No me riñas... Aquí.
- SANTAM. ¡Oh!
- SALOME. Aguarda... Con Ginés me mandó una cartita... Dice que quiere hablarme, aprovechando la ocasión de estar todos en la plaza. (Aparecen por el fondo José León y Ginés. Exploran la escena recelosos, sin pasar de la puerta.)
- SANTAM. (Sin ver á los hombres.) Salomé, niña querida, no le recibas. Por la Santísima Virgen, escóndete. Yo le diré que no estás.
- SALOME. No puede ser; te digo que no puede ser. Vendrá, y he de verle aunque me maten.
- SANTAM. (Mirando hacia el fondo.) ¡Ah!... ¡Aquí están!... ¡No tienes salvación, hija mía!

## ESCENA IX

SALOMÉ, SANTAMONA, JOSÉ LEÓN y GINÉS

- SALOME. Aquí estoy... Entra... No temas
- GINES. (Examinando el foro.) Hasta los gatos están en la plaza. Con todo, es gran temeridad...
- J. LEON. (Bruscamente.) ¿Quién es esta vieja?
- SALOME. ¿No la conoces? La santa del pueblo.
- J. LEON. (Fijándose en Santamona y recordando.) ¡Ah! Es la ancianita que corta ramos en el monte.
- GINES. Y la que reparte pan á los necesitados que vivimos valle abajo.
- J. LEON. Ya. Sí, te he visto en Santa Lúcia. ¿Y tú, me has visto á mí en alguna parte?
- SANTAM. Sí; en la iglesia.
- J. LEON. (Riendo.) ¡En la iglesia!
- SANTAM. Y en un altar.
- J. LEON. ¡Já, já!...
- SANTAM. En un altar, á los pies del Arcángel San Miguel. (Rien.)

J. LEON. Según eso, soy el demonio. ¡Bromistas son las santas del día!

GINES. ¡Si nos quiere mucho!

J. LEON. ¿Pero de veras eres santa?

GINES. Santa, sí; y yo, humilde pecador, le beso la orla del vestido. (Se la besa.)

SANTAM. ¡Quíta allá, farsante!

GINES. Santamona bendita, haga su merced un milagro.

J. LEON. ¡Já, já!... El milagro de que no venga nadie mientras hablo con Salomé.

GINES. Eso

SALOME. (Mirando por el foro.) Soledad completa.

SANTAM. El milagro que yo haría, si pudiera, grandísimos tumbantes, sería volveros personas honradas. Salomé, hija mía, entra en tu casa; no escuches las palabras engañosas de este hombre.

J. LEON. ¿Por qué, sin conocerme, me juzgas así?

SANTAM. ¡No sé!... Yo me meto en mi casa.

SALOME. Quédate. Hablaremos delante de tí. (A José León.) Santamona me quiere, y no nos hará traición.

SANTAM. No temáis que os denuncie, ni esperéis que os ampare... Por eso me voy... ¡Adiós! (A Salomé.) ¡Siempre te quiero! Seré contigo en la desgracia. (La abraza. Mientras se despiden en una corta escena muda, José León y Ginés siguen el diálogo.)

GINES. ¿Quiéres que vigile la calle, y te guarde la retirada?

J. LEON. ¿Para qué? Me basto y me sobro. Puedes volverte.

GINES. ¿A Santa Lúcia?

J. LEON. Irás antes á Biniés. Hay que acabar la mudanza. Recoge lo que allá quedó, y tráetelo pronto.

GINES. Está bien. (Vase por el fondo.)

## ESCENA X

SALOMÉ, JOSÉ LEÓN

J. LEON. Mejor es, sí, que hablemos sin testigo.

SALOME. (Mirando por el fondo con temor.) No sé por qué, hoy me asusta la soledad.

J. LEON. ¿Quieres que vengan?

SALOME. (Con temor.) ¡No, no!

J. LEON. Pues á mí no me importa. (Alzando la voz.) ¡Señor Gastón, señor Paternoy, vengan, si gustan, á oirme decir al ángel de esta casa que ha llegado la hora de abandonarla!

SALOME. ¡Oh, no... es muy pronto, León! Déjame pensarlo. ¿Pero qué... tú mismo no temes...?

J. LEON. ¿Yo? ¿Qué he de temer yo teniéndote á tí, á tí que eres mi fe, mi fuerza, el estímulo de esta voluntad que á nada se rinde?... (Impaciente) Ea, prepara todo. Tu ropa de diario. No saques alhajas, ni vestidos de lujo. A las diez, te espero en el robleal.

SALOME. ¿Esta noche?... ¡Qué prisa!... No, no.

J. LEON. ¿Por qué te asustas?... ¡Ah! sin duda, alguien te ha trastornado refiriéndote las mil patrañas que corren acerca de mí. Estos pobres ansotanos han hecho de José León un héroe de romance, de esos que cantan y venden los ciegos en las romerías. Que me cómo los niños crudos; que soy de sangre real, pero con un sin fin de demonios metidos en el cuerpo; que sé volar por los aires, ó desaparecer como un espíritu, ó filtrarme en las entrañas de la tierra; que he cometido mil crímenes, muertes, incendios, qué sé yo...

SALOME. (Riendo.) ¡Qué lindos disparates! No, no eres endemoniado, ni criminal. Si lo fueses, Dios no habría permitido que yo te quisiera como te quiero. Pero hay en tí... ¿lo digo? hay en tí un secreto, un... no sé decirlo.

J. LEON. Misterio.

SALOME. Eso es... ¡Si no sé hablar!... Vamos, eres como una mascarita que no quiere enseñar el rostro.

J. LEON. No hay tal, hija mía. Pero si lo sabes todo, y para tí no existe tal misterio. Enterada estás de las razones que tuve para expatriarme y buscar un refugio en este rincón del Pirineo, disfrazando nombre y persona, y escondiendo mi educación, mis maneras debajo de la tosquedad de este traje y de estas salvajes apariencias.

¡Ah! (Suspirando con tristeza.) ¿Sabes de qué proviene la malquerencia de tus paisanos? Pues de la superioridad mía, que no puedo disimular todo lo que quisiera. Me niegan el agua y el fuego. No doy un paso sin tropezar con algún estorbo, y la vida material es para mí un problema terrible. Pues todo eso, y aun más, soportaré por tí, pero teniéndote á mi lado. No más, no más separación, Salomé, (Con profundo cariño.) sal de mi vida... (La mira fijamente, y observando su indecisión, prosigue en tono grave.) ¿Pero qué, dudas todavía? Habíamos convenido en huir juntos; habíamos acordado aprovechar la ocasión más propicia. Pues bien; la ocasión ha llegado.

SALOME. (Temblando.) Todavía no, no... Un poco más.

J. LEON. (Con severidad.) ¡Oh! no quieres seguirme...

SALOME. Sí, sí; contigo siempre, siempre... Pero no olvides la condición primera que te puse.

J. LEON. Que nos casaremos, sí.

SALOME. Pero pronto, pronto.

J. LEON. Tan pronto, que si sales de aquí esta noche, mañana tempranito serás mi mujer.

SALOME. ¿De veras? ¿Me lo aseguras?

J. LEON. Ya te dije que hay en Biniés un curita que me ha prometido casarnos. Es grande amigo mío. El pobrecito está enfermo. Hoy fuí á verle, y me dijo: «Date prisa, date prisa, que yo me muero.»

SALOME. ¡Angel de Dios! Que viva siquiera un poquito más, para que nos eche las santas bendiciones... (Con alegría.) ¿Pero es verdad que nos casaremos? ¿No me engañas?

J. LEON. (Ofendido.) ¡Oh!

SALOME. Te creo. Debo creerte... No extrañes que dude de todo, pues desde que nos queremos, y por querernos tan á la calladita, vivimos tú y yo encenagados en la mentira... ¡la mentira! que es lo que más he odiado siempre. ¡Oh! si me llevas, que sea para entrar muy á mis anchas en la ley, para no ocultar nada y sacar al ros-

tro la conciencia. ¡Nos casamos; soy tu mujer; cumplimos con Dios y con los hombres, y viva la santísima verdad!

J. LEON. (Meditabundo.) ¡La verdad!... ¡Ay, Salomé de mi vida, yo también quiero poseerla y respirarla, como el asfixiado que anhela llenarse de aire los pulmones!

SALOME. Así te quiero. ¡Qué gusto oírte maldecir la mentira!

J. LEON. La mentira mala, se entiende.

SALOME. Pues qué, ¿hay mentiras buenas?

J. LEON. Te diré: de algunas no podemos renegar, sin renegar de la vida.

SALOME. Explícame eso.

J. LEON. Eres una inocente, y por tu inocencia te quiero más. Óyeme: ¿cómo hemos de condenar en absoluto la mentira, si mentiras hay de tal poder y hermosura que ellas gobiernan el mundo?... Ficciones y engaños nos envuelven, Salomé. El orden social, todo ese mecanismo del cual ves aquí la última ruedecilla, se funda en mil cosas contrarias á la verdad. La verdad apenas existe en el mundo. Sólo es verdad Dios Omnipotente y su ley soberana. ¿Y qué sería de nosotros, pobres desterrados en este mundo tristísimo, si ese Dios tan bueno no hubiera puesto en lo mejor de nuestra alma la imaginación, la gran mentirosa, que nos consuela con deliciosos embustes?

SALOME. La imaginación... (Aturdida.) ¿Qué es?

J. LEON. Si lo sabes.

SALOME. ¡Ah, sí!... soñar despierta; creer lo que nos gusta, y figurarnos tener lo que no tenemos.

J. LEON. La imaginación arrulla nuestra alma y adormece nuestras penas. A ella debemos mil consuelos: la poesía, que es como un cristal, por el cual vemos todas las cosas más bellas de lo que son.

SALOME. ¡Oh, qué bonito!

J. LEON. Pues si esa facultad preciosa nos engaña para endulzarnos la vida, la Naturaleza no es menos mentirosa, porque ahí tienes el cielo que parece azul...



SALOME. (Comprendiendo.) Ya...

J. LEON. Y ese sol que parece que anda, y...

SALOME. (Festivamente, interrumpiéndole.) Bueno; deja al sol y al cielo que mientan todo lo que quieran, y reneguemos nosotros de la mentira. Por vivir en ella, tú y yo estamos condenados.

J. LEON. ¡Condenados, sí! El vivir solo es ya condenación. Pero el amor salva, el amor redime, y prevalece contra todos los infiernos de acá y de allá.

SALOME. ¿Contra todos?

J. LEON. (Con efusión.) Sí, sí.

SALOME. (Con entusiasmo y amor.) ¡Oh, me enloqueces con lo que dices... y la manera de decirlo! ¿Dónde, dónde has aprendido eso? ¿En cuantas Universidades estudiaste? ¿O es cosa de tu talento natural, sin ninguna ciencia?

J. LEON. Esto lo sabe cualquiera, vida mía.

SALOME. Pues mira: no vas descaminado. Porque todo eso que has dicho, todo, todo, lo había pensado yo. ¿Qué tal? Lo que no tengo en mí es la palabra para poder decirlo. Tú has leído mucho, y sabes cuanto hay que saber. Hablas como los libros más bonitos. Tu lenguaje me trastorna, y yo te quiero con toda mi alma. (Se abrazan.)

J. LEON. ¡Corazón divino; noble criatura!... (Transición.) Pero no perdamos tiempo. ¿Estás dispuesta á seguirme?

SALOME. (Con resolución.) Sí.

J. LEON. ¿Esta noche?

SALOME. (Después de vacilar.) Sí.

J. LEON. Dios te bendiga.

SALOME. No creas; siento una pena...!

J. LEON. Fuera miedo. Comprendo, eso sí, que ha de dolerte la separación de cosas y personas que has visto desde niña.

SALOME. ¡Ay, qué pena!... ¡La casa... mi pobre tío, que es tan bueno y me quiere tanto!... Estas paredes, aquellos árboles... (Mirándolo todo con amor.) las montañas, hasta el suelo, León... ¡Qué triste se pone todo, cuando pienso que me voy! Lloran las cosas, ¿verdad? ¿Pues y los

pobres animalitos? ¡Parece que lo han comprendido, y me miran con una cara tan triste!... Todo, todo. También las piedras tienen algo que hablar cuando las piso, y esta mañana, cuando fui á la fuente, hasta el chorri-  
llo del agua me decía: «Salomé, no te vayás.»

J. LEON. (Abrazándola con pasión.) Pues yo te digo: «Salomé, alma mía, ven.» Y vendrás. Animo. Tú me has dicho: «Contigo, al fin del mundo.»

SALOME. Y más allá; (Con infantil alegría.) pues donde acaba el fin del mundo, empieza el principio de la eternidad.

J. LEON. ¡Qué hermoso es amar! Bendigo mi desgracia, porque á ella debo el conocerte y hacerte mía.

SALOME. ¿Iremos á Francia?

J. LEON. Si no arrecia la persecución contra mí, pienso arrendar una granja modesta y bonitísima... río abajo: verás... con buena casa, molino, huerta... Limpiaré los cauces, transformaré el molino, aplicando el salto de agua á una pequeña industria. Podré mover un torno para fabricar objetos de boj. Al propio tiempo, cultivaré la huertecita á estilo de la Ribera, con un esmero que desconocen los labradores de por acá.

SALOME. ¡Oh, qué bonito! (Batiendo palmas.) Trabajaremos. Pues mira, León: hasta podría suceder que nos hiciéramos ricos.

J. LEON. ¡Quién sabe!

SALOME. Y entonces, el tío Gastón y el primo Santiago nos perdonarán.

J. LEON. Pero no cantes victoria tan pronto. Aún no tengo la granjilla, y mientras la consigo, nos estableceremos en Santa Lúcia, en una casita vieja construída entre las ruínas del castillo de los Templarios. No falta comodidad. (Poco antes aparece Barbués por el fondo cautelosamente, y les oye las últimas expresiones. Aguarda como esperando á que vengan los demás. Vicenta y Prisca entran precipitadamente por la derecha, y despavoridas se abalanzan á Salomé.)

## ESCENA XI

DICHOS; VICENTA, PRISCA y BARBUÉS

VICENTA. ¡Que vienen!

PRISCA. ¡Que están ahí! (En el mismo momento avanza Rarbués, como cerrando el paso á José León.)

BARBUÉS. ¡Alto! (Salomé da un fuerte grito, y espantada se aparta de José León.)

SALOME. ¡Ay! (Vicenta y Prisca la cogen violentamente.)

VICENTA. ¡Ven!

PRISCA. ¡A casa! (Huyen las tres desfavoridas y se meten en la casa.)

## ESCENA XII

JOSÉ LEÓN y BARBUÉS; poco después PATERNOY y GASTÓN, por el fondo. Con ellos vienen y entran algunos hombres; entre ellos DOS MOZOS, que hablan. Hombres, mujeres y chiquillos aparecen en la calle, y contemplan la escena por encima del muro, que tiene poco más de un metro de altura.

J. LEON. ¿Qué es esto?

BARBUÉS. ¡No pienses escaparte!

J. LEON. No he pensado en tal cosa.

BARBUÉS. (Impaciente, llamando por el foro izquierda.) ¡A prisa, á prisa!  
(A José León.) ¡Quieto ahí!

J. LEON. ¡Si no me muevo!

BARBUÉS. Ya he dicho á Jerónimo lo que ocurre. Lo dudaba, y tú me proporcionas prueba plena.

PATERN. (Entra con Gastón; ambos presurosos.) ¿Qué, qué hay?

GASTON. ¿Qué?

BARBUÉS. ¡Les he sorprendido!... ¡Salomé aquí... sola con él!  
¡Sin duda concertaban la escapatoria!

GASTON. ¡Oh, qué villanía! ¡Y no mato á ese perdido!

PATERN. (Conteniéndole.) Calma...

GASTON. Dí, ¿qué buscas aquí?

- J. LEON. (Con acento firme.) El bien de mi vida, y habiendo tenido la suerte de encontrarlo...
- GASTON. ¡En mi casa!
- J. LEON. Vengo para cogerlo y llevármelo á la mía.
- GASTON. ¡Oh, qué afrenta!
- MOZO 1.º ¡Canalla!
- MOZO 2.º ¡Salteador! (Quiéren arremeterle. Paternoy les detiene.)
- GASTON. ¡Ladrón de mi honra! Si sales vivo de aquí, será para ir á la cárcel.
- J. LEON. Señor Gastón, no es noble que usted ultraje y permita ultrajar dentro de su casa, á un hombre que difícilmente puede defenderse en lucha tan desigual.
- BARBUES. Contra los bandidos como tú, no hay ley de igualdad para la lucha.
- J. LEON. Ese que me ha llamado bandido, me hará el favor de repetirlo fuera de aquí, donde no haya tanta gente á su favor.
- BARBUES. Aquí y en donde quiera. (Acometiéndole furioso.) ¡Dios!
- PATERN. (Deteniéndole con vigoroso brazo.) Que no. ¡Atrás! (Conteniendo también á los Mozos.) ¡Atrás he dicho!
- BARBUES. ¡Que salga!
- PATERN. (Con autoridad enérgica.) ¡Quieto todo el mundo! Amigos, tened calma. Yo le interrogaré. No saldrá de aquí sin que oigamos sus descargos. (Rumores de protesta. Paternoy alza más la voz.) ¡Silencio digo! (Callan todos.)
- J. LEON. Al fin suena una voz razonable en medio de este tumulto de rencores. Yo reconozco en Santiago Paternoy autoridad sobrada para interrogarme, para juzgarme si hay por qué, para condenarme si lo merezco. Callen la ignorancia y la rudeza, y hable la razón serena y persuasiva. Yo, que no cedo ante brutales amenazas, me inclino respetuoso (Se descubre.) ante el hombre de acri-solada rectitud, que en todo el país es mirado como persona superior á las flaquezas humanas.
- PATERN. Basta de lisonjas.
- J. LEON. No es lisonja... es verdad.
- BARBUES. Lo primero que tiene que decir...

PATERN. Silencio he dicho. (Con solemnidad.) Tú, Gastón, ¿me autorizas para hablar en tu nombre?

GASTON. Sí.

PATERN. ¿Y tú, Barbués?

BARBUES. Sí.

PATERN. Pues basta. Oir y callar. (Pausa.) A ver; lo primero, ¿cómo te llamas?

J. LEON. José León.

BARBUES. Es falso.

PATERN. No es ese tu verdadero nombre.

J. LEON. Pues si no es ese, dílo *tú*, si lo sabes.

PATERN. Me tutea.

J. LEON. Como *tú* á mí.

PATERN. Está bien. Ignoro tu nombre verdadero; si lo supiera, no te lo preguntaría. (Entra Feliciana por el foro, y sorprendida de la escena, avanza lentamente.)

### ESCENA XIII

BARBUÉS, GASTÓN, PATERNOY, JOSÉ LEÓN; FELICIANA, por el orden que se indica, de izquierda á derecha del espectador. Los demás personajes se agrupan en segundo término.

FELIC. (¿Qué pasa aquí?)

J. LEON. Pues á otro que no fuera el hombre respetable y dignísimo que me interroga, no le contestaría. Ante él, y sólo porque él me lo pide, declaro que mi verdadero nombre no es el que uso.

BARBUES. A ver, á ver. (Todos demuestran gran curiosidad.)

J. LEON. Me llamo Don Fernando de Azlor. Pertenezco á una ilustre familia aragonesa. Zaragoza es mi patria. En Urrea existe mi solar. Discordias de familia, que no tengo por qué relatar ahora, obligáronme á huir de mi casa. Las razones que tuve para ocultar mi nombre, las diré privadamente al señor Paternoy, si se digna escucharlas.

GASTON. ¡Azlor!

FELIC. (Asombrada, persignándose.) ¡Ave María purísima!

BARBUES. ¿Será verdad?

GASTON. ¿Noble? ¿Eres noble? (A Paternoy.) Por su lenguaje, parece persona de esmerada educación. (A José León.) ¿Podrías probar tu nobleza?

J. LEON. Sí por cierto.

BARBUES. Esa señora, Feliciano Bellido, que le conoce de Zaragoza, nos dirá si es verdad...

PATERN. Feliciano, usted...

FELIC. (Dudando.) Yo...

J. LEON. (Con audacia, después de dirigir á Feliciano una mirada de inteligencia.) Que diga si soy ó no don Fernando de Azlor.

FELIC. (Después de corta vacilación.) Digo que... en efecto, con tal nombre se le conocía en Zaragoza.

J. LEON. ¿Lo veis? (Asombro general.)

PATERN. Ahora... nos convendría saber que tu conducta es tan noble como tu apellido.

BARBUES. Eso... y que nos demuestre que no tuvo parte en el asesinato de Alonso Barbués.

MOZO 1.º (Adelantándose con fiereza.) Y en el incendio de las casas de Paternoy, de tus casas, Santiago.

MOZO 2.º (Lo mismo.) Y de las cabañas de la Gorgocha.

PATERN. ¿Qué dice usted?

J. LEON. ¿Yo? ¿Qué he de decir? Nada sé de esos delitos. Los que torpemente me acusan, son los obligados á demostrar mi culpa; y si no lo hacen, yo les enseñaré, aquí ó en donde quieran, el respeto que se debe á la verdad y á la inocencia.

FELIC. (Bien: á bravura nadie le gana.)

BARBUES. (Queriendo acometerle con los dos Mozos.) ¡Nos provoca el indino!

PATERN. (Conteniéndolos.) Quietos...

GASTON. No es ocasión de tratar de eso. Lo primero es lo primero.

PATERN. Y ese asunto incumbe á los tribunales.

BARBUES. (Con fiereza.) Cuando no hay justicia, nosotros, el pueblo, la inventamos.

PATERN. Calma. Ahora, explíquenos el señor don Fernando la razón de encontrarse en esta casa.

GASTON. ¡Eso!

J. LEON. Si ya lo saben, ¿á qué he de repe tirlo?

FELIC. ¡Bah! Historia vieja y manoseada, señores míos. El pícaro amor, que concierta las voluntades de los jóvenes sin contar con la de los padres... y menos con la de los tíos.

PATERN. (A José Jeón.) ¿Se ha prendado usted de Salomé?

J. LEON. Sí, señor. Y á ella no le parece mal corresponderme. Será mi esposa.

GASTON. ¡Eso no... Cristo! Antes la vea yo muerta que en poder tuyo.

J. LEON. Salomé es libre, mayor de edad...

GASTON. Que no, digo. Primero la mato.

PATERN. Esas cuestiones no pueden resolverse así.

GASTON. ¡Y tú, tú, eres capaz de hacer causa común con ese hombre!

PATERN. No hago causa común más que con la razón y la verdad, según yo las entiendo.

BARBUES. Santo eres, digno de estar en los altares; pero no tienes alma de aragonés.

GASTON. (A Paternoy.) ¿Qué dices á eso?

PATERN. Que soy hijo de padre navarro y de madre aragonesa: de modo que tengo toda la tenacidad del mundo en mi alma, y que la pongo al servicio de lo que creo justo y humano.

GASTON. Bien, bien.

J. LEON. ¡Qué hombre!

PATERN. ¿Mi opinión, amigos míos, vale algo en esta casa y en este pueblo?

GASTON. Eso sí.

TODOS. Sí, sí.

PATERN. ¿Me tienen por hombre recto y justo?

TODOS. Sí, sí.

PATERN. ¿Me confirmas tú la autoridad que antes me diste?

GASTON. (Con desaliento.) Confirmada. Acatamos tu criterio. Decide tú. Figúrate que eres el padre...

PATERN. Pues decido que interroguemos á Salomé. Sin conocer sus sentimientos, no puedo resolver nada.

BARBUÉS. Bueno va...

GASTÓN. Oigámosla, pues.

PATERN. Voy por ella. (Sale por la derecha.)

BARBUÉS. ¡Zapa! Enredosos trámites veo aquí, muchos dimes y diretes. Más que de santidad, me da en la nariz olor de curia.

GASTÓN. Aguardemos su resolución, que ha de ser de justicia.

BARBUÉS. (Mirando hacia la derecha.) Aquí vienen ya.

## ESCENA XIV

GASTÓN, BARBUÉS y los DOS MOZOS, á la izquierda; JOSÉ LEÓN, en el centro derecha; FELICIANA, al extremo derecha; PATERNOY, trayendo de la mano á SALOMÉ, pasa al centro.

PATERN. Ven, no temas.

SALOME. (¡La Virgen sea conmigo!) (Sin atreverse á levantar del suelo los ojos.)

GASTÓN. (A Barbués.) ¡La muy bribona... con esa cara de inocencia... engañarme así!

BARBUÉS. (A Gastón.) Lo que digo, Jerónimo. A estos ángeles, desde chiquitos, se les va enseñando con una vara.

PATERN. Hija mía, ¿amas la verdad? ¿Comprendes que diciéndola en ocasiones tan solemnes como esta se sirve á Dios?

SALOME. (Temblando.) Sí, señor, amo la verdad.

FELIC. ¡Infeliz, cómo tiembla!

J. LEON. (Sugiriéndole, aparte.) ¡Alma mía, ten valor! ¡La verdad, la verdad pura!

PATERN. Bien. Todos saben aquí que te hice proposiciones de casamiento. Nunca me respondiste con la claridad que yo pedía. Hazlo ahora...

SALOME. (Trémula, azorada.) Yo... Santiago... yo...

PATERN. Ya sé que me estimas. Pero no es eso. No vaciles en hablar con toda la sinceridad del mundo. Yo no me ofendo. Echo los hierros á mi amor propio. A ver: te lo pregunto en la forma más sencilla. Salomé, tú... no quieres casarte conmigo.



- SALOME. (Sin alzar los ojos del suelo, después de una pausa, dice.) No, señor.
- J. LEON. ¡Bendita boca!
- GASTON. Es para matarla... No, Santiago, eso no vale.
- PATERN. ¿Pues no ha de valer? Sigo. Salomé, alza los ojos. Mira á ese hombre, mírale... Ese hombre dice que tú le amas. ¿Es cierto? (Espectación: pausa.) ¿Es cierto, Salomé?
- SALOME. (Con gran esfuerzo.) Sí, señor.
- FELIC. Total, que se han dado juramento de casarse ó morir. (¡Habrás tontos...!)
- PATERN. ¿Y es cierto lo que dice Barbués, que habías accedido á dejar tu casa y á huir con él...?
- SALOME. (¡Ay de mí!) (Con angustia.)
- PATERN. Confesión difícil es esta, hija mía. Haz un esfuerzo, y nada temas, que aquí estoy yo para defenderte.
- SALOME. Pues... sí... sí, señor... habíamos pensado...
- GASTON. (Sin poder contenerse.) Ahora yo... Déjame, Santiago. Quiero decirle á esa ingrata, á esa pérfida, desleal criatura... (Salomé solloza acongojada.)
- PATERN. (Cortándole la palabra.) Basta... Ten calma y piedad.
- GASTON. ¡Y tú sancionas con tu autoridad esta indigna ingratitud!
- PATERN. Calma... Si no he concluído. Un momento más. Salomé, como ves, tu familia no quiere que seas mujer de ese hombre. Ni lo quiere tampoco el pueblo en que has nacido.
- TODOS. No, no. (Callan José León y Feliciana.)
- PATERN. Atendiendo á esto, y por si desearas tú, con la ayuda de Dios, poner un freno á tu loca inclinación, te propongo entrar como arrepentida, con clausura temporal, en el convento de la Esclavitud de Berdún, que yo protejo, y he dotado ampliamente.
- GASTON. (Vivamente.) ¡Ah! sí; transijo... Buena idea.
- FELIC. La esclavitud. Yo también protejo esa santa casa.
- GASTON. La perdono si entra en las Esclavas... Salomé, hija mía, has de ir, quieras ó no.
- PATERN. Poco á poco. Si va, ha de ser por libre y espontánea voluntad.

J. LEON. Que lo diga redondamente; que declare si prefiere entrar en la Esclavitud, ó unir para siempre su suerte á la de este desdichado.

BARBUES. Que lo diga.

PATERN. Vamos, dílo.

SALOME. (Que se ha sentado desfallecida. Paternoy, en pie junto á ella, como protegiéndola.) No sé expresarme... no puedo hablar.

FELIC. ¡Pobrecilla!

PATERN. Dos caminos tienes delante de tí, Salomé, y vas á elegir libremente uno de los dos. Yo te garantizo la libertad. Primer camino: el convento. Segundo camino: este hombre. ¿Cual escoges? No tienes que decir más que una palabra.

SALOME. (Después de honda y angustiosa lucha, responde con voz alterada y trémula.) Este.

PATERN. No hay más que hablar.

J. LEON. (Respirando con fuerza, muy satisfecho.) ¡Ay!

GASTON. ¡Infame!

BARBUES. ¡Bribona!

FELIC. Pero, señor, es natural que prefiera...

GASTON. (A Paternoy.) ¡Y al fin, qué decidimos?

PATERN. ¿Soy yo el que decide?

GASTON. Tú.

PATERN. Pues que se cumpla la ley de amor.

J. LEON. Salomé ha confirmado mi declaración.

PATERN. La ha confirmado, y por mi dictamen, tuya es.

GASTON. ¡Suya!... ¡Santiago!...

PATERN. Mi leal parecer es que se la lleve, y que se casen sin dilación.

BARBUES. Eso es favorecer el mal.

PATERN. Esto es ponerles en el terreno de la responsabilidad, que es el de la justicia.

GASTON. (A Salomé, que llora acongojada, apretándose el pañuelo sobre los ojos.) ¡Infame, Dios te castigará! José León acude en su auxilio. Entran por la izquierda Vicenta y Prisca, y quieren ir también en auxilio de Salomé. Gastón las detiene.) No os acerquéis. Ya no existe para nosotros.

BARBUES. (Queriendo llevarse á Gastón.) ¡Retírate!

GASTON. Sí, no puedo ver esto.

PATERN. Me dísteis poder para sentenciar, y he sentenciado conforme á mi conciencia.

GASTON. ¡Extraña justicia la tuya! (Retirándose hacia la derecha.)

PATERN. He querido imitar, en lo posible, al Supremo Juez, que da á cada uno su merecido, y se vale, para sus desig-  
nios, de las propias pasiones, de los propios hechos  
humanos.

BARBUES. Debíste salvarla.

PATERN. Que se salven ellos, si quieren. Criminales de amor,  
les condeno á la vida, al amor mismo, y á las conse-  
cuencias de sus errores.

GASTON. (Desde la puerta.) ¡Donosa sentencia! (Oyense murmullos de la  
gente que presencia la escena.)

PATERN. ¿Quién me contradice? (Con arrogancia.) ¿Hay alguien que  
se atreva á replicarme? (Con despotismo.) ¡A casa todo el  
mundo! (En medio de un profundo silencio, empiezan á retirarse.)  
Aquí no ha pasado nada.

FIN DEL ACTO PRIMERO



---

---

# ACTO SEGUNDO

---

Habitación humilde, construída sobre las ruínas de un edificio de Templarios.

La mitad de la decoración, á la derecha, representa una arquitectura antigua y robusta, de gruesos sillares. La otra mitad, de construcción pobre, de adobes ó tapiería ligera. Al fondo, una puerta ancha, que da al campo. A la derecha, escalera de piedra que conduce á las ruínas de una torre. En primer término, á la derecha, un paramento de estilo románico, en el cual un Crucifijo grande, tallado en el muro. Bajo la escalera, un hueco practicable. A la izquierda, una puerta ordinaria, que conduce á las habitaciones interiores. Al fondo, un arcón grande. En el centro, hacia la izquierda, una mesa rústica, algunas sillas ó banquetas; en los muros, aperos agrícolas colgados. Madejas de hilo, colgadas de un palo, y una cesta con gruesos ovillos de hilo. Una devanadera. Es de día.

## ESCENA PRIMERA

SALOMÉ, devanando; JOSÉ LEÓN, dormido sobre el arcón; luego GINÉS, que entra por el fondo.

SALOME. (Mirando á José León con ternura.) ¡Pobrecito mío; le ha rendido el cansancio!... Tejeré hasta concluir las diez varas... ¡Virgen Santísima, que un hombre como este, con crianza de caballero y estudios de persona fina, se vea obligado á cortar leña, á hacer carbón y á estos

rudos menesteres...! ¡Oh, no; yo trabajaré para que él descanse!

GINES. (Entra por el fondo con algunos instrumentos de labranza y herramientas, que deja en un rincón.) Ea, ya tenemos aquí lo último que quedaba en la casa de Biniés.

SALOME. ¿Has traído agua?

GINES. Sí, señora; y he encendido la lumbre. No falta más que las especies nutritivas, *vitalibus alimentis*, sin lo cual excusada es la lumbre.

SALOME. Aguarda un poco, hombre. Verás cómo el Señor nos manda algo.

GINES. ¡El Señor! ¡Fíese usted del Señor!...

SALOME. Verás cómo sí. Ginés, eres hombre de poca fe.

GINES. ¡Oh, no, señora; fe no me falta! Yo creo en la misericordia divina; sé que al fin he de salvarme, á pesar de lo mucho que pecho. La verdad: he sido malo hasta dejármelo de sobra. ¡Mire usted que abandonar á las santísimas Madres de la Esclavitud de Berdún, que me criaron, enseñándome á sacristán y jardinero... y lanzarme á una vida vagabunda por zancas y barrancas, vericuetos y llanuras sin fin!... ¡Y meterme á cómico trashumante, pimero, á mercachifle después, entre hijos de tantas madres...! Pero bien lo pago, bien. Porque estos ayunos mayores, este miedo á la Guardia civil, ¿que son sino el palo que levanta sobre mí Su Divina Majestad?

SALOME. Al fin, Ginesillo, nos reconciliaremos con Dios, y seremos felices y buenos.

GINES. *Amén*... ¿Quiere que vaya á la huerta de Bellido, ahí, detrás de la torre, y pida patatas, una col... *et reliqua*?

SALOME. (Vivamente.) ¿Qué has dicho? ¡Si no te callas...! Antes pediré yo limosna por los caminos que humillarme á Feliciano, la viuda escandalosa...

GINES. Si está en Ansó... Rara vez viene acá.

SALOME. Mejor... Ginés, no, no... Huye del demonio...

GINES. ¿El demonio?... ¡Si es muy guapa!

SALOME. (Enojada.) Tonto... ¿qué sabes tú?

- J. LEON. (Que despierta y se incorpora.) ¡Ginés!
- GINES. ¿Qué?
- J. LEON. ¿Has concluído la mudanza? ¿Está aquí todo, la herramienta, los aperos, los sacos de hilaza?
- SALOME. Todo está aquí.
- GINES. Menos la maleta chica, que no he podido encontrar.
- J. LEON. ¿Se habrá perdido?
- GINES. No lo creo. Se encargó de traerla la tía Blasa, y... no sé.
- J. LEON. Si se pierde... Pero nada hay en ella que pueda comprometerme... al menos no recuerdo... Bueno: ¡jirás pronto á ese recado?
- GINES. Ahora mismo. Y permita San Pascasio bendito, abogado de las respuestas favorables, que la tengamos conforme á nuestros deseos. (José León indica por señas á Ginés que no hable de aquel asunto delante de Salomé.) ¡Ah, sí!
- J. LEON. (En voz baja.) ¿Llevas la carta?
- GINES. Aquí la tengo.
- J. LEON. Pues date prisa... ¡Vivo, Ginés!
- GINES. ¡Volando! (Vase por el fondo.)

## ESCENA II

JOSÉ LEÓN, SALOMÉ

- SALOME. ¿Qué recado es ese?
- J. LEON. (Meditabundo, mirando al suelo.) Nada... Solicitando el arriendo de esa finquita... ya sabes... Allí estaremos muy bien, y podremos vivir, ¡ay! (Suspirando fuerte.) mejor que en estas desdichadas y tristes ruínas.
- SALOME. ¡Oh, sí; esto es muy triste!... Esa torre, la negrura de esas piedras... Pero nada me agobia el alma como la vecindad de la maldita viuda... (José León, abstraído, no la oye.) Feliciana, hombre, ¿no oyes lo que te digo?
- J. LEON. ¿Feliciana?... ¿Y qué te importa?
- SALOME. La aborrezco... ¡Dios me lo perdone!... desde que me dijeron que la habías tratado en Sangüesa.
- J. LEON. (Sentándose á su lado.) ¡Bah, bah! No te ocupes de eso, vida mía. (Queriendo mudar de conversación.)

SALOME. ¡Cuánto me gusta que me llames *vida mía!* Vida mía, vida tuya; es decir, que soy tu propia vida.

J. LEON. (Con ternura.) Y mi esperanza, y mi sér todo. Sin tí, no habría en mi alma más que tinieblas. Yo soy el mal, Salomé; y siendo el mal, he ganado el bien. ¡Qué cosa más rara! te he ganado á tí, te poseo, eres mía. Soy un réprobo que se cuele en el Paraíso. Eso de que Dios castiga á los malos, no es verdad siempre. A mí me ha premiado... ya ves.

SALOME. ¡Lisongero!... Por decirme una flor, no blasfemes.

J. LEON. Pues sólo te diré que te adoro, que quisiera tener muchas almas, para con todas ellas, adorarte; para, con todas ellas despreciar por tí los trabajos, las miserias, las persecuciones; para, con todas ellas, fundir mi voluntad en la tuya, y ser al fin á tu imagen y semejanza.

SALOME. (Suspirando fuerte.) León de mi vida, tú no eres bueno.

J. LEON. ¿Por qué lo dices?

SALOME. Tu conciencia no está tranquila.

J. LEON. (Con tristeza.) No.

SALOME. (Parando de devanar, le mira fijamente.) Mírame, León. No sé qué veo en tus ojos... una sombra de cosa negra que anda por dentro...

J. LEON. Puede ser.

SALOME. Algún recuerdito malo. Cuéntamelo todo. ¿No dices que mi vida es tu vida? Pues que sean míos tus secretos.

J. LEON. ¡Mis secretos! Ya posees algunos.

SALOME. Sí; me has confesado una falta grave... la tremenda mentira que soltaste aquella tarde cuando Santiago te interrogó. Falso es también el nombre de don Fernando de Azlor. El verdadero ¡gracias á Dios! me lo has dicho á mí.

J. LEON. (Vivamente.) A tí sola... Cállate.

SALOME. Gran pecado es usar un nombre falso. ¡Ah, la mentira! Aún vivimos en ella, León. (Con profunda pena.) Seis días hace que salí de casa de mi tío; ¡qué tarde aquella, qué



vergüenza, qué angustia! salí con la certeza de que nos íbamos á casar en seguida, y todavía...

J. LEON. Pero ¿qué culpa tengo yo de que la misma tarde de San Pedro hiciera la gracia de morirse el curita de Biniés, que me había prometido casarnos?

SALOME. Sí... ya sé que no es culpa tuya...

J. LEON. Nos casaremos... y pronto... A todo trance he de conseguir el molino y la huerta... ¡Verás qué hermosura de casita!... ¡Viviremos tan bien, tan bien...! No como ahora, hija mía; que esto no es vivir, pues cuando se carece hasta de lo más preciso para la subsistencia...

SALOME. Pero no faltan almas piadosas que nos amparen. Tenemos á esa bendita Santamona, que nos trae víveres de lo que recoge en las casas de los ricos. (Mirando al fondo.) Aquí está ya.

### ESCENA III

DICHOS; SANTAMONA, por el fondo, con una gran cesta colgada del brazo.

SANTAM. Buenas tardes, condenaditos míos. Mirad, mirad lo que os traigo.

SALOME. (Suspendiendo el trabajo.) ¡A ver, á ver? (Ponen la cesta de Santamona sobre la mesa, y van sacando.)

SANTAM. Pan.

J. LEON. ¡Cuánta cosa buena! (Saca un porrón de vino.)

SALOME. (Sacando paquetes.) ¡Azúcar, chocolate, café!...

J. LEON. ¡Pobre Santamona! Tan vicjecita y tan incansable. Pero ¿no te fatiga el venir hasta aquí?

SANTAM. A mí no.

J. LEON. ¿Cuántos años tienes?

SANTAM. ¿Qué sé yo?

SALOME. Esta no tiene años. Es eterna.

J. LEON. Jamón.

SALOME. (Gozosa.) Alubias; medio cabrito asado... Me río de la cara que va á poner Ginés cuando vea esto.

- J. LEON. ¡Pero qué Santita esta tan re-mona! Y díme: ¿no temes que te acusen de proteger á pillos? Porque, francamente, habremos dejado en Ansó una fama horrorosa.
- SANTAM. Oh, sí; medianilla fama dejásteis. Pero eso á mí poco me importa; ni nada tengo yo que ver con la opinión de tejas abajo.
- SALOME. Voy á preparar la cenita. (Coge varias cosas y se va por la izquierda.)
- J. LEON. A ver, Santamona, con franqueza; ¿qué idea tienes de mí?
- SANTAM. La peor idea que se puede tener.
- J. LEON. (Con amargura.) Y con razón, Mónica bendita; yo no soy bueno. En mi vida hay bastantes puntos oscuros.
- SANTAM. Guárdatelos. Nadie te pregunta nada.
- J. LEON. ¿Por qué lo dices...? (Alarmado.) ¿Acaso sabes...?
- SANTAM. No, hijo; yo no sé nada, ni quiero.
- J. LEON. ¡Puedo asegurarte una cosa: á medida que iba yo tratando á Salomé, sentía en mí unas ganas de... de reconciliarme con Dios y los hombres!
- SANTAM. Buen pájaro estás tú. (Levántase.)
- J. LEON. Y desde que la traje conmigo, parece que la conciencia se me remueve desde lo más hondo, y mi alma se llena de una deslumbradora claridad. Ah, Santomona; yo quiero ser digno de la celestial criatura que me ha deparado mi destino.
- SANTAM. Dios te ha tocado en el corazón. Pues vuélvete á Dios, regenerate, límpiate de tus horrorosos pecados...
- J. LEON. ¡Límpiate! ¡límpiate! ¡Qué fácil de decir!
- SANTAM. Más fácil de hacer. (Recogiéndose la basquiña.) Fíjate en el ejemplo que te doy. Voy á limpiaros toda la casita, y á dejárosla como un espejo. ¡Luego traeré mis yerbas del campo, y os lo pondré todo tan fresco y hermoso!... Verás.

## ESCENA IV

JOSÉ LEÓN, SANTAMONA, GINÉS

- GINES. He sentido fragancia de víveres, y vengo desalado.
- J. LEON. Ginesillo, hoy estamos en grande.
- GINES. (Buscando algo que comer en la mesa.) Glorificada sea Santamona bendita. (Come pan.) *Accipite panem... et manducate.*
- SANTAM. Goloso; no comas ahora, que se te quitará la gana.
- GINES. Pues para eso cómo, ¡caramba! para que se me quite.
- SANTAM. (Dándole el porrón.) Vaya, bebe un poquito, borrachón.
- GINES. *Similiter et calicem.* (Empina y bebe.)
- SANTAM. ¡Ay qué gandules! Como no se les dé de comer toditos los días del año, ya les tiene usted cayéndose de hambre.
- GINES. (Queriendo abrazarla.) *Glorificamus te.*
- SANTAM. Quita, quita, moscón. (Dirigese á la izquierda y retrocede.) ¡Ah! se me olvidaba lo mejor. (Metiendo la mano en una profunda faltriquera de su refajo, saca unos cigarros.) Tomad...
- J. LEON. (Gozoso.) ¡Tabaco!
- GINES. ¡Hosannah!...
- SANTAM. Ahí tenéis, perdularios, para que no os falte ningún vicio... (Vase por la izquierda, segundo término.)
- J. LEON. No se olvida de nada.
- GINES. ¡Beata, beatísima!...

## ESCENA V

JOSÉ LEÓN, GINÉS

- J. LEON. (Cerrando las dos puertas de la izquierda, y cerciorándose de que no le oyen.) ¿Qué hay? ¿Qué noticias me traes?
- GINES. Medianas... La viuda...
- J. LEON. Habla bajo... Pero dí, ¿cómo has vuelto tan pronto?
- GINES. Si está aquí, en la huerta del Temple. Cuando yo iba para allá, me la encontré en su borriquilla. Hoy viene á pasar el día aquí, con los niños.

J. LEON. ¡Ah, maldita! ¿Sabes lo que esto significa? Una persecución en toda regla.

GINES. Pues volvíme con ella. Hízome entrar en la casita...

J. LEON. ¿Leyó mi carta?

GINES. Sí; pero... como si no.

J. LEON. ¿Le dijiste de palabra lo que pretendemos?

GINES. ¡Menudo sermón eché por esta boca!

J. LEON. (Impaciente.) Pero ¿qué responde?

GINES. A ver si recuerdo una por una sus palabras: «Díle á ese perdido que si quiere la granjilla y el molino, que se fastidie y venga á verme y á tratar conmigo, y que no me mande acá... pasmarotes.»

J. LEON. ¡Bribona! Quiere que yo la visite, le ruegue, le... ¡Oh, la conozco bien!

GINES. ¡Pues, hijo, vaya un trabajo!... Vas, le dices...

J. LEON. No, no iré. Salomé es muy celosa. Podría creer...

GINES. ¡Ay, Dios mío, qué escrúpulos! No veo yo por qué se ha de enterar Salomé... Pues no tendremos la granjilla si no vas, ea. La señora, bien se le conoce, quiere verte de cerca, hablar contigo... tiene de tí, según parece, recuerdos muy gratos.

J. LEON. No lo son tanto para mí. (Receloso de que le oigan, y bajando la voz.) A tí, Ginés, que eres mi amigo más leal, puedo contarte... Dos años há me encontré á esa mujer en Sangüesa. Entonces tenía yo mejor pelaje que ahora.

GINES. Lo creo.

J. LEON. Entonces no era posible que viese yo á una mujer guapa, aldeana ó señora, sin que al instante, con una audacia impetuosa y hasta grosera, no la requiriese de amores. ¡Oh, qué tiempos, Ginés!

GINES. Total, que...

J. LEON. Que á mi acoetividad, para enamorarla, correspondió ella con su prontitud para prendarse de mí. Le caí tan en gracia, que... En fin, conquista más rápida y feliz, no podrías imaginarla.

GINES. (Oyéndole gozoso.) Todo, todito me lo imagino. Sigue.

J. LEON. Entonces era yo un perdido.

GINES. ¿Entonces?

J. LEON. Aún tenía algún dinero. No pensaba más que en satisfacer mis locos apetitos. Donde hubiera pendencies, desorden, aventuras, embriaguez, juego, mujeres, allí estaba yo.

GINES. (Regodeándose.) ¡Ay, qué vida!

J. LEON. Después... la cruel realidad me ha enseñado mucho; he cambiado radicalmente; y por fin, desde que me deparó mi suerte la incomparable mujer que á mi lado tengo, todo aquel pasado escandaloso me inspira vergüenza, repugnancia.

GINES. Ya... el diablo harto de carne... Sigue contando.

J. LEON. Pues si rápida fué la victoria, no tardó más mi cansancio. Mientras yo tenía que disimular con mil artificios corteses mi antipatía, ella me abrumaba con su amorosa constancia. Huf, me siguió, no ciertamente con pretensiones de matrimonio, pues no quiere volver á casarse.

GINES. Pues mira tú, ese desinterés me gusta.

J. LEON. Es, por demás, extraña esa mujer. Su egoísmo tiene un fondo de abnegación que le desconcierta á uno, y... En fin, Ginesillo, á fuerza de astucia y flexibilidad para no dejarme coger, logré poner entre esa mujer y yo, una honesta distancia. Acabó la historia de amor. Pero luego la fatalidad que llevo conmigo, me ha deparado dos ó tres encuentros con mi antigua conquista. Y no es eso lo peor, sino que, siempre que con ella me tropiezo, se disponen los pícaros acontecimientos de modo que yo necesito de algún favor ó auxilio, y que ella se brinda generosamente á prestármelos. Y aquí me tienes nuevamente amarrado á mi falta por la gratitud, que en este caso, como en otros muchos, mi querido Ginés, es un castigo, un cruellísimo castigo.

GINES. Pues, amiguito, vete á verla; pero pronto, pronto, y tendremos la granjilla.

J. LEON. ¿Lo crees tú?

- GINES. Como si la tuviera en la mano. Y te va á conceder el arrendamiento *gratis et amore*... ¡Oh!, ganga de las gangas! ¡Hombre, corre, no pierdas un minuto! Si no vas, no cuentes conmigo... yo te dejo... Yo no aguanto más esta vida de presidiario.... Me vuelvo con mis monjitas.
- J. LEON. (Meditabundo, mirando al suelo.) Iré; no hay más remedio que ir y humillarme... Tienes razón; lo primero es buscar medios de subsistencia, salir de este nido de lechuzas...
- GINES. Pero, ¡qué mayor gloria para tí que tener el remedio de tus cuitas tan á la mano, en la voluntad de esa viuda tierna...!
- J. LEON. Iré, no lo dudes... ¡pero si vieras lo que me cuesta!
- GINES. Pues, chico, yo no tendría inconveniente en ir en tu lugar...
- J. LEON. No bromees...
- GINES. Y en último caso, ¿qué temes tú, que tu mujer...? Pero si no ha de saberlo. (Mirando por las rendijas de la puerta de la izquierda.) Salomé, muy enfrascada en sus pucheros; la santa, fregoteando con jabón y estropajo... ¡José León, ahora ó nunca! Media horita, hijo, y mañana tenemos casa, huerta, molino, saltos de agua, y saltamos de la pobreza á la fortuna, y ganaremos dinero, y seremos ricos, digo, honrados, digo, las dos cosas.
- J. LEON. (Decidiéndose. después de vacilar.) Tienes razón: el mal camino, andarlo pronto. (Da unos pasos hacia el fondo. Ginés le detiene.)
- GINES. Un momentito... Ya no me acordaba...
- J. LEON. Qué, ¿hay alguien por ahí? Entonces, no voy. Me desagradaría que me vieses...
- GINES. (Mirando al campo por el fondo) Al venir<sup>3</sup> acá, ví á Paternoy á caballo.
- J. LEON. ¡Paternoy!
- GINES. Parado estaba en las casas de Larraz. Habrá pasado ya... No le veo.
- J. LEON. No salgo... Te digo que no voy.

- GINES. ¡Ah, sí!... Mírale, más allá del puente, hablando con dos hombres á pie. Aguárdate á que pase.
- J. LEON. ¿Y si no pasa?
- GINES. ¡Ah! (Con una idea feliz.) Vete por ahí, por las ruínas. (Señalando la escalera de piedra.) ¡Qué tonto, no haber discurrido!... Mira, pasas por un gran hueco que hay en la parte de allá de la torre... sigues por el muro como unos diez pasos, luego un saltito, ¡pín! y estás en la huerta.
- J. LEON. Pero de veras, ¿se puede...?
- GINES. ¡Tonto, si por ahí salto yo todos los días para afanar un par de cebollas *quandoque lechugam!* Por ahí no te ven ni las moscas.
- J. LEON. (Receloso, mirando á la izquierda.) Salomé...
- GINES. No hay cuidado... (Vigilando las puertas de la izquierda) Pronto, León... Luego te vuelves por afuera.
- J. LEON. Allá voy...
- GINES. Buena suerte, hijo. (Vase León por la escalera, procurando no hacer ruido.)

## ESCENA VI

### GINÉS, PATERNOY

- GINES. Por ahí nadie le ve... Que Dios le inspire, á ver si... (Aparece Paternoy en la puerta, con botas de montar y látigo.) ¡Ah!... Señor don Santiago... Adelante... (Con desconfianza.) (¿Visita de santo? *Malorum*. No me fío.)
- PATERN. (Avanzando despacio y observando la casa.) ¡Qué aspecto de miseria! ¿No está ese hombre?
- GINES. No señor, ha ido al río, á ver si pescaba unas truchas... ¿Quiere el señor descansar?... ¿Viene de caza?
- PATERN. No.
- GINES. Ya le he visto á caballo... ¿Va el señor hacia la villa?
- PATERN. (Secamente.) No. Preguntón estás...
- GINES. Dispéñseme.
- PATERN. Ahora me toca preguntar á mí... ¿Has visto por aquí

á Primitivo Barbués y otros amigos, que salieron de Ansó esta mañana?

GINES. No señor, no los he visto. (Aparte, receloso.) ¡Dios me valga, esos brutos aquí!

PATERN. ¿Y á Jerónimo Gastón, mi tío, no le has visto tampoco?

GINES. Puede creerme que no.

PATERN. Sí te creo. ¿Pero no hay nadie en esta casa?

## ESCENA VII

DICHOS; SALOMÉ, por la izquierda.

SALOME. ¡Oh, Santiago!... (Se asusta al verle.)

PATERN. No me esperabas. Descansaré un momento. (Se sienta.)

GINES. (Mirando al campo por el fondo.) Ahora veo al señor Barbués, y á otro, que vienen como de las casas de Larraz.

SALOME. (Asustada.) ¡Barbués!

PATERN. ¡Luego les veré! (A Ginés.) ¡Ah! antes que se me olvide. He dejado mi caballo atado á un chopo, al otro lado del puente. Harás el favor de cuidármelo... no se suelte...

GINES. Sí señor... Le daré un pienso... Voy. (Vase por el fondo.)

## ESCENA VIII

PATERNOY, SALOMÉ

PATERN. Parece que te has asustado al verme.

SALOME. Sí: primo mío; la virtud sin tacha... me asusta un poquitín.

PATERN. ¿Dónde está... ese hombre?

SALOME. (Turbada.) ¡Mi marido?... no sé... aquí estaba.

PATERN. Habla con más propiedad.

SALOME. Le llamo así porque hemos tenido la intención de casarnos. Pero no sé si sabrás lo que ocurrió.

PATERN. Sí. ¡Casualidad como ella! ¡Morirse mosén Javierre la misma tarde!... ¡Pobre Salomé! ¡Pobrecita de mi alma!

SALOME. No fué culpa nuestra que...



- PATERN. No, si de la rectitud de tu intención no tengo duda. De la suya, no puedo decir lo mismo... ¡Ay, hija mía! yo creí que la enseñanza y la corrección de la realidad serían lentas, aunque al fin eficaces. Me equivoqué en la apreciación del tiempo. La ejemplaridad y tu castigo han venido demasiado pronto, mucho más pronto de lo que yo creía.
- SALOME. (Asustada.) ¿Qué me dices, Santiago? Ahora sí que me asusto de veras.
- PATERN. Motivos tienes para ello. Dime, ante todo: ¿quieres á ese hombre... todavía?
- SALOME. ¿Por qué me lo preguntas?... Le quiero, sí.
- PATERN. ¿Hoy como ayer...?
- SALOME. Más, más.
- PATERN. Pues disponte para un atroz martirio.
- SALOME. ¡Santiago!
- PATERN. La justicia le sigue los pasos... Y ahora parece que se ha encontrado un rastro seguro...
- SALOME. ¡La justicia!... ¿Por qué?...
- PATERN. ¡Ah!...

## ESCENA IX

PATERNROY, SALOMÉ; SANTAMONA, por la izquierda, segundo término, secándose las manos con un paño.

- SANTAM. Te he puesto la alcobita como los chorros del oro.
- PATERN. ¿Estabas tú aquí, Mónica? Me lo figuraba. Donde hay miserables que socorrer, tristes que consolar, no puedes faltar tú.
- SANTAM. Ni tú. (Contempla á Santiago con cariño y admiración.) Aquí le tienes. Mirémonos en este espejo. ¡Un hombre que en la fuerza de la edad abandona el mundo, y desprecia todo, amores, riquezas, opinión, para ponerse al servicio de Dios en austera penitencia!...
- SALOME. ¡Qué hermosura! ¡Dichoso quien tiene ese valor!
- PATERN. Ningún mérito hay en esa resolución que es hija del

desaliento y del cansancio de tanta pequeñez y vanidad.

SANTAM. Aquí donde le ves, ya ha empezado á repartir su caudal entre los pobres.

PATERN. Calla. ¿Qué sabes tú?

SANTAM. Sí que lo sé, y lo digo. No te valen tus marrullerías. Verás: á Las Esclavas de Berdún les ha dado una casa magnífica, que fué convento del Cister; al hospital de Hecho...

PATERN. (Con altanería.) Basta. Suspende el panegírico. Tengo que hablar á ésta de cosas que le interesan más.

SANTAM. Ya... has venido á arreglarle el casamiento...

PATERN. Y para ello, lo primero que necesito saber, es el verdadero nombre y el estado civil de José León.

SALOME. (¡Ay, Dios mío!)

PATERN. Porque aquello de «Soy don Fernando de Azlor», fué una picaresca improvisación, un rasgo teatral para salir del paso, y conjurar la tormenta que se le venía encima... El verdadero nombre es otro.

SALOME. (Angustiada.) (¡La Virgen nos ampare!)

PATERN. (Clavando en ella una mirada penetrante.) Y tú lo sabes... Te lo conozco en la cara.

SALOME. ¿A mí?

PATERN. (A Santamona.) Y tú lo sabes también, viejecilla celestial.

SANTAM. ¿Yo? Estás fresco.

PATERN. Y vais á decírmelo...

SALOME. (Vivamente, medrosa.) ¡Ay, yo no sé nada!

SANTAM. Ni yo...

PATERN. (Con ternura y generosidad.) Vamos, Salomé, primita mía, alma de Dios, si tu marido... ya ves... le doy ese nombre para halagarte... si tu marido me declara toda la verdad de sus mentiras, si le veo yo lealmente arrepentido de sus culpas, de sus tremendas culpas, yo le salvaré de la justicia, y os caso, y os mando á Francia, y en paz...

SANTAM. Sí, sí, muy bien. Chiquilla, dí que sí.

SALOME. (Con brío.) No es criminal: digo y sostengo que no es

criminal. No creas á esos locos que le acusan y le persiguen... por delitos inventados, que habrán cometido otros, él no.

PATERN. ¡El no! ¿Estás segura de lo que dices?

SALOME. Segura.

PATERN. ¡Pobrecilla! ¡Qué pena desvanecer tus ilusiones!

SANTAM. Pues ni ésta ni yo sabemos nada del nombre, ea... Cada cual que se llame como quiera. Importan mucho las acciones, los nombres nada.

PATERN. Algo importan para la justicia.

SANTAM. La de Dios es la única verdadera.

PATERN. La humana no puede desatenderse.

SANTAM. La humana tiene sus Guardias civiles, sus jueces y escribanos... Que averigüen ellos los delitos y los nombres, y cuanto hay que averiguar... Salomé, chiquilla, si algo sabes, cállatelo... Que lo diga él, si quiere.

PATERN. Pues que venga; ¿dónde está? A todo trance quiero hablarle y entenderme con él.

SALOME. Aquí estaba. Habrá ido al monte.

PATERN. (Recordando.) Ya sé... Me dijo su compañero que estaba en el río, pescando truchas. Santa incansable y vivarachas, vete á buscarle.

SALOME. Sí, sí.

SANTAM. Voy. ¡Qué buena ocasión! A la margen del río iba yo ahora para hacer mi recolección de follaje silvestre.

SALOME. Allí le encontrarás.

SANTAM. (A Paternoy.) Si le encuentro, le digo que...

PATERN. Procura no alarmarle. Podría escapársenos.

SANTAM. (Con gracejo.) Nada, que él está pescando, y yo voy, y le pescó á él. (Con decisión.) ¡Al río! (Vase.)

PATERN. (Viéndola salir.) Pescadora de almas, ¿quién lo duda?

SALOME. (Cavilosa.) Me da el corazón que no le hallará en el río.

PATERN. Ya parecerá. Y ahora, ¿te obstinas en no confiarte á mí? (Cariñosamente, tomándole una mano.)

SALOME. (Afligidísima.) ¡Oh! Santiago... no sé nada... no sé... Por Dios te pido que no me martirices más.

PATERN. Yo no te martirizo. Quiero salvarte á tí, y á él también.

Y he de conseguirlo: soy muy terco, Salomé. (Salomé llora.) Bueno, hija mía, ya no te pregunto nada. No quiero saber nada. Tú confías sin duda en que queriendo mucho á tu bandido, y sólo con quererle mucho, le traerás á Dios y á la ley.

**SALOME.** ¡Oh, sí, sí! Con el amor puro y acendrado; con la ayuda de Cristo Nuestro Señor y de la Santísima Virgen, á quien fervorosamente se lo pido un día y otro, yo conseguiré traerle al buen camino.

## ESCENA X

**PATERNÓY, SALOMÉ; BARBUÉS,** por el fondo; ha oído las últimas palabras.

**BARBUÉS.** (Con violencia y sarcasmo.) Eso es: al buen camino... já, já... Y por cierto, que ahora le tienes en uno de los más extraviados.

**SALOME.** ¿Qué dice este hombre?

**PATERN.** Salomé espera convertirle con el amor, fortificado por la fe.

**BARBUÉS.** Pues empieza tu campaña, ahora que en el mismo infierno le tienes de patitas. A ver si le sacas y te luces, ángel de Dios. Puedes echarle un sermoncico desde aquí y mostrarle el santo escapulario, á ver si consigues que le suelte el diablo gracioso que le tiene entre sus uñas.

**PATERN.** Pero ¿qué dices? (Con autoridad.) Habla claro.

**BARBUÉS.** Soy muy aragonés, y á claridad no me gana nadie. Allá voy ¡cógilis! y si duele, que duela. (A Salomé.) Pues mientras tú discurrees aquí, con éste mi señor apóstol, la manera de pescar con divinas redes á tu hombre, él se deja coger, muy místicamente, en las de la hermosa viuda Feliciana.

**SALOME.** (Aterrada.) ¡Jesús!... No puede ser... ¡Calumnia infame!

**BARBUÉS.** ¿Mentiroso yo?... ¿Quieres verlo?

**SALOME.** (Con vivísima ansiedad.) ¿Dónde? ¿cómo?

**BARBUES.** Por aquí. (Por la escalera de la derecha.) Subimos á las ruínas de la torre: te llevo con cuidadito por el muro, y desde el ventanal grande verás á tu condenado cogiendo cerezas, y á la otra condenada comiéndoselas.

**SALOME.** ¡Oh!

**PATERN.** ¡Qué infame! ¿Le has visto tú?

**BARBUES.** (A Salomé con sarcasmo.) Invoca á la Santísima Virgen.

**SALOME.** (Desesperada.) ¡Quiero verlo!

**BARBUES.** Y al Santísimo Padre Eterno, y al Angel de la Guardia civil de los cielos coronados... já, já...

**SALOME.** (Furiosa.) ¡Qué Dios, ni qué Virgen, ni qué ángeles!... Oh, ya no soy quien soy... No siento á Dios en mí. La rabia me hará blasfemar.

**PATERN.** (Queriendo calmarla.) ¡Desdichada! ¡Y pensabas con tu bondad angelical enmendar á ese perverso!

**SALOME.** (Trastornada.) ¡Bondad yo! No, no la tengo; nunca la tuve. (Apretando los puños.) Soy una mujer mala; soy una serpiente, una bestia feroz... ¿Pero es verdad? Sí, sí... Bien claro lo veo... No me engañó quien me dijo que fué su amante, que quizás lo era todavía... (Transición.) ¡Ay, no; no es verdad!... ¡Aquí, casi en mi propia casa, venderme así! Tú me engañas, Barbués; eres el odio, la ruín venganza... Tú, Santiago, que eres el perdón, la generosidad, dime que este hombre me engaña; quiere matarme.

**BARBUES.** Pues lo verás.

**SALOME.** Sí, sí; ahora mismo. Aunque de rabia me muera, lo he de ver. Llévame, llévame; te lo pido. ¡Oh! y si es verdad, le ahogaré... mataré á alguien. Me siento criminal, me siento asesina... Llévame.

**BARBUES.** (Sin atreverse, consulta á Paternoy.) ¿La llevo? ¿Conviene que vea...?

**PATERN.** Sí.

**SALOME.** Vamos.

**BARBUES.** Por aquí. (Salen precipitadamente por la escalera de la derecha.)

## ESCENA XI

PATERNY; SANTAMONA, por el fondo, con un fajo de hierbas aromáticas.

PATERN. (Paseándose inquieto por la escena.) ¡Fatal complicación!

SANTAM. (Con tristeza.) Pues en el río no está.

PATERN. Se ha ido á pescar á otra parte, á la mar bravía.

SANTAM. Lejos están los mares de Dios.

PATERN. Más cerca de lo que tú crees. ¿Qué traes ahí?

SANTAM. Es mi pasión. Adornar las viviendas con romero y tomillo, y aromatizarlas después de bien limpias.

PATERN. Si se pudiera hacer lo mismo en las conciencias.

SANTAM. Algo se pega de las viviendas á las almas.

PATERN. (Oliendo los ramos.) Esto refresca el espíritu. Es como tu conciencia, que trasciende á las purezas del campo y á la paz de la Naturaleza. Pero en mala ocasión lo has traído, pobre santica.

SANTAM. ¿Por qué, hijo? (Se sienta, y extiende los ramos en la falda.)

PATERN. Porque mal dicen estos emblemas de la inocencia en la guarida de un criminal.

SANTAM. ¿Qué ocurre? (Alarmada.) He visto por ahí gente alborotada, rondadores de semblante ceñudo. Antes entró aquí Barbués...

PATERN. Aguárdate, y verás algún paso doloroso, que desgraciadamente ni tú ni yo podremos evitar.

SANTAM. Tú, sí; tú puedes evitarlo, porque á tí, malos y buenos, te respetan y te aman. Tu autoridad se impondrá hoy como siempre. No permitas que entre aquí la maldad.

PATERN. ¡Ay, la maldad no tiene que entrar aquí, porque está dentro!

SANTAM. (Haciendo ademán de recoger los ramos.) ¡Dentro!

PATERN. Sí: recoge, recoge. Llévate el ramaje oloroso para tu casita, que más bien es santuario.

SANTAM. ¿Pero es criminal? ¿Lo sabes ya?

PATERN. Casi, casi.

SANTAM. (Con gravedad, levantándose.) Santiago, no se puede juzgar

á nadie sin ver su interior. ¿Has visto tú el de ese desdichado?

PATERN. No.

SANTAM. Pues Dios, que lo ve y lo conoce, le dará su merecido. (Cariñosamente.) Santiago, angelote mío, maravilla de esta tierra ansotana, no permitas que persigan cruelmente al prójimo, que le acosen, que le cacen como á las fieras del monte.

PATERN. (Con profunda tristeza, cogiendo maquinalmente un ramo.) No podré impedirlo.

SANTAM. Criminal ó inocente, ampárale, escúdale tú. Así serás digno de tu nombre cristiano y de los dones que ha derramado el Señor sobre tí. Eres bueno, buenísimo; pues aspira á ser perfecto. ¿Lo harás? ¿Impedirás toda acción inhumana? Entre imitar á Barbués é imitar á ese... (Señalando al Cristo.) elige.

PATERN. (Meditabundo.) Se elige lo mejor, pero sólo se hace lo posible.

SANTAM. (Hablando con el Cristo.) ¿Verdad, Jesús mío, que con tu amparo impediremos la maldad?

PATERN. Ayúdame tú.

SANTAM. (Con una idea súbita.) Pongamos todo esto á los pies de la Santísima imagen. (Coge los ramos y entrega uno de los mayores á Paternoy.) ¿Ves...? el laurel robusto y fragante, tu conciencia; que desprecia las tempestades, siempre mirando al cielo... Ponlo, ponlo tú, que eres más alto. Yo no alcanzo. Soy muy chica.

PATERN. (Poniendo los ramos á los pies del Cristo, en una repisa, que debe estar preparada, para hacerlo rápidamente.) Dame acá... Así... ahora, aquí...

SANTAM. (Contemplando la imagen.) Bien... ¡Qué precioso!

PATERN. (Poniendo más ramos, y sin volver la cabeza.) Pues, sí, viejecilla cándida, yo haré lo que pueda. Por de pronto, urge separar á Salomé de ese hombre.

SANTAM. (Sorprendida.) ¡Separarla!

PATERN. (Volviéndose, concluída la operación.) Sí: imposible que continúe á su lado.

SANTAM. ¿Por qué?...

## ESCENA XII

PATERNÓY, SANTAMONA; SALOMÉ, BARBUÉS, por la escalera de la derecha; GASTÓN, que se detiene en la puerta del foro.

PATERN. ¿Qué has visto?

SALOME. ¡Mi muerte! (Consternada, trémula, el rostro demudado.) ¡Infame, traidor! ¡Oh, Dios mío, Virgen de la Misericordia, yo quiero morirme! (Paternoy acude á ella y la sostiene.)

BARBUES. (Acercándose al fondo donde está Gastón.) Ya lo ha visto: puedes pasar.

GASTON. (Llegándose á Salomé.) Hija mfa, despréciale. Y aquí me tienes dispuesto á sacarte de este infierno. (Salomé se separa de ellos, como azorada, corriendo hacia Santamona, á quien abraza.)

PATERN. (Que forma grupo con Barbués y Gastón, á la izquierda del proscenio.) No esperéis que os revele el secreto del nombre. Es inútil preguntárselo.

SALOME. (Con Santamona, á la derecha del proscenio.) Le he visto, Santamona. Estos ojos lo han visto, estos ojos con que te veo á tí... La abrazaba... No, no; ella le abrazaba á él, así... (Remedando.) ¡Cómo se le conocía el contento de verle! Y él, ¡qué cara ponía!... Como la que me pone á mí... Y sin duda le decía cosas muy dulces y muy tiernas, porque ella le miraba... así... (Remedando.) riéndose con lágrimas, ¿sabes? con aquella cara hermosa... horrible.

SANTAM. Hija mfa, sosiégate, y no hagas caso de los que te inciten á la venganza.

SALOME. ¡Oh, no le defiendas! Santamona, déjame... (Se aparta de ella. Santamona la persigue y trata de alcanzarla.)

SANTAM. Pero mujer, aguarda.

BARBUES. (A Gastón y Paternoy.) Yo la cojo en esta trampa que traigo aquí. (Saca una cartulina envuelta en un papel.) En las revueltas de La Foz, nos encontramos una maleta. Dentro libros, alguna herramienta inservible, ropa hechas girones... y entre las hojas de un libro... este retrato.



PATERN. (Mirándolo.) Es Feliciana.

BARBUES. Salomé, oye...

PATERN. Basta. Dejadla en paz ya.

GASTON. Hay que auxiliar á la justicia.

BARBUES. Y aquí la justicia, á falta de otra mejor, somos nosotros.

(Cogiendo á Salomé de una mano.) Chica, ven. Mira: aquí tengo un retrato... ¿La conoces? (Se lo muestra, sin entregárselo.)

SALOME. ¡Ah!... ¡Ella es!... ¡Dámelo, dámelo! ¡Quiero escupirlo, pisotearlo!

PATERN. ¡Dámelo á mí! (Recogiendo el retrato de manos de Barbués.)  
¿Pero sabéis fijamente á quién perteneció esto y lo demás que encontrásteis en la maleta?

GASTON. Aún no. Quizás lo sepamos pronto.

BARBUES. Dale una vuelta.

PATERN. ¡Ya!... (Mirando la cartulina por el reverso.) ¡Una dedicatoria!

BARBUES. ¡Léela!... ¡Que la oigamos todos!

PATERN. Es un nombre desconocido.

GASTON. Quizás no lo sea tanto. ¡Lee!

PATERN. (Leyendo.) «Recuerdo de Sangüesa. A mi adorado y fiel... Martín Bravo.»

SALOME. ¡Él es!... (Vivamente.) ¡El mismo! ¡Ese es su nombre!...  
¡Adorado y fiel! ¡Ah! ¡Perverso, desleal!... ¡Dénme el retrato, dénmelo, porque al retrato y al nombre, quiero hacerlos pedacitos así.

PATERN. ¡Martín Bravo!...

BARBUES. (Satisfecho.) ¡Si no podía ser otro!

GASTON. ¡Martín Bravo! Sí, contra quien dictó hace tiempo el juez mandamiento de prisión.

BARBUES. Procesado por diferentes delitos, ha sabido burlar á la justicia... Pero, ahora... ¡Zapa! Yo le juro que las paga todas juntas.

SALOME. (Que oye espantada lo que dicen Barbués y Gastón.) ¡Dios mío!...  
¡Qué he hecho! (Con fiereza.) ¡Pero bien hecho está! ¡Venganza, justicia! ¡No le tengo lástima! (Transición brusca.)  
¡Sí le tengo lástima, sí, sí!... ¡Le vendí!... ¡Ay, ay, qué horrible amargura! ¡Y le llevarán á la cárcel, al patíbulo!... ¡Moriremos los dos!

GASTON. Tú, no, pobre mujer ultrajada. (La abraza.) Ahora, apártete sin tardanza de tan infame compañía.

PATERN. No puede continuar aquí.

GASTON. Mi opinión es que la llevemos á casa. Ahora, tú dirás.

PATERN. Propongo que la llevéis á La Esclavitud de Berdún.

GASTON. ¿Y á mi casa no? Bueno. Lo que tú creas mejor, eso se hará.

PATERN. ¡A La Esclavitud, á La Esclavitud! ¡Aprovechad estos momentos!

BARBUÉS. Ahora mismo, sí.

GASTON. Traeremos un coche. De grado ó por fuerza irá.

SALOME. (Angustiada.) Llénenme, sí, llénenme... antes que vuelva. ¡Le he vendido! ¡Qué dirá de mí! ¡Sáquenme de aquí! ¡Tengo miedo!... ¡Malditas mil veces esas ruínas; maldita esta casa en que creí encontrar la felicidad!... ¡Al convento!... Quiero rezar... aquí no puedo... quiero salvar mi alma. ¡Llénenme con Dios!... Santiago, ya ves, hago lo que tú, te imito.... ¡No más amores de este mundo... no más! ¿Verdad, santa mía, que debo irme?

SANTAM. Sí, sí.

SALOME. Pero antes... Quiero pedirle perdón... (Barbués sube por la escalerilla, volviendo á las ruínas.)

GASTON. ¡Perdón tú!

SALOME. Sí, que me perdone... ¿Verdad, Santiago, que debo decirle...?

PATERN. ¡Oh, no!

SALOME. Porque yo también he sido mala... ¡Le he vendido!... Le pediré perdón, y después le echaré al rostro todo el veneno que tengo en mi alma. ¡Oh, cuánto padezco! (Déjase llevar Salomé; pero al ver á Barbués, hace de nuevo resistencia.)

BARBUÉS. Ahora pascan los dos por la huerta y se sientan debajo del ventanal. Los niños van con ellos. El infame les acaricia, les besa; lleva en brazos al chiquitín...

SALOME. (Furiosa, crispando las manos.) ¡Ah, traidor, verdugo, que me has agotado el alma...! (Trata de subir á las ruínas, pero

la detienen.) Quiero verlo otra vez... Acaricia á los niños... ¡bandido! También quiero yo coger á esos niños y hacerlos pedacitos así.

GASTON. (Deteniéndola.) Vamos.

BARBUÉS. Pronto...

PATERN. Llevadla... No os detengáis...

SALOME. (Resistiéndose llorosa.) ¡No quiero, no quiero! (Cógela Barbués en brazos y se la lleva por el fondo.) ¡Ay!

GASTON. (A Paternoy, precipitadamente.) La dejaremos ahora bien segura en las casas de Larraz, hasta que venga el coche, y luego volveremos.

PATERN. No, aquí no tenéis que volver.

GASTON. ¿Cómo es eso?

PATERN. (Con altanería.) Digo que no volváis, ni tú, ni Barbués, ni nadie... Y no es que lo suplique: lo mando.

GASTON. (Resignándose.) Bien. ¿Y quién atrapa al infame?

PATERN. Eso corre de mi cuenta. (Empujándole.) ¡Vete, vete!

### ESCENA XIII

#### PATERNOY, SANTAMONA, GINÉS

PATERN. (Muy inquieto.) Pero ese hombre... No, no me voy de aquí sin hablarle.

SANTAM. ¡Justicia rencorosa del pueblo! No eres quien eres, Santiago, si consientes....

PATERN. Vete á buscarle. No, iré yo. Tú, recoges la ropa de Salomé y la llevas á las casas de Larraz, de donde saldrá esta tarde para el convento.

SANTAM. A la Esclavitud iré yo con ella. No puedo abandonarla.

GINÉS. (Presuroso, por el fondo.) Señor, ¿le traigo el caballo?

PATERN. Todavía no... Vienes á tiempo. Busca á ese hombre... Que venga al instante. Le espero aquí. Díle que su vida está en peligro.

GINÉS. ¡Ay, Jesús! ¿pues qué ocurre? He visto que se llevan á Salomé...

SANTAM. (Mirando desde el fondo, con Paternoy.) Allá van, sí. ¡Infeliz criatura!

- GINES (En el proscenio.) ¡Dios mío de mi alma, qué olor á chamusquina! ¡Pobre Ginés! ¡qué va á ser de tí!... ¡Ponte en salvo, hijo mío! ¡Ay, madrecitas de Berdún, quién se viera en vuestra dulce Esclavitud!)
- PATERN. (Impaciente, desde el fondo.) Llámale pronto... Oye, que no venga por el camino. Por ahí es mejor. Ve volando.
- GINES. Sí, señor, volaré; verá usted qué modo de volar. (Vase por el foro.)
- SANTAM. (Mirando por el fondo.) Ya suben la cuesta de San Roque. Van á las casas de Larraz. Luego todos esos locos volverán aquí...
- PATERN. A la cacería de la fiera...
- SANTAM. Pero tú...
- PATERN. Les he mandado no volver. Dudo que me obedezcan.
- SANTAM. (Viendo venir á José León por las ruínas.) Ya está aquí.
- PATERN. Déjame solo con él. (Vase Santamona por la izquierda.)

## ESCENA XIV

### PATERNY, JOSÉ LEÓN

- J. LEON. (En lo alto de la escalera, sorprendido y receloso.) ¡Paternoy!
- PATERN. Baja sin miedo. Te esperaba. Tengo que hablar contigo. Creí que no te soltaba en todo el día la viudita...
- J. LEON. ¿Quién te ha dicho...?
- PATERN. ¿Lo niegas?
- J. LEON. (Descendiendo rápidamente hasta la mitad de la escalera.) ¿Está Salomé?
- PATERN. Creo que ha salido.
- J. LEON. (Bajando al proscenio.) ¡Ha salido!... (Con asombro é inquietud.) ¿Que ha salido? ¿Quién ha estado aquí?
- PATERN. Varias personas. Algunas volverán con móviles, más que de justicia, de venganza, que es la justicia en bruto, á estilo de los pueblos primitivos.
- J. LEON. ¡Justicia, venganza! De una y otra me defenderé como pueda.
- PATERN. ¿Con qué nombre te defenderás, con el de José León,

con el de don Fernando de Azlor, ó con el de Martín Bravo?

J. LEON. (Herido por el último nombre, se inmuta; pero al instante, domi-  
nándose, disimula su turbación.) ¿Qué?...

PATERN. Martín Bravo he dicho. ¿Te sorprende ese nombre?

J. LEON. (Afectando gran serenidad.) Lo desconozco.

PATERN. Desdichado, no finjas ya. Arroja la máscara, que á pedazos se te cae del rostro, y entrégate á mí, sin acordarte de que me has agraviado.

J. LEON. (Con altanería.) ¿Y quién es usted para pedirme la ver-  
dad? ¡la verdad! joya tan hermosa, que no puede en-  
tregarse al primero que llega. ¿Es usted juez?

PATERN. No.

J. LEON. ¿Es usted sacerdote?

PATERN. Sí y no. Hazte cuenta que lo soy, y mírame como á tal.  
Martín Bravo, confíate á mí sin miedo.

J. LEON. No.

PATERN. Por ciego que estés, no dejarás de ver que empleo con-  
tigo la conmiseración y la piedad, el rencor nunca...  
¿No comprendes mi leal y cristiano proceder contigo?

J. LEON. (Secamente.) No.

PATERN. ¿Ves en mí un vengador?

J. LEON. Sí.

PATERN. ¿Y si te demostrara lo contrario? (Pausa. José León suspira  
fuertemente, é inclina la cabeza sobre el pecho en actitud humilde.)  
¡Oh! ¿Por qué suspiras así? ¡Infeliz, sobre tu concien-  
cia gravita un peso enorme!

J. LEON. (Abrumado.) Sí.

PATERN. Descárgate de él.

J. LEON. No puedo.

PATERN. Ten valor... No te importe que tus revelaciones me  
hieran. El mal que á mí me has hecho, en mi persona,  
en mi hacienda, ténlo de antemano por perdonado...  
(José León calla.) ¡Habla... por Dios!...

J. LEON. (Rehaciéndose.) No, no.

PATERN. Yo sólo veo en tí un igual mío, un prójimo desvalido  
que necesita consuelo.

J. LEON. Dulce palabra... si fuese sincera.

PATERN. ¿Aún lo dudas?

J. LEON. Casi no... Casi creo que usted... me habla con el corazón. Es el caso que ahora .. y no es esto nuevo en mí... digo que siento como un prurito de abrir mi conciencia... unas ganas horribles de sumergirme en la verdad, aunque en ella me ahogue.

PATERN. Sí, sí... Muy bien.

J. LEON. Más para esto... para esto... Tenga usted calma... Necesito hacer acopio de valor espiritual. Ya ve usted que no es fácil.

PATERN. Seguramente no.

J. LEON. Necesito una representación dulce y bella... ¡Que venga Salomé, mi mujer querida, que aunque pecadora, es para mí lo más divino que existe en la tierra!

PATERN. Pues, hijo, lo siento mucho; pero tu mujer no puede venir...

J. LEON. ¿Por qué?... ¡Salomé! (Llamando.)

PATERN. Estuvo aquí nuestro tío, Jerónimo Gastón. Creyó prudente llevársela... y se la llevó.

J. LEON. ¡Condenación!... ¡Me la roban!... ¡Es mía!... ¡Salomé!... ¡Qué iniquidad! ¡No, no!... ¿Qué es esto? (Furioso recorre la escena.)

PATERN. ¡Detente! No puedes evitarlo. Muy lejos está ya. Tu larga permanencia en compañía de la viuda, les dió tiempo para llevársela. La infeliz se va con la evidencia de tu deslealtad. Te ha visto...

J. LEON. (Aterrado.) ¡Me ha visto!... ¡Me ha visto... á mí... allá!...

PATERN. No puedes negarlo.

J. LEON. No niego, no. ¡Si digo que fui... que fui!

PATERN. Y que platicaste de amor con ella.

J. LEON. Sí.

PATERN. ¿Has sido su amante?

J. LEON. Sí.

PATERN. ¿Fuiste á verla porque te llamó?

J. LEON. Sí... Las razones que tuve para visitar á Felicianita...

PATERN. Inventa, hombre, inventa algo con que disculparte.

J. LEON. No invento nada... ¡Rayo de Dios! (Estallando furioso.) Ea, no doy explicaciones. A ella tan sólo las daré. ¡Pero quién, quién me ha robado el único bien de mi vida, mi luz, mi esperanza? Usted quizás, porque es usted la autoridad moral de Ansó, y nada se hace aquí sin su consentimiento.

PATERN. (Con calma desdenosa.) Sostuve y sostengo que esa infeliz no puede estar al lado tuyo.

J. LEON. Usted... (Desbordándose en ira.) ¡Ah, hipócrita, obra tuya es esto! Tú, por despecho de amante ó por fanática soberbia, has discurrido esta solapada venganza... Me quitas mi consuelo, mi salvación. ¡Si no he de ser bueno, ni puedo serlo sin ella! No esperes de mí más que maldades. ¡Soy una fiera! ¡No hay freno para mí! Paternoy, defiéndete, sino quieres que te mate como á un perro... ¡Defiéndete, digo!

PATERN. (Con la mayor serenidad.) No quiero.

J. LEON. (Delirante.) ¡Mira que te malo!

PATERN. No puedo, (Desdenoso.) ni quiero reñir contigo.

J. LEON. ¿Es virtud ó temor?

PATERN. Será... lo que tú quieras.

J. LEON. Santiago maldito, ¿qué casta de hombre eres? ¿Será verdad que eres la perfección humana? Pues si es así, y creyéndolo voy, devuélveme á mi esposa querida, ó llévame á donde está y ayúdame á recobrarla.

PATERN. No puedo.

J. LEON. Devuélvemela, Santiago. ¿Quieres que te lo suplique, que te lo pida de rodillas?

PATERN. Te he suplicado á tí que me abras tu conciencia, y no has querido.

J. LEON. Es que si no recobro á la que es mi única esperanza, he de ser peor de lo que fuí, y para nada quiero tus consuelos ni la paz del alma con que me brindas, porque para mí no puede haber paz, ni bien alguno sin ella.

PATERN. Confiésame tus delitos, y yo te salvaré de la justicia humana.

J. LEON. Dame lo que es mío, lo que nadie me puede quitar.

PATERN. No.

J. LEON. Pues no.

## ESCENA XV

JOSÉ LEÓN, PATERNOY; SANTAMONA, presurosa por el fondo.

SANTAM. ¡Santiago, Santiago!...

PATERN. ¿Qué?

SANTAM. Mira, mira. Ginés se escapa en tu caballo.

J. LEON. (Mirando.) ¡Oh! sí... va como una exhalación. (Aterrado.)  
¿Y quién viene por allá?

SANTAM. Barbués, y con él mucha gente...

PATERN. Estás perdido. No quisiste fiarte de mí.

J. LEON. Que hagan de mí lo que quieran. Me defenderé.

PATERN. Imposible. Son muchos.

SANTAM. ¡Pobrecillo! De esta no escapas. (Señalando el hueco bajo la escalera.) Escóndete aquí.

J. LEON. (Ocultándose.) Sea de mí lo que Dios quiera.

## ESCENA XVI

SANTAMONA, PATERNOY, BARBUÉS; DOS MOZOS, y otros  
hombres, con palos y escopetas.

BARBUÉS. (Con brutalidad.) A ver... ¿dónde está ese perdido... Martín Bravo, conocido por José León?

PATERN. Aquí no está.

SANTAM. No está.

PATERN. Huyó. ¿Oís el galopar de un caballo?

MOZO 1.º (Mirando.) ¡Maldito, escapó!

MOZO 2.º Va como el viento.

BARBUÉS. ¡Demonio... contra-zapa! ¿Le diste tú el caballo?

PATERN. Lo tomó él.

MOZO 1.º (Oyendo y mirando por el foro.) Ya traspone el cerro de las Animas.

BARBUÉS. Aquí hay engaño.

MOZO 2.º El que huye no es José León.



PATERN. ¿Quién es el insolente que se atreve á dudar de mi palabra?

BARBUES. Yo dudo, ea. Tu santidad, que reconocemos, no te estorba para amparar á los criminales.

MOZO 1.º Al matador de Alonso Barbués.

MOZO 2.º Al incendiario de las casas de Paternoy.

BARBUES. Al burlador de la infeliz Salomé Gastón.

PATERN. (Indignado.) Fuera de aquí, gente rencorosa, corazones sedientos de venganza.

MOZO 1.º No nos vamos; no.

PATERN. El que perseguís, aquí no está.

BARBUES. Pues sí que está... Juraría que... (Mirando á la escalera que conduce á las ruínas.)

MOZO 2.º Allí. (Dan algunos pasos hacia la puerta.)

MOZO 1.º Lo veremos.

PATERN. (Interponiéndose con gran decisión y energía.) ¡Atrás!

BARBUES. ¿Qué nos detiene?

PATERN. Mi voz, que debe ser sagrada para vosotros.

BARBUES. Lo es... sí, en cosas de religión y de autoridad... pues...

MOZO 1.º Nos engaña.

PATERN. Que no está aquí, digo.

BARBUES. Sospecho, creo más bien que por fanatismo piadoso le ocultas. Sostienes que no. Para que tu palabra sea creída, confírmala y autorízala con tu misma santidad.

PATERN. ¿Cómo?

BARBUES. Jurándolo. Si lo juras por Dios, como á santo que eres, te creeremos.

PATERN. ¡Jurar yo! Basta que lo afirme.

BARBUES. No basta. Sea testigo esa imagen sagrada. (El Cristo de piedra que hay á la derecha.)

SANTAM. ¡Jesús mío, confúndeles!

PATERN. (Colérico.) ¡Fuera de aquí, digo!

BARBUES. (Dirigiéndose á Santamona.) Esta es más santa que tú, y en jamás de los jamases ha dicho una mentira... Santa-mona nos va á sacar de dudas.

SANTAM. (Con energía.) ¡Marchaos de aquí! ¡El que llamábais José León, no está.

BARBUES. Júralo, santa.

SANTAM. (Ligeramente turbada.) ¡Que jure... yo! (Después de corta vacilación se decide valerosamente.) Sea... juro que cuanto ha dicho Santiago es verdad.

MOZO 1.º No basta. Que haga la señal de la cruz.

BARBUES. No basta. (A Paternoy.) No basta: has de jurar tú también para que lo creamos y nos retiremos.

PATERN. ¡Yo, yo también? Pues sea. (Con toda solemnidad se descubre y hace la señal de la cruz, y la besa en el momento de decir *juro*.) Por esta cruz, y ante la imagen bendita de Nuestro Redentor, á quien ofendéis con vuestros impíos rencores... juro que el delincuente que buscáis huyó de esta casa. (Santamona hace también la señal de la cruz, y la besa, y jura, pronunciando entre dientes palabras semejantes á las de Paternoy, de modo que se oiga tan sólo la voz de éste. Los movimientos y la actitud, á compás, en ambos personajes.)

BARBUES. Ahora lo creemos.

MOZOS. Ahora sí.

PATERN. (Con la misma solemnidad.) Y juro también, por Dios y por mi fe, que si no os retiráis pronto, con todos y cada uno, sueltos ó en cuadrilla, me atrevo. (Enardeciéndose gradualmente.) Y al que ponga en duda lo que digo, yo, con muchísima santidad, ¡vive Cristo! estoy dispuesto á enseñarle á creer en mí, ahora y siempre. (Se cubre y enarbola el látigo.)

BARBUES. Basta. Nos convenció tu juramento. Creemos en tu santidad, no en tu fiereza.

PATERN. (Con arrogancia y acento amenazador.) Me alegro de que os haya convencido el santo. Si no, ¡ira de Dios! el hombre ha de conveceros en menos que se dice. (Con despotismo fiero.) ¡Largo de aquí pronto!

BARBUES. Nos vamos, sí.

MOZO 1.º Á escape tras él.

MOZO 2.º Con buenos caballos le podremos alcanzar. Hacia Berdún ha ido.

BARBUES. En marcha. (Vanse por el fondo.)

SANTAM. Hemos jurado en falso! (Paternoy cierra violentamente la puerta.)

## ESCENA XVII

SANTAMONA, PATERNOY, JOSÉ LEÓN

PATERN. Sal... (Sale José León.) ¿Y ahora, crees en mí?

J. LEON. Sí. Y á entrambos les tengo por sublimes.

PATERN. Entrérganos tu conciencia.

SANTAM. Eres nuestro.

J. LEON. Mi conciencia no está conmigo. Mi conciencia es mi esposa.

PATERN. Está en manos de Dios.

J. LEON. Devolvédmela vosotros, que sois como Dios.

PATERN. Imposible.

SANTAM. Imposible.

J. LEON. (Angustiado.) Pues no quiero la vida: tampoco la salvación.

PATERN. Desgraciado impenitente, pon tu alma en nuestras manos.

J. LEON. (Con desesperación.) Santos del cielo, de la tierra ó de donde quiera que seáis, no podéis salvarme.

SANTAM. Hijo mío, vuelve en tí. Te redimiremos.

J. LEON. ¡No quiero! (Abrumado, cae en los primeros peldaños de la escalera, é inclinando la cabeza, se clava en ella ambas manos, con rabia y dolor vivísimos.)

PATERN. (Cogiendo de una mano á Santamona para llevársela.) Déjale. Condenémosle á la soledad. (Cruzando las manos ante él con piedad y efusión.) ¡Pobre alma torturada y sin consuelo!... ¡Adiós!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO



---

---

# ACTO TERCERO

---

Patio en el convento de la Esclavitud, de Berdún. A la izquierda, primer término, un portalón grande, por donde se entra de la calle. Una campana en la parte superior sirve para llamar desde fuera. En segundo término, una construcción baja, como pabellón ó casa de jardinero, con puerta pequeña. A la derecha, segundo término, construcción románica, con pórtico monumental, que conduce á las dependencias del edificio, claustros, iglesia, celdas. En primer término, y adosada á los machones de sillería secular, una construcción moderna, que es la enfermería, con puerta. Al foro, rompimiento de emparrado que da paso á la huerta, de frondosa vegetación. Es de día.

## ESCENA PRIMERA

GINÉS, en mangas de camisa, con una cesta de flores, que va escogiendo para formar ramos, y entregarlos á SOR MARCELA.

S. MARC. Verdaderamente, Ginesillo, yo te creí perdido para siempre.

GINES. Perdido, ¡ay! Yo también me lo creí.

S. MARC. Pero, con el favor del cielo, has vuelto á esta santa casa, donde te criaste.

GINES. Más que favor, Madre Marcela, milagro de Dios ha sido mi vuelta.

S. MARC. ¿Milagro?

GINES. Sí, señora.

S. MARC. ¿Y cómo has venido?

GINES. En el propio caballo de Santiago.

S. MARC. De don Santiago Paternoy. Ya nos lo contó él. Pues, mira, le hizo gracia. Confiesa, Ginés, que eres un pillo.

GINES. ¡Bendito animal! Volaba.

S. MARC. Y no sé cómo la Madre Superiora te admite después de dos años de correrías escandalosas entre gentes de mal vivir.

GINES. He visto mucho mundo.

S. MARC. Mundo malo, ¡jay!

GINES. ¿Y qué? Debemos conocer también lo malo para evitarlo. *Iterum impiorum vigilate...*

S. MARC. ¡Calla, tonto!

GINES. Si lo dice David... Y otra cosa: en el perverso mundo aprende uno á expresarse con gracia y soltura, y á pronunciar cada voquible como Dios manda.

S. MARC. ¿También eso?

GINES. Habrá notado usted que me expreso como un caballero. Total, que antes rebuznaba, y ahora... hablo.

S. MARC. En efecto: has vuelto un poco más fino; menos ganso, quiero decir. ¡Ea, ya tenemos bastante! No cortes más. Con esto basta para adornar los altares. (Llaman á la puerta, y abre Ginés.)

## ESCENA II

DICHOS; FELICIANA, en traje de señora, con mantilla, por el portón.

FELIC. ¡Buenas tardes, Madre Marcela!

S. MARC. Señora doña Feliciana, ¡cuánto bueno por aquí!

FELIC. Vengo á visitar á la Superiora. ¿Podré verla?

S. MARC. Creo que sí. Pronto empezará el coro. Vísperas solemnes; luego procesión de la Virgen por la iglesia y los claustros.

FELIC. ¡Oh, qué bonito! Me quedo á la función, y ya tendré coyuntura para hablar con la Madre.

S. MARC. Le pasaré recado.

FELIC. Ya sabe usted: «la viuda de Bellido,» una de las principales protectoras de esta santa casa.

S. MARC. ¡Ah, ya sé!...

GINES. (Con sorna.) ¡Ay, Dios mío de mi vida! ¡Protectora tú! ¡Si debías ser la primera que encerraran aquí! *Super aspidem et basiliscum ambulabis...*) (Cruza con Feliciana miradas de inteligencia.)

S. MARC. De paso que llevo esto, avisaré... (Se retira, y Felician la detiene.)

FELIC. Un momentito... Dígame: ¿esa joven, la sobrinita de Gastón...?

S. MARC. La tenemos en la enfermería. (Señala á la derecha.) Está delicadilla... desasosiego nervioso... accesos de llanto... inapetencia... No es de cuidado... Por lo demás, bien... muy recogida, muy obediente.

FELIC. ¿Arrepentida, por supuesto?...

S. MARC. Oh, arrepentidísima! ¡No le hablen á ella de volver al mundo! ¿Quiere usted verla?

FELIC. No, no. Quizás no le agradecería verme.

S. MARC. ¡Hasta luego!

FELIC. Aquí aguardo. (Vase Sor Marcela por el pórtico, segundo término de la derecha.)

### ESCENA III

FELICIANA, GINÉS

FELIC. (Vivamente.) ¡Grandísimo tunante, tú has de saber dónde está!

GINES. ¿Yo... quién?

FELIC. José León, Martín Bravo, llámale como quieras. Tú le escondes, quizás no lejos de esta casa.

GINES. ¡Señora, yo no sé más sino que llegó á Berdún!

FELIC. Eso también yo lo sé... ¡Qué temeridad de hombre! ¡No hacerse cargo del peligro que aquí corre! Si le cogen, le *linchan*.

GINES. Le... ¿qué?

FELIC. Esto no es latín. ¿Qué entiendes tú de estos términos nuevos, pobre ignorante? Pues aquel día en que estuvo á dos dedos de la muerte, salvándole de milagro la santita y el santón ansotanos, se escondió, ¡qué había de hacer! en las ruínas de la torre del Temple. Yo le mandé comida; quise llevarle á casa. Pero él... ¡Dios nos libre! ¡Ni que fuera mi casa un lugar maldito y pecaminoso!

GINES. ¡Pobre! ¿Y usted cree que escarmienta?

FELIC. ¡Qué ha de escarmentar! ¡Si ahora sale con la más desafortada locura que podría imaginarse!

GINES. ¿Qué?

FELIC. Mi anhelo ha sido y es ponerle sano y salvo en la frontera. Pero él... ¡ay, Jesús! no le hablen de salvarse solo. Nada, nada; que no se va, dice, sin llevarse á Salomé, (Burlándose.) ese ídolo, ese pedazo de serafín, caído del quinto cielo... ¡já, já!... figúrate... Que por recobrar esa joya, asaltará la Esclavitud, aunque tenga que valerse de los malhechores más desalmados.

GINES. ¡Horror de naturaleza! (Fingiéndose escandalizarse.)

FELIC. ¡Vaya, que discurrir el allanamiento de una casa religiosa, en pleno siglo diecinueve, fíjate bien, Ginés, y en una villa en que hay autoridades, Guardia civil... ¿será loco? Pues nada: te habla de ello como de la cosa más natural del mundo. Lo que digo: es un personaje del más puro romanticismo.

GINES. (Con suficiencia.) De romance de ciego... Comprendido.

FELIC. Con que, si sabes dónde está, dímelo, Ginesillo. Quiero disuadirle...

GINES. No lo sé, señora; pero he de buscarle por todos los rincones del pueblo.

FELIC. Y si le encuentras, me avisas en seguidita, ¿eh? En tanto, tú le sermoneas bien. Dile que, para escapar á Francia, cuente con mi protección; pero que, si persiste en su demencia, Feliciana, su antigua y fiel amiga, le abandona.



GINES. Se lo diré.

FELIC. Bien sabe él que, aunque no peco de rigorista en materia de principios, aborrezco las formas violentas, el escándalo, y, sobre todo, el ultraje á cosas y personas sacrosantas. Tolero los desvaríos de amor; pero guardando, ¡cuidadito! reserva decorosa. No me hablen á mí de raptos novelescos, ni de diabluras románticas, que no encajan en la realidad de nuestros tiempos. Por eso... ¿lo has comprendido? (Con misterio.) quiero prevenir á la Madre Superiora para que esté ojo alerta... Lo haré con discreción, sin alarmar, cuidando de no comprometerle á él. Como protectora que soy de la Congregación, debo impedir una barrabasada... Con que, adviértesele para que mire bien lo que hace.

GINES. ¡Ya, ya!... Y estaremos aquí con muchísimo cuidado... ¡Pues no faltaba más!

FELIC. Díme otra cosa: ¿viene acá con frecuencia Santiago Paternoy?

GINES. Casi todos los días. Como que es el sostén principal de la casa. Ahora le tiene usted en la iglesia.

FELIC. Pues no sería malo prevenirle también...

## ESCENA IV

DICHOS; SOR MARCELA, por el pórtico de la derecha; SANTAMONA, por el portón izquierda.

S. MARC. La Madre Superiora espera á usted en su celda. Dentro de un momento bajará al coro.

FELIC. Voy. Estaba predicándole á este pillo para que tome ejemplo de las Santas Madres y siente la cabeza...

S. MARC. Falta le hace. Por aquí. (Vase Feliciano por el pórtico. Suena la campana del portón.)

GINES. ¿Quién llamará? (Estoy en ascuas.) (Con sobresalto.)

S. MARC. Será Madre Mónica.

GINES. (Abriendo.) ¡Ella misma! (Entra Santamona con una cestita de labores de mujer.)

- S. MARC. ¿Tan pronto de vuelta?
- GINES. ¡Si va y viene como una exhalación!
- SANTAM. Aquí le traigo lanas de colores para que se entretenga en hacer toquillas, y trapos de seda para acericos.
- S. MARC. Y ahora, ¿vuelve usted á salir?
- SANTAM. No; aquí me quedo. La acompañaré toda la tarde.
- S. MARC. Entonces podré ir un rato al coro.
- SANTAM. Váyase usted descuidada.
- S. MARC. Ha dicho el señor Paternoy que si quiere salir á la huerta, no se le impida.
- SANTAM. ¡Pobre ángel! Como que su única distracción es coger flores, y oír cantar los pajaritos de Dios.
- S. MARC. Que pasee en libertad... siempre vigilando...
- SANTAM. Descuide, hermana, descuide.
- S. MARC. Bien, bien. Adiós. (Vase por el pórtico.)
- GINES. (Muy inquieto.) (¡Y yo que contaba, santica mía, que no volverías hasta la noche!)

## ESCENA V

### GINÉS, SANTAMONA

- SANTAM. (Va hacia la enfermería y retrocede.) (Algo trama este pillo... Me lo da el corazón.)
- GINES. Señora Mona...
- SANTAM. No me hables á mí, mequetrefe. No quiero denunciarte; no nació mi boca para acusar á nadie. ¡Pero si supieran las Madres tus aventuras!... ¡dónde estabas cuando viniste aquí escapando en el caballo de aquel santo varón!
- GINES. ¿Va su merced á salir ahora con el cuento de que yo era compañero y amigo de...?
- SANTAM. Ya te he dicho que aborrezco la delación.
- GINES. ¡La quiero á usted más! (Besándole la basquiña.)
- SANTAM. Quita, quita... En conciencia, debo advertirte, Ginés, que como te traigas aquí algún enredo, no te escapas de ir á la cárcel.

GINES. ¡Enredos yo! ¡Por la túnica de Santa Orosia!... ¡Qué santa esta más salada!

SANTAM. ¡Verás tú, pillito!... (Entra en la enfermería.)

## ESCENA VI

### GINÉS, JOSÉ LEÓN

GINES. (Medroso, examinando toda la escena.) ¡Ay, qué sustos me hace pasar este condenado! (Va hacia el pórtico de la derecha y mira al interior.) Nadie. Ya entran en el coro. Principian las vísperas.

J. LEON. (Entreabriendo la puerta de la caseta.) ¿Puedo salir?

GINES. Espera... Cuidado.

J. LEON. Ya no más. ¡Me ahogo! Dos horas me has tenido en esta huronera. (Sale despreocupadamente.)

GINES. Y agradece que mi padre ha ido hoy á Jaca; que si no, imposible habría sido esconderte.

J. LEON. DÍ, ¿hay seguridad por aquí? (Por el portón.)

GINES. Nadie puede entrar sin campanillazo.

J. LEON. ¿Las monjitas...?

GINES. Ahora van al coro...

J. LEON. (Recorriendo la escena con desahogo.) ¡Qué hermosa soledad!

GINES. Precaución, amigo... Hace un rato, por poco te descubre Santamona.

J. LEON. ¡Demonio de santa! Veré si puedo entenderme con ella.

GINES. A esa no la engañas tú ni nadie. Mira que ya sospecha...

J. LEON. Sí; ya la oí... Y también me enteré de cuanto charló la viuda. ¡Maldita! Por ella han venido sobre mí tantas calamidades... Ea, resolvamos algo. (Decidido, dirigiéndose á la puerta de la enfermería.)

GINES. (Deteniéndole.) Eh... poquito á poco.

J. LEON. ¿Está sola con la santa?

GINES. Sí; pero aquí no entras tú. Si me comprometes, no hay nada de lo dicho.

J. LEON. Eso... se verá.

GINES. Formalidad, amigo... El trato fué que yo te buscaría

coyuntura para verla y hablarla un poquito, á escondidas de las Madres, y aguardando la ocasión estabas agazapadito ahí, *in tabernáculo tuo*. Tú te obligaste á no profanar este lugar reverendísimo y sacratísimo...

J. LEON. ¿A eso me obligué?

GINES. Y con tal condición entraste.

J. LEON. Pues me vuelvo atrás.

GINES. Tu palabra...

J. LEON. No vale... Entre amigos... Fué un legítimo ardid para franquear esa puerta... Ginesillo, á cuanto yo disponga, tú dirás *amén*.

GINES. No, no; diré *vade retro*.

J. LEON. Ea, ya sabes que conmigo no valen tonterías. Esta tarde, por mediación tuya, y aprovechando la feliz circunstancia de estar las señoras monjas muy entretenidas en su coro y en su procesión, veo á Salomé, hablamos, la convenzo de que debe abandonar su religiosa cárcel, acordamos lo conveniente, y esta noche... á correr, á volar por esos mundos. Si es inútil que trates de disuadirme. Bien dispuesto tengo todo ya. Amigos decididos, caballos de primera. Verás qué inaudita, qué descomunal aventura, y con qué garbo le doy término feliz. Venga mi mujer conmigo, y entra ella y Dios harán de mí lo que ahora no soy, un hombre de bien.

GINES. Total: que para enmendarte, necesitas cometer un sacrilegio. *Opprobium hominum, abjectio plebis*. Mira, tonto; si quieres convertirte, haz lo que don Santiago. Renuncia á todas las vanidades, y métete en la Trapa.

J. LEON. Mi vocación me señala otros caminos. El primero, rescatar á mi adorada esposa. Ella es mi Trapa, mi santidad, mi iglesia, mi cristianismo, mi teología, mi cielo, y no cambio su amor por todas las perfecciones afectadas de este mundo lleno de artificios... ¿Qué, te ríes?

GINES. León amigo, ándate con tiento. No canses á Dios, no le busques el genio ni apures su divina paciencia... Mira que has llevado ya más de un golpe; y el garrotazo final, antójase me que va á ser tremendo.

- J. LEON. ¿Cómo haría yo comprender á tu estolidez que en esta peligrosa y audaz aventura no creo ir contra Dios? Ven acá. ¿No llevamos todos los humanos en nuestra alma un poquito, quién más, quién menos, de la divina esencia que Dios, al hacer el hombre, quiso poner en él?... Esto, por bruto que seas, has de comprenderlo.
- GINES. Sí... algo aquí, (En el pecho.) y aquí... (En la mente.) que... No sé decirlo.
- J. LEON. Que nos impele hacia lo que creemos fuente y origen de todo bien, que nos señala el camino de nuestra salvación...
- GINES. (Vivamente.) Comprendido... Por ejemplo. Es lo que, cuando yo estaba contigo, me decía: «Ginés, lárgate,» y lo que me inspiró la idea de montarme en el caballo de don Santiago y apretar á correr...
- J. LEON. No, no. Confundes el egoísmo con ese otro estímulo, que no puede inspirar nada referente al bienestar material. Te digo que con Salomé á mi lado, siento alentar en mí la esencia divina, y crecer, y llenarme toda el alma. Sin ella, apenas la noto. Disminuye, se achica, se pierde en la inmensidad revuelta de los diarios afanes de la vida.
- GINES. Pues óyeme: le dices á tu divina esencia, que mi esencia humana no la ayudará en esta endemoniada aventura.
- J. LEON. ¿No? Lo prometido me lo has de cumplir... Eh, cuidado, Ginés. He de ver á Salomé esta tarde, y á solas... y pronto.
- GINES. (Alarmado, sintiendo ruido hacia la enfermería.) Bueno... veremos... Escóndete... Ya sale...
- J. LEON. ¿Quién?
- GINES. La vieja. Escóndete.
- J. LEON. ¿La santa? Verás cómo la catequizo.
- GINES. ¡Por la sandalia de San Pedro!
- J. LEON. (Resuelto.) No me escondo... ea.
- GINES. Eso no es lo tratado. ¡Ay, Dios mío! ¿y qué digo yo ahora?

## ESCENA VII

JOSÉ LEÓN, GINÉS; SANTAMONA

- GINES. (Tomando una resolución atrevida para salir del paso.) Santísima señora Mona, no se enfade... Entró sin mi permiso... Yo le escondí para evitar... Míreme de rodillas. (Se arrodilla é intenta besarle los pies.) Le beso la peana... No quiere más que verla, decirle dos palabricas.
- J. LEON. (Con una rodilla en tierra.) Santa de Ansó, yo también me arrodillo ante tí, implorando tu piedad... ¡Verla, verla un instante!
- SANTAM. ¡Perdidos, basta de arrumacos! Yo no soy santa. (A José León.) Tus intenciones al venir aquí, no son tan moderadas como manifiestas.
- J. LEON. ¿Que no?
- SANTAM. No: tú has venido aquí con la sacrílega demencia de robárnosla... Si lo sé... Por el pueblo se susurra ya. Pero como creo firmemente que el Señor no ha de permitir que le quiten su esclava, ya ves qué tranquila estoy, yo que soy su guardiana.
- J. LEON. Bueno. Pues suponiendo que fuera esa mi intención, ¿quién me impediría realizarla? ¿tú?
- SANTAM. Yo, yo solita. No os tengo miedo. Yo no he sabido nunca lo que es miedo.
- J. LEON. ¡Bien, brava santita! Vamos. Ten misericordia de este infeliz. Si no quiero más que verla y hablarla un rato. Me dejas, ¿sí ó no?
- SANTAM. Te vas á asombrar de lo que voy á decirte.
- J. LEON. ¿Qué?
- SANTAM. Y tu asombro será tal, que no creerás á tus oídos.
- J. LEON. (Impaciente.) Dílo pronto.
- SANTAM. Pues... que te permito verla.
- J. LEON. ¿Dónde está?
- GINES. ¡Si es más buena esta santa!
- SANTAM. Eh, formalidad...
- J. LEON. ¿Puedo entrar?

SANTAM. Quietos digo. Venid acá, badulaques. De seguro diréis: «¡qué mala guardiana es esta Santamona, y cómo hace traición á la consigna!»

J. LEON. No diremos eso, no.

GINES. ¡Qué disparate!

SANTAM. Pues sí señor. Esta pícara Santamona, con su conciencia más limpia que el sol, te permite ver á tu adorada. Dios, en mi interior, me dice: «que la vea, que la vea.»

J. LEON. Ya lo creo que te lo dice. Si eres su secretaria...

GINES. Deberíamos canonizarte.

SANTAM. ¡Canonizarme tú! (Amenazándole.) ¡Si no te callas...! (A José León.) ¿Y sabes la razón de esta tolerancia? ¿Sabes por qué consiento que la veas? Porque en verla está tu castigo.

J. LEON. ¡Mi castigo!

SANTAM. Sí señor. Y padecerás tanto, tanto, que en un rato cortísimo, tu dolor será tan vivo como atroces han sido tus crímenes.

J. LEON. No te entiendo...

SANTAM. Y ese dolor intensísimo, puede que encienda en tu alma una hoguera, que al propio tiempo que te abraza, te ilumine, y... (Con donosura y viveza.) ¿Sabes la fábula del caballero don Juan de Urrea, mejor dicho, verdadera historia y milagro del Señor?

J. LEON. No.

GINES. Sí, un noble de Jaca, libertino y mujeriego, que se enamoró de una monja, y ayudado del demonio maldito, quiso robarla...

SANTAM. Y escaló de noche los muros de esta casa, de esta misma casa, que entonces era de la Orden del Cister; y la monja, que por artimañas del Enemigo amaba también al caballero, prendada de su gentileza, salió á su encuentro en este patio, aquí, aquí mismo... Llegóse á ella el don Juan. Pero el Señor había convertido á la dama en un sér monstruoso, y su hermosura en la más horrenda fealdad que puede imaginarse. Horrorizado el galán al verla, salió de aquí como alma que lleva el

diablo, y corre que te correrás, fué á parar al monte, en cuya soledad se iluminó su espíritu, y ya no pensó más que en hacer penitencia y en servir á Dios. ¿Qué? ¿no lo crees? Mira, mira. (Señalando al pórtico románico de la derecha.) En las esculturas que adornan el arco de esa puerta, tienes toda la historia toscamente labrada.

GINES. ¡Sí, ahí está!...

J. LEON. Ya, ya lo veo. (Contemplando ambos la puerta.)

SANTAM. Los siglos han desgastado las figuras, pero la idea no, que es eterna.

J. LEON. (Alarmado.) ¿Y qué?... ¿se ha trocado la hermosura de Salomé en repugnante fealdad?

SANTAM. No... pero... lo que te digo... la idea es eterna. No sólo no te impido que veas á Salomé, sino que quiero que la veas.

J. LEON. Me asustas, santa.

GINES. (Mirando por la derecha.) Paréceme que sale ya.

## ESCENA VIII

SANTAMONA, JOSÉ LEÓN, GINÉS; SALOMÉ, que aparece por la puerta de la enfermería. Viste traje monjil de educanda, con toca y rosario al cinto. Unas flores en el pecho. Detiéndose en la puerta, mirando la escena, sin demostrar interés alguno por lo que ve. Oyese órgano lejano.

J. LEON. (Contemplándola desde el proscenio izquierda.) ¡Ah! aquí está la ilusión de mi vida... ¡Qué hermosa en ese traje!

SANTAM. (En el centro de la escena, deteniendo á José León con un gesto é imponiéndole silencio.) ¡Chist!... No te acerques.

J. LEON. No veo el monstruoso cambio que decías.

GINES. No se fija en tí...

J. LEON. No me ve. (Salomé continúa en la puerta, como una estatua, la vista vagamente perdida en el espacio.) ¡Salomé, hermosa mía!... (Da algunos pasos hacia ella.) ¿No me ves? (Absorto de su inmovilidad.) ¿Pero eres tú...?

SANTAM. Ella es, sí... pero su espíritu no te pertenece. Desconoce tu voz; ha olvidado tu cara.



- J. LEON. Soy yo, León... ¡Salomé, amor de mi vida! (Salomé avanza despacio hacia el centro de la escena, como si nadie hubiese en ella, los brazos caídos, juntas las manos, la mirada sin fijeza.)
- SANTAM. (Conteniendo á José León.) Déjala pasar. Ya ves que no quiere verte ni hablarte. (Salomé mira á José León y á Ginés sin mostrar enojo ni alegría.)
- J. LEON. (Al verse mirado por Salomé, el asombro le hace enmudecer un momento, después dice:) ¿Tan grande es tu enojo, que ni siquiera me miras con lástima?... (Pausa. Se miran los dos en silencio, á distancia.) ¡Y yo que vengo á pedirte perdón del mal que te hice! Si no quieres que la pena me mate, mírame como me has mirado siempre. (Salomé continúa muda. Deja de oírse el órgano.)
- GINES. Ya ves... tan enojada está, que no te perdona, ni siquiera te habla...
- J. LEON. ¿Qué es esto, Dios?
- SANTAM. (Cogiendo las manos á Salomé, y acariciándola.) ¡Pobre chiquilla mía, cordera!... háblale. ¿Por qué no le hablas?
- SALOME. (Con trémula voz, dirigiéndose á Santamona.) Me dan miedo sus ojos... Está vivo aún, tan vivo como allá. (Vuelve á mirarle con profunda atención. Domina en su acento el tono místico, hasta que se indique la transición.)
- J. LEON. (Con dolor y efusión, acercándose.) Alma mía, ¿por qué me tratas así? Soy yo, que penaba por verte, y ahora, viéndote, peno más. (Intenta cogerle una mano, que ella retira.)
- SALOME. No, no, no me ves. Es mentira. Esta y yo somos invisibles. (A Santamona.) ¿Verdad que no nos ve? (A José León.) Vete. No me atormentes. Yo estoy muerta. Yo descanso. Mientras no mueras como yo, no serás conmigo en paz. Tú estás vivo y cargado de culpas.
- J. LEON. ¡Mis culpas, ay! son la cadena que arrastro. Tú me librarás de este horrible peso.
- SALOME. ¿Yo? (Afligida.) ¡No puedo, pobrecita de mí! (Con un poco de familiaridad en el acento.) A los dos, ¿no lo sabes? nos condenó el Señor por nuestras culpas atroces. Condenados fuímos; tú, porque me vendiste; yo, porque te vendí. ¿No te acuerdas? Descubrí tu nombre y te en-

tregué á tus enemigos. Tanto, tanto he llorado, que Dios me ha dicho que me perdonará. Pero entre tanto, aquí me tienes presa. ¿Verdad, santa mfa, que estoy presa? (Santamona hace signos afirmativos.) Esta es una cárcel dulcísima, en la cual los muertos nos alegramos de no vivir.

J. LEON. (Con vivo dolor.) ¡Oh, Dios mío, su razón perturbada!... Siempre fuiste un ángel. Ahora más.

SALOME. (Acentuando su enojo.) No me llares ángel. ¿Que sabes tú? ¡He sido mala, muy mala!

J. LEON. No digas tal.

SALOME. Lo digo... ¡Maldito sea quien me desmienta! (A Santamona.) Estos necios no saben mis crímenes. (Transición al acento dramático.) Yo no los oculto; yo los saco á la cara para que la vergüenza sea mi expiación. Cuando los celos me abrasaron el alma, antes de venir á esta vida á que nos trae la muerte, tuve un mal pensamiento; ¡pero qué malo! Matar á esa perversa mujer, Feliciano Bellido. Callandito, descalza, sin respirar, entré en su casa. ¡Qué noche tan oscura! Pero los celos alumbran en medio de la mayor obscuridad... Entré... acerquéme pasito á paso á la cama en que dormía. Yo llevaba una aguja muy grande, muy grande, para atravesarle el corazón. Llegué... la ví dormida. (Con saña.) ¡Oh! Qué gusto tan grande clavarle la aguja y decirle: «¡Muere infame, para que no vuelvas á quitarme lo que es mío!» La miré mucho, pensando en la mejor manera de traspasarle el pecho, y dejarla seca de un solo golpe, sin que pudiera ni decir Jesús. Pero ¡ay! en el momento de alzar la mano, ví dos niños que dormían con ella... Me entró lástima... Tiré la aguja. Los chiquitines se despertaron, y me miraban asustadicos, sin poder llorar... Entonces... se me ocurrió cambiar de venganza... se me ocurrió que era más bárbaro, más inhumano robarle los hijitos... y se los robé. (Con nerviosa risa.) ¡Qué gracioso! Fué una gran idea, ¿verdad? Ellos se dejaron coger tan calladitos, y

me dijeron que sí, que sí... (Tono infantil.) que querían ser hijos míos. Aquí los tengo, (En las flores que lleva en el pecho.) entre estas flores. (José León hace ademán de coger las flores, pero ella se retira bruscamente.) No, no; son tan chiquirritines, que no podrás verles.

J. LEON. (Consternado.) ¡Oh, dolor mío, más terrible que cien muertes! (Oyese coro de novicias, lejano.)

SALOME. ¡Ah! ¡Silencio!... (Oyendo.) Son las almas, las almas prisioneras... Me llaman... voy... (Se aleja hacia el foro.)

J. LEON. ¡Aguarda!... ¡Un momento más, vida mía!

SALOME. (Con gran agitación.) No, no me llames vida mía. Yo no soy vida de nadie... Llámame ahora... muerte mía. (Vase por el foro.)

## ESCENA IX

JOSÉ LEÓN, SANTAMONA; GINÉS

GINES. (Alarmado, mirando por el pórtico.) ¡Que viene Paternoy!

SANTAM. Ya la has visto... ¡Retírate!

GINES. ¡A la calle!

J. LEON. NO. (Ginés y Santamona le empujan hacia la puerta; pero él se resiste.)

GINES. Que nos comprometes.

J. LEON. Digo que no me voy. (Llamando.) ¡Salomé, esposa mía!

SANTAM. Huyó de tí para siempre... ¡Voy tras ella! (Vase por el foro.)

## ESCENA X

JOSÉ LEÓN, GINÉS; PATERNOY, FELICIANA, por el pórtico.

PATERN. ¡Oh, qué audacia!... ¡Aquí tú!

J. LEON. Sí señor.

PATERN. ¡Desdichado! ¿A qué entras aquí si no podrás verla?

J. LEON. (Con calma, sin jactancia.) La he visto.

PATERN. (Asombrado, reprimiendo su cólera.) ¡Que la has visto!

FELIC. Señor Paternoy, sea usted indulgente con este loco.

Impida que las Madres se alboroten, y prevenga á las autoridades, para evitar cualquier desmán que ciertos ansotanos levantiscos pudieran cometer aquí.

PATERN. (Con displicencia.) Yo carezco en Berdún de la fuerza moral que en nuestro valle tengo; no puedo nada, ni conozco autoridades...

FELIC. (Con resolución.) Yo sí... Y he de poder poco ó conseguiré dos cosas: impedir un atropello y ponerle en salvo.

PATERN. Me parece bien... Vaya usted.

FELIC. Sí, sí. Ginés, acompáñame.

GINES. VAMOS. (Vanse Ginés y Felíciana por la izquierda.)

## ESCENA XI

### JOSÉ LEÓN, PATERNOY

PATERN. Hombre, al menos una vez en la vida, dí la verdad. ¿Has entrado aquí con intención de verla tan solo, ó de robarla?

J. LEON. De robarla.

PATERN. ¿Y me lo dices con ese descaro?

J. LEON. Me has pedido la verdad. ¿No prefieres la verdad descarada, á la mentira con disfraz?

PATERN. Sí. Dime ahora, pues según parece hablas ingenuamente, díme: ¿qué mereces por tan infame idea?

J. LEON. Quizás merezca la muerte. Eso tú dirás.

PATERN. (Dominando su ira.) ¿Y vienes á que yo te la dé?

J. LEON. No; porque eres santo y te negarás á quitarme la vida.

PATERN. (Sin poder contenerse.) No te fíes, indigno; no juegues con el león perezoso creyéndole inofensivo. ¡Sal pronto de aquí!

J. LEON. Aguarda. Para lo que tenemos que hablar, mejor estamos en este sagrado asilo.

PATERN. Lo profanamos, tú con tu cinismo, yo con mi cólera.

J. LEON. ¡Tanto afán porque te entregara mi conciencia, y ahora que en tus manos la pongo, palpitante, chorreando sangre, no la quieres!

PATERN. ¡Tú... entregarme...! No te ereo. Quieres ganar tiempo.

J. LEON. Sí; me entrego, me rindo. (Con efusión creciente hasta el fin del parlamento.) No me rendí á los contínuos reveses que amargaron mi existencia; no me rendí al remordimiento; no me rendí á tu inaudita piedad, y me rindo, ¿ante qué dirás? ante una voz que suena en mis oídos como venida de otro mundo, y remueve toda mi alma; ante una razón perturbada, que ilumina la mía. Quien á todo resistió, no resiste á la pérdida del sér que era su única ilusión, su única fe. Nunca, ni en mis más terribles adversidades, ví la mano de Dios sobre mí. Ahora la veo, y esta mano me hunde, me anonada, me convierte en polvo miserable.

PATERN. (Confuso.) ¿Salomé... su locura, que es una forma de muerte, te...?

J. LEON. ¡Forma de muerte, sí: la peor y más triste! Entré aquí dispuesto á rescatarla por astucia ó violencia, y me la encuentro monstruosamente desfigurada en su hermoso espíritu, ya que no en su exterior belleza. Ella era mi inteligencia; ella mi esperanza de regeneración, mis creencias todas; ella mi presentimiento de lo justo y de lo bueno. ¡Pérdida para mí! ¡Nada tengo que hacer en el mundo! ¡Soy tuyo. Dispón de mí!

PATERN. ¡Hermosa idea si fuese verdad! Para que yo te crea, necesito hechos, no palabras, que tu sutil entendimiento y tu instrucción superior combinan á maravilla.

J. LEON. ¿Hechos dices? Proponlos tú.

PATERN. Propongo una prueba que no aceptarás, porque exige el mayor esfuerzo de la energía humana.

J. LEON. Qué es, ¿quitar-me la vida?

PATERN. No: es más, mucho más terrible prueba.

J. LEON. Díla pronto.

PATERN. Que declares públicamente tus delitos.

J. LEON. ¿Me crees incapaz de esa prueba? Vamos, llévame á donde quieras.

PATERN. Aguarda. (Mirando por el foro.) Salomé vuelve: quiero que habléis delante de mí. (Aparecen por el foro, viniendo de la

huerta, Salomé y Santamona. Oyese más próximo el canto de las novicias.)

## ESCENA XII

JOSÉ LEÓN, PATERNOY; SALOMÉ, SANTAMONA, por el foro. Detiéndense á la entrada de la huerta.

J. LEON. ¡Sombra divina de la que fué mi esposa, inteligencia muerta que fuiste mi vida, déjame verte y hablarte por última vez! (Salomé no se mueve.)

SANTAM. (Adelantándose hasta Paternoy.) La procesión sale ya de la iglesia y viene hacia aquí. Evita todo escándalo.

PATERN. Nada temas. (A Salomé.) ¡Desdichada criatura, acércate!

SANTAM. ¡Ven, mujer! (Salomé avanza recelosa.)

PATERN. (Llamándola á sí.) Ven... ¿conoces á este hombre? (Salomé se aproxima á Paternoy, como buscando refugio á su lado. Los dos y Santamona forman un grupo á la derecha del proscenio. José León á la izquierda.) Díme si le conoces... Martín Bravo.

SALOME. (Experimentando una sacudida nerviosa al oír el nombre.) ¡Oh! ¡no sé... no le conozco. (Trémula y desconcertada.)

PATERN. Díme: ¿te unirías nuevamente á él?

SALOME. (Vivamente.) Sí. (Con desaliento.) Pero no puede ser. Yo estoy muerta. Soy espíritu. Y él vive, ¡maldita vida!

PATERN. (Contemplando á José León.) ¡Infeliz, cuánto padece!

SANTAM. (A Salomé, cariñosamente.) Mándale tú que ponga su redención en nuestras manos.

SALOME. ¿Yo? yo no mando.

PATERN. En él, sí. Tu voz es la única que le llega al fondo del alma.

SALOME. (Mirando fijamente á José León.) ¿Por qué calla...? ¿En qué piensa?

SANTAM. Su conciencia le abruma.

PATERN. Teme el castigo. Sobre él recaerá quizás una sentencia terrible.

SALOME. Sentencia, ¿de quién?

SANTAM. De la ley.

PATERN. Díme: si tú fueras la ley, ¿le condenarías?

SALOME. ¡Sentenciar yo...! (Con leve inflexión humorística.) ¿Hoy me toca sentenciar?

PATERN. Hoy, y siempre.

SALOME. Pues le mandaré que abandonase la mentira y viniese á mí, á nosotros, que somos la verdad.

J. LEON. (Sin moverse de su sitio.) ¡A la verdad voy, vida mía! (Oyese muy cercano el coro de novicias.)

PATERN. La procesión se acerca. (Se descubren él y José León. Aparecen por el pórtico las primeras figuras de la procesión; una monja llevando el estandarte, dos niños con blandones.)

### ESCENA XIII

DICHOS; GINÉS, presuroso por la derecha.

GINES. Ya Barbués y su gente sospechan que estás aquí. No salgas ahora. Afuera están.

J. LEON. Que vengan. Ya no importa.

PATERN. Déjales entrar.

### ESCENA ÚLTIMA

DICHOS; BARBUÉS, los DOS MOZOS, gente del pueblo. Por el pórtico avanza la procesión. Dos filas de educandas. Sigue la imagen de la Virgen, en andas de plata, adornadas con flores y luces, y llevada en hombros por cuatro educandas. Dos niños con incensario la preceden. Detrás sigue la Comunidad, presidida por la Madre Superiora. Esta, al ver extraño movimiento de personas desconocidas en la escena, se adelanta, seguida de Sor Marcela y otras monjas. Los que han entrado por el portón, detiéndense al ver la comitiva religiosa. Sólo Barbués avanza resuelto y quiere sujetar á José León.

BARBUÉS. Ahora no te escapas.

PATERN. (Con imperioso ademán, manda á Barbués que se reporte.) Que entréis he dicho; pero respetando la santidad del lugar. (Barbués, cohibido, se descubre y se retira hacia la puerta.)

SUP. ¿Qué es esto? Ese hombre... ¿quién es?

PATERN. El mismo lo dirá. (Paternoy, Salomé y Santamona, forman un grupo á la derecha del proscenio. La Superiora en el centro. Más á la izquierda, José León, y junto al portón, Ginés, Barbués y los que le acompañan. Las demás figuras en segundo término.)

J. LEON. (Con entereza y solemnidad.) Generoso Santiago, vosotros, enemigos míos, pueblo justiciero, mujer que fuiste mi encanto, santa Comunidad, tierra, cielo, mundo que ultrajé, Dios que me criaste, mirad aquí una conciencia que se os descubre, arrancada de cuajo, toda vida, dolor, verdad.

SUP. No entiendo...

PATERN. Viene á declarar las culpas de un criminal ausente y á denunciarle á la justicia. ¿No es eso?

J. LEON. ¿Ausente? No tanto; largo tiempo ha vivido en el reino de la mentira; pero ya está cerca de aquí.

PATERN. Sigue. La prueba es terrible, pero concluyente.

J. LEON. Acuso á un hombre que no conocéis; yo sí... á un hombre nacido de honradísimos padres, de imaginación viva, de inteligencia no vulgar; si precoz en los estudios, precocísimo en todas las formas del libertinaje y la disipación. Abandonó, joven aún, su hogar modesto y su lucida carrera, huyendo de sus propios escándalos y de la tempestad de rencores que se levantó contra él... Después de vagar algún tiempo por tierras distantes, encontró en ésta escondite seguro y campo vastísimo para sus locas empresas. El encadenamiento de los errores primero, la miseria después, y el vértigo de las represalias, lleváronle á cometer mil desafueros. Tan grande como su audacia y virilidad para cometerlos, fué su ingenio para ocultarlos y asegurarse la impunidad... Por delirio de amor propio, dió muerte al insolente Alonso Barbués; por venganza de una felonía, al Manco de Tauste; por desesperación y ardiente fiebre del vivir, á un francés de Lascún, que traficaba en metales preciosos... Gravísimos daños causó, por malicia ó despecho, en las personas, en los rebaños, en la propiedad, incendiando las casas de los hermanos



Paternoy, talando la huerta de Larraz, ó entrando á saco varias cabañas en el puerto de Aragües... Llegó un tiempo en que las heces de su conciencia removida amargaron sus ya tristes días, y al fin su alma fué totalmente rescatada por el ardiente cariño de una mujer que Dios envió á su encuentro en aquel camino de perdición. Gracias á esto, el hombre de que os hablo reconoce hoy públicamente sus abominaciones... (Con emoción que su entereza quiere ahogar.) y se entrega indefenso á la justicia humana... y á la misericordia divina. (La Superiora y demás monjas, manifiestan asombro silencioso.)

BARBUÉS. (Abalanzándose á José León.) ¡Es nuestro!

PATERN. (Cogiendo á José León por un brazo y apartándole de Barbués.) ¡Es mío!

SANTAM. (Con alegría, apartándose de Salomé para llegar á José León y ponerle la mano en el hombro.) ¡Es nuestro! Le hemos ganado.

BARBUÉS. (Disputando á Paternoy y á Santamona la persona de José León.) Pertenece á la justicia.

PATERN. No, no; pertenece á la piedad.

SALOME. (Aterrada, huyendo hacia la enfermería.) Tengo miedo: llevadme de aquí.

SANTAM. (Siguiendo á Salomé.) Barbués quiere llevarle á la justicia; Santiago, al consuelo y al perdón.

PATERN. (A José León.) Ven á mí. Serás mi amigo, mi hermano.

J. LEON. (A Paternoy y Santamona.) Gracias, nobles hijos de Ansó, espíritus de clemencia... Me debo á la expiación. Me seduce el suplicio; me enamora la muerte.

PATERN. (A Salomé, ansioso, pidiéndole su concurso para convencerle.) Tú, háblale... disuádele de esa horrible idea del martirio.

SALOME. ¿Yo, yo sentencio ahora? (Con iluminismo y acento místico.) Quiero que venga á mí... Le condeno á muerte...

J. LEON. VAMOS. (Presuroso se agarra á Barbués y corren ambos hacia la salida. Telón.)

FIN DEL DRAMA







# VOLUNTAD



# OBRAS DE B. PÉREZ GALDÓS

## EPISODIOS NACIONALES

EDICIÓN ECONÓMICA: TOMOS EN 8.<sup>o</sup> Á DOS PESETAS

Trafalgar.—La Corte de Carlos IV.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.—Bailén.—Napoleón en Chamartín.—Zaragoza.—Gerona.—Cádiz.—Juan Martín el Empecinado.—La batalla de los Arapiles.—El equipaje del Rey José.—Memorias de un cortesano de 1815.—La segunda casaca.—El Grande Oriente.—7 de Julio.—Los cien mil hijos de San Luis.—El Terror de 1824.—Un voluntario realista.—Los Apostólicos.—Un faccioso más y algunos frailes menos.

Tomando en la Administración los 20 tomos, 35 pesetas.

## GRAN EDICION ILUSTRADA

Diez hermosos volúmenes, conteniendo cada uno dos *Episodios*, con más de 1.200 grabados. Precio en la Administración: encuadernados en rústica 138 pesetas; 168 en tela. Toda la obra, pagada en la Administración, 125 y 155. Idem á plazos, 140 y 170. Para provincias, remitida por correo, sin certificar, 130 y 170, y á plazos 145 y 180. Por suscripción: cuadernos de cuatro entregas á peseta cada uno.

## NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

TOMOS EN 8.<sup>o</sup>

**Doña Perfecta.**—Un tomo, 2 ptas.  
**Gloria.**—Dos tomos, 4 pesetas.  
**Marianela.**—Un tomo, 2 pesetas.  
**La familia de León Roch.**—Tres tomos, 6 pesetas.  
**El amigo Manso.**—Un tomo, 3 ptas.  
**La desheredada.**—Dos tomos, 6 pts.  
**El doctor Centeno.**—Dos tomos, 6 pesetas.  
**Tormento.**—Un tomo, 3 pesetas.  
**La de Bringas.**—Un tomo, 3 ptas.  
**Lo prohibido.**—Dos tomos, 6 ptas.  
**Fortunata y Jacinta.**—Cuatro tomos, 12 pesetas.

**Miau.**—Un tomo, 3 pesetas.  
**La Incógnita.**—Un tomo, 3 pesetas.  
**Realidad.**—Un tomo, 3 pesetas.  
**Angel Guerra.**—Tres tomos, 9 ptas.  
**Tristana.**—Un tomo, 3 pesetas.  
**La loca de la casa.**—Un tomo, 3 pts.  
**Torquemada en la cruz.**—Un tomo, 3 pesetas  
**Torquemada en el purgatorio.**—Un tomo, 3 pesetas.  
**Torquemada y San Pedro.**—Un tomo, 3 pesetas.  
**Nazarín.**—Un tomo, 3 pesetas.  
**Halma.**—Un tomo, 3 pesetas.

**La Fontana de Oro.**—Novela histórica del memorable período de 1820 á 1821 (4.<sup>a</sup> edición).—Tomo en 8.<sup>o</sup>, 2 pesetas.  
**El Audaz.**—Historia de un radical de antaño (1804) (4.<sup>a</sup> edición).—Tomo en 8.<sup>o</sup>, 2 pesetas.  
**Torquemada en la hoguera etc.**—Tomo en 8.<sup>o</sup>, 3 pesetas.  
**La Sombra, Celín, Tropiquillos, Theros.**—Tomo en 8.<sup>o</sup> de 360 págs., 2 ptas.

**Realidad.**—Drama en cinco actos, arreglo de la novela del mismo título por su autor, 2 pesetas.  
**La loca de la casa.**—Comedia en cuatro actos, 2 pesetas.  
**La de San Quintín.**—Comedia en tres actos, 2 pesetas.  
**Los Condenados.**—Drama en tres actos y un *Prólogo*, 2 pesetas.  
**Voluntad.**—Comedia en tres actos, 2 pesetas.

Los pedidos de ejemplares se dirigirán á la casa editorial *La Guirnalda*, San Mateo, 11 duplicado, bajo, Madrid.

# VOLUNTAD

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Representóse en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 20 de Diciembre  
de 1895.



MADRID

Establecimiento tipográfico LA GUIRNALDA  
CALLE DE LAS POZAS NÚM. 12

1896

## PERSONAJES

## ACTORES

---

|                             |                      |
|-----------------------------|----------------------|
| ISIDORA.....                | Srta. Guerrero.      |
| DOÑA TRINIDAD.....          | Sra. Domínguez.      |
| TRINITA.....                | Srta. Blanco.        |
| ALEJANDRO.....              | Sr. Díaz de Mendoza. |
| DON ISIDRO BERDEJO.....     | » Jiménez.           |
| DON SANTOS BERDEJO.....     | » Carsí.             |
| SERAFINITO.....             | Srta. Va'divia.      |
| LUENGO, corredor.....       | Sr. Cirera.          |
| DON NICOMEDES, prestamista. | » Díaz.              |
| BONIFACIO, dependiente..... | » Mendiguchía.       |
| LUCAS, ídem, íd.....        | » López Alonso.      |
| UN COBRADOR.....            | » Torner.            |

---

Director de escena: RAFAEL M. LIERN

---

La escena en Madrid, calle Mayor.—Epoca contemporánea.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla, en España, ni en ninguno de los países con los cuales haya celebrados ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Serán furtivos todos los ejemplares de esta obra que no lleven el sello de *La Guirnalda*, cuya casa editorial, San Mateo, li duplicado, servirá los pedidos que de ella se le hagan.

Los Comisionados de la Administración Lírico-Dramática de don EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.



---

---

# ACTO PRIMERO

---

Trastienda de un establecimiento comercial.

---



- (a) Puerta que comunica con la tienda y el almacén.  
(b) Puerta que conduce á las habitaciones de los dueños del establecimiento.  
(c) Puerta por donde se sale al portal de la casa.  
(d y e) Mesas grandes, sobre las cuales hay multitud de cajas, piezas de tela, vasos japoneses y otros objetos de comercio.  
(f) Mesa con los libros, papeles y utensilios de escribir de una casa de comercio.  
(g) Velador.  
(\*) Sillas.

Derecha é izquierda se entiende del espectador.

## ESCENA PRIMERA

DON ISIDRO, en la mesa, examinando un libro de cuentas, DOÑA TRINIDAD, en el centro, sentada; junto á ella, DON NICOMIDES, sentado como en visita, LUENGO, en pié.

- ISIDRO (Dando un gran suspiro, cierra el libro de cuentas.) Si Dios no hace un milagro, no hay salvación para mi casa.  
TRIN. (Afiigida.) ¡Jesús nos valga!

- LUENGO Querido don Isidro, ánimo. Una retirada honrosa, como dijo el otro, vale tanto como ganar la batalla.
- NICOM. Justo. El valor es plata, la prudencia oro. ¿Que no puede usted vencer? Pues se retira en buen orden, y...
- LUENGO Y acepta el traspaso que le propuse.
- TRIN. ¡Traspasar, rendirse cobardemente! ¡Ay, si viene la miseria no es decoroso que nos entreguemos á ella sin lucha!
- ISIDRO (Con gran abatimiento.) ¡Luchar! ¡Qué bonito para dicho! Pero, en fin, luchemos, alma, luchemos. (Reanimándose.) Cierto que aún podríamos... Luen-go querido, don Nicomedes, yo veo un medio de salir á flóte, con paciencia, y tiempo por delante... pero necesito del concurso de los buenos amigos...
- LUENGO Don Isidro de mi alma, doña Trinidad, bien saben que les quiero como un hijo... ¡Ah, si yo tuviera capital, ya estaba usted salvado! Pero es público y notorio que mis corretajes no me dan más que lo comido por lo servido. El amigo don Nicomedes, á quien hablé esta mañana de parte de usted, ha tenido la bondad de venir conmigo para manifestarles...
- ISIDRO ¿Qué?
- NICOM. Que lo siento mucho, amigo Berdejo, que lo siento en el alma... Pero me coge sin fondos, absolutamente sin fondos.
- ISIDRO ¡Todo sea por Dios! (Con amargura.)
- NICOM. (Con afectación de cariño.) Bien sabe que le quiero como un hermano...
- TRIN. Sí, sí; todos nos quieren como hermanos, como hijos, pero nos hundimos, y no hay quien nos alargue una mano, un dedo, para que nos agarrremos y podamos salir...
- NICOM. ¡Qué más quisiera yo, mis amigos del alma!... (Dudando.) En último caso...

- LUENGO (Aparte á don Nicomedes, pasando á la izquierda.) Cuidado; no ablandarse.
- NICOM. Imposible, imposible... Busque por otro lado... ¿Por qué no intenta usted algo con su vecino del entresuelo, el amigo Morales?
- TRIN. ¡Oh! Morales no hace préstamos.
- ISIDRO Es triste cosa que un establecimiento como éste, tan acreditado, tan antiguo, haya existido más de un siglo con vida próspera y robusta, para venir á deshacerse en las manos del último de los Berdejos, tan honrado como el que más.
- NICOM. Como el primero, eso sí. Digno sucesor de los honradísimos, de los intachables Berdejos.
- ISIDRO Siempre cumplí fielmente mis compromisos. He favorecido á cuantos amigos se acercaron á mí en demanda de apoyo...
- LUENGO (Interrumpiendo.) Ahí, ahí duele... En el comercio, queridísimo don Isidro, no hay enfermedad más peligrosa que el reblandecimiento... del corazón.
- NICOM. Sí, sí. Yo digo que la bondad, la excesiva bondad y confianza pesan mucho. Son como el oro. Nada; que forrado en esas virtudes, se va uno al fondo.
- LUENGO (Riendo.) Está bien.
- ISIDRO Como quiera que sea, queridísimo don Nicomedes, venga usted en mi ayuda.
- NICOM. ¡Oh! Si pudiera... ¡Qué mayor satisfacción para mí!... Pero crea usted que...
- LUENGO A decidirse pronto. Traspase el establecimiento en los términos que le indiqué...
- TRIN. No, no. Lucharemos aún. ¿Verdad, Isidro?
- ISIDRO (Muy abatido.) Sí... luchar... (Irresoluto.) No sé... Dejádme... Estoy loco.
- TRIN. (Viendo entrar por el foro izquierda á Trinita y Serafinito.) ¡Oh! aquí están ya mis niños. (Va á su encuentro.)

## ESCENA II

DICHOS; TRINITA, SERAFINITO, que vienen por el foro, vestidos con relativa elegancia.

LUENGO (Por Trinita.) ¡Qué elegantita, la niña de la casa!

TRINITA (Saludando.) Don Nicomedes...

NICOM. ¡Qué monada de chiquilla!

LUENGO (Por Serafinito.) ¿Y dónde me deja usted á este sabio en leche?

SERAF. Quita allá, ¡bruto! (Con desprecio.)

NICOM. (Saludándole.) Serafín, casi casi estás hecho un hombre. (Serafinito le saluda con frialdad.)

TRINITA Papá, el tío Santos ha venido del pueblo esta mañana. ¿Cómo no está aquí? (\*)

ISIDRO (Distráido.) No sé...

LUENGO Sí; yo le ví entrar en su jaco por la calle de Toledo...

TRIN. Es raro que no esté ya en casa.

ISIDRO Ya parecerá.

TRIN. (Á Trinita cariñosamente.) ¿Y qué tal? ¿Venís de casa de las de Cabrales? ¿Cómo va ese ensayo?

TRINITA Divinamente.

TRIN. ¿Acordado ya el programa del conciertito?

LUENGO ¡Dichoso programa! Mis sobrinas me traen loco. Purita rompe plaza con la *Marcha fúnebre*.

TRINITA Rosario Cuadrado canta el *Non possó vivere* que le acompaño yo.

LUENGO Y tú tocas el *Nocturno* de Chapa.

TRINITA De Chopín... Luégo la *Danza Macabra* á cuatro manos... Esta noche, no hay remedio... tengo que volver á ensayar. Pero el señorito este dice que no puede llevarme.

ISIDRO ¿Cómo no?

SERAF. (Gravemente.) Papá, no puedo.

---

(\*) Luengo, don Nicomedes, Serafinito, doña Trinidad, Trinita, don Isidro.

- LUENGO ¡Ah! es verdad. El chiquitín habla esta noche en el *Círculo histórico literario*.
- NICOM. Sí; ya lo decía anoche el periódico: «tiene pedida la palabra el joven orador don Serafín Berdejo.»
- ISIDRO Ah, sí... la discusión de la Memoria de tu amigo Porras.
- SERAF. Sobre la Solidaridad de las funciones sociales. Anteanoche, Pepe Canseco, que se metió en la Antropología Criminal, me aludió de un modo tan transparente... Me llamó «el ilustre degenerado...» Porque yo soy un lombrosista furibundo.
- TRIN. ¡Qué rico! Eres *lombricista*... ¡Qué criatura, qué prodigio!
- ISIDRO Me dan miedo estos chicos del día. Nacen sabiendo lo que antes ignoraban los viejos más estudiosos.
- TRIN. Pues niña, esta noche, tu hermano no puede acompañarte... Ya ves...
- TRINITA (Displícote.) ¡Y me fastidio yo por estas simplezas de los discursos de sonsonete, y de las Memorias pegadas con saliva?
- SERAF. Simplezas tus conciertos, y tus soireés de niñas cursis. Unas aporrean teclas, otras imitan el canto de los grillos, y todas han declarado la guerra á la musa Euterpe, y á los tímpanos de la pobrecita humanidad.
- TRINITA Cállate, sabihondo huero, mico de la Filosofía, y de la Antropo... potro... no lo digo.
- SERAF. Cállate tú, lumbrera de la ignorancia, oráculo de la insustancialidad...
- TRIN. (Apaciguándoles.) Vaya, no reñir. Vete á estudiar el Nocturno, y tú á prepararte...
- TRINITA ¡Qué fastidio! Este lo que quiere... (Siguen disputando.)
- SERAF. Es ella la que...
- TRIN. ¡Silencio! (Llevándoles hacia la izquierda.)
- TRINITA No se le puede aguantar.
- TRIN. Juicio, niños. . Mirad que no estamos hoy para

**bromas.** (Van los dos hermanos hacia la puerta de la izquierda riñendo. Doña Trinidad trata de calmarles amorosamente. Sale Bonifacio, que se dirige á don Isidro. Luengo y don Nicomedes bajan al proscenio.)

### ESCENA III

DICHOS, menos los dos chicos; BONIFACIO

ISIDRO ¿Qué buscas?

BONIF. Muselinas negras.

ISIDRO Me parece que aquí... (Busca en la anaquelaría del pasillo del fondo.)

LUENGO (Con don Nicomedes en el proscenio.) Francamente, temía que usted se ablandara...

NICOM. ¿Yo...? Me llamo Guijarro.

LUENGO Porque esta pobre gente se hunde.

NICOM. Y no hay más que dejarles bajar, dejarles caer, y cuando estén en tierra, ya entrarán en razón.

LUENGO Y traspasarán, no lo dude usted, en condiciones ventajosísimas...

NICOM. Para nosotros... y para ellos también... pues ¿á qué más podrían aspirar?... (Contemplando el local.) ¡Hermoso establecimiento! y abarrotado de artículos de Europa y Asia.

ISIDRO (Cansado de buscar.) Veamos aquí. (Pasa con Bonifacio á la mesa de la derecha.)

NICOM. ¿Y no podría suceder que recibieran auxilio de la otra hija, Isidora?

LUENGO Imposible. No se tratan con ella.

NICOM. (Dudando.) Hum. ¿Estás seguro? Lo averiguaremos.

ISIDRO (Con displicencia.) Pues se acabaron. Dí que no hay. (Vaño Bonifacio. Vuelve don Isidro al proscenio, y doña Trinidad, después de despedir á los chicos por la izquierda.)

TRIN. ¡Ay, qué criaturas!

LUENGO Están ustedes babosos con los tales críos (\*).

ISIDRO La niña es una monada, tan finita y tan...

---

(\*) Luengo, don Nicomedes, doña Trinidad, don Santos.

TRIN. El niño sí que es mono, con tanto talento, y ese pico de oro... Otro más oradorcito no le hay á su edad.

NICOM. Sí, monísimos los dos. Pero yo le diré á usted, amigo don Isidro, si no se enfada, que este par de mocosos, el uno con su ciencia de huevito pasado, la otra con sus tocatas y sus perifollos, no valen para descalzar el zapato á la hija mayor de usted... ¡ah! aquella Isidorita tan reguapa, tan simpática y hacendosa...

ISIDRO (Afligido.) ¡Ay, amigo mío!

TRIN. ¡Hija de mi alma!

NICOM. Sí; ya sé cuánto han sufrido ustedes...

ISIDRO Es como si la hubiéramos perdido, perdido para siempre.

TRIN. (Descando cortar la conversación.) No nos hable usted... por Dios...

ISIDRO Renueva usted la tremenda herida.

TRIN. ¡La queríamos tanto!...

ISIDRO La adorábamos.

NICOM. Y que lo merecía.

ISIDRO Porque usted no puede figurarse, señor don Nicomedes, mujer de cualidades más extraordinarias.

LUENGO Un talento de primer orden.

TRIN. Y á más del talento, una energía colosal.

LUENGO ¡Y una gracia! ¡Ay, qué gracia, y qué ángel, y qué...!

ISIDRO ¡Y una disposición para todo!... Hace dos años, cuando caí malo, tomó á su cargo el establecimiento, y llevaba los negocios de un modo admirable. Mejor, mejor que yo.

NICOM. Lo creo.

TRIN. Y para mí era un descanso... porque gobernaba la casa... vamos, mejor que yo misma.

NICOM. También lo creo. Y de la noche á la mañana, el amor, el gran disolvente, vino á trastornar todas esas perfecciones y á reducirlas á cero.

- ISIDRO Como por brujería ó encantamento, sí. Aquella hijita tan buena, aquélla que parecía la razón misma hecha mujer, ve á un hombre en casa de nuestros amigos los Vallejos, le habla, le trata dos ó tres semanas, se enamora de él pérdida-mente, se ciega, enloquece....
- TRIN. Y llega hasta el extremo de huir de nosotros, de abandonar padres, familia, esta honrada casa...
- NICOM. ¡Qué desdicha! Y el tal es Alejandro Hermann, hijo de aquellos alemanes que tuvieron el negocio de maquinaria...
- LUENGO Un sonámbulo, con la cabeza llena de fantasma-gorías, palabra engañadora, buena figura... simpático él, eso sí.
- NICOM. ¿Hombre rico?
- ISIDRO Así parece.
- LUENGO Heredó un buen capital. Pero como no mira por sus intereses, y es una mano rota, ya se le ha filtrado más de la mitad. No piensa más que en cosas de esas... de esas que no se ven, que no se tocan... en toda esa música que anda por los espacios imaginarios.
- NICOM. Pues á ese paso...
- LUENGO Gasta, se divierte, viaja, sueña despierto, adora la música, los cuadros, los libros que hablan de... de... de todo aquello que no se ve, vamos.
- NICOM. ¿No es ese el que tiene su dinero en poder de Guevara?
- LUENGO Justamente.
- NICOM. (Á don Isidro.) Y jamás le pide cuentas ni sé ocupa... ¿qué le parece?
- ISIDRO No sé... A mí no me pregunte usted nada de ese hombre.
- TRIN. No los tratamos.
- NICOM. ¿Pero de veras, no se tratan ustedes con su hija?
- TRIN. No señor... ¡no faltaba más!
- ISIDRO Para nosotros, como si no existiera. Nuestra dig-



nidad no nos permite transigir en ninguna forma con el oprobio.

NICOM. A menos que el alemán se case...

ISIDRO Cuando no lo ha hecho ya... (Con pena.) Yo les suplico que no me hablen más de... (Óyese la voz de don Santos.)

SANTOS (Antes de salir grita en la tienda.) ¡Mis alforjas, gandules...!  
¡Dónde están mis alforjas...!

TRIN. ¡Ah! ya está aquí tu hermano.

NICOM. El buen don Santos.

ISIDRO Como siempre, alborotando la casa.

## ESCENA IV

### DICHOS; DON SANTOS

SANTOS Mis alforjas... ¡Ah! aquí están... acabáramos (En la puerta del foro. Recibe las alforjas de manos de un dependiente.)

TRIN. Hombre, no grites.

ISIDRO A ver. ¿Qué traes ahí?

SANTOS (Saludando friamente.) Señores... (Saca un par de perdices de las alforjas.) Mirad.

TRIN. ¡Qué hermosura!

SANTOS Parecen pavas. Esta mañana las maté. (Saca otros dos pares.) Nos las pones estofadas.

TRIN. Venga. (Recoge las perdices, y se va por la izquierda.)

LUENGO ¡Bien por los grandes cazadores! ¿Y no convida?

SANTOS Á tí no.

NICOM. ¿Y á mí?

SANTOS Tampoco. ¿Está bien que salga yo á despernar-me por esos campos, para que el fruto de mi trabajo y de mi habilidad vaya á parar á las manos del rico avariento? (Risas.) Ustedes, cazadores de negocios, cuando apuntan bien y ponen la res patas arriba, ¿me convidan á mí... á monedas de cinco duros?

NICOM. ¡Já, já!... (Ríen don Nicomedes y Luengo.)

LUENGO ¡Qué don Santos!

NICOM. Siempre tan bromista...

SANTOS ¿Y qué tal? (Á su hermano.) ¿Se arregla eso?... ¿Estos señores...?

ISIDRO (Con tristeza.) No hemos hecho nada.

SANTOS (Con socarronería.) Naturalmente. (Á don Nicomedes.) Tiene usted sus capitales colocados... justo... lo mismo que yo, que todo mi dinerito lo tengo dado á rédito, en condiciones ventajosísimas, estupendas, fabulosas... Figúrese usted, don Nicomedes: poseo en Móstoles las finquitas que heredé de mi esposa... nada... cuatro terruños... una decencia pobre... ó una pobreza decente, como usted quiera. Pues todo lo que saco del trigo y de las patatas, lo pongo en un saquito...

LUENGO ¡Qué celebre!

SANTOS Y lo voy dando á los pobres del pueblo que lo necesitan... hasta que se acaba... y entonces ya no doy más. Dicen que esos dineros pasan á las arcas de Dios, y allí se constituyen en deuda consolidada, y que en bienaventuranza y gloria le dan luégo á uno los intereses... á razón de tantos miles de millones por ciento. Con que ya ve... qué negocio se pierde usted.

NICOM. (Riendo.) ¡Famoso! ¡Qué viejo más salado!

SANTOS Con que, hermano mío, no te apures. Si viene la catástrofe, y se te cae la casa al suelo, ya sabes que en la mía de Móstoles, que es bien grande y desahogada, no faltará un hueco para vosotros, ni en la mesa las buenas calderadas de patatas, las riquísimas migas, el excelente cabrito... Luégo salgo yo á dar un paseo con mi escopeta... y púm... la cena. Adoba todo esto con la paz del alma y la amenidad campestre, échale encima unos granitos de olvido, y un buen espolvoreo de conformidad con la voluntad de Dios, y tendrás la vida más deliciosa y más santa que un hombre puede soñar.

NICOM. ¡Bien, bravísimo...! Que se deje de imposibles luchas, y se retire á descansar.

LUENGO Que acepte el traspaso...

ISIDRO (Meditabundo.) ¡Imposible!

SANTOS Con lucha ó sin lucha, querido hermano mío, tú nunca has de ser rico.

ISIDRO Ni lo pretendo.

SANTOS (Bruscamente, queriendo despedirles.) ¡Con que... queridísimos amigos...!

NICOM. ¿Pero nos echa?

SANTOS Como echarles, no, pero estoy deseando que se larguen. Tengo que hablar con mi hermano de un asunto reservado.

LUENGO En ese caso...

SANTOS De un asunto doméstico.

TRIN. (Que vuelve por la izquierda, y oye las últimas expresiones.) ¡Qué será!

NICOM. Don Isidro, no olvide que en caso de traspasar, yo...

SANTOS (Impaciente.) ¡Ea, despéjenme el terreno!

LUENGO Ya, ya nos vamos.

NICOM. ¡Qué don Santos! ¡Nos expulsa, después del increíble desaire de no querer convidarnos!

SANTOS ¡Hombre, no! Si fué broma. Vengan á probar las perdices.

NICOM. Sí que vendremos... ¡já, já!

SANTOS Me gusta á mí ver comer á los tacaños, que en las mesas ajenas despliegan un apetito formidable.

NICOM. ¡Já, já...! No lo dirá por mí, que en mi casa tengo un diente...

SANTOS Como que lo está usted afilando siempre... en las casas de los amigos... Vaya, adiós.

NICOM. Vamos ahora á ver á Rodríguez, que también traspasa.

SANTOS Sí; el abuelo se retira con más dinero que pesa.

TRIN. Pues si van á la tienda de Rodríguez, salgan por el portal. (Les indica la puerta de la derecha.)

LUENGO Sí, por aquí. Abur. (Dirigense á la puerta.)

ISIDRO (Llamando á Luengo.) Luengo, hijo mío...

LUENGO (Bajando al proscenio.) ¡Qué?

ISIDRO Hazme el favor de pasar por el Juzgado, á ver si el Juez ha decretado el embargo.

LUENGO Creo que sí. Iré por la Escribanía. Pronto le traeré á usted alguna noticia.

ISIDRO (Apenado.) ¡Dios nos tenga de su mano!

LUENGO Hasta luégo. (Vánselo Luengo y don Nicomedes por la puerca de la derecha.)

## ESCENA V

DON ISIDRO, DOÑA TRINIDAD, DON SANTOS

SANTOS ¡Adiós, canalla,... cuervos que acudís graznando á donde os atraen los olores de muerte...!

ISIDRO (Impaciente.) Dí: ¿de qué querías hablarnos? (\*)

TRIN. Has dicho: «de un asunto doméstico.»

SANTOS ¿Pero no lo adivináis?

ISIDRO Buena está mi cabeza para adivinaciones. ¿Es algo que pueda darme esperanza de solución?

SANTOS No es nada de negocios. (Por doña Trinidad.) ¿A que lo adivina ésta?

TRIN. ¿Será...? ¡Dios mío, lo que se me ocurre!

SANTOS ¡Que te quemas!

ISIDRO ¿Pero qué es, por los clavos de Cristo? (Muy impaciente.)

TRIN. Me da el corazón que es algo referente á nuestra hija.

ISIDRO ¡Oh! no quiero saber nada.

SANTOS Pues la pobre...

ISIDRO (Incomodado.) No quiero que me hables de ella, vamos, no quiero.

SANTOS ¿Y por qué no?

TRIN. Yo sí quiero que hable... (Con ansiedad.) A ver, dílo pronto.

SANTOS Pues... me escribió una carta. ¡Pobrecilla! ¡Es tan desgraciada! Hay que tener lástima.

ISIDRO No.

---

(\*) Doña Trinidad, don Santos, don Isidro.

- TRIN. Sí. Lástima por lo menos...
- SANTOS Total: que ha caído de sus ojos la venda que la cegaba. ¡Ah! la amorosa fiebre, el ansia de lo ideal, enfermedad tan horrible como pasajera, y que se cura con otra dolencia, con un buen empacho de la realidad de las cosas.
- ISIDRO Es tarde. En fin, ¿qué...?
- SANTOS Que pues la tenemos sinceramente arrepentida, no debemos regatearle el perdón.
- ISIDRO Santos, Santos, ya vienes tú con tus componendas. No transijo con la deshonra.
- TRIN. Soy madre, y no puedo tener ese rigor. ¡Pobre hija de mi alma! ¿Pero está de veras arrepentida?
- SANTOS Dejadme seguir. Fuí á verla esta mañana en cuanto llegué del pueblo. ¡Infeliz muchacha! Ya ve claro su inmenso desvarío, y aquella inteligencia superior se ha despejado de las nieblas que la obscurecían. Voy, y me la encuentro en su sér antiguo. Parece milagro. Creí verla despertar de un sueño, recobrase de su estúpida embriaguez. Es otra vez tu Isidora, nuestra Isidora, tan simpática, tan dulce, tan inteligente...
- ISIDRO Bueno, bueno, la perdonamos. Pero aquí no tiene que volver.
- TRIN. Hay que pensarlo.
- SANTOS No, si ya está pensado y resuelto. Volverá.
- ISIDRO ¡Santos!
- SANTOS ¡Isidro!
- ISIDRO En mi casa mando yo.
- SANTOS Tú mandas, sí... pero no te obedecemos.
- ISIDRO (Incomodado.) ¡Digo que no!
- SANTOS ¿Pero á qué te sofocas?
- ISIDRO (Respirando con dificultad.) No me exasperes tú. Ya ves... Estoy que no puedo respirar.
- SANTOS Calma, calma.
- TRIN. Isidro, por Dios, que vuelva, que recobre nuestro afecto, y un puesto en esta pobre casa... Pues

si nosotros la rechazamos, ¿qué va á ser de esa infeliz?

ISIDRO Pero dime... Ese miserable...

TRIN. Ese bandido...

SANTOS Poco á poco... Ese hombre...

ISIDRO (Irritado.) Pero qué... ¿también eres capaz de defenderle?

SANTOS No le defiendo. Se ha portado mal, muy mal. Ya véis: contábamos con que al fin se casaría. Pero la niña se ha cansado de esperar, y ahora es ella la que le abandona á él, y jura y perjura que no quiere casarse con él ni con nadie.

ISIDRO ¡Y ese infame se quedará riendo! ¡Oh!

SANTOS Infame no: Yo le llamo desdichado, y sostengo que es más digno de lástima que de rencor. Cuando él era un jovenzuelo, yo le trataba mucho. Como que era yo muy amigo de su padre, el bonísimo don Guillermo.

ISIDRO Un extravagante, un misántropo, que el día en que perdió su fortuna se pegó un tiro.

SANTOS Cabal. No se resignaba á ser pobre. Todo lo perdió y dijo: hago dimisión de la vida. Cada uno tiene su manera de ver las cosas. Yo soy benévolo hasta con los suicidas.

TRIN. ¡Jesús!

SANTOS También conocí á su hermano don Federico, tío de Alejandro, el que le dejó su riqueza...

TRIN. Pues la madre del seductor de mi hija, también debió de ser loca.

SANTOS Fué que le dió por aprender á volar. Se tiró por un balcón. ¡Pobre doña Margarita!

ISIDRO Familia de dementes, degenerados, idiotas, ó no sé qué... ¡Oh, qué rabia siento!

SANTOS Fuera rabia, fuera resentimientos. Preparáos á recibir á la hija pródiga, que vuelve al hogar.

ISIDRO Imposible, aquí no entra.

TRIN. ¡Isidro, por la Virgen Santísima!... Sí, sí, que venga. ¡Hija de mi alma! Tres meses que no la

hemos visto. (Lo abraza.) Es nuestra hija, es buena. Ha padecido un grave error. Al error todos estamos sujetos. Perdonemos para que nos perdone Dios. (Llora.)

ISIDRO (Con viva emoción.) ¡Qué débil soy! Siempre haréis de mí lo que queráis.

TRIN. Que venga, sí. Pronto...

ISIDRO Tráela.

TRIN. No tardes. ¿Está lejos?

SANTOS No, muy cerca de aquí.

TRIN. ¡Oh, el corazón me dice que está cerca!... Aquí tal vez. (Mira hacia el foro. Aparece Isidora en la puerta izquierda de la tienda, y allí permanece inmóvil, apretándose el pañuelo contra los ojos.)

ISIDRO Aquí está... ¡oh!

TRIN. ¡Hija de mi alma! (Se echa á llorar, permaneciendo á distancia de ella.)

## ESCENA VI

DON ISIDRO; DOÑA TRINIDAD, DON SANTOS, ISIDORA

SANTOS Pasa... no temas.

ISIDRO ¡Qué emoción! (¡Hija querida!... Disimularé. La dignidad es lo primero.) (Procurando dominar su emoción.)

SANTOS Entra, chiquilla. (Avanza Isidora lentamente con el pañuelo pegado á los ojos.)

TRIN. (Sollozando y secándose las lágrimas.) Tu falta es grave... Nos habíamos propuesto ser inflexibles... Pero no podemos olvidar que... Si tu arrepentimiento es verdadero...

SANTOS ¿Verdad, niña mía, que estás arrepentida, atrozmente arrepentida? (Isidora contesta afirmativamente con la cabeza.) ¿Y que reconoces que padeciste extravío, locura...?

ISIDORA (Sollozando.) Sí, señor.

ISIDRO (Esforzándose en aparecer sereno.) No volverás á ser lo que fuiste para nosotros.

- TRIN. Siéntate. (Presentándole una silla.)
- SANTOS Descansa. No la atormentéis ahora. Ya véis cuánto padece.
- TRIN. ¡Pobrecilla! (La hace sentar, y se sienta á su lado.) (\*)
- ISIDRO Por tí, hemos pasado grandes amarguras.
- SANTOS Dejáos ahora de amarguras. No podéis negar que os alegráis de verla.
- TRIN. Sí, sí... Vaya; no se llora más.
- SANTOS Basta ya; no más lágrimas, no más pucheros.
- ISIDRO Y sepamos ahora á qué se debe la sana resolución que has tomado.
- SANTOS Pues... nada... que... En fin, quédese la historia para otra ocasión.
- ISIDRO No, no: yo quiero saber...
- TRIN. Es que al fin, algo tarde, abriste los ojos, y viste que ese malvado te llevaba al abismo. ¿No es eso?
- SANTOS ¡Malvado! No exagerar. Exaltación en las ideas, una fantasía desenfrenada, falta de disciplina en la conducta, como persona criada con demasiada libertad...
- ISIDORA Eso es. Carácter imposible, malvado no. Pero yo no podía seguir á su lado. Resistí, luché algún tiempo, creyendo, ó queriendo creer que mi error podía en sí mismo encontrar remedio. ¡Qué desengaño! Tomada la resolución de abandonarle, por dos ó tres veces no encontré vigor en mi espíritu para realizarla. Al fin, Dios quiso devolverme la voluntad en toda su fuerza, y cerré los ojos, y adelante, y esto se hace, y esto debe hacerse, y lo hice, y aquí estoy.
- TRIN. Bien, hija, bien.
- ISIDRO ¿Pero la causa determinante...? Celos quizás...
- ISIDORA (Sollozando.) Pues... sucedió que... (Se levanta y va hacia su padre, á quien besa la mano. Siéntase en una silla próxima á la mesa.)
- SANTOS Repito que no hacen falta historias ni lloriqueos.

---

(\*) Don Santos, doña Trinidad, Isidora, don Isidro.



ISIDRO ¡Qué locura, qué locura has hecho, hija mía! (\*)

SANTOS ¡Dale!

ISIDRO Por lo mismo que eras tan adorable, tan juiciosa, que no parecía sino que el método, el don de gobierno, la gracia y la simpatía se habían encarnado en tí, por privilegio de Dios, por eso, por eso mismo fué más extraña la locura que te entró tan de improviso, como una infección contagiosa.

TRIN. Sí, porque trastornarse la razón misma, y torcerse las voluntades muy derechas, son cosas que difícilmente tienen explicación.

SANTOS Pues son cosas muy naturales y que caen bajo el fuero de lo común. Un momento de debilidad, ¿quién no le tiene? Los santos pecaron, y los más rectos se torcieron alguna vez. San Pedro negó á Cristo, y el Santo Rey David... En fin, ya lo saben ustedes.

ISIDORA Yo reconozco mi error. No me disculpo. Ví en aquella persona un conjunto de cualidades, que me parecieron admirables, realizadas por una imaginación... ¿cómo diré? brillantísima, y una palabra tan, tan...

SANTOS Seductora, vamos.

ISIDORA Me arrastraba, me atraía con una fuerza poderosa, contra la cual nada pudo entonces mi razón, nada el respeto de mis padres, á quienes adoraba y adoro, nada tampoco la opinión del mundo. Todo se me empéqueñecía aute la grandeza... ¿cómo diré ..?

SANTOS Soñada.

ISIDORA Soñada; ante la grandeza soñada, ilusoria, de la persona que me llamaba, que me...

SANTOS Sugestión es esc.

ISIDORA Luégo, en la realidad, ví todas las cosas de otro modo. ¡Ay! de las cualidades que yo soñaba, no

---

(\*) Doña Trinidad, don Santos (detrás de la mesa), Isidora, don Isidro.

encontré más que algunas. Las reconocí y las reconozco. Otras no existían sino por obra y gracia de mi pensamiento; y en su lugar ví defectos gravísimos.

ISIDRO ¡Pobre víctima! Tan buena eres, que aún defientes á tu verdugo...

TRIN. Y ves en él cualidades.

ISIDORA Porque las tiene: no puedo negarlo. Al separarme de él para siempre, porque gracias á Dios, he llegado á horrorizarme del deshonor, y á sublevarme contra la humillación, veo muy clarito lo bueno y lo malo que hay en él, y lo juzgo con frialdad. No es un mónstruo, no; no es un perverso; es un...

SANTOS Temperamento borrascoso.

ISIDORA Justamente. Y un soñador incorregible. (Siguen hablando madre é hija. Don Santos pasa á la derecha junto á don Isidro.)

ISIDRO (Aparte á don Santos.) Mira tú si es desgracia la nuestra. Ahora, con esta resolución de la niña, que hay que aplaudir... sí, hay que aplaudirla... se dificulta más el matrimonio. Ese pillo dirá: «Pues ella me abandona...»

SANTOS Deja, deja correr los acontecimientos.

ISIDORA (Á doña Trinidad.) No, mamá, yo no quiero casarme ya, ni con él, ni con nadie. Hoy no tengo más aspiración que vivir obscura y olvidada en un rincón de mi casa, procurando ayudar á mis padres, y hacerles olvidar la terrible pena que les he causado.

TRIN. ¡Pobre alma mía!

ISIDRO (Muy triste.) Vuelves á nosotros en circunstancias muy tristes.

ISIDORA (Levantándose resuelta.) Sí, he oído que la casa no anda bien. No hay que desanimarse. Yo os ayudaré.

ESCENA VII

DICHOS; TRINITA, SERAFINITO por la izquierda.

TRINITA (Que se sorprende y se corta al ver á su hermana.) ¡Isidora... ah!

SERAF. Mi hermana... (Cohibido.)

ISIDORA (Va hacia ellos, y don Isidro y doña Trinidad quedan al otro lado, proscenio derecha.) Yo soy, yo.

SANTOS Abrazad á vuestra hermana, tontos. (Se abrazan los tres. Queda este grupo con don Santos en el proscenio izquierda.) Teníais ganitas de verla, ¿verdad?

TRINITA Sí que las teníamos.

SERAF. Vuelves á casa... ¡qué alegría!

ISIDORA (A Trinita.) ¿Y qué tal, estudias mucho?

SANTOS Ya se sabe todita la *Danza Macabra* á no sé cuántas manos.

TRINITA Estoy estudiando un *Nocturno* precioso para el concierto que dan el domingo las de Cabrales.

ISIDORA ¡Y tú? (Á Serafinito.) Ya sé que estás hecho un sabio.

SANTOS Y un orador capaz de volver tarumba al Verbo Divino.

SERAF. Hablo regular. Me voy soltando.

ISIDORA Ya he leído, sí...

SANTOS Ya le llaman *el joven pensador*.

TRINITA (Burlándose.) Y *el precocísimo filósofo*...

SERAF. Calla, simple.

SANTOS ¡Pero si para él la Filosofía es una antigualla! ¿Verdad, monín?

SERAF. Me gusta más la Sociología, la ciencia social. Mis ídolos son Durkheim, Novicow, Aquiles Loria, Greef...

TRINITA ¡Uy, qué nombres!

SANTOS ¡Pero estos muñecos del día lo que saben!

SERAF. (Á Isidora.) Oye: vas á decirle á mamá, yo no me atrevo, que me compre las obras completas de Lombroso, Garófalo y Mandsley.

SANTOS ¡Atiza! ¡Bueno está ahora tu padre para esas bromas!

ISIDORA Los negocios de la casa van mal. Es necesario que ayudemos todos.

TRINITA ¡Pobre papaíto, cuánto cavila!

SERAF. Pues yo haré oposición á una cátedra, la ganaré, tendré mi sueldo, y...

SANTOS Sí, hijo, sí; gánala, aunque sea por intrigas, que los tiempos están mal. Si esto no se arregla, tendréis que veniros todos conmigo á Móstoles, á comer sopas de ajo. A tí (Serafinito.) te dedicaremos á la carrera eclesiástica. Tú (Por Isidora.) serás maestra de escuela; y á tí, (Trinita.) la perla de la familia, te casaremos con el hijo del Alcalde, un chicharrón muy bruto y que no cabe por esa puerta, pero que tiene mucho trigo... (Siguen hablando.)

ISIDRO (Á doña Trinidad, en el proscenio derecha.) Pues sí, me atormenta esa idea. Hace poco, cuando le hablamos de nuestra situación, dijo ella: «No desanimarse; yo os ayudaré.»

TRIN. Sí que lo dijo. A ver si has pensado lo mismo que yo.

ISIDRO Yo he pensado... No me atrevo á decirlo, porque si el pensarlo sólo me abochorna, el decirlo, figúrate...

TRIN. «Yo os ayudaré» quiere decir, «yo tengo dinero, y con él podréis salir de vuestros apuros.»

ISIDRO Eso quiso decir sin duda. Pero yo, primero pido limosna por los caminos, que admitir dinero que nuestra hija recibió del hombre que nos ha deshonrado.

TRIN. Sí que es vergonzoso.

ISIDRO Si lo tiene, que se lo guarde.

TRIN. Es verdad. Interrógala tú. Díle, que si pretende salvarnos de la ruina con el precio de su deshonra, no podremos tenerla en casa.

ISIDRO Díselo tú. Mi conciencia se subleva.

TRIN. Es más propio que se lo digas tú... (Llamándola.) ¡Isidora!...

ISIDORA (Corriendo hacia ella.) ¡Qué, mamá?

- TRIN. (Cohibida.) Tu padre quiere hablarte.  
ISIDRO (Asustado.) No, yo no... tu madre...  
TRIN. ¡Yo? Pues yo tampoco me atrevo. No, no era nada... Que... (Don Santos continúa disputando con los chicos en el proscenio izquierda.)

## ESCENA VIII

DICHOS; BONIFACIO, por el foro.

- BONIF. Don Isidro, me piden sedas chinas en colores.  
ISIDRO Creo que no hay.  
ISIDORA ¿Que no hay? ¡Cuánto habéis vendido! Hace tres meses, había como unas doscientas piezas en el almacén.  
ISIDRO Busca en el almacén. ¿Hay mucha gente en la tienda?  
BONIF. Alguna hay.  
ISIDRO Voy yo. (Vase don Isidro á la tienda, y Bonifacio sale por la puerta de la derecha.)  
ISIDORA (Con doña Trinidad, en el proscenio, centro.) Y de las sedas crudas de medio ancho, bien me acuerdo, había en el almacén una existencia enorme.  
TRIN. Se ha vendido mucho, según creo. En fin, no sé. Hija, hablemos de otra cosa.  
SANTOS (Que ha sostenido una viva discusión con los chicos.) Vaya, me dejo conquistar por estos pillos, y les llevo á dar un paseo.  
TRINITA ¡Qué gusto!  
SERAF. ¡Bravísimo! (Aplaudiendo.)  
TRIN. Me parece bien. Váyanse á dar una vuelta.  
TRINITA Y de paso me compro el fichú que necesito. Voy por mi sombrero. (Vase.)  
SERAF. Y entraremos un momento en la librería.  
TRIN. Pero no pienses en comprar libros.  
SERAF. No hace falta. Veo los títulos, hojeo un poco, leo los índices...  
SANTOS Y esta noche largas un par de citas, y les dejas

con la boca abierta. ¡Buena está la ciencia en manos de estos angelitos...!

TRINITA (Que sale de sombrero, poniéndose los guantes.) Ya estoy.

SANTOS Con que... Me llevo á esta tropa.

TRIN. Y vuelvan pronto... Hasta luégo.

SANTOS Adiós... Soy feliz con las criaturas. (Vanse por el foro.)

## ESCENA IX

DOÑA TRINIDAD; ISIDORA, DON ISIDRO, que se asoma por la puerta de la tienda, y escucha y observa.

ISIDORA ¿Qué tienes que decirme?

TRIN. Nada, hija... (¡Qué trabajo me cuesta!) Hay algo que ha nublado la alegría de verte.

ISIDORA (Sorprendida.) ¿Qué, mamá?

TRIN. Cuatro palabras tuyas. Dijiste: «no hay que desanimarse; yo os ayudaré.»

ISIDORA (Sin comprender.) Con alma y vida.

TRIN. Pues si esa ayuda que nos ofreces, significa... ¡No, que vergüenza! Isidora, hija de mi alma, no podemos, no podemos admitir tu apoyo.

ISIDORA ¿Pero qué has creído? ¡Mamá, por Dios...!

TRIN. Como has vivido á lo grande, en atmósfera tan distinta de la modestia y rectitud que de nosotros aprendiste, has llegado á creer que el dinero lo resuelve todo. ¡Ay! el tuyo por la malicia de su procedencia, no nos sirve á nosotros más que para agravar nuestras desdichas.

ISIDORA ¡Dinero!... Pero, mamá, si no tengo nada; ni un céntimo. Todo cuanto allí disfruté, allí lo he dejado.

TRIN. Bien, bien. No queremos ver señal ninguna, ni rastro siquiera de nuestro deshonor.

ISIDORA Dinero, alhajas, vestidos, objetos preciosos regalados por él ó comprados por mí... todo se quedó allá... No he traído más que lo puesto, lo mismo que llevaba cuando fuí...

- ISIDRO (Que ha oído el diálogo, sale.) ¡Ah! ¡Ya respiro! Hija mía, eres grande en tu arrepentimiento. Así te quiero. (La abraza y la besa.)
- ISIDORA Pero, papá querido, ¿es cierto que estás tan mal? Pues si de algún alivio puede servirte que yo trabaje hasta que no pueda más, cuenta conmigo. Ya sabes que cuando estuviste enfermo, no lo hice tan mal.
- ISIDRO Pero aquéello era coser y cantar. Entonces todo iba como una seda. Ahora la casa se agrieta, se hunde...
- ISIDORA Un espíritu diligente y valeroso puede mucho. El mío, que flaqueó en un solo caso, en uno solo, desconcertado por una pasión, ahora no flaqueará, yo te lo juro.
- TRIN. (Que se ha sentado, abatida y cavilosa.) Con que me ayudes á mí, basta.
- ISIDORA (A su padre.) Pero dime, ¿qué has resuelto ante el peligro?
- ISIDRO (Confuso.) Nada... no sé... veremos...
- ISIDORA Papá, ese «no sé», ese «veremos», han sido y son tu perdición. Yo no digo eso nunca.
- TRIN. (Con desaliento.) Porque no estás, como nosotros, cansados de luchar inútilmente de dos meses acá.
- ISIDORA ¿Tú también te acobardas?
- TRIN. (Con muestras de fatiga.) Sí, no puedo más. El gobierno de la casa me abruma. Somos ahora cinco de familia y cinco dependientes... No tengo ya cuerpo ni espíritu para tanto trajín.
- ISIDORA (Con decisión.) Dame las llaves.
- TRIN. (Dándole un manojo de llaves.) Tómalas.
- ISIDORA Desde hoy, gobierno yo. (Doña Trinidad se ha levantado. A su vez, siéntase don Isidro muy abatido.) Vamos, papá, no te amilanes.
- ISIDRO ¡Qué pronto se dice!
- ISIDORA ¿Y qué conflicto es ese que nos amenaza?
- ISIDRO Pues no es cosa... Un embargo.
- ISIDORA ¡Embargo!

ISIDRO Sí. Salí fiador por Romualdo Samaniego. El pobrecillo no puede pagar, y yo...

ISIDORA Tienes que pagar por él.

ISIDRO Justo. El acreedor no quiere dar prórroga, y en eso estamos.

ISIDORA Pero en fin, ¿ese embargo?...

ISIDRO Lo tengo por inevitable.

ISIDORA ¿Cuándo?

ISIDRO No sé... Mañana quizás.

ISIDORA Pues hay que evitarlo, papá; evitarlo á todo trance.

TRIN. ¡Hija, con qué frescura lo dices!

ISIDRO ¿Y cómo, desventurada?

ISIDORA Ahora digo yo como tú: «nosé, veremos...» Díme: ¿el establecimiento está bien surtido?...

ISIDRO Eso sí.

ISIDORA Tengo yo que ver... ¡Oh! No me parece imposible enderezarte, pobre casa mía, amparo y gloria nuestra, primerita de la China... y del mundo entero.

ISIDRO ¡Enderezarla! (Con gran desaliento.) ¡Ay! Es demasiado peso para esta osamenta cansada y caduca.

ISIDORA (Con entusiasmo.) La mía es vigorosa, y además, sangre joven, músculos de acero, nervios muy despabilados, y una inteligencia... que no es paja, aunque me esté mal el decirlo.

## ESCENA X

DICHOS; BONIFACIO, que vuelve por la derecha con unas piezas de tela.

BONIF. Pues sí, había sedas chinas en colores. Lo que no hay es sedas crudas de medio ancho.

ISIDORA Tonto, si había tres fardos de ellas que no llegaron á abrirse, porque dijísteis que se le cedían á los Sobrivos de Gandiola.

ISIDRO No se cedieron... me parece... (Recordando.)

ISIDORA ¿Los habéis vendido?



BONIF. No.

ISIDRO Creo que no.

ISIDORA (Con extrañeza.) Pero aquí nadie sabe nada. ¿Qué casa es esta? ¿Qué comercio es este?

ISIDRO Los fardos, sí, allí están.

BONIF. Pero son de percalinas ordinarias.

ISIDRO (Dudando.) Habrá que verlo...

TRIN. Pues sería gracioso que acertara ésta.

ISIDRO Vamos allá. (Levantándose.)

BONIF. No, yo iré. (Vase Bonifacio por la derecha.)

ISIDRO Si... no puedo moverme. (Se vuelve á sentar fatigado.) Luégo, esta maldita asma... En cuanto me agito un poco, no puedo respirar (\*).

ISIDORA Pero, papá, con este abandono, ¿cómo quieres prosperar? ¡Si tus dependientes y tú mismo desconocéis lo que hay en la casa!

ISIDRO (Con displicencia.) Hija, ¿tú qué sabes?

TRIN. Déjala, hombre, déjala. ¡Vaya si sabe!

ISIDORA Y juraría que tienes multitud de cuentas por cobrar. El mal antiguo de esta casa. La pereza de los cobros. Toda la diligencia la guardas para los pagos.

ISIDRO Hija, bien comprendes que...

BONIF. (Volviendo por la puerta de la derecha.) Tenía razón la señorita... He abierto los fardos, y son de sedas chinas.

TRIN. ¡Oh!

ISIDORA ¿Lo véis, lo véis?

BONIF. Señora, yo...

ISIDORA (Muy nerviosa, pascándose.) Y habrá más, mucho más, género riquísimo, mientras hacéis pedidos de maulas. Si digo que aquí no hay cabeza... Que no la hay, vamos, que no la hay.

ISIDRO (Aturdido, levantándose.) Déjame; no acabes de volverme loco.

TRIN. Pues sí, tiene razón la niña...

---

(\*) Don Isidro, doña Trinidad, Isidora.

- ISIDRO (Incomodado.) Vete á la tienda .. y otra vez... que no vuelva á pasar. (Vase Bonifacio.)
- ISIDORA Papá, por Dios, déjame que mangonee, que me meta en todo... Quiero enterarme, disponer, gobernar...
- ISIDRO Bueno, entérate, dispón, gobierna cuanto quieras. Ojalá que tú...
- TRIN. (A su marido.) No le pongas trabas. Verás qué bien se desenvuelve. Tiene un talento y una energía...
- ISIDORA (Que ha ido al escritorio, y abriendo la carpeta, saca de olla un fajo de papeles.) ¿Pero qué es esto? ¿Cuentas por cobrar...?
- ISIDRO Echales un galgo.
- ISIDORA Lo que debe echarse es los tiempos al que no pague. (Examinando rápidamente las cuentas.) Pero si veo aquí casas, familias que pagan siempre muy bien. Es que os dormís, papá, es que lo dejáis todo para mañana, es que no servís para nada. (Al dejar las cuentas, da un fuerte golpe sobre la carpeta.)
- ISIDRO No... si se cobrarán... algunas, otras no... Habrá que esperar.
- ISIDORA El comercio no espera. (Coge un libro que examina rápidamente.) A ver el libro de facturas. (Viene al proscenio con el libro y lo hojea.) En el tiempo que yo lo llevé, mira, mira que clarito todo...
- ISIDRO Después... notarás algún desorden...
- ISIDORA (Hojeando.) ¡Jesús!... ¡Qué barbaridad!... (Lee.) Pañuelos alfombrados... doscientos, trescientos...
- ISIDRO Es que...
- ISIDORA (Con sorpresa y enojo.) Y aquí se ven algunos claros... partidas en que falta la cifra de precios... ¡Qué atrocidad!... ¡Qué desorden! (Llamando.) ¡Bonifacio!
- ISIDRO (Con timidez.) Hemos tenido tantos quebraderos de cabeza, que el libro de facturas no está como debiera. El género de la China, lo anotamos en otro libro. (Coge otro libro del escritorio y se lo da. Isidora lo hojea rápidamente.)
- BONIF. (Por la tienda.) ¿Qué manda?

ISIDORA (Con autoridad bondadosa.) Mi padre debiera reñiros por tener los asientos tan descuidados. Esto es escarner el buen nombre de la casa, destruirla, deshonorarla, ¡la casa, Bonifacio, que es vuestra madre, y os da la vida, el pan!

BONIF. (Asustado.) Nosotros, la verdad... somos pocos. ¡Hay tanto trabajo!

ISIDORA ¡Tanto trabajo! Lo que hay es pocas ganitas de trabajar.

TRIN. ¡Holgazanes!

ISIDORA Ya, ya saldrá quien os haga sacudir la perezá.

BONIF. (¡Vaya un geniecillo!...) Señorita, descuide, que ahora...

ISIDRO Sí... todo se hará en regla... (Á Bonifacio.) Ya ves, ya ves... Aprended...

ISIDORA (Examinando el libro.) ¡Bueno está todo! (Asombrada de lo que lee.) ¡Dios nos asista! Tenemos género de la China para un siglo.

BONIF. ¡Me retiro?

ISIDORA (Deja el libro, va al escritorio y saca las cuentas por cobrar, todo esto con mucha rapidez.) Aguarda... Os ha caído que hacer... Puesto que mi padre me permite mandaros, ya veremos si jugáis conmigo,... ¡ingratos, que no miráis con interés la prosperidad y el crédito de la casa!... (Los demás Dependientes se asoman asustados á las puertas del foro.)

ISIDRO (Reprendiéndoles.) ¡Oís...? ¿eh?... lo mismo que os digo yo todos los días.

ISIDORA (Revolviendo entre las cuentas y escogiendo algunas.) A ver... pronto... Manda á Pepe que vaya á cobrar estas facturas... Esta, ésta, esta otra... ¡Pronto... volando!... (Vase Bonifacio á escape con las cuentas. Se retiran los otros de las puertas.) ¡Y el libro de Caja?

ISIDRO Aquí lo tienes. (Con indolencia.) ¡Por Dios, no marees!

TRIN. Si no es marear, es enterarse...

ISIDORA (Hojeando un libro pequeño.) Salidas, salidas... Aquí todo se vuelve salidas... No entra nada.

ISIDRO Te diré... Las entradas, las tengo yo bien fijas en mi memoria.

ISIDORA (Lee.) Vencimientos... El día 15... Hoy... ¿Con que es hoy cuando vence...? (Continúa en el escritorio con don Isidro. Doña Trinidad en el proscenio.)

## ESCENA XI

DICHOS; LUENGO por el foro.

LUENGO Isidora, bien venida. (Con adulación.) Mi enhorabuena, queridísimos don Isidro y doña Trinidad. Ya sabía yo que habían recobrado ustedes á su adorada hija.

ISIDORA (Sin hacerle caso.) Gracias, amigo Luengo.

ISIDRO (Con ansiedad.) ¿Qué hay...? ¿Malas noticias?

LUENGO No serían malas, ciertamente, si usted aceptara el traspaso honroso que le propuse.

ISIDORA (Saliendo del escritorio.) ¡Traspasar, rendirnos! ¡Nunca!

LUENGO ¿Tú que sabes, ni qué dispones tú?

ISIDORA (Con firmeza.) Dispongo. Mi padre me permite aconsejarle en sus negocios, más que aconsejarle, dirigirle.

LUENGO ¡Ay, qué gracioso...! ¿Pero tú entiendes...?

ISIDORA Me parece que sí.

LUENGO ¡Vaya unas ínfulas que se trae la niña!

ISIDORA (Con autoridad, llamando.) ¡Bonifacio, Lucas! (Se asoman á la puerta los dos Dependientes.) Hoy mismo tenemos que hacer el inventario del género de la China. Verlaremos todos si es preciso.

ISIDRO ¿Inventario? No es mala idea.

TRIN. Sí, sí.

LUENGO A buenas horas, mangas verdes. Isidora, hija mía, no te tomes ese trabajo... Yo, que les quiero de veras...

ISIDORA Si usted nos quisiera de veras, nos ayudaría, en vez de echarnos el dogal al cuello.

LUENGO No soy yo quien lo echa, es el señor Juez, que ha decretado el embargo.

ISIDRO ¡Ay de mí!

TRIN. ¡Jesús me valga!

ISIDORA (Á sus padres.) ¡Valor, tesón, alma para afrontar las dificultades...!

ISIDRO ¡Pero, hija, si es imposible...!

ISIDORA Déjame á mí... ¿Me dejas, sí ó no?

ISIDRO (Aturdido.) No sé... estoy loco.

TRIN. Que la dejes... Verás tú.

## ESCENA XII

DICHOS; DON NICOMEDES, por el foro. Luégo DON SANTOS. TRINITA y SERAFINITO, que entran con él, se quedan en el fondo, como asustados de lo que pasa, y hablan con los dependientes, que se asoman á las puertas. Desp és UN COBRADOR de casa de Banca, con gorra galonada y cartera.

NICOM. Amigo mío, ya sabe usted por Luengo...

ISIDRO ¿Y cuándo?

NICOM. Mañana á la una se procederá al embargo. Por no querer seguir el consejo de un amigo desinteresado...

SANTOS (Que pasa al proscenio izquierda.) ¡Bien por los amigos desinteresados, que vienen á recoger el último aliento de la víctima...!

NICOM. ¡Oh, no...!

SANTOS (¡Canalla, víboras...!)

ISIDORA Pues digo que el embargo... no se verificará.

LUENGO ¿No lo crees?

NICOM. ¿Lo duda? Pues aquí tenemos al cobrador de Ruiz Ochoa que está bien informado. ¡Eh, Felipe! (El Cobrador que estaba en la puerta de la tienda con los dependientes, entra, descubriéndose.) ¿Es ó no cierto que mañana...?

COBR. Desgraciadamente es cierto, señor don Isidro. Vengo de casa del escribano. Mañana á la una.

ISIDORA No hay embargo.

ISIDRO ¿Qué dices?

ISIDORA (Con energía.) ¡He dicho que no!

SANTOS (¡Anda, valiente!... Pillos, atreveos con ésta.)

ISIDRO ¿Pero, hija, de dónde sacaremos...?

ISIDORA De aquí, de la casa. Con energía, con ingenio, con firmeza de carácter, aquí mismo encontraremos la salvación. (Asombro de todos.) Usted... ¡eh! ¿no es usted el cobrador de Ruiz Ochoa, á quien debemos...?

COBR. Sí señora.

ISIDORA Pues mañana á las doce .. ¡á cobrar!

ISIDRO (Asustado.) ¡Hija!

ISIDORA Se pagará... He dicho que se pagará.

ISIDRO ¿Pero de dónde?

TRIN. ¿Cómo?

ISIDORA Aún no lo sé... Pero se pagará. (Estupor en todos.)

NICOM. (Pasando al lado de don Isidro.) ¿Pero está loca?

ISIDRO No sé... porque dinero no ha traído á casa.

NICOM. ¿No? (Asombrado.)

ISIDORA Pero he traído lo que hacía más falta aquí. ¿No sabéis lo que es? Ya lo iréis viendo (\*).

## FIN DEL ACTO PRIMERO

---

(\*) { Don Santos y los chicos y dependientes.  
{ Don Isidro, don Nicomedes, Luengo, Cobrador, doña Trinidad, Isidora.

---

---

# ACTO SEGUNDO

---

La misma decoración del acto primero.

## ESCENA PRIMERA

BONIFACIO arreglando cajas de pañuelos, después LUCAS y ALEJANDRO

BONIF. (Mirando por la izquierda.) Se ha ido á comer... ¡Ah, (Dejando de trabajar.) gracias á Dios que puedo respirar un poco!... ¡Qué mujer, qué actividad, qué ardor para el trabajo! Desde que se puso al frente de la casa, andamos de coronilla los pobres dependientes. Verdad que vemos y tocamos el fruto de su inteligencia y de su energía; y da gusto, sí señor, da gusto ver prosperar la casa en que uno aprende para comerciante... Vale la niña, sí señor, vale...

LUCAS (Por el foro.) ¡Bonifacio!...

BONIF. ¿Qué quieres, hombre?... ¿qué hay?

LUCAS Un señor en la tienda, que ya me tiene loco. Le he mostrado cien biombos, y aún quiere ver más, los mejores.

BONIF. Aquí están.

LUCAS ¡Si quiere entrar á verlos aquí! ¿Sabes que sospecho...?

BONIF. (Inquieto.) ¿Qué señas tiene? (Mirando hacia la tienda.) ¿A ver?... (Aparece Alejandro en la puerta del foro y examina el local sin traspasar la puerta.)

LUCAS Caballero, no se puede entrar aquí.

ALEJ. (Con alegría.) ¡Si está aquí Bonifacio! (Entra.)

BONIF. Allá le llevaremos los biombos.

ALEJ. Déjame á mí de biombos. No han sido más que un pretexto...

BONIF. ¡Don Alejandro, por Dios!

ALEJ. Al fin entro... ¿Y qué?

BONIF. (Á Lucas.) Vete á la tienda.

LUCAS (Él es sin duda.) (Vase.)

## ESCENA II

### ALEJANDRO, BONIFACIO

ALEJ. Te explicaré...

BONIF. No me explique usted nada, y considere que aquí no puede estar. No es prudente...

ALEJ. No será prudente, pero es preciso. Suceda lo que quiera, he de verla hoy mismo. Dos semanas hace que me abandonó. Esperaba yo que volviese á mí... pero ¡ay! tanto tarda, que no resisto más el deseo, la ansiedad de verla. ¿Está sola?

BONIF. ¡Si está con toda la familia! Hace un rato se han sentado á la mesa.

ALEJ. ¿Y don Santos? Ese me conoce: fué muy amigo de mi padre.

BONIF. Don Santos y don Isidro han ido á almorzar á casa de Rodríguez, el de la tienda próxima. Pueden venir de un momento á otro...

ALEJ. ¿Qué me importa? Todo lo arrostro, el escándalo, la violencia... (Con arrobamiento.) ¡Oh, aquí vive, aquí respira, aquí trabaja... y éstos son sus libros de cuentas! (Revolviendo en el escritorio, coge un libro, que abre.) ¡Oh, deliciosos números, materia vil: la mano de esa divina mujer os anima, os da existencia espiritual, hermosa, poética!... Su mano... sí... aquí la veo,... su inteligencia reposada, su serenidad encantadora. (Besa con efusión el libro, y, muy abierto, lo aplica á su rostro.) ¡Oh, qué números! Me los bebería... (Dejando el libro.) Ríete de mí si quieres, Bonifacio, al verme hacer estas locuras.

BONIF. No me río yo de usted, señor don Alejandro.



Además, que ya estoy hecho á sus rarezas. Cuando yo era escribiente de su señor padre... ¿se acuerda?

ALEJ. Sí, hombre.

BONIF. Usted me quería mucho, me contaba cosas de novelas y dramas, y me enseñaba versos, y qué sé yo... Y cuando don Guillermo me reñía por cualquier falta, usted me defendía, y hasta se declaraba autor de mis travesurillas para evitarme el castigo.

ALEJ. Ya me acuerdo, sí. Pues ahora, si por permitirme estar aquí, te despiden los Berdejos, yo te colocaré con más sueldo en otra casa.

BONIF. Bueno... convenido.

ALEJ. Con que... ¿podré verla...?

BONIF. ¿Aquí?

ALEJ. ¿Y á solas?

BONIF. Lo dudo.

ALEJ. Entonces... tendré que volver...

BONIF. Calma. Si después de comer, doña Trinidad echara una siestecilla, y los chicos se pusieran á estudiar...

ALEJ. (Impaciente.) En fin, ¿qué debo hacer? ¿Vuelvo, ó me quedo?

BONIF. Aguarde usted á que concluyan de comer. (Mira por la puerta de la izquierda.)

ALEJ. ¿Tardarán mucho?

BONIF. Un ratito.

ALEJ. (Con afán.) ¡Ay, mis ojos anhelan su rostro, como el ciego la luz! Sin oír su voz, paréceme muda toda la Naturaleza. Quiero que hablemos, que riñamos, que nos arrojemos de boca á boca ternezas ó injurias.

BONIF. Según oí, parece que usted y ella no congeniaban, ... no casaban, como quien dice.

ALEJ. Pues por lo mismo, tonto, parecíamos destinados, ó condenados, como quieras, á eterna concordia.

BONIF. ¿Sí? ¡Cosa más rara!

- ALEJ. Ella es el reposo, la exactitud, la apreciación clara y justa de las cosas visibles, la paz, la dulzura; yo la fantasía, el ensueño, el más allá, la hipóbole, la querencia del ideal... en fin, que somos el sí y el no, el alfa y la omega, el fin y el principio, y por lo mismo, del choque, de la fusión de nuestras almas, debiera resultar la perfectísima y hermosa síntesis... Pero tú no me entiendes... No sabes lo que es síntesis...
- BONIF. Quiere decir, que... vamos, como esos tejidos en que la urdimbre es seda, y la trama lana... de lo que resulta una tela hermosa, verbigracia, como el poplín de cuatro pesetas la vara.
- ALEJ. *Grosso modo* lo has expresado bien. ¿Pero cuál de los dos es la seda? Creo que la seda soy yo.
- BONIF. No; la seda es ella... que es lo que brilla... ó no, la lana, que es lo que abriga, y da cuerpo... En fin... vale mucho esa mujer. ¡Cristo me valga! Creo que no ha nacido hembra de más disposición.
- ALEJ. Ya oí... Ha salvado la casa.
- BONIF. Por lo menos, camino de eso va.
- ALEJ. Todo ello desplegando su actividad ardiente, su energía, su inteligencia.
- BONIF. Verá usted. Lo mismo fué llegar á esta casa, quince días há, que empezó á brujulear y á querer gobernarlo todo. Nos reíamos... pero pronto conocimos que la cosa iba de veras. Anunciaron el embargo para el día siguiente. Pues la niña se cuadró, y dijo: «se pagará» ¡Cristo, y se pagó!
- ALEJ. Esa sí que es buena. ¿Y cómo...?
- BONIF. Valiéndose de mil arbitrios, todos de la mejor ley. Descubrió porción de género que teníamos olvidado, y realizó una excelente operación con el saldistá. Luégo se dió sus mañas para negociar dos pagarés, uno á fecha próxima, otro á fecha lejana. ¡El demonio de la niña! A fuerza de constancia, prontitud y astucia, ha conseguido

cobrar multitud de cuentas atrasadas, saldando de este modo muchos débitos de la casa. ¿Pues y las ventas? Conoce y halaga el gusto de las señoras, sabe explotar la moda y el capricho del día... Baja los precios de las maulas, refuerza los artículos de gran salida, y con su gracia y su mónita, atrae la parroquia de un modo increíble. Entra el dinero en casa que da gusto.

ALEJ. ¡Incomparable, divina mujer! Pero en su divinidad no es menos soñadora que yo. Porque toda esa energía, esa inteligencia, ¿á qué conducen, amigo Bonifacio?

BONIF. ¡Toma, á salvar la casa!

ALEJ. ¿Y qué importa que la casa se salve ó perezca? ¿A qué tanto afán por este montón de trapos? ¿Qué vale esto, ni qué significa lo que vemos aquí?

BONIF. ¡Cristo, es la vida, el crédito, el honor de una familia!

ALEJ. ¡Qué inocente! Fíjate bien, medita en ello un poco, y comprenderás que cuanto en el mundo impresiona tus sentidos es pura ilusión. Vivimos en medio de fantasmas, de representaciones quiméricas, unas bonitas y otras no...

BONIF. (Alolado.) ¿Qué?...

ALEJ. Lo que te parece real, lo que ves y tocas, es tan ilusorio como lo que sólo habla á nuestro espíritu.

BONIF. Vamos, desvaríos de hombre rico y desocupado. Si tuviera usted que trabajar para ganarse el pan, no pensaría esas cosas.

ALEJ. ¡Trabajar... yo! No sirvo para emplear la vida en afanes, que al fin siempre resultan inútiles. Por mi suerte, ó mi desgracia, que esto no lo sé, no he trabajado nunca. Todo me lo encontré hecho. Mis padres me criaron en la holganza. Al quedarme solo, no pensé más que en el único trabajo productivo y consolador: vivir.

BONIF. Vivir... para vivir. Ya lo creo... con mucho *parné*...

- ALEJ. ¡El dinero! ¡Ficción, convencionalismo! Lo aprecio como un medio de satisfacer mis necesidades físicas y espirituales. Pero no sé crearlo, ni quiero. No sé ganarlo, vamos... y mientras lo tenga, vivamos... viviendo.
- BONIF. Pues por ese caminito, fácil es que vaya usted...
- ALEJ. ¿A dónde?
- BONIF. A San Bernardino.
- ALEJ. ¡La miseria! ¡Bah!... Otra ficción, como la riqueza. Y en último caso, á mí no me espanta. El día en que yo no pueda vivir, no viviré.
- BONIF. Se matará... ya... Le viene de familia.
- ALEJ. ¡La muerte... ah! (Meditabundo.)
- BONIF. (Vivamente.) ¿Otra ficción?
- ALEJ. No, esa no es ficción, Bonifacio. Hay dos verdades, aparte de la fundamental, Dios... Dos verdades: el amor y la muerte... En ésta, si te fijas bien, no verás más que cambios de vida. ¿Se nos hace imposible la presente? Pues nos dirigimos á otra por un procedimiento que aterra á los cobardes; pero que á mí no me hace pestañear. Cuestión de carácter, de raza...
- BONIF. ¡Cristo me valga, qué loco!
- ALEJ. ¿Quieres oír un par de consejos de grande eficacia para la vida? Pues allá van: vive de lo que tengas, y despójate de toda ambición. Continúa en ese oficio vulgar, mientras la necesidad te obligue á ello, privándote de la vida fácil, libre y sin humillación. Pero si te cae herencia ó lotería, ó te encuentras algún tesoro, no trabajes, Bonifacio: sacude esa esclavitud tan dura como tonta. Cultiva la dignidad, la estimación de tus actos; no admitas favores, ni protección, ni auxilio de nadie, con lo cual evitas la gratitud, que es otra cadena de una pesadez intolerable. Haz todo el bien que puedas á tus inferiores. Busca tu recreo en la Naturaleza y en las Artes, las cuales nos proporcionan goces que no tenemos que agrade-

cer. Y, sobre todo, y esta es la regla más práctica, Bonifacio: no te cases nunca, nunca, porque si el amor es lo más bello que el cielo nos ha concedido, el matrimonio es la más execrable invención de la tiranía social.

BONIF. No es mala doctrina; pero... (Bruscamente, sintiendo ruido por la izquierda.) ¡Ya salen!...

ALEJ. ¿Ella?... ¿Sola?...

BONIF. No, no... con toda la familia. Ahora es imposible...

ALEJ. ¿Y á qué hora crees que la encontraré sola?

BONIF. (Inquieto.) No sé. Lo mejor es que suba usted al entresuelo.

ALEJ. ¿A casa de mi amigo Morales? Sí.

BONIF. Y si luégo, á media tarde, han salido todos, como creo...

ALEJ. Me avisas.

BONIF. Pero váyase pronto, que vienen. Salga por el portal, (Le lleva á la puerta de la derecha.)

ALEJ. ¿Y por aquí volveré?

BONIF. Sí.

ALEJ. De modo que me avisas...

BONIF. Mandaré un recado con el chiquillo.

ALEJ. ¿Tendré que llamar?

BONIF. Dejaré abierto... Pronto...

ALEJ. Bueno. En tí confío. (Vase por la derecha.)

BONIF. Ya están aquí... Y la maestra con las disciplinas en la mano.

### ESCENA III

ISIDORA, DOÑA TRINIDAD, TRINITA, SERAFINITO, éste comiendo el postre, y leyendo en un libro.

ISIDORA (A su hermana, con severidad.) ¡Que no consiento esto, vamos, que no lo consiento!

TRIN. Bonifacio, á comer. (Vase Bonifacio por la izquierda.) Déjala que estudie.

TRINITA Pero lo que digo: antes quisiera acabar mi ves-

tido. (A Isidora.) Y no me has dado el rasete color malva, ni el pedazo de surah para la combinación.

ISIDORA ¡Yo no tengo rasete, ni surah, ni paciencia!

SERAF. (Duro en ella.)

TRIN. Pero, hija, la niña...

TRINITA (Con mimo.) ¡Y ahora que estamos sin doncella! También es tema haber despedido á la Calixta, que me ayudaba.

ISIDORA La he despedido, porque no servía para nada.

TRIN. Amalia, que no sabe cocinar, la pobre, será doncella desde hoy, y esta tarde misma tomaremos muchacha para la cocina.

ISIDORA No, no. Ni esta tarde, ni mañana, ni nunca.

TRIN. ¿Y cómo nos vamos á arreglar?

ISIDORA A ver. ¿Soy yo la que manda aquí?

TRIN. Hija de mi alma, desde que con tu energía, determinación y talento extraordinario salvaste la casa, tu padre y yo hemos delegado en tí nuestra autoridad.

ISIDORA Pues mamá, no te molestes en buscar cocinera, que ya la tenemos.

TRIN. ¿Quién?

ISIDORA Esta (Coge á su hermana del brazo.) (\*)

TRINITA ¿Yo? ¡Qué barbaridad!

SERAF. (Cerrando el libro.) (Prepárate... Cuando las barbas de tu vecino veas arder...)

TRIN. Pero, hija, ¿lo dices de veras?

ISIDORA ¡Y tan de veras! Estamos amenazados de ruina. Aquí no hay ya señoritos.

SERAF. (¡Ay, Dios mío!)

ISIDORA Todos somos criados de todos. Se acabaron los perifollos elegantes, incompatibles con nuestra pobreza; se acabó el piano, y...

TRINITA ¡Pero si yo no sé guisar! (Lloriqueando.)

ISIDORA Aprendes... Más fácil es hacer un pisto sabroso

---

(\*) Doña Trinidad, Trinita, Isidora, Serafín.

en la cocina, que hacerlo malamente en el piano... con la Rapsodia húngara!

SERAF. (Riendo.) ¡Divino, delicioso!

ISIDORA Mamá sabe cocinar. Yo también. Verás qué pronto te enseñamos.

TRIN. Bueno, bueno; pero me parece que...

TRINITA (Llorando.) Yo no quiero.

ISIDORA Pues si no se conforman todos... dimito.

TRINITA No, no.

TRIN. Dimitir no. (Asustada.) ¡Jesús! Estás demostrando una disposición colosal para el gobierno. Debemos obedecerte sin reparar en lo que mandas.

ISIDORA Nada, nada. Real decreto nombrando á la niña cocinera. Anda, ponte el delantal grueso. Se acabaron los rasetes, crespones y muselinas. Dispongo el descanso de las pobrecitas teclas, condeno á destierro los *Nocturnos* y *Fantasías*, y á muerte á las *Marchas Fúnebres* y *Danzas Macabras*.

SERAF. (Riendo.) ¡Já, já!... ¡Estupendo, colosal!) (Haciendo burla de su hermana.) ¡Cocinera! Pues lo que es yo, no cenó aquí esta noche.

ISIDORA ¿Que no?

TRIN. Vale más que cenés con tus amigos. Ya sabes que esta noche tiene que hablar...

ISIDORA Pero antes he pedido yo la palabra... En fin, ¿mando ó no mando?

TRIN. Tú mandas, sí... pero el niño...

SERAF. (Con terror cómico.) ¡Ay, pobre niño!... Ya estás en capilla.)

ISIDORA Pues si mando...

SERAF. (Yo me escabullo.)

ISIDORA (Agarrándole por un brazo.) Ven acá, mequetrefe. (\*)

TRINITA (Burlándose de él.) ¡Já, já! ahora le toca al sabio.

TRIN. Pero ya sabes cuánto le alaban...

ISIDORA ¡Vaya una ciencia la de estos micos! Pedantería,

---

(\*) Trinita, doña Trinidad, Serafinito, Isidora.

ideas y frases sueltas, tomadas de aquí y de allá, oídas en los corrillos, ó pescadas en lecturas rápidas...

TRINITA (Burlándose.) El precocísimo filósofo, el joven pensador... ¡Já, já!.

SERAF. (A Trinita.) Verás tú...

ISIDORA Mamá, no te forjes ilusiones. No es más que uno de tantos niños habladores, hueros y cargantes, que hacen aborrecibles el arte y la ciencia. Tiempo tiene de aprender con fundamento. Condono á reclusión temporal los librotos que tú no entiendes. Que los estudios sociológicos y antropológicos se vayan á hacer compañía á la *Marcha Fúnebre* y á la *Danza Macabra*. Esta noche me copiará el niño sabio unas cincuenta facturas, y me escribirá veinte ó más cartas.

TRINITA ¡Já, já!...

SERAF. Bueno. (Cortado.) Lo haré cuando vuelva.

ISIDORA No; si de aquí no sales ya. Voy á ponerte el grillete. Mamá, sácale unos manguitos.

TRIN. ¡Jesús, el niño al mostrador!...

ISIDORA ¿Que no?... Pues dimito.

TODOS (Asustados.) No, no.

ISIDORA ¿Y por qué no ha de salir al mostrador? ¿No salgo yo?

TRINITA Y yo también si hiciera falta.

ISIDORA No, tú á la cocina.

TRIN. (Consolando á Serafín.) Hijo, resígnate hasta que pasen estas circunstancias.

ISIDORA (A Serafín afectuosamente.) Mira: para que la transición no sea brusca, hoy te dedico á tareas fáciles. Ven acá. (Va al escritorio.) Empieza por ir al correo. Certificas estos dos paquetitos de muestras sin valor. Y á la vuelta, te pasas por casa del comisionista alemán...

TRIN. Hartmann.

SERAF. ¿El autor de la *Filosofía de lo inconsciente*?

ISIDORA No sé de qué es autor. Tú vas, y le pides el mues-



trario de percalinas asargadas, y me lo traes.

SERAF. Bien. Haré todo lo que mandes.

ISIDORA (Acariciándole.) Cabecita llena de viento, no se estudia sólo en los libros. Hay que aprender antes un poco de ciencia de la vida, en la vida misma.

SERAF. Bueno, hermana. Tú nos subyugas, nos fascinas; tienes sobre todos tal poder sugestivo, que no hay manera de resistirte.

TRIN. ¡Pero qué dirán sus amigos del *Círculo de Historia y Literatura!*

ISIDORA ¡Valiente caso hago yo de la opinión de los señores discursistas! ¡Que vengan, que vengan aquí con sus retóricas á salvarnos de la miseria, y á enseñarnos cómo se restaura el crédito de una casa, y se da de comer á una familia!

SERAF. No hay más que hablar.

ISIDORA Ya estás andando.

TRINITA Y yo á mi cocina.

TRIN. Empezarás por dar de comer á los chicos.

TRINITA (A Scrafín.) Adiós, hortera precocísimo.

SERAF. Fregatriz *dilettante*, hasta luégo.

## ESCENA IV

ISIDORA ; DOÑA TRINIDAD ; DON ISIDRO ; DON SANTOS, por la derecha.

TRIN. ¿Y qué tal os ha tratado el viejo Rodríguez, nuestro vecino?

ISIDRO Un almuerzó de príncipes.

SANTOS (A Isidora.) ¡Ah, si supieras qué sorpresa te traemos!..., ¿Se lo digo?

ISIDRO No, es una locura, un delirio. Somos muy prácticos.

TRIN. Pero dílo, hombre.

ISIDRO Luégo. Esta me ha enseñado el método, y...

ISIDORA Sí, lo primero á nuestro negocio. A ver...

ISIDRO Pues fuí á casa de Requejo á proponerle que nos

tome las existencias de sedas bordadas, que no necesitamos.

ISIDORA Con el 25 por 100 de rebaja sobre el precio de factura...

ISIDRO (Con timidez.) No, hija; no me atreví á tanto, y le propuse el 35.

ISIDORA ¡Ay, papá; siempre eres lo mismo! Por esas timideces estás como estás... Considera que las sederías han subido de precio. Míralo; convéncete.  
(Los dos pasan al escritorio, donde examinan papeles.)

TRIN. (Con don Santos, en el centro.) ¡Y qué?

SANTOS Toda la mañanita, desde que llegué de Móstoles, he andado como un azacán buscando á ese caballero. No sé dónde demonios se mete.

TRIN. Dicen que al entresuelo viene á menudo.

SANTOS ¡A casa de Morales? Subiré. Pero antes veré á los Guevaras, que son sus íntimos. Como que en poder de ellos tiene todo su capital. ¡Demonio de chico!

TRIN. Dicen que sale á su padre, buen hombre, pero que si apostaba á extravagante, no había cristiano que le ganara.

SANTOS Pues éste da quince y raya al padre, á la madre, y á toda la familia.

TRIN. ¡Ay, Santos, Dios te dé buena mano!

SANTOS Pulse y ojo de cazador machucho.

TRIN. Eso es, sí... Me voy á dar á la pequeña la primera lección de cocina. (Vase por la izquierda.)

## ESCENA V

DON ISIDRO, ISIDORA, DON SANTOS

ISIDRO Tienes razón. Se hará como dices (Bajan los dos al proscenio.) Si Requejo acepta, ya estamos de la otra parte. No nos metamos en más honduras. Contentémonos con conservar lo presente...

SANTOS Alientos tiene la niña para mucho más.

ISIDORA ¡Ya lo creo!

ISIDRO Yo no: mis aspiraciones son modestísimas.

ISIDORA Las mías pican alto.

ISIDRO No tengo ambición.

ISIDORA Yo sí. Y además constancia, tenacidad en mis propósitos.

SANTOS ¡Viva el águila del comercio matritense! No le cortéis las alas, y veréis hasta dónde se remonta. Yo que tú, aceptaría sin vacilar la proposición de Rodríguez (\*).

ISIDORA (Curiosísima.) ¿Qué, qué es?

SANTOS ¿No se lo has dicho?

ISIDRO No, porque temo que pierda la chaveta, y quiera meterse en aventuras peligrosas.

ISIDORA (Muy impaciente.) ¿Pero qué es? Díganmelo.

ISIDRO Nada, que el viejo Rodríguez, nuestro vecino, está loco contigo...

ISIDORA ¿Prendado de mí?

SANTOS De tu talento, de tu disposición para los negocios...

ISIDRO Ya sabes que se retira. Desea que nosotros nos quedemos con su establecimiento.

ISIDORA ¿Es de veras? (Batiendo palmas.) ¡Jesús, qué dicha! ¡La camisería! ¡El colmo de mis anhelos!... Pero las condiciones serán duras.

SANTOS ¡Quiá! Excelentes.

ISIDORA Pues aceptado. ¿Pero, papá, tú lo dudas?

ISIDRO Hija de mi alma: temo que sea carga demasiado gravosa para nuestros hombros, que aún están muy débiles.

ISIDORA (Vivamente.) ¿Te dió el abuelo las condiciones escritas?

SANTOS Sí; ahí las tiene.

ISIDORA Dámelas.

ISIDRO Luégo... ten juicio... No olvidemos el asunto más urgente... Requejo... ese no espera.

---

(\*) Don Isidro, Isidora, don Santos.

- ISIDORA Es verdad. Vete pronto allá. No podemos descuidarnos.
- ISIDRO Allá me voy, y mientras discuto con él las condiciones del descuento, tú lo dispones todo, y nos mandas...
- ISIDORA La nota de las piezas de seda bordada, con los precios de factura, y otra nota de los cincuenta pañuelos de crespón que le cedemos.
- ISIDRO Pero pronto, hija mía.
- ISIDORA A prontitud nadie me gana.
- ISIDRO Ahí tienes el *vendí* firmado por mí. Añades las...
- ISIDORA Sí, sí... Allá irá todo, y si el saldistista acepta, que aceptará, no te vengas sin traer todo ultimado; y recoges el pagaré.
- ISIDRO Corriente...
- ISIDORA Te mandaré también la nota del pedido de género alemán, para que á la vuelta...
- ISIDRO Perfectamente. Abur...

## ESCENA VI

ISIDORA; DON SANTOS; LUENGO, que entra receloso y mal humorado.

- LUENGO ¡Felices!
- ISIDORA ¿Qué hay?
- SANTOS ¿Qué trae por aquí nuestro diligentísimo corredor y zurupeto?
- LUENGO Pues... supe que haces más pedidos.
- ISIDORA Sí... ¿y qué?
- LUENGO Que ni tú ni tu padre os dais por vencidos...
- SANTOS ¡Rendirse ésta! ¡já, já!
- ISIDORA Para mí no hay más que dos términos: la victoria ó la muerte.
- SANTOS ¿Qué tal?
- ISIDORA Soy como los defensores de Zaragoza. No me rindo. Los sitiadores, si entran, pisarán mi cadáver.
- SANTOS (Aplaudiendo.) ¡Bravísimo por la heroína!

LUENGO Bravísimo... Y ha corrido el rumor... por eso vengo... pero ¡quía! debe de ser broma. ¡Lo que me reí cuando me lo dijeron!

ISIDORA ¿Qué?

LUENGO Que no contentos mis queridísimos amigos los Berdejos con las dificultades que les agobian, aspiran á quedarse con la camisería del vecino... ¡já, já!...

ISIDORA No reirse, amiguito.

LUENGO ¿Pero no es broma?

SANTOS ¿Qué ha de ser? El abuelo Rodríguez es quien pretende...

LUENGO (Con estupor.) ¡Pero si el chico de don Nicomedes y mis sobrinos contaban con ese traspaso!... El abuelo les prometió...

ISIDORA Pues será en el caso de que nosotros rehusemos...

LUENGO (Sulfurándose.) ¡Esto es increíble! ¡Qué gente más aprovechada! ¿Y don Isidro será capaz...?'

ISIDORA Como siempre, mi padre teme; yo no.

LUENGO (Con desprecio.) ¿Y te crees con bríos para...?

ISIDORA Para eso y para mucho más. Conseguiré todo lo que me proponga. ¿Cómo? Poniendo en todas mis acciones la energía perseverante que me ha dado Dios. ¡Ay, que no me la quite! ¡No me la quites, Señor!

LUENGO (Con ira, marcando mucho la palabra.) ¡Voluntariosa!

ISIDORA No es eso... Pero sí: admito la palabra, á falta de otra.

SANTOS Eh... ¿qué tal?

LUENGO (Desconcertado. Su hipocresía no es bastante á encubrir su cólera.) ¡Pues no lo consentiremos!... digo... si me opongo... es por el bien de esta familia que tanto quiero... ¡Vaya un egoísmo! Pues no será, digo que no será... Queridísimo don Santos, no me niegue usted que...

SANTOS Pero ven acá... (Siguen disputando en voz baja.)

## ESCENA VII

DICHOS; SERAFINITO, por el foro.

SERAF. (Entra rápidamente con varios muestrarios.) Aquí estoy. Me pediste un muestrario y te traigo tres (\*).

ISIDORA Bien: así me gusta.

SANTOS (Con Luengo, á la derecha.) No hay quien pueda con esta chica.

LUENGO Es un demonio.

SANTOS Un demonio que anda demasiado suelto, y yo pienso atarle.

LUENGO ¡Cómo?

SANTOS Con una cuerda, sogá ó cabezal, según los casos, que se llama marido.

LUENGO ¡Un marido!

SANTOS En eso ando.

LUENGO Ya... tratos y contubernios. Boda en perspectiva. Ahora comprendo... Por eso echan tantos humos, y quieren apandar todos los negocios... Claro: trincan al sonámbulo, que aún tiene dinero. (Con misterio.) Pues oiga, don Santos... No hay que fiarse.

SANTOS ¿Qué dices?

LUENGO Que si se confirma cierto run run, esa boda podría ser para ustedes un negocio detestable.

SANTOS ¿Ya empiezas?... ¡Envidioso!

LUENGO Pues, no digo nada... Al tiempo.

SANTOS ¡Bah!... La envidia te come. (Retirándose.) ¿Vienes tú?

LUENGO (Pensativo, buscando un pretexto para quedarse.) Todavía no. Quiero ver esos muestrarios...

SANTOS Pues abur... Que te alivies. (Vase por el fondo.)

ISIDORA Ahora te vas á la tienda... No te muevas de allí hasta que yo te llame.

SERAF. Allí estaré. (Vase á la tienda.)

---

(\*) Don Santos, Luengo, Serafinito, Isidora.

## ESCENA VIII

ISIDORA, LUENGO; al final de la escena, BONIFACIO

ISIDORA (Con indiferencia, dirigiéndose á la mesa-escritorio.) ¿Aún está usted ahí?

LUENGO Tengo que hablarte.

ISIDORA (Sorprendida.) ¿A mí?

LUENGO (Con misterio.) Sí; de un asunto muy reservado, pero muy reservado.

ISIDORA ¿A ver, hombre?

LUENGO He sabido que Guevara anda mal... La noticia es de buena tinta. Corre la voz de que suspende pagos.

ISIDORA (Con frialdad.) ¿Y á mí qué?

LUENGO (Con malicia.) Una persona que á tí te interesa...

ISIDORA ¿A mí?

LUENGO Vamos, una persona que no puede serte indiferente... tiene todo su dinero en poder de Guevara. Ya ves... ¡qué peligro!

ISIDORA (Comprendiendo.) Ah... ya. (Con serenidad.) En efecto, yo lo sentiría... pero...

LUENGO ¡Ay, hija, con qué calma lo tomas! ¿Pero de veras, no te da frío ni calor que esa persona, esa... estimadísima persona, se quede en la miseria?

ISIDORA No puedo mirarlo con indiferencia. Al menos, por humanidad...

LUENGO ¿Por humanidad nada más? (Asombrado de la calma de Isidora.) ¿Pero tú...? Vamos, ten franqueza con el mejor amigo de la casa. Díme: ¿no tienes tú planes, nobilísimos planes... algún proyectillo tocante á ese sujeto?

ISIDORA ¿Planes yo? No por cierto.

LUENGO (Hipócrita, ¡qué bien finge!) Pues te dije lo de (Guevara,... porque tú previnieras á...

ISIDORA (Vivamente.) Pero si yo no tengo trato ni relación alguna con él. No he vuelto á verle.

LUENGO ¡Que no! ¡Ay, qué embustera!) Pues tengo en-

tendido que el gran cazador don Santos anda detrás de esa fierecilla para echarle el lazo, y traértela.

ISIDORA ¡Qué enredo! (Con desprecio.) ¡Déjeme usted en paz!

LUENGO Y entiendo que Alejandro estuvo aquí.

ISIDORA (Asustada.) ¡Aquí!

LUENGO Aquí, en tu casa.

ISIDORA ¿Cuándo?

LUENGO Hoy.

ISIDORA (Con vehemencia.) ¡Eso no es verdad! ¡Déjeme usted! ¡No quiero oírle!

LUENGO (Con hipocresía, humillándose.) Perdona, hija, no te enfades. Ya me voy. Yo soy tu amigo, amigo leal de la familia, y en prueba de ello, volveré á traer noticias, á saber de tí, de tus planes... Adiós... A trabajar la niña... Adiós.

ISIDORA Adiós, sí... Y no vuelva por acá... (Me da miedo este hombre.) (Vase Luengo. Sale Bonifacio por la puerta de la derecha, con piezas de tela.)

BONIF. (Ya está sola.) (Al cerrar la puerta, no echa el pasador; la deja entornada: Márquese este movimiento.)

ISIDORA Que no pase nadie. Tengo que trabajar.

BONIF. Está bien. (Vase á la tienda: cierra las vidrieras.)

## ESCENA IX

ISIDORA; poco después, ALEJANDRO

ISIDORA (Afanada, sentándose en el escritorio.) ¡Dios mío, lo que tengo que hacer!... Aquí está el *vendí*... Pongamos la nota del género cedido. (Escribe.) Primero: doce piezas de... (Se detiene preocupada.) Ese pillo de Luengo... No, imposible que Alejandro se atreviera á venir aquí. (Escribe.) Seis piezas de á metro sesenta de ancho .. No sé por qué, hoy no puedo apartarle de mi memoria. (Entra Alejandro cautelosamente, y se desliza por el fondo de la escena.) Hacen un total de metros noventa, que arrojan, pesetas 1.350. Bien... (Pensando.) Sí, le tengo aquí, aquí... Imposible ol-



vidarle. Y lo que yo digo, ¿se acordará de mí?  
(Venciendo su distracción, se obliga al trabajo.)

ALEJ. (Contemplándola desde el fondo, junto á una de las mesas grandes.) Allí está la pobre, navegando en un océano de números. ¡Qué bella, qué encantadora en su afán de hormiga diligente! Es la loca del trabajo. Padece la más inútil y vana demencia de las muchas que afectan á la desdichada humanidad.

ISIDORA (Escribiendo.) Pesetas 1.037. (Pensando.) No sé qué siento hoy. Hay en mi cabeza como un deseo de descanso, de... No sé qué es esto. Si tendrá razón Alejandro, que sostiene que estos afanes embrutecen el alma, amargan la vida, y secan la fuente del ideal y de los goces puros, y tal y qué sé yo. Ello será así; pero como no vuelva la edad de oro, en que se mantiene la gente con bellotas, habrá que trabajar. Eso le contestaba yo; y él se reía, y decía unas cosas tan saladas... (Dominando su pensamiento.) Anda, hija, no te duermas. (Escribe.) Añado los cincuenta pañuelos crespón clase P. 14, P. 15. Veamos los precios. (Coge una nota entre los varios papeles que tiene delante.)

ALEJ. (Avanzando un poco hacia la izquierda.) ¡Linda criatura, esclava de ilusorios deberes, de una abnegación artificiosa! Mujer hechicera, atacada de la epidemia humana, ó sea la plétora de leyes y principios... ¡Dichosos los salvajes, los pastores, los vagabundos, emancipados por la divina pobreza, por la bendita ignorancia!

ISIDORA (Contemplando gozosa su escritura.) ¡Qué bonitos números! Aquí tengo tres cincos, tan gallardos, con sus plumachos en la cabeza, y debajo un seis muy panzudo, agarrado de un tres, que parece desternillarse de risa... ¡Oh! no sé qué tengo hoy... Ya me equivoqué tres veces. Es la pícara imaginación, que se me quiere insurreccionar... (Oprimiéndose la frente.) Imaginación, ten juicio... no en-

redes, hija, no enredes... (Pensando.) ¡Vaya con lo que me dijo Luengo! ¿Será cierto que estuvo aquí? ¡Pobrecillo! Sin duda está loco por verme... Pues que se fastidie. (Recordando.) ¡Ay, lo que me falta todavía!... ¡El pedido de género alemán! (Levántase, y rápidamente va al otro lado.) Aquí dejé los muestrarios. (Los examina. Alejandro se ha ocultado en el fondo tras cualquier objeto.) Este no es. Aquí está el que pedí, (Hojeándolo.) con las señales de lápiz que puse la semana pasada. Bonitas telas... ¡qué novedad de colores!... De este color era el último vestido que me compró Alejandro... ¡Es raro esto, que no pueda hoy apartarle de mi memoria! (Quédase absorta y se sienta en una silla baja, junto á la mesilla. Alejandro se desliza paso á paso por el fondo, va al escritorio y se sienta en la banqueta.) Parece-me que le estoy viendo. (Dominándose.) ¡No, si no quiero verle! (Con energía.) ¡No, no! (Transición.) Bah... ¡Cómo miente una, cómo miente, aun hablando consigo misma! Tenemos la mentira tan metida en el alma, que ni discurrendo á solas dejamos de decirnos algo que no es verdad... (Recobrándose.) Ea, que el tiempo vuela, Isidorita. A trabajar. (Dirígese al escritorio. Al ver á Alejandro en el sitio que ella ocupaba antes, da un grito; quédase después suspensa, aterrada, inmóvil y muda, como no creyendo á sus ojos, ó si se hallara en presencia de una visión.)

ALEJ. (Sonriendo.) Sí, yo soy... ¿Me tomas por un fantasma?

ISIDORA (Da algunos pasos: retrocede.) No, no eres... no eres... ¡Alejandro!... (Acercándose más.) ¿Eres tú de veras?

ALEJ. Yo, sí, que me recreo, que me extasío mirándote.

ISIDORA ¡Oh, qué absurdo!... ¡tú... en mi casa!... ¡Por Dios, vete, vete pronto de aquí! Pueden venir mis padres, mi tío...

ALEJ. Sosiégate... Me iré si tú lo mandas... Pero no sin decirte que me abandonaste caprichosamente y sin motivo. Sabes muy bien que no amo á la que fué causa de tu arrebató de celos; sabes que, de

cuantas mujeres existen en el mundo, no puedo amar más que á una sola, á tí.

ISIDORA Déjame, déjame. Te tengo miedo. Guárdate tu amor, que para mí es tan incomprendible como tus ideas. Tus palabras bonitas no me trastornarán otra vez. Estoy curada de esa enfermedad que llaman ensueño.

ALEJ. Es que en medio de estas realidades en que tú vives, piensas en mí... No lo niegues.

ISIDORA ¡Fátuo!

ALEJ. Que no lo niegues, Isidora.

ISIDORA Buenó: pues que piense alguna vez, ¿eso qué significa?

ALEJ. Significa, sí... significa que tengo motivos para envanecerme... Mi fatuidad, como tú dices, mi orgullo, como digo yo, se funda en eso...

ISIDORA ¿En qué?

ALEJ. En que este soñador, este delirante, que aborrece los negocios, las carreras, la política y el matrimonio, que sólo ama las ideas puras, que es religioso á su modo, poeta á su modo, sin hacer versos, artista por entusiasmo, tiene y tendrá siempre un lugarcito en el pensamiento de la mujer práctica. No podrás, no podrás desterrarme de tí, Isidora, no podrás, no podrás... Y cuando más engolfada estés en tus números y más amarrada á la realidad por tus obligaciones... dejarás volar tus miradas por el vago espacio, buscándome á mí, al ensueño... No puedes, no, no puedes...

ISIDORA (Haciendo un supremo esfuerzo para vencer la sugestión.) ¡Sí podré! (Apolando al último recurso.) Me impides trabajar... Trabajo urgentísimo, de que depende quizás la salvación de mi casa (1). \*

ALEJ. Eso no. Tú trabajas... y yo te admiro.

---

(1) La parte de diálogo entre asteriscos puede suprimirse en la representación, para no prolongar la escena.

ISIDORA No puedo. Tu presencia me trastorna.

ALEJ. Yo te ayudaré. (Además de sentarse en el escritorio.) Díc-tame.

ISIDORA No, no; déjame el sitio. (Le echa del escritorio y se sienta ella.) Acabaré la nota para el saldista.

ALEJ. ¿Quieres que dicte yo? (Da la vuelta y se pone al otro lado del escritorio, vuelto hacia Isidora.)

ISIDORA (Escribiendo rápidamente.) No, no es preciso. ¡Qué malo eres!

ALEJ. No soy malo. Soy un hombre que se ha formado solo, que nunca conoció el trabajo, ni las dificultades de la vida.

ISIDORA (Muy nerviosa, escribiendo á prisa, y procurando abstraerse; pero sin conseguirlo.) Doce mil setecientos y... ¡Ah! me olvidaba. (Buscando un papel.) Estoy en Babia. Y tú robándome la tranquilidad, el tiempo. (Escribo.) Además, cincuenta pañuelos de crepón...

ALEJ. ¿Que yo te robo los pañuelos?

ISIDORA No... digo... Cincuenta, desde 130 á 800 pesetas... Sigue. ¿Qué decías?

ALEJ. Quedé huérfano y rico. Ni mis padres ni mi tutor supieron hacer de mí lo que llamáis un hombre útil. No es que yo me queje de este abandono.

ISIDORA Vives en un mundo imaginario.

ALEJ. Y tú en otro, porque eso que haces es tan imaginario y tan vago como las nubes que corren por el cielo, obscuras unas, otras iluminadas por el sol.

ISIDORA ¿Ves? Ya me equivoqué por culpa tuya. Escribirélo otra vez. Treinta varas á... ¿Con que las nubes?... ¿el rayo de sol?... á 12,50... Anda: ya equivoqué los números.

ALEJ. ¿Qué más da? Todos los números y cifras son iguales. Podrán parecernos distintos; pero en la cuenta final y total, no son más que una sucesión infinita de ceros.

ISIDORA (Escribiendo con agitación.) Con la rebaja del 30 por 100...

Estás loco y quieres que yo también lo esté. Déjame á mí en la realidad, y vete tú á tus nubes.

ALEJ. Todo es nubes, eso y lo mío.

ISIDORA Ahora, el pedido. Coge el muestrario y me vas dictando las cifras de las telas que verás marcadas al margen con lápiz azul.

ALEJ. (Coge el libro.) Todo es cielo, espacio sin fin, la materia tan infinita como el espíritu, la diligencia tan ociosa como la ociosidad. (Dictando.) 747.

ISIDORA (Muy excitada, escribiendo con grandísima rapidez.) ¡Pobre visionario!... De ésta pido treinta piezas... Sueñas con el arte que no posees.

ALEJ. 749... Lo poseo admirando á los que lo cultivan. 781.

ISIDORA Arte... ¡qué bonito! (Calculando.) Cuarenta y cinco piezas.... Más á prisa.

ALEJ. 801 bis. Sueño con el amor, cuyo ideal encontré en tí.

ISIDORA Anda, morena. (Burlándose.) ¡El amor, valiente tontería!... (Calculando.) De ésta ochenta piezas.

ALEJ. 810.

ISIDORA Si al menos te ajustaras á la realidad de las cosas... Treinta y cinco.

ALEJ. Eso es mucho pedir.

ISIDORA ¿Qué? (Creyendo que se refiere al pedido de género.) ¿Mucho?

ALEJ. No, digo... 842. La realidad y yo no hacemos buenas migas. 847 bis. Mis ideas, ya sabes...

ISIDORA (Impaciente.) Dame acá: yo acabo más pronto.

ALEJ. No, vida mía. 849.

ISIDORA Dame el libro. (Se lo quita.)

ALEJ. (Señalando donde él quedó.) Aquí estábamos.

ISIDORA Me sé de memoria tus ideas. (Escribe.) 850. (Repitiendo burlescamente conceptos de él.) «¡Abajo la vulgaridad! ¡Muera todo lo convencional y rutinario!... Las jerarquías sociales, el matrimonio, la...» ¡já, já!... 855... Cuarenta piezas.

ALEJ. Eso mismo,

ISIDORA ¿Sabes lo que significa toda esa monserga? .

Pues no es más que una forma de orgullo... Si señor. 857.

ALEJ. De dignidad, digo yo.

ISIDORA De soberbia satánica... Cuarenta piezas. Vaya, he concluído. Gracias á Dios. (Metiendo los papeles dentro de un sobre.) Tengo que mandar esto á mi padre. (Sale del escritorio. Dirígese á la puerta de la tienda y llama.) ¡Bonifacio! (Sale Bonifacio.) ¿Está ahí Serafín?

BONIF. Aquí está.

ISIDORA Que lleve esto... pero volando... á papá... en casa de Requejo. (Da el pliego á Bonifacio, y vuelve al proscenio. Bonifacio se va y cierra.) Y ahora, Alejandro, por Dios y por la Virgen... (Señalándole la puerta de la derecha.) \*

ALEJ. ¡Vida mía, cuánto me duele verte en este ardiente afán! Para librarte de él y salvar tu casa, dispón de lo mío.

ISIDORA Gracias. No puedo aceptarlo. Eres mi perdición... Lo has sido, lo serías otra vez... No, no quiero. (Asustada, se aparta de él.) Tu apoyo es mi muerte. (Cae en una silla, como fatigada y abatida.) Vete, y no pienses más en mí.

ALEJ. Ah, no... No pensar en tí. ¡Imposible! Es poco ya decirte que te adoro; déjame decirte que te admiro, noble y grande heroína. Quieres luchar sola, fiando en tu voluntad poderosa.

ISIDORA Luchar sola y honradamente es mi orgullo. No me prives de esta satisfacción, la más noble que puede tener un alma. (Se levanta.) Concédeme esto, y... (Mirándole con afecto.)

ALEJ. (Que se había mantenido á respetuosa distancia, da algunos pasos hacia ella.) ¿Qué?

ISIDORA Te querré.

ALEJ. (Con júbilo.) ¡Qué me querrás, que volverás á quererme!... No soy ya tan desdichado. El pobre soñador se consuela con esa esperanza, y hace de ella la verdad de su vida.

ISIDORA (Retrocede asustada.) ¡Cómo me seduce el pícaro!

ALEJ. (Con entusiasmo.) En mi corazón pongo un altar y en

el altar un símbolo, uno solo: tú, tú, en alma y cuerpo...

ISIDORA ¡Me arrastra, me fascina!

ALEJ. Y allí te adoraré... No te desdigas. ¡Volverás á quererme!... Es que subsiste en tí el cariño... (Isidora le mira amorosamente sin decir nada.) Más que cariño, amor...

ISIDORA (Dando algunos pasos hacia él con deseos de abrazarlo, que reprime.) Sí.

ALEJ. Si es ley que nos amemos, ven á mí.

ISIDORA Sí. (Se abrazan.) Es ley.

ALEJ. Si no existiera la disparidad de caracteres, no existiría el amor, el sentimiento universal que mueve los mundos.

ISIDORA Te quiero, sí. (Con abandono, apoyando su frente en el pecho de él.) Eres mi muerte moral, la muerte de mi voluntad. Desde que estás aquí, las ideas de orden se me han ido de la cabeza. (Entorna los ojos, como sufriendo un desvanecimiento. Alejandro la sostiene en sus brazos. Ambos están en pié.)

ALEJ. Mejor. Las ideas de orden, los números, la regularidad son el desierto de la vida, que hay que atravesar con sed y fastidio. Al fin, ¿qué se encuentra? Nada, fastidio, sed... La sed no se acaba, ni el desierto tampoco.

ISIDORA (Como dormida sobre el pecho de Alejandro, los ojos cerrados.) Sí... el desierto... sed.

ALEJ. Reconoce que estas luchas de la realidad á nada conducen, y que vale más dormir, soñar, entregarse al dulce acaso...

ISIDORA (Como en sueños.) Soñar... vivir...

ALEJ. Y que fuera del arte, del amor, de la poesía, nada existe que merezca nuestra atención.

ISIDORA ¡Oh, qué delirio! (Despréndese de los brazos de Alejandro.) ¿Estoy soñando?... Alejandro, me matas.

ALEJ. Te resucito.

ISIDORA Déjame, te lo suplico.

ALEJ. ¡Oh, alma mía! ¡Qué he de hacer yo más que

obedecerte? Pero á cambio de mi sumisión...

ISIDORA ¡Qué?

ALEJ. Una palabra, una sola... Díme que deseas unirme nuevamente á mí.

ISIDORA (Aturdida y desconcertada.) ¡No!... (Con vacilación angustiosa.) Sí... No sé... (Con pena hondísima.) ¡Dios mío, ya no tengo voluntad! Déjame, déjame ahora... Te lo suplico... Quisiera mandártelo; pero ya no puedo, no puedo mandar. (Con infantil desconsuelo.) No sé qué pasa en mí... Alejandro, te lo ruego... (Luchando por recobrar su voluntad.) Te pido que salgas de aquí... ¿Quieres que me arrodille para suplicártelo? (Hace ademán de arrodillarse.)

ALEJ. No, no... Adiós... Soy feliz. (Se retira y retrocede.) Un momento más.

ISIDORA No, no... ¡Vete, por Dios!

ALEJ. Obedezco... Adiós. (Vacila; al fin se decide á partir.) Hasta luégo... Te espero... adiós.

ISIDORA Adiós. (Cae anonadada en una silla, sollozando.)

## ESCENA X

ISIDORA; DON SANTOS, que entra presuroso por el foro izquierdo en el momento de salir Alejandro, y le ve.

SANTOS ¡Él aquí... y yo loco buscándole! Voy tras él.

ISIDORA (Sin moverse de su asiento, muy abatida.) No, no... .

SANTOS (Advirtiendo su turbación.) ¡Pero qué... hija mía, qué te pasa?

ISIDORA Nada, nada.

SANTOS ¡Si supieras lo que ocurre! Una gran desdicha.

ISIDORA (Asustada.) ¡Qué?...

SANTOS Es cosa de él.. Y yo acechándole en casa de Guevara... y la casa de Guevara... ¡Oh, cuánto pillo en este mundo!



## ESCENA XI

ISIDORA, DON SANTOS, DON ISIDRO; luego DOÑA TRINIDAD

- ISIDRO (Por la tienda, presuroso, muy sofocado.) Hija mía, ¿pero qué te pasa?... ¿Estás loca?
- ISIDORA ¿Pero qué?...
- ISIDRO (Con dificultad en el aliento.) Que me has puesto en ridículo. Requejo ha creído que nos burlábamos de él. Se pasó la hora, y tus notas no llegaron.
- ISIDORA (Aturdida.) Ahí están.
- ISIDRO (Mirando los papeles que toma de la mesa.) Todo equivocado... confundidas las cifras, trocadas las marcas. ¿Qué suma es esta?
- ISIDORA ¡Qué desatino! ¡Jesús!
- ISIDRO ¿Pero tú cómo tienes la cabeza?
- ISIDORA (Afligida.) Trastornada, ¡ay! enteramente trastornada...
- TRIN. (Que entra por el foro izquierda y se aproxima al grupo.) ¿Qué es eso? ¡Isidora! (Isidora, paralizada por la estupefacción, no contesta.)
- ISIDRO Y nada hemos podido hacer. Requejo furioso. Yo aturdido...
- ISIDORA No sigas. ¡Qué vergüenza!
- ISIDRO Estamos perdidos. Requejo no espera... No podemos cumplir... La casa se hunde.
- ISIDORA (La mirada perdida en el espacio.) La casa se hunde. (Con terror.) ¡Perecemos todos!
- TRIN. ¿Pero, hija, tú sueñas?
- ISIDORA Sueño, sí. (Cae en una silla, fatigada y sin aliento. Todos la rodean afligidos.)
- ISIDRO ¡Dios de mi vida!
- SANTOS Y Guevara, ¿sabes? lo que yo temía, Guevara...
- ISIDRO Se ha fugado... ya lo sabía... dejando descubiertos horribles.
- SANTOS Alejandro... todo lo ha perdido...

- ISIDRO Hija mía, ¿oyes? Todos caen, y en algunos la caída es castigo del Cielo.
- ISIDORA (Como despertando. Transición del aturdimiento á un vivo terror.)  
¡Ah ..! ¡Caemos todos... nosotros... él!
- ISIDRO Niña querida, recobra tu sér.
- TRIN. Vuelve en tí.
- ISIDORA ¡Oh, no puedo, no puedo!... Le quiero... Y ahora más, más... (Llorando.) Padre, madre, hermanitos míos, arrojadme de vuestro lado... Ya no soy vuestra Isidora,... soy la otra, la otra... la suya.
- ISIDRO Pero, hija de mi alma, ¿dónde está tu santa energía?
- SANTOS ¿Tu bendita voluntad?
- ISIDORA (Con desvarío, mirando á todos.) ¿Mi voluntad...?
- TRIN. ¿Con él?
- ISIDRO ¿Con nosotros?
- ISIDORA (Que pretende dominar la turbación de su mente. Pausa. Ansiosa se interroga.) ¿Con él... con vosotros? (Entregándose á la desesperación por no poder conciliar sentimientos contradictorios.) ¡Ay de mí!... ¡no lo sé! (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

---

---

# ACTO TERCERO

---

La misma decoración de los actos primero y segundo. Entre el acto segundo y tercero transcurren algunas horas. Es de noche. Luz eléctrica en el escritorio y en el fondo.

## ESCENA PRIMERA

BONIFACIO, TRINITA, SERAFINITO; el primero arregla las piezas de tela en las mesas grandes; los dos segundos colocan en sus cajas algunos pañuelos de Manila que estaban sobre la mesa, y se los van dando á Bonifacio; DOÑA TRINIDAD, que sale por la izquierda con mantilla; al fin de la escena, ISIDORA

TRIN. ¿Qué enredáis ahí vosotros?

TRINITA Mamá, ayudamos á Bonifacio.

TRIN. No perdáis el tiempo en tonterías. Tomad ejemplo de vuestra hermana, siempre esclava de su obligación...

SERAF. Pues esta tarde... (Bonifacio se retira al fondo.)

TRINITA Dí, mamá: ¿qué le pasó á Isidora esta tarde?

TRIN. (Sin saber qué decir.) Pues...

SERAF. Que su admirable máquina volitiva se descompuso un momento, y...

TRIN. Nada... un ligero accidente... algo á la cabeza... El excesivo trabajo, sin duda. Pero ya habéis visto. ¡La pobre, luchando fieramente consigo misma, y dominando su turbación, ha vuelto á ser la mujercita inteligente y hacendosa de siempre. Y al despejarse sus facultades, rehizo de prisa y corriendo las notas, con lo cual se pudo ultimar la operación con Requejo.

TRINITA Pero después del arrechucho se ha quedado tan triste... ¿Qué le pasa?

SERAF. Es que mi hermana padece esa perturbación encefálica y nerviosa que el vulgo llama amor, y los fisiólogos...

TRIN. Calla tú, mocosó.

TRINITA Mamá, Isidora no pudo trastornarse sin algún motivo...

TRIN. Yo también sospecho... Dime, Serafín. (Con secreto) Tú, que estabas en la tienda esta tarde, ¿no viste si alguien entró...?

SERAF. ¿Aquí?... No sé. Las vidrieras estaban cerradas... Pero parecióme oír voces... Bonifacio sabrá.

TRIN. (Ese lo sabe, sí... pero no dirá nada; es muy zorro.) ¡Bonifacio!

BONIF. Señora.

TRIN. Sospecho que Isidora tuvo esta tarde alguna visita... desagradable.

BONIF. ¿Desagradable? No recuerdo...

TRIN. Mala memoria tienes. ¿No se apareció por aquí algún fantasma? ..

BONIF. ¡Fantasmas en la trastienda! ¡Y cree usted que Isidora se asusta de fantasmas? ¡Quiá! Tiene tal valor y presencia de ánimo, que las apariciones no le causan miedo.

TRIN. Cuéntame...

BONIF. Aquí viene. (Sale Isidora por la izquierda.)

ISIDORA Ea, la gente menuda no tiene nada que hacer aquí. (A Serafín.) Tú, á la tienda.

TRINITA Ya he cocido las perdices, como me mandaste, con hierbas de estrago, achicorias, peregil, to-millo, acederas, hinojo...

TRIN. Pues ahora las sacas de la cazuela...

ISIDORA Las machacas, las picas muy menudito, muy menudito...

TRINITA ¿Y qué más?

ISIDORA Ya te lo diré después. Vete á la cocina.

TRIN. Y yo á la novena. (Aparece don Santos por la derecha.)

ISIDORA Hasta luégo, mamá. (Vase doña Trinidad por el fondo y también Bonifacio y Serafín. Trinita por la izquierda.)

## ESCENA II

ISIDORA; DON SANTOS

ISIDORA (Con ansiedad.) Tío, ¿qué hay? ¿Le ha encontrado usted?

SANTOS Sí.

ISIDORA ¿Dónde?

SANTOS Arriba, en casa de Morales. Ahí está desde que salió de aquí.

ISIDORA ¿Y qué le pasa?

SANTOS Nada; está muy triste, como si presintiera su desgracia...

ISIDORA (Sorprendida.) ¿Pero no lo sabe?

SANTOS Nadie se atreve á decirselo. Morales y su mujer temen, como yo, que cuando sepa la verdad de su ruina lastimosa, inevitable, seguirá el caminito de su padre.

ISIDORA (Dolorida.) ¡Ay, yo también lo temo; casi lo tengo por seguro! Conozco, como nadie, aquel carácter inflamable, aquel orgullo que rinde culto idolátrico á la dignidad, á una dignidad falsa y mentirosa... ¿Pero qué hace?

SANTOS Nada; jugar con los chicos... Les está armando un teatro... ¡Créelo, me daba pena verle tan ignorante de su desdicha! Morales cree que sólo tú puedes evitar en él los terribles efectos de la desesperación...

ISIDORA Sí, yo sólo puedo consolarle en este infortunio, fortalecer su espíritu... Voy allá.

SANTOS (Deteniéndola.) Aguarda, hija. No es conveniente...

ISIDORA ¿Por qué?

SANTOS Sin contar con tus padres, no debes...

ISIDORA Ya les diré á mis padres que esto es un deber...

SANTOS Con todo, reflexiona...

ISIDORA Iré á su casa.

SANTOS Menos.

ISIDORA Pues vuelva usted arriba... Prevéngale...

SANTOS Ya sabes á lo que voy. Francamente, hija, no está el hombre en situación de que yo le diga: «O te casas con mi sobrina, ó te pego un tiro.» Y él me contestaría: «¡Soberbio! Así me ahorra usted el trabajo de pegármelo yo.»

ISIDORA (Displícite.) Déjese usted de tiros, por Dios. Otra cosa: si al bajar entrara aquí un momento...

SANTOS No me parece bien.

ISIDORA Mamá en la novena...

SANTOS Tu padre vendrá de un momento á otro...

ISIDORA Si pasara por aquí, yo le daría la noticia y... (Gozosa, con una idea feliz.) ¡Ah!... ¡Ya... ya la tengo! Tío, tío de mi alma, ¡qué idea se me ha ocurrido!... ¡Oh, qué idea!...

SANTOS A ver, á ver...

ISIDORA Dice usted que no sabe su ruina...

SANTOS No la sabe.

ISIDORA ¿Está usted seguro?

SANTOS Segurísimo.

ISIDORA ¡Pues verá usted qué idea tan atrevida, tío, qué idea tan soberana! Le pongo dos letras diciéndole... (Va al escritorio y se pone á escribir.) que necesito dinero, que... Él me hizo esta tarde ofrecimientos, como siempre... Le conozco: su generosidad es ilimitada, rasgo capital de su carácter, como el odio al matrimonio...

SANTOS ¿Y crees seguro?..

ISIDORA Como tenerlo en la mano. Ya está. (Cierra la carta. Ahora, tío, usted que es tan bueno, hará que llegue á sus manos... Pero en seguida, sin perder un minuto... antes que se nos escape.

SANTOS Venga... Se la daré al criado de Morales... (Coge la carta.)

ISIDORA Usted me ayuda ó no me ayuda... Soy tremenda, ¿verdad? fastidiosísima; pero este es un caso en que...

SANTOS (Viendo venir á don Isidro por el foro.) Tu padre... Me voy por aquí. (Vaso por la derecha.)

### ESCENA III

ISIDORA; DON ISIDRO

- ISIDRO Hijita mía... ¿Sigues bien? (Se sienta fatigado.)
- ISIDORA Ya usted ve.
- ISIDRO Y contenta, ¿verdad?... Me parece mentira que tan pronto recobraras tu energía, tu facultad sublime...
- ISIDORA ¿Al fin, lo arreglaste todo?
- ISIDRO Atropelladamente; pero se arregló... y la casa está salvada... por el momento.
- ISIDORA Y por siempre, papá. Ten fe, valor, confianza en tí mismo, en mí, en Dios que no nos abandona.
- ISIDRO (Besándole la mano.) ¡Qué hija, qué perla!
- ISIDORA Pero no perdamos el tiempo. ¿Traes la proposición de Rodríguez?
- ISIDRO (Sacando un papel del bolsillo.) Sí; aquí la tienes.
- ISIDORA La examinaré...
- ISIDRO Sospecho que en este negocio nos crearemos enemistades...

### ESCENA IV

DICHOS; LUENGO, poco después DON NICOMEDES

- LUENGO (Que entra presuroso, con mal ceño, por el foro, y oye la última frase de don Isidro.) Diga usted que sí...
- ISIDRO ¡Oh, Luengo, destemplado vienes!
- LUENGO ¡Furioso!... (Isidora se va tranquilamente al escritorio y se pone á leer y escribir.)
- ISIDRO ¿Qué mosca te ha picado?
- LUENGO ¡Contento tienen ustedes á don Nicomedes Guisjarro, en gracia de Dios!...
- ISIDORA (Sin dejar de escribir, con tranquilidad.) ¿Nosotros?... ¿por qué?
- LUENGO Por que don Nicomedes, hombre muy cabal, y con su aquél de negra honrilla, no soporta que Rodríguez, faltando á su palabra, traspase á us-

ted su establecimiento, ni menos tolera que usted...

ISIDRO Si es cosa de ésta, que gusta de acumular dificultades para vencerlas...

LUENGO ¡Otra más cabezuda!

ISIDRO Es que ella sabe, discurre, ambiciona... Nuestro vecino, admirador como todo el barrio, de las dotes de mi hija, quiere protegerla, dar elementos á su extraordinaria capacidad.

LUENGO (Cargado de tantos elogios.) ¡Oh, sí, la octava maravilla, la undécima musa, y la prima hermana de los siete sabios de Grecia!

NICOM. (Por el foro, con desenfado y grosería, sin ver á Isidora.) Ya tenemos todos el talento de la niña, las dotes de la niña, y las facultades de la niña, montados en la nariz. (Viendo á Isidora.) ¡Ah!... estaba aquí.

ISIDORA (Con calma.) Sí, señor, aquí estoy, oyendo á usted con el gusto de siempre.

NICOM. ¡Gracias!

ISIDRO (Medroso, queriendo apaciguarlo.) Amigo don Micomedes, ya lo arreglaremos...

NICOM. Amigo don Isidro, Rodríguez prometió cederme su establecimiento para mi chico, y los sobrinos de éste...

LUENGO Y ahora se vuelve atrás.

NICOM. Aquí no hay más arreglo que decirle ustedes: «no aceptamos.»

ISIDRO Bueno... y veremos...

ISIDORA No, papá, no hay veremos... ya lo hemos visto.

NICOM. ¿De modo que...?

ISIDORA Mucho siento que usted se sofoque, señor don Nicomedes, pero no desistimos.

LUENGO Ángel de Dios, reflexiona...

ISIDORA Lo siento; pero...

NICOM. Le anuncio á usted, señor don Isidro, que tendremos un disgusto. (Aparece don Santos por la derecha.)

LUENGO Como amigo... de corazón, te anuncio un desastre.



ISIDORA (Levántase y sale del escritorio.) ¡Si á la Providencia le da por protegerme! Vean, vean cómo está mi tienda. ¡Si sólo con entrar yo aquí ha crecido la parroquia hasta un punto increíble! Y es por el ángel que tengo, porque vienen los compradores á mi casa como las moscas á la miel... Ea, señores, hemos concluído.

## ESCENA V

### DICHOS; DON SANTOS

NICOM. (Á Luengo, aturdido y rabioso.) ¡Es un demonio!

LUENGO Nos trae locos la dichosa niña.

SANTOS (Avanzando junto á Isidora.) Sobrinita, ya tienes á la envidia junto á tí con las uñas muy afiladas. Era el único florón que faltaba á tu corona.

ISIDORA ¡Valiente caso hago yo de los envidiosos!

ISIDRO Señores, calma... No desconfío de encontrar una fórmula de concordia...

NICOM. Déjenos usted de fórmulas. Se empeñan en ternernos por enemigos, y enemigos seremos.

LUENGO Yo bien quisiera...

NICOM. (Desenmascarando su cólera.) Soy muy claro, y cuando me ofenden, ofendo á cara descubierta. Señor de Berdejo, no cuente usted ya con género de la China, por la casa de comisión inglesa... á menos que lo pague al contado.

ISIDRO (¡Esta es otra!)

LUENGO Crea usted, don Isidro de mi alma, que esto me aflige...

SANTOS (Con arrogancia á don Nicomedes.) Pues yo le digo á usted que se meta en el bolsillo todo el género chineco, porque mi sobrina es muy capaz de traerlo directamente, y de entenderse...

NICOM. ¡Já, já!... ¿Con quién?

SANTOS ¡Con el Emperador de la China, rayos!

NICOM. ¡Patraña!

- ISIDRO (Caviloso.) No sé qué pensar... (Luengo y don Nicomedes se retiran un poco hacia el foro, como para deliberar.)
- ISIDRO (A Isidora y don Santos.) Mi parecer es que no debemos indisponernos...
- ISIDORA ¡Siempre la vacilación, siempre el miedo! ¡Ay, no sé á quién salgo yo! (Entregando á su padre el papel que antes le dió éste.) Aquí tienes la proposición de Rodríguez. Aceptamos las condiciones. Trato hecho.
- ISIDRO ¿Y yo...?
- ISIDORA Vas allá. Él te espera. Si está conforme con lo que indico en mi nota, cierras trato, y la camisería es nuestra.
- ISIDRO (Como resignándose.) Bueno.
- NICOM. En vista de esa obstinación temeraria y provocativa, señor de Berdejo... (Amenazador.) lo dicho dicho.
- ISIDRO (¡En la que nos hemos metido!)
- LUENGO Don Isidro, yo me lavo las manos...
- NICOM. Yo no... digo, también yo...
- SANTOS (Por mucho que te las laves, nunca las tendrás limpias.)
- NICOM. Pues quieren guerra... ¡guerra!
- ISIDORA (Con solemnidad.) Dios amparará mi derecho, y fortificará mi voluntad. (Salen por la tienda.)
- ISIDRO (Viéndoles salir.) ¡Ah, gracias á Dios!
- ISIDORA (Impaciente.) Y tú, papaíto querido, ya sabes... Vas á casa del abuelo y cierras trato con él.
- ISIDRO (Fatigado.) Sí, hija mía... Voy... (Sale por el portal.)

## ESCENA VI

ISIDORA; DON SANTOS

- ISIDORA (Vivamente.) ¿Y la carta?
- SANTOS En su poder está. Se la dí al chiquillo mayor de Morales...
- ISIDORA ¿Vendrá?
- SANTOS No sé... (En actitud de cazador.) Aquí me estoy... en el puesto. Tú eres el reclamo... Veremos si entra.

ISIDORA Pero no hay que tirar.

SANTOS Pues cóbrale... mátales tú, es decir, hazle tu marido.

ISIDORA (Desalentada.) ¡Mi marido!... Ahora más difícil que nunca... ¡Él arruinado, yo en vías de prosperidad! Basta decirlo, para ver ensanchado hasta lo infinito el abismo que nos separa. (Creyendo sentir pasos, se acerca á la puerta del portal.) Paréceme sentir...

SANTOS No, hija. Oyes los latidos de tu corazón, y crees que son sus pasos.

ISIDORA (Con la mano en el corazón.) Es verdad. Esta noche estoy inspirada, tío. Siento que mi inteligencia, después de aquel desmayo, se despierta y afina más. Y sobre todo, campea mi voluntad, más briosa que nunca.

SANTOS (Con entusiasmo.) ¡Firme, hija, firme!

ISIDORA Sí. Dios protege á los tercios. (Creyendo sentir ruido en el portal.) ¡Ah!... ahora sí...

## ESCENA VII

ISIDORA, DON SANTOS, ALEJANDRO

ALEJ. (Entreabre la puerta de la derecha, y se asoma.) Isidorilla, ¿puedo entrar?...

SANTOS Pase, pase.

ALEJ. (Entrando.) ¡Ah...! Está aquí don Santos.

ISIDORA ¿Has recibido...? (Afectando vergüenza.)

ALEJ. Pero, vida mía, ¿por qué no me lo dijiste esta tarde?

ISIDORA No me atreví... Me daba vergüenza...

SANTOS Es muy vergonzosa...

ALEJ. ¡Tontuela!

ISIDORA ¿De modo que accedes...?

ALEJ. Ahora mismo.

ISIDORA ¿Tienes ahí tu libro de cheques...?

ALEJ. (Sacándolo.) Sí.

ISIDORA ¡Ay, qué vergüenza!... ¡No sé cómo tengo cara...!

ALEJ. Bah... Entre nosotros... (Prepárase á extender el cheque.)

SANTOS Alto... No puedo consentir... Esto no ha sido más que una estratagema de la niña para traerle á usted aquí, á fin de evitar...

ALEJ. (Suspense.) ¿Qué?

SANTOS Conviene que sea ella quien le dé á usted la terrible noticia...

ALEJ. ¿De qué?...

SANTOS Señor mío, es muy triste, muy doloroso tener que decirle...

ALEJ. (Impaciente.) ¿Se burlan de mí?... ¿Pero qué hay, vive Dios!

SANTOS Hay... que está usted arruinado.

ALEJ. ¡Arruinado!

SANTOS Guevara, su amigote de usted, ha tomado las de Villadiego, dejando en la miseria á los que le habían confiado sus intereses.

ALEJ. ¿Qué dice? ¿Pero es verdad?

ISIDORA Sí.

ALEJ (Aturdido y lleno de zozobra.) Quiero cerciorarme... quiero saber... (Intenta salir. Isidora le corta el paso.)

ISIDORA (Imperiosamente.) No saldrás.

ALEJ. La noticia puede ser falsa... Voy.

ISIDORA No lo es.

ALEJ. Quiero asegurarme...

ISIDORA Basta que yo lo diga. Te prohibo salir.

ALEJ. ¡A mí!...

ISIDORA Sí... Que no sales te digo. Quiero que estés aquí, en mi casa... al lado mío... (Cariñosamente.)

SANTOS (Cogiéndole del otro brazo.) Al lado nuestro.

ALEJ. (Como volviendo en sí.) Dejadme salir.

ISIDORA ¿Para qué? Ya sabes la triste verdad. Eres pobre. Bruscamente has pasado del bienestar á la miseria.

ALEJ. (Con exaltación gradual hasta el fin del parlamento.) ¡Oh, miseria, miseria; no me tendrás, no, no! Te rechazo como castigo; te detesto como enseñanza. Pavorosa realidad, me rebelo contra tí. No tratéis de convencerme, no tratéis de conquistarme. Dios

me ha hecho incompatible con la miseria; Dios ha puesto en mí la absoluta incapacidad para luchar con ella. No puedo, no puedo, Isidora. Te admiro; pero jamás seré como tú... Honrada familia, y tú, mujer amada, perdonadme todos el mal que os he hecho y que hoy no puedo remediar, hoy menos que nunca. Dejadme, dejadme en poder de mi destino; dejadme en las realidades de mi carácter; no toquéis á mi orgullo, que no admite mano de nadie; que antes quiere la muerte que la humillación. ¡Miseria, infierno de la vida, no me tendrás! Sólo caen en tí los cobardes. Yo sé cómo se libra un hombre de tus horribles tormentos... Yo me salvo, sí; soy libre, libre como el aire, como la idea. (Cae en una silla fatigado y sin aliento.)

ISIDORA ¡Por Dios, qué delirio!

SANTOS Calma, hijo mío. Eso no es propio de un cristiano.

ALEJ. (Restregándose los ojos, como quien despierta de un sueño.) ¡Pobre, miserable!... ¿Estoy soñando, Isidora?

ISIDORA No. Quizás es la primera vez en tu vida que estás despierto. Soñabas cuando eras rico. Has abierto los ojos á la realidad. (Alejandro apoya su cabeza en la mesa, mostrando un gran abatimiento.)

SANTOS (Va de puntillas al lado de Isidora, que contempla con tristeza la actitud lúgubre de Alejandro.) Esta es la ocasión, chiquilla... ¡Fuego en él!

ISIDORA (Desalentada.) ¡Ay, tío, qué poquita confianza tengo!

SANTOS Aquí de tus facultades. Yo voy en busca de tus padres. Conviene que se enteren de ésto. (Vase presuroso.)

## ESCENA VIII

ISIDORA; ALEJANDRO

ISIDORA ¡Qué bien hice en traerte á mi lado! La fierecilla de tu desesperación me da más miedo lejos que

cerca de mí. Dios ha querido que en este trance puedas oír la voz de tu Isidora, que te dice: «Alejandro, morir es ley; matarse es un crimen.»

ALEJ. La vida es el mal; y sólo por excepción y negándose á sí misma, nos ofrece algún bien... Ya para mí se acabaron esas breves excepciones, y no veo más que el mal inmenso, el dolor continuo, las privaciones, la miseria, la humillación, la vergüenza.

ISIDORA Mira bien, que algo más habrá.

ALEJ. Tú, sí... tú, que eres como estrella distante, que brilla en medio de esta inmensidad tenebrosa... Pero estás muy lejos, Isidora, muy lejos.

ISIDORA Pues si soy tu estrella, mírame bien; mírame mucho, y verás cómo me acerco.

ALEJ. Ya miro... y cuanto más te miro, más te alejas. Tus rayos se pierden en la obscuridad, tiemblan, se debilitan, se apagan... (Pausa.) Déjame partir... Sólo me resta decirte que me perdones el mal que te causé. No supe hacer tu felicidad; no supe... y ahora... tampoco podría. Ahora menos que nunca.

ISIDORA (Con tristeza.) Sí, menos que nunca. Porque ahora quieres morir, y yo... aquí permanezco sola, triste, atravesando, como tú dices, el desierto de la vida, donde todo es sed, fastidio... Voy sola. La sed no se acaba, ni el desierto tampoco.

ALEJ. (Vivamente.) En el mío, en mi desierto, yo veo un fin, el descanso.

ISIDORA No; no lo creas. Si las almas son siempre lo que son, la tuya no hallará la paz ni el reposo que busca tras de la muerte, Alejandro. Por librarte de lo que crees humillación, atentas á tu vida, sin considerar que ésta no te pertenece.

ALEJ. ¿Que no?

ISIDORA No. Porque es de Dios... y mía también. Dios, con lo que me ha hecho padecer por tí, me ha dado parte de tu vida, y esta parte mía no la

suelto, no. Me ha costado tantas lágrimas, que ha venido á ser como mi propia vida.

ALEJ. Hablas á mi corazón, y lo conmueves y lo desgarras. Pero tu voluntad, con ser tan poderosa, no puede subyugar la mía. (Confuso y luchando.)

ISIDORA Porque no me quieres, porque no me has querido nunca.

ALEJ. No digas tal... Eso no.

ISIDORA Y bien claro se ve ahora en esta crisis de tu egoísmo. Tú me perteneces, yo te pertenezco. Debimos vivir unidos, morir juntos. Tú no quisiste, no quieres... Ni en la vida ni en la muerte deseas estar á mi lado, y te obstinas en morirme solo, sin comprender que...

ALEJ. (Empezando á sentir la fascinación.) ¡Oh!... ¡Isidora!...

ISIDORA (Ejerciendo la influencia sugestiva.) Sin comprender que esos ensueños tuyos, ese buscar el reposo en la muerte, es el mayor de tus errores.

ALEJ. ¡Oh... me domina, me vence!

ISIDORA Reconoce que es mucho más bello que tu idealismo, el luchar sano de la vida, la vida, ¡ay! con sus alegrías y sus desmayos, con el temor, la esperanza, la duda, la fe; con el sacrificio, que ennoblece nuestra alma, y el amor, que la inunda de gozo; con la amistad, con la familia, con Dios, que nos ama, nos guía, y mandándonos esperar, nos espera...

ALEJ. ¡Oh! ¡qué delirio...!

ISIDORA No es delirio... Es la verdad, la verdad. Esto que ves en mí, es la razón soberana, con la cual, valiéndome de la fuerza que me ha dado Dios, hago un lazo y te sujeto y te amarro á la vida.

ALEJ. ¡Oh! Me subyugas, me fascinas con esa misteriosa energía que arrojas de tí, por tus ojos, por tu voz, por todo tu sér. No muero, no, no quiero morir, porque no veo un medio de adorarte fuera de esta vida... Por tu amor vivo. Es el único fin que veo en mi desdichada existencia.

ISIDORA ¡Quererme á mí! ¡Pagar mi amor con el tuyo...!  
¡Qué fin más grande y noble?

ALEJ. Amarte... Es toda la vida, la de acá, la de allá, y  
todas las vidas posibles.

ISIDORA Eres mío. Vives. Te he ganado.

## ESCENA IX

DICHOS; DOÑA TRINIDAD, DON ISIDRO, DON  
SANTOS, TRINITA, SERAFINITO

TRIN. (Presurosa, por el foro.) Tu padre viene... Ese hombre...  
¡ah!... que salga.

ISIDORA No importa que le vea.

ALEJ. Ya no me voy. Quiero hablarle.

ISIDRO (Por el portal.) Señor mío: ya sé lo que aquí pasa.  
Cumplido por parte de mi hija, el deber de infor-  
mar á usted de su infortunio, no puedo consen-  
tir que permanezca un momento más en mi casa  
el hombre que se obstina en negarnos la repara-  
ción que nos debe (\*).

ISIDORA No se trata de reparación.

ISIDRO ¿Que no?

TRIN. ¿Cómo?

ISIDORA He conseguido el triunfo inmenso de reconciliar-  
le con la vida, y esto me basta.

SANTOS No basta, no. ¿Verdad?

ISIDRO No me doy por satisfecho con ese triunfo.

ALEJ. Ni yo. Quiero más. La vida mía no es lo que más  
aprecio. Bien sé que no debo aspirar á vida más  
completa y dichosa. Soy pobre, nada valgo. No  
merezco ese bien.

ISIDORA Sí lo mereces... (Pausa.) Chiquillo: abraza á tus pa-  
dres.

ISIDRO ¡Oh! sí.

TRINITA (Por la izquierda.) ¿Ves? Se casan.

SERAF. Me alegro... Uno más al trabajo.

---

(\*) Doña Trinidad, Alejandro, Isidora, don Isidro, don Santos.



- ISIDORA Serás mi sostén, mi defensa, mi apoyo en esta lucha formidable; y mi victoria, si la consigo, será también la tuya.
- ALEJ. (Con entusiasmo.) Gracias á Dios. Ya pareció un fin para mi pobre existencia.
- TRIN. ¡Bendígaos Dios!
- ISIDRO ¡Hijos míos, mi alegría, mi consuelo!...
- SANTOS Y creedlo porque os lo digo yo: los hijos de estos hijos, serán la perfección humana.
- ISIDRO Nuevo milagro es este de tu constancia, de tu espíritu valiente.
- ISIDORA ¡Oh! ¡preciosa fuerza del alma! Aquí te tengo, aquí. Contigo salvé á los míos de la miseria. Contigo he de hacer aún grandes cosas (\*).

## FIN DE LA COMEDIA

---

(\*) Trinita, Serafinito, doña Trinidad, Isidora, Alejandro, don Isidro, don Santos.

# OBRAS DE LA CASA EDITORIAL LA GUIRNALDA

## BIBLIOTECA DE BUENAS NOVELAS

- 1.° **El Quinto**, por H. Conscience, y **Los prisioneros del Cáucaso**, del Conde Xavier de Maistre. Un tomo, 1 peseta.
- 2.° **La batalla de la vida**, de C. Dickens, y **El escarabajo de oro**, del escritor norteamericano Edgar Poe. Las dos en un tomo, 1 peseta.
- 3.° **Julia de Trecœur**, del célebre escritor Octavio Feuillet, y **El Mayorazgo**, por Hoffmann. Las dos en un tomo, una peseta.
- 4.° **Miss Hollinford**, por C. Dickens, y **La Posada de los tres ahorcados**, por E. Chatrian, Las dos, 1 peseta.

La colección de estos 4 volúmenes se dará en Madrid ó se enviará á provincias, sin certificado, por 3 pesetas.

## OBRAS DE EDUCACION

**La Biblia de la Infancia**.—Historia abreviada del antiguo y nuevo Testamento, por M. Noirlieu.—Tres tomos con 61 grabados, 1,50 pesetas en rústica, y 2 en cartóné.

**Compendio de historia universal**.—Tomo I.—**Historia antigua**, por el Padre Loricquet, traducción de don José Tamariz y Guerrero: 1 peseta.

Tomo II. **Historia romana**.—1 peseta. Estos libros, del mismo autor y traductor, están aprobados por la censura eclesiástica, y declarados de texto.

Tomo III. **Historia de la Edad Media**, por M. Lefranc: 1 peseta.

**Lecciones de mitología**, por Deville y Leclere, discípulos del abate Gaultier, traducidas de la décima edición francesa, por D. José Tamariz y Guerrero; 2 tomos con 382 páginas, y 25 láminas conteniendo 82 grabados.—Dioses de primer orden y subalternos.—Se vende en rústica á 1,50 pesetas, y 2 en cartóné.

**Elementos de Física**, al alcance de todo el mundo, declarado de texto en la Escuela de Institutrices y de la Asociación para la enseñanza de la mujer, por D. Gumersindo Vicuña, catedrático de la Universidad de Madrid.—En 8.° mayor, 364 páginas con 83 grabados, 3,50 pesetas en Madrid, 4 en provincias.

**Calor y frío**.—Lecciones dadas en Londres á un auditorio compuesto de jóvenes en las vacaciones de Navidad de 1867, por John Tyn-dall: 1 peseta.

**Compendio de Geografía General**, por don Justo P. Parrilla (de la sociedad de Geografía de París) con un Prólogo de D. S. Berthelot (antiguo secretario general de la misma). Obra declarada de utilidad

para la enseñanza, por Real orden de 20 de Enero de 1880 (2.ª edición.) Volúmen en 4.°, de 451 páginas, al precio de 5 pesetas en Madrid, y 5,50 franco de porte y certificado para provincias.

**Cartilla de costura**.—Método para la enseñanza de la costura en las escuelas.—Un tomo en 8.° mayor, con diseños de dechados, abecedarios de marcar y muchos grabados, para la mejor inteligencia del texto: 1 peseta.

**La Costurera**.—Manual de la costura en familia, por D. C. Hernando. Obra premiada en varias exposiciones. Un tomo en 8.° mayor de 268 páginas, con su cubierta á tres tintas, 32 láminas que contienen 125 figuras y una gran hoja con las escalas de proporción en tamaño natural para el corte de los vestidos y para trazar toda clase de patrones.—Precio: 2 pesetas en Madrid, y 2,50 en provincias.

**Cartilla de dibujo aplicado á las labores**, por D. J. Magistris.—Libro indispensable á las señoras Directoras de colegio, Maestras de primera enseñanza, y á todas las niñas que asisten á los centros de instrucción. Precio de la cartilla, 1 peseta; el pliego del papel gráfico, 5 céntimos; la resma, 12,50 pts.

**Monitor de la Bordadora**.—Manual de toda clase de labores, ilustrado con 66 láminas en negro y 24 en colores tiradas aparte y 84 grabados en el texto, recopilado de lo mejor que se ha publicado en varias naciones, por M\*\*\*.—Es útilísimo para las señoras Directoras de Escuelas Normales, Colegios y Maestras de niñas.—400 págs. de texto, cubierta al cromo.—6 pts. en Madrid y 6,50 en provincias.

## OBRAS VARIAS

**El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha**, por Miguel de Cervantes Saavedra.—Edición de bolsillo.—Un tomo en 16.º, de 756 páginas, 5 pesetas.

**Bocetos al temple.—La mujer del César.—Los hombres de pró.—Oros son triunfos**, por D. José María Pereda.—Las tres novelas, de amenísima lectura, forman un tomo en 8.º mayor, de 454 págs. de buen papel, 3 pesetas en Madrid y provincias.

**La hija del cura**, novela moral, por D. J. Castellanos. Un tomo de 292 págs. 1 pta.

**Obras de Mery, «Agib» y Un paseo por Florencia**, traducción de G. C.—Las dos en un tomo 0,50 pesetas.

**Obras de Doña Faustina Saenz de Melgar.**—**El Collar de esmeraldas**, novela original, (4.ª edición). Tomo de 222 páginas, 1 peseta.—**El Trovador del Turia, El hogar sin fuego, La bendición paterna.**—Las tres componen un tomo en 8.º de 228 págs. 1 pta.

**Guerra al Adulterio.**—En este folleto se llama la atención sobre la gravedad del adulterio, y se proponen medios de combatirlo y extirparlo: 0,25 de peseta.

**Pendennis.**—Dos tomos en un volumen en 8.º con 724 págs.; novela del célebre escritor inglés Thackeray: 1 pta

**Obras de Balzac.**—**La niña de los ojos de oro.**—Una pasión en el desierto.—**Sarrasine.** Traducción de

G. C. Las tres novelas en un tomo, 1 peseta.

**El libro de una madre**, por Mad Pauline L\*\*\*, traducción de G. C. Precio del tomo 1 peseta.

**Herida en el corazón**, novela de D. J. P. Sansón. Tomo en 8.º de 200, páginas una peseta.

**Manual del Forestal**, por D. R. Beaumont, Ayudante de Montes. Contiene toda la legislación de Montes y la Cartilla del guardia civil.—Un tomo en 8.º, 1 peseta

**La Carcoma**, por Andrés Cubí Muguño.—Esta bonita novela original, en 8.º, de 228 páginas, da á conocer los móviles de nuestras discordias, 1 peseta.

**Pasatiempo**, cuentos y leyendas, por D. Gonzolo Cerrajería.—Un tomo de impresión esmerada y buen papel de 210 páginas. Precio, 2 pesetas en toda España.

**Estudios populares sobre las revoluciones**, por D. S. Orea y D. E. Vera y González, con prólogo de don Francisco Pí y Margall.—Tomo I.—**Revolución francesa de 1789.**—En 8.º, de 228 páginas, 1 peseta en toda España.—Tomo II, 224 páginas, 1 peseta.

**Il Pupazzeto spagnolo**, ilustrado con 125 preciosas viñetas, por Gandolín, versión española esmeradamente impresa, para dar á conocer las impresiones que recibieron los periodistas italianos que visitaron la España en Septiembre y Octubre de 1886, y juicio que formó el autor de los tipos y costumbres de nuestro país. 1 peseta

Administración: San Mateo, 11 duplicado, bajo.—Madrid.

---

---

## EN PRENSA

# DOÑA PERFECTA

DRAMA EN CUATRO ACTOS

ARREGLO TEATRAL DE LA NOVELA DEL MISMO TÍTULO



DOÑA PERFECTA



# OBRAS DE B. PÉREZ GALDÓS

## EPISODIOS NACIONALES

EDICIÓN ECONÓMICA: TOMOS EN 8.º Á DOS PESETAS

Trafalgar.—La Corte de Carlos IV.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.—Bailén.—Napoleón en Chamartin.—Zaragoza.—Gerona.—Cádiz.—Juan Martín el Empecinado.—La batalla de los Arapiles.—El equipaje del Rey José.—Memorias de un cortésano de 1815.—La segunda casaca.—El Grande Oriente.—7 de Julio.—Los cien mil hijos de San Luis.—El Terror de 1824.—Un voluntario realista — Los Apostólicos.—Un faccioso más y algunos frailes menos.

Tomando en la Administración los 20 tomos, 35 pesetas.

## GRAN EDICION ILUSTRADA

Diez hermosos volúmenes, conteniendo cada uno dos *Episodios*, con más de 1.200 grabados. Precio en la Administración: encuadernados en rústica 138 pesetas; 168 en tela. Toda la obra, pagada en la Administración, 125 y 155. Idem á plazos, 140 y 170. Para provincias, remitida por correo, sin certificar, 130 y 170, y á plazos 145 y 180. Por suscripción: cuadernos de cuatro entregas á peseta cada uno.

## NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

TOMOS EN 8.º

|   |  |
|---|--|
| Doña Perfecta.—Un tomo, 2 ptas.                 | Miau.—Un tomo, 3 pesetas.                        |
| Gloria.—Dos tomos, 4 pesetas.                   | La Incógnita.—Un tomo, 3 pesetas.                |
| Marianela.—Un tomo, 2 pesetas.                  | Realidad.—Un tomo, 3 pesetas.                    |
| La familia de León Roch.—Tres tomos, 6 pesetas. | Angel Guerra.—Tres tomos, 9 ptas.                |
| El amigo Manso.—Un tomo, 3 ptas.                | Tristana.—Un tomo, 3 pesetas.                    |
| La desheredada.—Dos tomos, 6 pts.               | La loca de la casa.—Un tomo, 3 pts.              |
| El doctor Centeno.—Dos tomos, 6 pesetas.        | Torquemada en la cruz.—Un tomo, 3 pesetas.       |
| Tormento.—Un tomo, 3 pesetas.                   | Torquemada en el purgatorio.—Un tomo, 3 pesetas. |
| La de Bringas.—Un tomo, 3 ptas.                 | Torquemada y San Pedro.—Un tomo, 3 pesetas.      |
| Lo prohibido.—Dos tomos, 6 ptas.                | Nazarín.—Un tomo, 3 pesetas.                     |
| Fortunata y Jacinta.—Cuatro tomos, 12 pesetas.  | Halma.—Un tomo, 3 pesetas.                       |

La Fontana de Oro.—Novela histórica del memorable período de 1820 á 1821 (4.ª edición).—Tomo en 8.º, 2 pesetas.  
El Audaz.—Historia de un radical de antaño (1804) (4.ª edición).—Tomo en 8.º, 2 pesetas.  
Torquemada en la hoguera. etc.—Tomo en 8.º, 3 pesetas.  
La Sombra, Celín, Tropiquillos, Theros.—Tomo en 8.º de 360 págs., 2 pias.

Realidad.—Drama en cinco actos, arreglo de la novela del mismo título por su autor, 2 pesetas.  
La loca de la casa.—Comedia en cuatro actos, 2 pesetas.  
La de San Quintín.—Comedia en tres actos, 2 pesetas.  
Los Condenados.—Drama en tres actos y un *Prólogo*, 2 pesetas.  
Voluntad.—Comedia en tres actos, 2 pesetas.  
Doña Perfecta.—Drama en cuatro actos, arreglo teatral de la novela del mismo título por su autor, 2 pesetas.

Los pedidos de ejemplares se dirigirán á la casa editorial *La Guirnalda*, San Mateo, 11 duplicado, bajo, Madrid.

# DOÑA PERFECTA

DRAMA EN CUATRO ACTOS

ARREGLO TEATRAL DE LA NOVELA DEL MISMO TÍTULO

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Representóse en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 28 de  
Enero de 1896.



MADRID

Establecimiento tipográfico LA GUIRNALDA  
CALLE DE LAS POZAS NÚM. 12

—  
1896

## PERSONAJES

## ACTORES

|  |                          |
|--|--------------------------|
| DOÑA PERFECTA, viuda noble.                                    | Sra. Tubau.              |
| ROSARITO, su hija.....   | Srta. Suárez (Nieves).   |
| MARÍA REMEDIOS, viuda plebe-<br>ya, sobrina de don Inocencio.  | Sra. Álvarez (Josefina). |
| LIBRADA, criada.....   | Srta. Cancio.            |
| PEPE REY, ingeniero de cami-<br>nos, sobrino de doña Perfecta. | Sr. Thuillier.           |
| DON INOCENCIO, canónigo y<br>humanista.....                    | » Mario.                 |
| CRISTÓBAL RAMOS (Caballuco),<br>cabecilla.....                 | » Amato.                 |
| JACINTITO, hijo de María Re-<br>medios.....                    | » Vico (Antonio).        |
| DON CAYETANO, hermano de<br>doña Perfecta.....                 | » Manso.                 |
| DON JUAN TAFETÁN, viejo ver-<br>de.....                        | » Balaguer.              |
| VARGAS, teniente coronel de in-<br>fantería.....               | » Vallés.                |
| PINZÓN, capitán de caballería.                                 | » Morano.                |
| EL TÍO LICURGO, lugareño....                                   | » Valentín.              |
| PASOLARGO, cabecilla.....                                      | » Villanova.             |
| ESTÉBAN ROMERO, íd.....  | » Urquijo.               |
| CABO CARTERO.....  | » Bonafé.                |

La escena en Orbajosa, ciudad antigua, cabeza de partido.  
Epoca 187...

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla, en España, ni en ninguno de los países con los cuales haya celebrados ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Serán furtivos todos los ejemplares de esta obra que no lleven el sello de *La Guirnalda*, cuya casa editorial, San Mateo, 11 duplicado, servirá los pedidos que de ella se le hagan.

Los Comisionados de la Administración Lírico-Dramática de don EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.



---

---

# ACTO PRIMERO

---

Jardín interior, ó patio ajardinado, en la casa de doña Perfecta. Á la derecha una fachada del edificio, que es antiguo y muy irrogular: puerta grande que conduce á las habitaciones y es paso para la calle.

En el fondo, rompimiento con dos filas de altos cipreses. Por allí se va á la huerta.

Á la izquierda una tapia y cipreses y otros árboles corpulentos que dan sombra á la escena.

Una mesa á la izquierda, un sillón y sillas rústicas. Á la derecha mesa más pequeña. Hora: las dos de la tarde.

Derecha ó izquierda se entiende del espectador.

## ESCENA PRIMERA

EL TÍO LICURGO, que viene de la huerta; MARÍA REMEDIOS, que entra en escena por la derecha, con mantilla, como viniendo de la calle.

LICUR. ¿Qué se le ha perdido por acá, señora doña María Remedios?

REMEDIOS. (Mirando á la ventana del comedor.) ¿Están comiendo?

LICUR. Sí señora. Hora y media de comistraje llevan ya. Tres principios, tres, me ha dicho Librada que hay.

REMEDIOS. Y todo por ese fantasmón de ingeniero, que nos han traído de los Madriles, hombre sin fe, repodrido en las matemáticas, y harto de impiedades y maleficios... No sé en qué piensa la señora.

LICUR. No es idea de la señora mismamente, sino de su hermano, el abogado de allá, ¿sabe? el cual que

le mandó carta diciéndole: «quiero que mi hijo se case con tu hija.»

REMEDI. Sí, sí... ¡Ah, mundo amargo, mundo tentador, esclavo de la materia!... ¡Y sacrifican á la pobre Rosarito...!

LICUR. Eh... hable bajo.

REMEDI. Quiero verle. (Se aproxima á la ventana, de costado.) Es aquél que habla más que come. (Vuelve al proscenio.) El demonio le ha dado figura simpática, y un hablar galano para que engañe mejor. ¡Ah, mundo perverso! Ya sé; es de éstos que predicán en los centros de pecado que hay en Madrid, y que se llaman... no me acuerdo.

LICUR. Se llaman... espérese... se llaman... Pues yo tampoco lo sé.

REMEDI. ¡Mundo ingrato!... ¿Y qué me dice usted del desaire que han hecho á mi niño?

LICUR. Ya sé; la señora ha convidado á don Inocencio; pero no á Jacintito.

REMEDI. Estoy volada... La señora me lo perdona... pero este desprecio... ¡Ah!... Cuando todos dicen, y con razón, que mi niño está cortado para su hija... tan modosito, tan instruidito... abogado á los veinte años... Y luégo... ¡con la crianza que le ha dado mi tío don Inocencio! Las ideas sanas, los principios religiosos, metidos así... á marcha martillo.

LICUR. Pero como las niñas de ogaño bailan al son de lo nuevo, por no decir de lo peor...

REMEDI. (Indignada.) Quítese usted allá... ¡Que será capaz Rosarito...!

LICUR. Entre el sí y el no de una mujer, no pongas la punta de un alfiler.

REMEDI. Imposible que la niña... (Muy nerviosa.) ¡Já, já!... ¡querer á ese... preferirle á mi ángel!... Dígame, tío Licurgo, ¿y él es rico?

LICUR. Tanto como la señora, ó más.

REMEDI. Y sabe, sabe mucho...

LICUR. ¡Oh!...

REMEDI. Por supuesto, cosas malas, que más valdría que no las supiera.

LICUR. Más sabe el cuervo que la paloma.

REMEDI. ¡Ay, no! La señora sabe más que él, y que todos los gavilanes juntos. Y nosotros, los que bien queremos á la señora, la ayudaremos á espantar este pájaro de rapiña. Dígame otra cosa, Licurgo: ¿es cierto que usted y los Farrucos le ponen pleito?

LICUR. Sí señora; nacen en las laderas altas de Alamillos, que al parecer son de este sujeto, don Pepito Rey, unas aguas maléficás, escrufulosas y mutativas, que se estancan en nuestra heredad, y nos matan toda la fisonomía vegetal de la tierra... (Sale Rosarito del comedor.)

REMEDI. ¡Ah! la señorita sale.

## ESCENA II

DICHOS; ROSARITO, LIBRADA con el servicio del café.

ROSAR. Ponlo aquí. (En la mesa de la izquierda.) ¿Se enfriará si tardan?... ¡Ah! Remedios. (Vase Librada, que vuelve luégo con licores, copas y una caja de cigarros.)

REMEDI. ¡Prenda querida! (La besa haciéndole mimos.) ¡Pobretina mía! Estás triste, ¿verdad? ¿Verdad que está triste y asustadica la paloma de la casa?

ROSAR. (Sorprendida y risueña.) ¿Yo? Si estoy contenta...

REMEDI. (Recelosa.) ¡Contenta! (Viendo que salen los señores.) Ah, ya salen: yo me escabullo.

ROSAR. Oye.

REMEDI. Me voy, me voy. (Vase hacia la huerta.)

### ESCENA III

DOÑA PERFECTA, PEPE REY, DON INOCENCIO y DON CAYETANO que salen del comedor; ROSARITO arreglando el servicio del café; LICURGO que se descubre y se retira al fondo.

- PERF. Pues sí, queridísimo Pepe, mi hija me lo decía esta mañana.
- ROSAR. (Como asustada.) ¡Yo... qué?
- PERF. Me decías que tu primo, hecho á las pompas y etiquetas de la Corte, y á las modas extranjeras, no podrá soportar esta sencillez rancia en que vivimos...
- CAYET. Ni esta falta de buen tono.
- PEPE ¡Qué error! Nadie aborrece más que yo los artificios de lo que llaman alta sociedad.
- CAYET. (Cogiéndole por un brazo, le lleva á la mesilla de la derecha.) Tú aquí... conmigo. (\*)
- PEPE (Tomando asiento.) Ya lo he dicho: mi deleite es el sosiego del campo, mi sociedad la familia, mi descanso el estudio, mis amores... hasta hoy, la Naturaleza y la ciencia. (Rosario le sirve café.)
- INOC. (Cogiendo su taza.) Lo que digo: es usted, mi señor don José, un gran filósofo... práctico.
- PEPE ¡Oh, no! guárdense las expresiones laudatorias para el virtuoso sacerdote, para el sabio humanista de Orbajosa.
- INOC. (Rechazando los elogios con modestia.) ¡Oh, por Dios!...
- PERF. Don Inocencio vale mucho; tú también. Felices nosotros si conseguimos que esta humildad, que esta vida obscura no se te hagan aborrecibles.
- PEPE ¡Quiá! Dos días no más llevo aquí, y ya siento que el alma se me ensancha, se me renueva en este ambiente de paz. Todo, todo lo cambio por

---

(\*) Doña Perfecta, don Inocencio, Rosarito, Pepe Rey, don Cayetano.

este rincón apartado y tranquilo, donde pienso encontrar mi dicha.

INOC. (Á doña Perfecta, que toma café á su lado.) Bien, bien.

ROSAR. (Á Pepe Rey, por el café.) Lo encontrarás poco fuerte.

PEPE Está delicioso.

INOC. Riquísimo.

CAYET. Y ahora, en cuanto tomemos café, te enseñaré lo mejor de mi biblioteca, de la cual no pudiste ver esta mañana más que la broza, lo moderno.

ROSAR. ¡Pobrecito, ya le cayó que hacer!

INOC. Es muy notable la colección de su tío de usted.

PERF. Ejemplares rarísimos: ya verás.

PEPE Siento ser absolutamente lego en todo eso de las curiosidades bibliográficas.

INOC. Verá usted todo cuanto se ha escrito acerca de nuestra querida Orbajosa.

CAYET. Incluyendo aquellas obras que sólo citan á nuestra gloriosa ciudad episcopal, ó á alguno de sus hijos. Con estos elementos preparo mi *Floresta Urbsaugustana*, en la cual creo que no se me escapará ninguna particularidad histórica ni biográfica de este nobilísimo pueblo.

PEPE ¡Ah! (Con gracejo.) Yo creí que en Orbajosa no había más cosas buenas que... lo que está presente.

PERF. ¡Jesús, Pepe!

INOC. En todas las épocas de nuestra historia, los orbajosenses se han señalado por su hidalguía, por su lealtad, por su valor, por su claro entendimiento...

PERF. ¿Tú qué te creías?

PEPE No; si no lo dudo.

LICUR. (Adelantándose con falsa timidez y socarronería.) ¿Da su permiso el señor don José...?

PEPE ¡Ah! el buen Licurgo...

ROSAR. (Aparto, con pena.) Cómo le marean, pobrecito; el tío con sus librotes, y éste con sus pleitos.

LICUR. ¿Ha descansado el señor don José?

PEPE Del viaje, sí... de usted, no. Ya es la tercera vez que viene á decirme que pleitea...

CAYET. ¿Contra tí?

PEPE Contra mí.

PERF. Pero este Licurgo... Hombre, déjale que tome su café con tranquilidad.

LICUR. (Con fingida aflicción.) Señora mía, señor don José, yo no quisiera molestarles; pero el Ayuntamiento nos pide daños y perjuicios, porque las aguas malélicas y corruptas...

PEPE ¡Y yo qué tengo que ver?... Déjeme usted á mí de aguas corruptas y de cuestiones malélicas, tío Licurgo... ¡Triste de mí, que jamás he visto un grano de trigo de esa dilatada estepa de Alamillos! Si soy yo quien debe pleitear, y perseguirles, y procesarles, porque esas tierras que disfrutaban son mías, las han ido cercenando de mi propiedad: hoy una fajita, mañana otra... A mi padre le denunciaron este despojo; pero no hizo caso...

LICUR. (Exaltándose, con falsa dignidad.) Señor don José, ahí están mis linderos, en las santísimas escrituras.

PERF. Eh, no te exaltes... Yo garantizo á éste, Pepe. Es incapaz... Por Dios, sé razonable. Las aguas malas nacen en tu heredad; es justo que tú...

PEPE Bueno, queridísima tía; no me riña usted. Si usted cree que debo pagar daños y perjuicios...

PERF. No, yo no digo nada. Tú eres generoso y no gustas de oprimir al pobre.

PEPE ¡Pero si es el pobre el que quiere oprimirme á mí!...

CAYET. Te advierto que éste es un picapleitos formidable, y sabe más leyes que todo el Colegio de Abogados de Madrid.

PEPE Lo creo.

LICUR. ¡Leyes á mí! ¡Justicia! Del lobo un pelo, y ese de la frente. Pero mi derecho es mi derecho...

PERF. Vaya, Licurgo, déjanos en paz ahora.

- PEPE      Sí, sí; que nos perdone la vida...
- LICUR.    Si molesto, no es caso... Pero volveré. Mi derecho es mi derecho... Cada lobo á su senda.
- ROSAR.    Sí, sí; pero basta ya. (Cogiendo un cigarro de la caja que hay sobre la mesa.) Toma un cigarrito, y vete con Dios...
- LICUR.    Gracias, mi niña... Señora, señor don José, hasta más ver... Pobre, pero honrado. Sagrado es lo ajeno; pero lo propio, sagrado también.
- ROSAR.    (Empujándole hacia fuera.) Sí, sí... Adiós, hombre.
- LICUR.    (Retirándose.) Mi derecho es mi derecho.

## ESCENA IV

LOS MISMOS, menos LICURGO

- PEPE      (Pasando al otro lado.) ¡Demonio de hombre! Estos villanos legistas me atacan los nervios.
- PERF.     No lo tomes así, hijo mío. Los pobres defienden el miserable terruño sobre que viven.
- C YET.    No se hable más de eso.
- ROSAR.    (Que se ha sentado junto á don Cayetano.) Y este Licurgo maldito y los Farrucos no me entran más en casa.
- CAYET.    Sí, porque con estas incumbencias podríamos hacerle antipática nuestra noble tierra. ¿Verdad, sobrino, que te gusta Orbajosa? Dí que sí.
- INOC.     ¿Gustarle? Lo dudo.
- PEPE      ¡Oh, no!
- PERF.     ¿Qué piensas de nuestra humilde, pero gloriosa y santa ciudad?
- PEPE      ¿La ciudad...?
- ROSAR.    ¿Verdad que te gusta? ¡Si es tan bonita!
- PEPE      Si Rosario la encuentra bonita, yo también, porque en todo quiero ser de su parecer.
- INOC.     ¿Y el país, la región...?
- ROSAR.    Dí lo que tú piensas, no lo que pienso yo, que soy una ignorante.
- PEPE      Pues...
- PERF.     Sinceridad, hombre, buena fe.

PEPE Allá voy, señora. Pues en la región no veo más que pobreza, un atraso que descorazona, ejércitos de mendigos, la agricultura como en tiempos de Adán, la industria rutinaria, grosera, infantil. (Óyenle todos con disgusto.)

PERF. Riqueza, bambolla, no tenemos... pero hay caridad.

PEPE ¡Ah!... no digo que no. Pero no se trata...

PERF. Somos pobres, rústicos, zafios, si quieres; pero conservamos las virtudes de la raza, los sentimientos nobles, el santo temor de Dios... ¿Sabes lo que es esto?

PEPE ¿Pues no he de saberlo? Lo que yo digo es...

INOC. (Nervioso, sin poderse contener.) La cantinela de siempre. En mi larga vida, he visto llegar á Orbajosa multitud de personajes de la Corte, traídos unos por la gresca electoral, otros por gusto de ver nuestra soberbia basílica, *pulchra augustana*, que dijeron los antiguos. Pues todos han de hablarnos enfáticamente de nuestra rudeza, de nuestro atraso material... ¿Y qué nos traen ellos? pregunto yo. Por supuesto, (Mirándole por encima de las gafas.) ni remotamente se crea que lo digo por usted. Me guardaría yo muy bien... Ya sé que tenemos delante á uno de los hombres más eminentes de la España moderna.

PEPE (Rechazando el elogio.) ¡Oh!...

INOC. A un hombre que sería capaz de transformar estos páramos en comarcas fertilísimas, sólo tocando en ellos con la varita maravillosa de la ciencia...

PEPE (Confuso.) ¡Pero don Inocencio, si no he dicho...! Tía, ¿verdad que...?

PERF. Nada, no me incomodo. A hombres de tanto, de tantísimo entendimiento, se les puede dispensar el desprecio que hacen de nuestra vulgaridad.

PEPE ¡Yo!...

INOC. Y le autorizamos para todo.



- PERF. Incluso para decir que somos... poco menos que cafres.
- PEPE ¡Por Dios, querida tía!...
- ROSAR. (Muy apurada.) ¡Pero si no ha dicho...!
- PERF. (Imponiéndole silencio, con el dedo en la boca.) ¡Niña!... ¡pst!...
- PEPE Si no me han entendido...
- PERF. Sí te entendemos, ¡ah! Pero no nos damos por ofendidos y te perdonamos de todo corazón.
- PEPE (Resignándose.) Pues sea lo que ustedes quieran.
- CAYET. Ya le irá tomando el gusto á nuestra humilde Orbajosa. Mañana le enseño yo todita la Catedral, por dentro y por fuera, el relicario, la cripta, las telas y ornamentos, los sepulcros...
- PEPE Ya la ví esta mañana ligeramente...
- PERF. (Interrumpiéndole.) Cuidado, Pepe; si hablas mal de nuestra hermosa iglesia perdemos las amistades. Tú sabes mucho; eres una eminencia, una celebridad... pero si has de descubrir que esta santa fábrica no es la octava maravilla, guárdate en buen hora tu ciencia y déjanos en nuestra feliz ignorancia.
- PEPE Señora mía, lejos de creer que no es bella la Catedral, lo que de su interior he visto me parece de imponente gallardía.
- PERF. Bien, hombre, bien; lo dices por tenerme contenta.
- ROSAR. Le gusta, sí, le gusta.
- INOC. Gracias, mil y mil gracias, señor don José. Yo pensé que usted, como gran matemático y materialista furibundo, menospreciaría nuestro templo diocesano, y nos diría que le parece más bello y grandioso cualquier almacén ó mercado de hierro.
- PEPE (Ligeramente ofendido.) ¡Pero, señor mío!...
- PERF. (Interrumpiéndole.) Y aunque lo sientas, harás bien en no decirnoslo, y te agradecemos tu delicadeza.
- PEPE (Nervioso.) ¡Nada, no quieren entenderme!...
- ROSAR. (Le entienden al revés.)

- PERF. ¿Te incomodas?
- PEPE ¿Oh, no!... Pero... Empiezo por decir que ni yo soy sabio, ni...
- INOC. (Con viveza.) Lo es, y de los más eminentes de por allá.
- PEPE (Un poquito quemado.) Gracias, señor don Inocencio. No admito la lisonja.
- INOC. Acepte el elogio sincero, porque tras él, si el señor don José me lo permite, señalaré, lisa y llanamente, la sombra que veo junto á esa luz excelsa de su sabiduría.
- PEPE ¡La sombra!
- ROSAR. (Alarmada.) ¡Ay, Dios mío! ¿Qué sombra será esa?)
- INOC. ¿Usted ha cultivado las ciencias?
- PEPE Sí señor.
- INOC. Con extraordinario aprovechamiento.
- PEPE Regular.
- INOC. Provecho para la inteligencia, desventaja para el corazón; porque la ciencia, tal como la estudian y propagan los modernísimos, es la muerte del sentimiento y de las dulces esperanzas con que nuestras pobres almas se consuelan de las miserias de esta triste vida.
- PEPE (Que se ha levantado y va de un lado á otro.) Poco á poco, señor mío...
- PERF. La ciencia todo lo reduce á guarismos, reglas, rayas y formulillas, y quiere hacer del mundo una gran máquina.
- PEPE ¿Quién ha dicho eso? Pero señor, ¿qué tiene que ver...?
- ROSAR. (Aparto á Pepe Rey.) No le contradigas. Dí á todo que sí.
- CAYET. Pepe, tómalo con calma.
- PERF. ¿Pero te incomodas?
- PEPE Sí; me incomoda tanto llamarme sabio... y científico, y...
- PERF. Si lo eres.
- PEPE Y saldrá á relucir otra vez la dichosa materia...

PERF. Si es tu fe.

PEPE Señora...

PERF. No, conmigo no discutas; aquí don Inocencio sabrá contestarte.

INOC. ¿Yo?... ¿Qué puedo yo contra adalid tan fuerte?...

PEPE ¡Y dale! Pues yo le digo á usted... (Conteniéndose.)

PERF. A ver, á ver...

ROSAR. (Alarmada.) ¡Pepe, cuidado...!

PERF. Habla, hombre. ¿Qué ibas á decirnos?

PEPE (En el centro de la escena, on pié.) Que sí... que sí, que yo defiendo la ciencia, (Con brío.) la defiendo porque es mi madre, porque le debo lo poco que soy. Y diré al señor don Inocencio, á nuestro insigne humanista, gloria de Orbajosa, que la ciencia, por ley ineludible, ha venido á derribar tanto ídolo vano, la superstición, el sofisma, las mil mentiras del pasado, bellas las unas, ridículas las otras. Adiós sueños torpes, embriagueces dulces de la imaginación. El género humano ya no es niño, es hombre, y os ha trocado por la verdad. La ciencia ha realizado este prodigio; la ciencia, hija de Dios también, señor don Inocencio, aunque usted no quiera; la ciencia, que como un astro espléndido ilumina y calienta el mundo, pues no sólo disipa las tinieblas, sino que destruye las corrupciones producidas por la obscuridad.

ROSAR. (Muy apurada, aparte, á Pepe Rcy.) ¡Por Dios, mamá se enoja!

PERF. ¡Vaya, vaya...!

CAYET. (A Pepe Rey.) Cuidado, Pepe...

INOC. (Aparte á doña Perfecta.) Panteísmo puro. (Alto.) Emplearía yo armas de sentimiento, argumentos teológicos, sacados de la revelación, de mil autoridades religiosas y profanas. Pero sólo conseguiría que se riera de mí y de mis vulgares razones, nuestro gran matemático, hombre eruditísimo, pero sin Dios.

PEPE ¡Oh, eso no!

- PERF. Porque no te atreves á decirlo.
- PEPE (Con firmeza.) ¡No, no!
- CAYET. ¡Ea! basta ya. (Se levanta, queriendo poner paz.)
- ROSAR. (Levantándose.) No se hable más de cosas tan poco divertidas. (Pasa al lado de don Inocencio.)
- PERF. Tú te sofocas, y sin quererlo enseñas la oreja materialista.
- PEPE ¡Por Dios, tía: no es eso!...
- CAYET. ¡Ea! vuélvanse cañas las lanzas.
- ROSAR. Don Inocencio, sea usted amigo de Pepe.
- INOC. Sí, hija mía, amigo, sí.
- ROSAR. Dêense las manos.
- INOC. Y los brazos. (Adelantándose, abraza friamente á Pepe Rey.)
- ROSAR. Así.
- PERF. Abrázale, y mírale como maestro.
- INOC. ¡Oh, eso no!
- PERF. Sabe más que tú.
- PEPE ¿Quién lo duda? Infinitamente más.
- LIBR. (Entrando por la derecha.) Señora, las señoras de Cirujeda. (Vase Librada.)
- CAYET. Visita... (A Pepe Rey.) Vámonos nosotros á la biblioteca.
- PEPE (Aparte á don Cayetano.) Sí, á la biblioteca: quiero descansar de este hombre. (A doña Perfecta.) ¿Viene Rosario con nosotros á revolver papelotes?
- PERF. (Que ha estado hablando con don Inocencio.) Tendrá que venir conmigo á recibir á esas buenas amigas.
- ROSAR. Mamá, déjame. ¡Son tan fastidiosas esas pobrecitas viejas! Prefiero los pergaminos de mí tío.
- PERF. Hija, un momento no más; después que las saludes, te subes á la biblioteca.
- ROSAR. (A Pepe Rey y don Cayetano.) Pues hasta luégo.
- PEPE (Aparte á Rosario.) Me aguardarás en la huerta. Yo saldré pronto.
- PERF. ¿Don Inocencio se queda por aquí? ¿Por qué no se va á descabezar su siestecilla en un sillón del comedor?
- INOC. (Acomodándose en el sillón rústico.) Si estoy aquí tan rica-

mente. Ya sabe usted mi costumbre. Cierro los ojos. Quince minutos de descanso cerebral me bastan.

PERF. Pues adiós. (Vanse doña Perfecta y Rosarito por la puerta de la casa.) A descansar.

PEPE Don Inocencio...

INOC. Hijo mío, á divertirse viendo esas maravillas de la antigüedad.

## ESCENA V

DON INOCENCIO; MARÍA REMEDIOS

INOC. (Queriendo dormirse.) *Satis est requiescere lecto, si licet, et solito membra levare thoro...*

REMEDIOS. (Que sale por el foro.) Señor tío, déjese ahora de sueñecicos.

INOC. (Despabilándose.) Pero mujer...

REMEDIOS. Tenemos que hablar... Buena nos ha caído con la llegada de ese iscarote... La niña, el ángel de la casa, la palomita sin hiel, ¡ah, mundo mentiroso, mundo falaz! se nos va, se nos escapa... Por de pronto, el primo... le gusta.

INOC. ¿Cómo sabes...?

REMEDIOS. Mientras aquí charlaban, yo, detrás de aquellos árboles, atisbaba la cara de la niña... Nada, que los ojos de una chiquilla enamorada, dicen más verdad... que un misal.

INOC. Podrías equivocarte. Es pronto todavía...

REMEDIOS. ¡Ah, señor tío! Mientras el ingeniero echaba aquellos despotriques de la ciencia, la niña con los ojos... se lo comía.

INOC. ¡Bah, bah!... No seas cócora... Ya salió tu carácter inquieto, inflamable, levantisco...

REMEDIOS. Dios me ha hecho á mí súpita y acometedora para ganar estas batallas, como le ha hecho á usted cachazudo y timorato para perderlas.

INOC. Bueno, mujer.

REMEDIOS. Y si usted y la señora se descuídan, se nos des-

hace, como la sal en el agua, la colocación del niño. ¡Vaya una gloria casarle con la hija única de doña Perfecta, amasarnos, como quien dice, con personas tan principales...! Y ya estaba la pasta hecha. No faltaba más que meterla en el horno. Pero da el demonio una patada, y ¡zás! el ingeniero... ¡Ah! lloraría de rabia, sí señor. ¿De qué le vale ahora á mi Jacinto ser tan buen cristiano, y saber todo lo que sabe, como un serafín de Dios?

INOC. Mujer, ten calma... No te aturrulles... Yo creo que al fin...

REMED. Pero si la señora está siempre con él hecha unas mieles... «Queridísimo Pepe, sobrino mío, hijo de mi alma.»

INOC. ¿Pues qué ha de hacer la señora...? Mira, oye... Nuestra bonísima doña Perfecta no quiere casar á Rosario con el señor de Rey... Claro: su conciencia no puede transigir con la impiedad. No quiere, no... Pero por respeto á su hermano, no se opone ostensiblemente, no dice que no, no puede decirlo. Remedios, no puede... Ahí tienes el conflicto en que se ve la santa señora.

REMED. Pues ese, como no lo echen á zapatazos...

INOC. Déjate de tonterías... ¿Fú qué sabes? Déjanos á la señora y á mí, y no te metas en nada, ni vengas aquí, ni andes con chismes, ea... Vete á casa, y que no deje de venir Jacintillo esta tarde.

REMED. Ya le dejé preparándose... Voy á darle la última mano. Le pondré como un sol... el chaqué nuevo, que le llevó ayer el sastre... pantalón de cuadritos, todo por figurín, su corbatita azul, sus guantes... ¡ay, y que le caen tan bien!

INOC. Bueno, pues anda... á casa.

REMED. Me voy. (Viendo salir á Librada por el comedor.) ¡Ah!... á ver qué trae ésta.

LIBR.. Señor don Inocencio...

INOC. ¿Se fueron esas señoras?

- LIBR. Han bajado á la huerta con la señora. La señora que haga usted el favor de ir, que tiene que hablarle.
- INOC. Voy allá. (A María Remedios.) Vete ya.
- REMED. (Viendo venir á Rosarito que aparece viniendo de la huerta.) ¡Ah! la niña...
- INOC. Déjala... no le digas nada. Temo tus inconveniencias... A casa. (A Rosarito.) No entretengas á ésta, no le des cuerda, que habla más que una cotorra... Tiene que hacer en casa. (Vase hacia la huerta.)

## ESCENA VI

### ROSARITO; MARÍA REMEDIOS

- ROSAR. Cotorrita, ya oiste lo que dice tu tío.
- REMED. Sí, me voy... (Con fingida aflicción.) Mi hijo me aguarda. No puede estar sin mí, ¡pobre ángel! Está tan triste, tan caidito, tan... Para ver si se distrae, le he mandado que venga acá esta tarde.
- ROSAR. Sí, que venga...
- REMED. ¡Ay! temo mucho que la murria me le mate.
- ROSAR. ¿Por qué? ¡Pobrecillo!
- REMED. Y el cuento es que no quiere venir. Cuesta Dios y ayuda hacerle salir á la calle.
- ROSAR. Eh, no exageres... Tú siempre con esos extremos... (Remedándola.) «¡Oh, mundo amargo, mundo abominable!...» Mira, le dices á Jacinto que yo le mando venir.
- REMED. Puede que sea peor...
- ROSAR. Quiero que le conozca mi primo.
- REMED. ¿Quieres que le conozca...? Yo también deseo conocerle... Dicen que es muy simpático.
- ROSAR. Sí.
- REMED. Y que sabe más que Merlín.
- ROSAR. ¡Lo que sabe!
- REMED. Pues el niño se alegrará... yo también... ¡y le daría yo un abrazo muy apretado, muy apreta-

do!... (Bruscamente.) Adiós. (Se va rápidamente por la izquierda.)

## ESCENA VII

### ROSARITO; PEPE

ROSAR. (En la puerta de la biblioteca.) ¿Qué haré? Me dijo que en la huerta. Pero si allá está mamá con esas viejas charlatanas, insoportables... ¿Subiré á la biblioteca? No, no, me dijo que esperara.

PEPE (Por la puerta que conduce á la biblioteca.) Te sentí llegar. He engañado al buen bibliómano, diciéndole que sentía un fuerte dolor de cabeza y necesitaba acostarme. El pobre señor allá se queda solo, nadando en un mar de preciosos manuscritos.

ROSAR. ¿Y de veras no te duele la cabeza?

PEPE No, no.

ROSAR. Yo creí que sí, con aquellas discusiones que no vienen á cuento.

PEPE Hija, el tal don Inocencio me enciende la sangre.

ROSAR. ¡Pobre señor, es tan bueno!

PEPE Dime, ¿es el amigo íntimo, el consejero de la familia?...

ROSAR. Sí, viene todos los días.

PEPE Dios nos tenga de su mano.

ROSAR. ¿Por qué? Me quiere mucho, y le quiero.

PEPE Entonces será forzoso que yo le quiera también. Me dijo don Cayetano que tiene una sobrina.

ROSAR. Ahora mismo salió de aquí... ¡Tan buena la pobre...!

PEPE Madre de un jovencito...

ROSAR. A quien conocerás luégo. Es gente honradísima. Los tres nos quieren con locura.

PEPE Si no entendí mal, son de origen humilde.

ROSAR. María Remedios fué criada de casa... Pero de esto hace mil años...

PEPE Y después, se han crecido...



- ROSAR. Heredaron algo de un hermano de don Inocencio, que murió en la Habana, y hoy viven con holgura modesta, y son muy considerados en la ciudad.
- PEPE Bien, bien, (Cogiéndola una mano y llevándosela hacia la huerta.) vámonos.
- ROSAR. Ay, no puede ser allá. Mi madre y las de Cirujeda y don Inocencio andan de palique por la huerta de abajo.
- PEPE (Deteniéndose.) ¡Cuidado que es desgracia la nuestra! En todo el día no hemos encontrado un ratito de soledad...
- ROSAR. Ayer tarde, no te quejes, pudiste hablarme, decirme...
- PEPE No hice más que desflorar mi pensamiento. Llegó tu madre, y me cortó la palabra, dejándome á media miel. Yo te decía...
- ROSAR. (Ligeramente, avergonzada.) Si me acuerdo bien. No puedo olvidarlo.
- PEPE Que desde que te ví, mi alma se sintió inundada de un gozo tan vivo...
- ROSAR. Y yo, cuando entró mamá, iba á contestarte...
- PEPE ¿Qué?
- ROSAR. Que no lo creía, que no lo creo. ¿Tan pronto...? Mira, Pepe, yo soy una lugareña, yo no sé hablar más que cosas vulgares, yo no sé francés, yo no me visto con elegancia... Vaya, no seas pillo: no puedes haber sentido, al verme, ese gozo del alma... Yo, nada soy, nada valgo...
- PEPE Para mí, más que el mundo entero.
- ROSAR. ¡Jesús! ¡Qué chiquito es el mundo!
- PEPE Junto á tí, como un grano de arena. Si me conocieras como yo creo conocerte á tí, sabrías que jamás digo si no lo que siento. Yo no hablaré contigo más lenguaje que el de la verdad.
- ROSAR. El de las matemáticas, como diría, burlándose, el pobrecito don Inocencio.
- PEPE Y como soy todo matemáticas, voy á la exacti-

tud, y te digo: «Rosario, yo he venido aquí á casarme contigo.»

ROSAR. (Ruborizada, bajando los ojos.) ¡Pepe, qué cosas tienes!

PEPE Mira, prima querida, te juro que si no me hubieras gustado, ya me habría ido yo con mi ciencia á otra parte. Con todos los esfuerzos de la cortesía y de la delicadeza, no me habría sido posible disimular mi desengaño.

ROSAR. (Sin mirarle.) ¡Pepe, si no hace más que dos días que llegaste...!

PEPE Dos días, y ya sé todo lo que tenía que saber; sé que te quiero, que eres la mujer que desde hace mucho tiempo me está anunciando el corazón, diciéndome noche y día: «ya viene, ya está cerca... ahí la tienes.»

ROSAR. ¡Já, já!... ¡que gracia! (Por disimular su turbación.)

PEPE Tú te empeñas en que nada vales, y eres la maravilla de la Naturaleza. Para mayor gloria tuya, ignoras tu mérito inmenso, y no ves la luz, no sientes el calor divino que proyecta tu alma sobre todo cuanto te rodea. (Con entusiasmo.) Eres mi vida nueva, y yo te quiero como un tonto.

ROSAR. ¡Primo, primo mío, por Dios! (Conmovida se deja caer en una silla, con ligero desvanecimiento.) Yo te suplico...

PEPE ¿A ver... qué me suplicas?

ROSAR. (Pausa.) Que no me digas esas cosas...

PEPE ¿Te molesta que yo te quiera?

ROSAR. (Vivamente.) No, no.

PEPE ¿Quieres que me vaya?

ROSAR. No.

PEPE ¿Que no te diga...?

ROSAR. Sí, sí: dímelo.

PEPE Si yo tuviera la suerte, la dicha inmensa de que me quisieras tú, aunque no quisieras decírmelo...

ROSAR. Te lo diría; sí, te lo diría... Pero no tan pronto; tan pronto no te lo puedo decir, Pepe. Ten formalidad...

PEPE Buéno, me lo dirás más tarde...

ROSAR. A su tiempo... dentro de muchos días. ¡Oh, ahora, ahora, no estaría bien!

PEPE Y cuando me digas eso, ¿me dirás que me quisiste, como yo, desde el primer día?

ROSAR. No, antes... (Con viva espontaneidad.) Desde mucho antes de verte... Pero no; me callo... No he dicho nada todavía.

PEPE Aguardaré... Yo tengo paciencia... La ciencia es la paciencia, Rosario.

ROSAR. Es que... verás. Mamá me daba á leer las cartas de tu padre, y me gustaba tanto, tanto, leer los elogios que tu papá hacía de tí. Y yo me decía...

PEPE ¿Qué?

ROSAR. Nada.

PEPE Decías: «éste debiera ser mi marido.»

ROSAR. Si tu papá, en aquellas cartas, no decía nada de casorio. No, Pepe, no decía nada.

PEPE Pero lo decías tú.

ROSAR. Lo que yo hacía era asombrarme mucho de que tu padre no dijese nada. ¡Qué descuido!

PEPE Pero al fin lo dijo...

ROSAR. (Vivamente.) Pero esa carta no me la dió á leer mamá. Y no debía dárme la... no, no... era muy pronto. Luégo, llegas tú de improviso... (Aparece doña Perfecta y don Inocencio viniendo de la huerta. Tras ellos Jacintito.)

PEPE (Se vuelve como oyendo los pasos.) Alguien viene.

ROSAR. (Asustada.) ¡Ah...! mi madre...

## ESCENA VIII

DICHOS; DOÑA PERFECTA, DON INOCENCIO, JACINTITO, vestido con elegancia de pueblo, sin llegar á lo ridículo.

PERF. (Disimulando su disgusto por verlos juntos.) ¿Pero no estábais en la biblioteca con Cayetano?

PEPE Sí señora; pero cansados de admirar las hermosuras de lo pasado, nos salimos aquí, á charlar un poquito de las venideras.

- PERF. Temprano empezáis.
- INOC. Tengo el honor, señor don José, de presentarle al hijo de mi sobrina, Jacintito...
- PEPE ¡Oh, tengo mucho gusto!... Ya sé que es un joven de grandísimo mérito.
- JACINT. (Con modestia y cortedad.) Por Dios...
- ROSAR. Sí que lo es...
- PERF. ¡Vaya!
- JACINT. No me avergüencen. ¿Qué soy yo en parangón de esta personalidad, de este sabio eminente?
- PEPE (Riendo.) Ahora viene el incensario por acá...
- INOC. Este es un pobre muchacho, aplicadillo, eso sí...
- PEPE Abogado ya.
- PERF. No es Jacinto de esos talentos de relumbrón que un momento fascinan, no... Es sólido, bien remachado de sanos principios.
- JACINT. Siento verdadero orgullo en tratar á un hombre que viene precedido de la fama, como gloria legítima, indiscutible de la ciencia...
- PEPE No me avergüencen ustedes, digo yo ahora... (Siguen hablando.)

## ESCENA IX

DICHOS; CABALLUCO, DON JUAN TAFETÁN, que vienen por la casa, puerta segunda derecha.

- PERF. (Adelantando á su encuentro.) ¡Oh! aquí tenemos al guapo de Orbajosa, Cristóbal Ramos... Pepe, aquí le tienes; un bruto que sabe ser héroe, hoy terror de los ladrones, perseguidor de los malos, bueno como el pan de picos, la miga blanda, la corteza dura.
- INOC. Es el célebre *Caballuco* de la leyenda...
- PEPE De la guerra civil, ya.
- CAB. El señor ya me conoce.
- PEPE Sí, nos encontramos en el camino cuando yo venía. ¡Ah! gallardísima figura la de usted á caballo... Yo dije que me parecía usted un Centauro.

- CAB. ¿Y qué es eso?
- INOC. Mónstruo mitológico, mitad hombre, mitad caballo.
- CAB. ¡Ya!...
- PEPE Y recuerdo, sí, haber oído algo de sus hazañas... como cabecilla ó guerrillero.
- PERF. Hoy tienes al héroe convertido en un vulgarísimo portador del correo...
- PEPE Por muchos años.
- PERF. (Presentándolo). Don Juan Tafetán, amigo de casa, solterón empedernido, Tenorio jubilado.
- PEPE Celebro mucho...
- TAFET. No haga usted caso, señor don José... ¡jí, jí! ¿Y qué? ¿Tendremos el gusto de verle aquí mucho tiempo?
- PEPE Puede que sí. He venido á un asunto de familia. Además, el Gobierno me ha dado una comisión...
- TAFET. ¡Ah!...
- PEPE Estudiar la cuenca del Nahara, para un trazado directo entre esta ciudad y el valle de Rejones.
- TAFET. Pónganos usted en comunicación con el valle de Josafat, y estaremos más en carácter... ¡jí, jí!...
- CAB. Pues yo... con perdón, no venía de visita, sino por hablar con la señora...
- PERF. Luégo hablaremos. Toma una copa.
- CAB. (Tomando la que le sirve doña Perfecta.) El señor sobrino de la señora, á quien yo quiero como á mi madre, me tiene á sus órdenes, y si cuando se marche teme algún mal encuentro por esos caminos de Dios...
- PEPE No pienso marcharme.
- PERF. En el supuesto de que te marches, hombre...
- JACINT. Sí, y como anda por ahí una partidilla...
- CAB. Pero yendo el señor conmigo, no hay cuidado.
- PEPE ¿Con que partidas...?
- TAFET. No se asuste usted; es el fruto de la tierra, como los ajos, ¡jí, jí!...

- PEPE Verdad que mientras no se acabe la guerra civil, no hay territorio seguro.
- CAB. Buenos muchachos. No les he podido contener. Es el odio á las contribuciones, al Gobierno, á ese maldito Madrid, que no nos manda acá más que gente perdida... mejorando... Con usted no va nada.
- PEPE Gracias.
- PERF. Todo ha sido por la amenaza del Gobierno de mandarnos tropas, que ninguna falta nos hacen.
- ROSAR. (Á don Inocencio.) ¡Qué cargante es esto de la guerra!... partidas por aquí, soldados allá.
- INOC. Dios permite la guerra...
- ROSAR. ¿Cuándo?
- INOC. Cuando desea que los hombres amen la paz.
- PEPE (Formando grupo, á la derecha, con Tafetán y Jacinto, mientras Caballuco y doña Perfecta pasan al otro lado.) En vez de andar á tiros por ahí, más cuenta les tendría labrar bien sus tierras...
- JACINT. Es que Orbajosa, señor don José, es pueblo de muchísimo orgullo, de muchísimo tesón... Siempre que defendió una causa con las armas, dió mucho juego esta dichosa tierra del ajo. Y ahora parece que el Gobierno, al mandar soldaditos, la provoca, la reta...
- PEPE No es reto; es precaución.
- TAFET. ¡Bah! No correrá la sangre al río. (Siguen hablando.)
- PERF. (A Caballuco, en el otro lado.) Harías bien en contener á esos locos que se han lanzado á los caminos.
- CAB. Dejarlos... Nunca está demás enseñar los dientes al Gobierno.
- PERF. (Obsequiando á Caballuco, que se ha sentado junto á la mesa de la derecha.) Toma un cigarro. ¿Quieres otra copa? (Se la sirve.)
- PEPE (Contestando á algo que ha dicho Jacinto.) Amigo mío, no veo relación ninguna entre la filosofía alemana y las partidas de Orbajosa.

- JACINT. Yo sí... (Con pedantería.) Y dígame, señor don José, ¿qué piensa usted del darwinismo?
- PEPE (Sorprendido.) ¡Yo?... Nada. Mis estudios han sido de índole muy distinta.
- INOC. (Llenando una copa.) Todo se reduce á sostener que descendemos... (Ofreciendo la copa á Pepe Rey.) Don José, una copita.
- PEPE (La acepta.) Gracias. (Bebe un poco.)
- PERF. (Ofreciendo á Tafetán.) Tafetán, una copita.
- PEPE Pues el darwinismo es una doctrina respetable que no puede tratarse en solfa.
- CAB. (Que no entiende el término.) ¿Cómo se llama eso? (Sin moverse de su asiento oye.)
- TAFET. ¡Menudas agarradas hay en el Casino por eso del darwinismo y los monos...! ¡jí, jí!
- JACINT. En esa doctrina hay que distinguir entre los estudios experimentales, que son muy buenos, y las consecuencias filosóficas, que son deplorables.
- PEPE En efecto; la experimentación fundamental es asombrosa. Yo creo...
- PERF. (Con sequedad, interrumpiéndole.) ¡Pepe...!
- PEPE Señora.
- PERF. ¡Si piensas defender esas ideas absurdas, hazlo donde yo no te oiga!
- ROSAR. ¡Mamá, si no ha dicho nada!
- PEPE Yo no defiendo nada. Decía...
- PERF. Mira que ya tienes muy mala fama en Orbajosa.
- PEPE ¡Yo... mala fama!
- INOC. Nada. Es que la gente viciosa da en decir si es... ó no es.
- PEPE (Quemándose un poco.) Però, ¿qué soy?
- ROSAR. (¡Qué es, Dios mío!)
- PERF. (Con aparente cordialidad.) No te enfades... Ya sé yo que eres bueno, tan bueno como tu padre, y te queremos mucho. ¡Pues no es floja batalla la que he dado hace un rato en tu defensa!
- PEPE ¡En mi defensa!

- INOC. Lo presencié. Su tía le defendió á usted como una leona.
- PEPE ¡A mí!
- PERF. Nada, hombre. Que estuvieron aquí las de Cirujeda, unas señoras muy respetables...
- ROSAR. (Y muy charlatanas, y muy venenosas.)
- PERF. Y me dijeron que han oído decir... Nada: que si eres ó no eres incrédulo...
- PEPE Pero esas señoras no me conocen... ¡Vaya con las pécoras...!
- PERF. ¡Eh! no las injurias, que son muy buenas cristianas, muy comedidas, muy principales...
- INOC. Dijeron mil simplezas: que usted no cree que Dios nos crió á su imagen y semejanza...
- PERF. Sino que tenemos por ascendientes á los orangutanes ó á las cotorras.
- PEPE ¡Yo... qué desatino!
- PERF. Y que aseguras que el alma es una droga... como los papelillos de magnesia ó de ruibarbo que se venden en la botica...
- ROSAR. (¡Qué iniquidad! ¡Estúpidas!)
- PEPE ¡Pero esas señoras están locas! Que yo... Llévenme á su casa para decirles que las han engañado.
- PERF. Cálmate... ¡Ay, sobrino, cómo te defendí...! ¡Si me hubieras oído...! Cierto que no pude convencerlas. Pero por mí no quedó... Yo sé que eres bueno, delicado, y que no has de defender aquí públicamente, lastimándome á mí y á todo el pueblo, esas abominaciones.
- PEPE (Con gradual enojo.) ¡Si yo no pienso eso!... ¡Si no lo he pensado nunca!... Pero usted, tía, ¿qué idea tiene de mí...? ¡Esto ya es ofensivo, esto es deseo de molestarte!... No, tía, usted no cree...
- INOC. La señora no le acusa á usted; no hace más que advertirle que, si por acaso profesase esas ideas, se guarde de manifestarlas aquí.
- PERF. Justo.
- CAB. Eso; que si lo piensa, se lo calle.



- PEPE. ¿Pero qué es esto? ¿Se han propuesto aquí vol-  
verme loco...? Claro, yo tengo mis ideas, que se-  
guramente en algo han de discrepar de las de  
ustedes.
- PERF. ¿Ves, ves?
- ROSAR. (Muy nerviosa, á Jacinto.) Pero, tonto, Jacinto, ¿qué ha-  
ces que no sales á su defensa?
- JACINT. ¿Yo?... ¡Dios me libre! Ya sabrá él defenderse.  
(Con pedantería.) El racionalismo, hijo legítimo de la  
experimentación, encuentra en el arsenal de las  
ciencias físico naturales, armas terribles para su  
defensa.
- INOC. No está mal.
- JACINT. Por eso el señor don José se cree inexpugnable  
en su fortaleza científica, y nos mira con lástima  
á los pobres romancistas que preferimos la fe á  
la ciencia...
- PERF. Y vivimos obscuramente en la simplicidad y en  
el santo temor de Dios, con nuestra conciencia  
bien tranquila.
- PEPE (Subiendo gradualmente en su enojo.) La mía también lo  
está.
- PERF. A saber. Pero llegará día, ¡ay! en que reconozcas  
tus errores, y abjures de toda esa ciencia insana.
- INOC. Distingamos, sí, la ciencia útil, la ciencia ver-  
dadera de la...
- PEPE ¡Dale con la ciencia! (Conteniendo su ira con dificultad, pró-  
xima á estallar.) Por Dios, don Inocencio, ¿qué sabe  
usted lo que es la ciencia?
- PERF. Mejor que tú.
- PEPE ¿Y usted qué sabe?... ¡La ciencia! (Sin poder contener-  
se.) ¡Oh, no puedo más! (Estallando.) ¡Para qué ha-  
blan de ciencia, para qué la nombran siquiera,  
aquí, en esta madriguera de la superstición, del  
fanatismo y de la barbarie...?
- PERF. ¡Jesús! (Llevándose las manos á la cabeza. Todos manifiestan  
asombro y miedo.)
- PEPE (Con ardor.) Y no me digáis que en medio de este

salvajismo viven las santas creencias. No... la verdadera piedad aquí no existe. No hay más que un artificio muy tosco, y un antifaz muy negro para esconder la discordia, el miedo á la luz...

PERF. (Cogiendo á Rosario y llevándosela hacia la casa.) Hija mía, vámonos de aquí... No podemos oír esto.

PEPE (Viendo á Rosario, que aterrada, se aleja.) ¡Ah!... ¿qué he dicho?... (Como si volviera en sí.) ¡Oh, qué ofuscación!... Es que me han irritado... No, no, no he dicho nada... No, no, querida tía, Rosario...

ROSAR. (Llorando.) ¡Ay de mí!

PEPE Señora... perdóneme usted.

PERF. Te perdonamos, pero no te oímos, no. Vámonos... Puedes seguir... sigue...

PEPE (Aturdido.) No, si no digo nada, si yo... señor don Inocencio, Jacinto, señores... (Todos permanecen mudos y se van escabullendo hacia la casa.) ¡Y es esta la paz que creí encontrar aquí!

CAB. Si usted quiere marcharse de Orbajosa, ya sabe...

PEPE ¿Marcharme...? No, no. (Con gran firmeza.) Aquí triunfo, ó muero.

FIN DEL ACTO PRIMERO

---

---

# ACTO SEGUNDO

---

Sala baja en la casa de doña Perfecta. Al foro izquierda una ventana grande que da á la calle, ó al jardín; al foro derecha puerta grande, por donde entran los que vienen del exterior.

A la derecha, en primer término, una puerta, de la cual arranca la escalera interior que conduce á las alcobas de la casa. En el segundo término, el paso al comedor. A la izquierda la puerta del cuarto de Pepe Rey.

La estancia es anticuada, patriarcal, revelando las costumbres rutinarias de una familia rica y noble que vive en un pueblo. Mucha limpieza y arreglo en el mueblaje, que también es antiguo, y de cierto valor artístico. Cuadros religiosos y de familia.

Mesa á la izquierda, y en ella una lámpara encendida.

Empieza el acto después de anochecer.

## ESCENA PRIMERA

PEPE REY, muy abatido, echado en un sillón; DON CAYETANO,  
que entra por la derecha.

CAYET. ¿Pero qué tienes...? ¡aburridito...?

PEPE ¡Loco!

CAYET. Por no hacerme caso... Si hubieras querido ayudarme á coordinar las *Vidas de Orbajosenses ilustres*... Seis horas se me han pasado en un soplo.

PEPE Yo no arreglaría á los orbajosenses ilustres y no ilustres, más que de una manera.

CAYET. ¿Cómo?

PEPE A tiros.

CAYET. ¡Bah!... ya estás con tu idea maniática.

PEPE ¡Qué vida la mía! Se reduce á vagar por este feísimo pueblo, en compañía de don Juan Tafetán, que es mi único amigo. Hemos visto la catedral

no sé cuántas veces. Por cierto que esta mañana...

CAYET. ¿Qué?

PEPE Nada... Pues el pobre Tafetán se desvive por distraerme: me lleva á las huertas, á visitar ruinas celtiberas ó romanas; me pasea por todo el pueblo, me introduce en las tertulias de la botica ó de las tiendas, procura, en fin, disipar el tedio inmenso que me consume. (Exaltándose.) ¡Esto es horrible, esto no tiene nombre!... Vivo en esta casa, y ya van cinco días, cinco, que no puedo ver á Rosario... «Que está enferma, que duerme de día, que no quiere ver á nadie, y tal y qué sé yo...» ¡La esconden de mí, me apartan de ella como un apestado!

CAYET. ¡Hombre, no! La niña tiene un arrechucho nervioso que exige, según los médicos, descanso, soledad, aislamiento.

PEPE ¿Pero es tan grave su mal, que yo, su primo, su... iba á decir su prometido, en fin, yo, no puedo pasar á verla?

CAYET. No sé...

PEPE ¡Ah, mi buen don Cayetano, si viera usted qué cosas se me ocurren! Mis pensamientos son negros, huraños, recelosos, como el pueblo en que vivo. He dado en creer que la enfermedad de Rosario es un artificio de su madre para que la pobre niña no pueda verme ni hablarme...

CAYET. ¡Por Dios, Pepe...! No, no; eso no te lo paso... ¡Suponer que Perfecta, que es toda bondad, cariño, dulzura...! No, hijo, no, no.

## ESCENA II

DICHOS; JACINTITO, por la izquierda, con un fajo de papeles, como de pleito.

JACINT. Señor don José... ¿le molesto?

PEPE ¡Ah!... Jacintito... ¿qué tal?

JACINT. Pasando. ¿Y usted?... Señor don Cayetano...

Pues,... mucho siento, señor don José, tener que hablar á usted de este desagradable asunto.

PEPE ¿El pleito?... digo, *los...* porque ya pleitea conmigo medio Orbajosa.

CAYET. ¿Y tú defiendes á ese marrullero de Licurgo?

JACINT. No señor.

PEPE ¿A los Farrucos?

JACINT. Ellos quieren; pero mi amistad con esta familia no me permite encargarme de tal defensa. Señor de Rey, he estudiado detenidamente el asunto, y... como letrado y como amigo, me tomo la libertad de aconsejarle que transija.

PEPE (Indignado.) ¡Transigir con esa pillería! ¡Acceder á sus enredos! ¡Nunca!

JACINT. Mire usted que el Juez ha dictado una providencia, mandando... Ahí tiene, para que se entere...  
(Deja los papeles sobre la mesa.)

PEPE No necesito ver nada. ¿Son ellos tercios? Yo más.

CAYET. (Interrumpiéndole.) Con todo, Pepe, vale más que cedas...

PEPE (Con energía.) No, no... Odio á la negra Orbajosa, y á todos sus habitantes.

### ESCENA III

DICHOS; DOÑA PERFECTA por la derecha.

PERF. (Con zalamería.) ¿También á mí?

PEPE A usted no... (Dudando.) Querida tía... A usted no.

PERF. ¿Por qué tan furioso?

PEPE Porque me siento extranjero en esta ciudad tenebrosa de pleitos, de antiguallas, caciquismo y envidia solapada... No puedo vivir más tiempo aquí. Me voy, me voy; pero entiéndase bien, sin desistir de lo que aquí me trajo. Señora, yo vine á casarme con su hija de usted. Démela usted, y me voy.

PERF. ¿Lo ven ustedes? Si es una centella. ¡Qué carácter, Dios mío! Y hay que tener cuidado con él,

pues á lo mejor, por cualquier palabrita, se dispara y nos llama bárbaros, supersticiosos...

CAYET. Querido Pepe, ten calma. Ya sabes que mi hermana con muchísimo gusto te llamará su hijo. Rosario no se opondrá tampoco queriéndolo ella. ¿Qué falta, pues? Nada más que un poco de tiempo.

PERF. Vamos, como tú no piensas más que en máquinas, todo quieres llevarlo al vapor, ¡hala, hala! Espera, hombre, espera. Ese aborrecimiento que le has tomado á nuestra pobre ciudad, es una monomanía absurda.

PEPE (Descorazonado.) Es que hasta las piedras parecen levantarse contra mí.

PERF. ¿Lo dices por los pleitos? ¿Tengo yo la culpa? Que te diga éste (Por Jacinto.) la chillería que anoche le eché al buen Licurgo.

JACINT. Sí, sí; buena peluca se llevó, por su furor jurídico y litigante.

PEPE Y hay más: desde que estoy aquí no he recibido carta de mi padre.

CAYET. No te habrá escrito.

PEPE Imposible. (Oyendo aldabonazos en la puerta de la casa.)

PERF. El correo.

CAYET. Veremos lo que trae. (Vase don Cayetano por la izquierda.)

PERF. Puede que hoy recibas carta.

PEPE Señora doña Perfecta, ó yo tengo la cabeza trastornada, ó me salen enemigos de todas las grietas, de todos los rincones de este pueblo fatídico. Veo sombras que corren tras de mí, ó se adelantan buscándome las vueltas, rostros entapujados que me acechan...

PERF. ¿Pero, hijo, tan científico, y crees en fantasmas?

JACINT. Don José, no recele de esta hidalga gente.

CAYET. (Entrando con varias cartas.) Hay una para tí.

PERF. Gracias á Dios. A ver si es de tu padre.

PEPE (Cogiendo la carta.) No, no es de mi padre. ¡Si es un pliego del Ministerio! (Lo abre y lee rápidamente.) ¡Oh! (Atónito.)

- PERF. ¿Qué es eso, hijo?
- CAYET. ¿Qué?
- PEPE Una comunicación del Ministro de Fomento, relevándome del cargo que me confirió en esta zona.
- PERF. ¡Cómo! ¿Es posible...?
- JACINT. Pero de un gobierno así, ¿qué se puede esperar?
- CAYET. ¡Infamia mayor!
- PEPE (Muy nervioso, arrojando el pliego sobre la mesa.) ¡Oh, yo descubriré la mano misteriosa...!
- PERF. ¡Ay, Dios mío! ¿También de esto le echas la culpa á nuestra pobre patria, donde todo es buena voluntad, paz, sencillez...?
- PEPE (Con tenacidad.) ¡Ah, sí, este tiro ha salido también de aquí! Mi corazón lacerado me lo dice á gritos. No puedo, no puedo dudarle. En esto, como en lo otro, veo una persecución sistemática, una guerra insidiosa.
- CAYET. Pepe, no seas niño.
- JACINT. Nada, es manía....
- PERF. Iluso, vuelvè tus ojos á Madrid, dirige tus sospechas á los políticos corrompidos, á los compañeros envidiosos... (Vivamente.) Te advierto una cosa, y es que si quieres ir allá para averiguar la causa de este desaire, y pedir explicaciones al gobierno, no dejes de hacerlo por nosotros...
- PEPE ¿Qué? (Fija los ojos en el semblante de su tía, como queriendo escudriñar sus más escondidos pensamientos.)
- PERF. (Con calma admirable, y tono de la más perfecta lealtad.) Digo, que si quieres ir, sobrino mío... vayas... ¿A qué ese asombro?
- PEPE (Después de una pausa.) No señora... no pienso ir allá.
- PERF. Mejor... mejor.
- CAYET. Aquí estás más tranquilo. ¿Qué te falta?
- PEPE Ver á Rosario (A doña Perfecta.) ¿Hoy tampoco?
- PERF. Hoy no puede ser. Mañana.
- PEPE Lo mismo dijo usted ayer: mañana.
- PERF. El médico ha mandado que no entre nadie á ver-

- la. Pero está mejor. Se va calmando, calmando...
- CAYET. ¡Ah, los condenados nervios! el mal de la familia. Pero todo esto, señores míos, señora hermana, no será obstáculo, supongo, para que cenemos.
- PERF. Aún es temprano. Pero si quieren ya...
- PEPE Yo no ceno.
- PERF. ¡Otra!
- PEPE No tengo gana. He merendado en el Casino.
- PERF. Bueno. Tú, Jacintillo, te quedarás á cenar.
- JACINT. Si usted lo manda...
- PERF. (A Pepe Rey.) ¿Sales?
- PEPE No: tengo que escribir.
- JACINT. Don José, no deje de enterarse (Señalándole los papeles.)
- PEPE (Con hastío.) No por Dios. Quedamos en que no transijo...
- JACINT. Lo siento... Usted verá...
- PERF. Eso, eso. ¡A sangre y fuego! Consúmete la figura, revuélvete los humores, hombre rencoroso y soberbio. Aprende de mí; mírate en mi serenidad, en mi mansedumbre ante las adversidades. Estas, como las dichas, vienen de Dios. Yo las acepto... y callo.
- PEPE (Con calma sombría, mirándola fijamente.) Ya aprendo, señora, en ese libro; ya me miro en ese espejo.
- TAFET. (En la puerta del foro.) ¿Se puede?
- PERF. Aquí tienes á tu gran amigote y compinche.

#### ESCENA IV

DOÑA PERFECTA, PEPE REY, DON CAYETANO,  
JACINTITO, DON JUAN TAFETÁN

- TAFET. Ilustre señora, nobles caballeros...
- CAYET. Bien venido sea el primer punto de Orbajosa, y el proto-tipo de la vejez pizpireta.
- PERF. Celebro que venga usted, Tafetán; este señorito se nos muere de tristeza, y usted sólo sabe alegrarle (\*).

---

(\*) Pepe Rey, Tafetán, doña Perfecta, Jacintito, don Cayetano.



- CAYET. Corriéndola por ahí, día y noche.  
PERF. ¡Sabe Dios, sabe Dios!... Ay, Tafetán, tiemblo de ver á mi sobrino en tan mala compañía.  
JACINT. ¡Y tan mala! Este don Juan es tremendo. ¡Si supiera usted sus aventuras!  
TAFET. Jacintito, flor temprana, no hables de mis aventuras, que nos ruborizamos.  
JACINT. ¡Viejo verde!  
TAFET. Verdura me dé Dios, alegría honesta para pasar los cansados años.  
LIBR. (En la puerta del comedor.) Señora, la cena.  
PERF. ¿Quiere usted cenar, don Juan?  
TAFET. Mil gracias, señora.  
PERF. (Agarrando á Jacintito por el brazo.) VAMOS. (Vanse los tres.)

## ESCENA V

PEPE REY; DON JUAN TAFETÁN

- TAFET. ¿Nos echamos á la calle?  
PEPE No: estoy fatigadísimo.  
TAFET. Como que anduvimos hoy todas las estaciones, Casino, botica, alameda, tienda del Valenciano, y por fin, paseo por las calles para ver las niñas guapas. ¡Y que las hay hermosas!  
PEPE Para mí no hay hermosura, ni amenidad, ni alegría en ninguna parte.  
TAFET. ¡Jí, jí!... Vamos, ¿á que le pongo yo á usted en un periquete, con dos palabritas, más alegre que unas Pascuas?  
PEPE ¿A que no?  
TAFET. A que sí. ¡Jí, jí!... (Con misterio.) Quiero ayudarle á usted de una manera práctica y eficaz en la lucha que sostiene... Nada, queridísimo amigo, que *este cura*, Juan Tafetán, le va á sacar á usted de penas.  
PEPE Veámoslo.  
TAFET. Deme usted un abrazo, ¡jí, jí!...  
PEPE Explíquese.

TAFET. La señora doña Perfecta, que es tremenda... esa sí que es tremenda, tremebunda... ya la irá usted conociendo... le ha cortado á usted toda comunicación con la angelical Rosarito.

PEPE. Sí... Y que no hay en el mundo criados más incorruptibles que los de esta casa.

TAFET. ¡Jí, jí!... Venga otro abrazo. Y la más incorruptible, Librada, guardiana ó cancerbera de la señorita. Usted ha intentado sobornarla...

PEPE. Inútilmente. Su fidelidad es arisca, punzante, feroz...

TAFET. Feroz... ¡jí, jí!... esa es la palabra. Pues bien, á esa fiera, ya la tiene usted domada.

PEPE. ¿Qué me dice, don Juan? ¿Por qué medio?

TAFET. Por uno tan fácil como grato para mí. Es mi genio, ¡jí, jí!... Es mi flaco, ¡jí, jí!... mi fuerte, mejor dicho.

PEPE. ¿Pero cómo?

TAFET. Haciéndole el amor... ¡jí, jí!...

PEPE. ¡El amor!

TAFET. No se escandalice. Es platónico... Restos, amigo Pepe, restos marchitos de una existencia consagrada á la galantería, ¡jí, jí!...

PEPE. ¿Pero es de veras?

TAFET. Como usted lo oye. Esta tarde en la plaza, después de dejarle á usted, y esta noche en la tienda, hemos quedado de acuerdo. ¡Oh, yo soy de una sombra increíble para estas cosas! La he vuelto loca, Pepe, loquita. Con esto, y con ofrecerle colocar en el Fielato á su novio, se ha pasado del partido de la tía al del sobrino. En suma, que Librada, el cancerbero implacable, se compromete á llevar y traer toda la correspondencia que exijan estas aflictivas circunstancias.

PEPE. (Con viveza.) ¡Oh, felicidad! Voy á escribirle.

TAFET. Espérese usted. La niña está acongojadísima. No hace más que llorar.

PEPE. Y maldecir su forzoso encierro.

- TAFET. Del cual se consuela pensando en su primo, á quien adora, y saliendo en su busca...
- PEPE (Sorprendido.) ¿Cómo es eso?
- TAFET. ¡Jí, jí!... No hay jaula bastante segura para un pajarito que quiere volar... (Bajando la voz.) Anoche, Rosarito y Librada, mientras doña Perfecta dormía... la señora duerme al lado de acá... allá la niña...
- PEPE Sí.
- TAFET. Pues la cautiva y su carcelera se salieron del cuarto muy entapujaditas, y silenciosas bajaron aquí, y recorrieron todo este piso como dos fantasmas, ¡jí, jí!... Salieron al patio, volvieron acá, revolvieron todo... Rosario se consolaba mirando á la puerta del cuarto de usted...
- PEPE ¡Aquí... anoche!... ¿Á qué hora?
- TAFET. Entre diez y once.
- PEPE ¡Y yo en el Casino, estúpidamente aburrido!... (Impaciente.) Voy á escribirle.
- TAFET. (Cogiéndole por un brazo.) Calma. Ella será la primera que escriba. La pobre carecía de utensilios de escritura. Yo le dí á Librada esta tarde papel, sobres y un lapicito, ¡jí, jí!... Esta noche habrá cartita. Librada se la traerá á usted dentro de un ratito.
- PEPE ¿Aquí?... ¡Oh, es muy peligroso!
- TAFET. Aquí: en las barbas de la mismísima inquisidora, de la papisa Juana... ¡Ah, señora doña Perfecta, no hay enemigo pequeño! (Á Pepe Rey.) Ya dije á usted que su señora tía, con esa suavidad y esa diplomacia santurrona que ella gasta, me quitó mi placita en el Ayuntamiento, para dársela al sobrino de Licurgo, de su genízaro... y esa no se la perdono, ¡jí, jí!... no se la perdono.
- PEPE Duro en ella. Pero la carta...
- TAFET. Verá usted; en la portería del Casino, había un pliego para usted. Está abiertc: no es más que una circular... Lo cogí, se lo dí á Librada... En

él mete la cartita, lo cierra, ¡jí, jí!... Ya ve usted qué sencillo...

PEPE Muy ingenioso.

TAFET. ¡Jí, jí!... ¡Ay, Pepe, no se pare usted en barras!... Saque usted á la niña, aunque sea por el tejado... y cásese usted pronto,... obsequie usted á su tía con un berrinche muy gordo... á ver si revienta...

PEPE ¿Bajarán esta noche... cree usted que bajarán?

TAFET. Usted lo verá luégo... ¡jí, jí!... Lo que fuere sonará. Y ahora, querido Pepe, creo que debo retirarme... No vayan á sospechar nuestra conspiración.

PEPE ¿Volverá usted?

TAFET. Me parece que no debo volver. Mañana me contará usted...

PEPE Pero no deje de advertir... (Entra María Remedios, viniendo de la calle.)

REMEDIOS. Santas y buenas noches.

TAFET. (Chist... que ésta es de cuidado. Métase en su cuarto.) (Alto.) Hasta mañana, don José. A descansar. Eso no será nada.

PEPE Abur, don Juan. (Entra en su cuarto.)

TAFET. Adiós, señora doña María Remedios. ¡Usted siempre tan guapetona, tan amable...! ¡Jí, jí!...

REMEDIOS. Y usted, señor de Tafetán, siempre tan perdido, tan disoluto...

TAFET. ¡Jí, jí, jí!... Muchas gracias. Usted me favorece... (¡Así te parta un rayo!) (Vase riendo.)

## ESCENA VI

MARÍA REMEDIOS; DOÑA PERFECTA

REMEDIOS. El uno se queda, el otro se va... ¿Qué tramarán los dos libertinos, los dos escandalizadores del pueblo? ¡Oh, mundo inmoral, mundo de vilipendio...!

PERF. (Presurosa; viene del comedor.) ¡Remedios!...

REMED. Señora.

PERF. Te ví entrar... ¿Y tu tío?

REMED. Cena esta noche en casa del señor Deán. A la vuelta entrará por aquí.

PERF. ¡Cuánto deseo hablarle!... ¿Y qué novedades hay?

REMED. ¡Ah, señora...! ¿Novedades? Diga usted horrores.

PERF. ¡Jesús, me asustas!

REMED. Horrores, sí, y tales, que no sabe una cómo contarlos.

PERF. ¡Ave María Purísima!

REMED. Ya sabe usted que su sobrinito y ese esperpento vicioso de Tafetán...

PERF. Son amigos, sí. Tafetán le entretiene, le lleva y le trae. ¡El pobrecito Pepe está tan aburrido...!

REMED. Diga usted que el ingenierito las mata callando. Del otro no digamos. Bien sabemos que toda su vida no ha hecho más que cortejar mujeres. Él dice que por lo fino. ¡Sabe Dios qué finuras serán esas!... En fin, señora, da vergüenza verles por esas calles.

PERF. ¿Qué hacen, pues?

REMED. Esta tarde, iban por la calle de la Santa Faz Tafetán y su discípulo. Pasaron las de Troya; la mayor, María Juana, que es guapísima, y la pequeña, tan mona... ¿Qué creará usted que hizo el cotorrón de Tafetán? Pues pararlas en mitad de la calle, y ponerse á decirles unas cosas... ¡ay qué cosas! Yo estaba en mi ventana baja, y sin quererlo, oí... digo, me entró por el oído, y me puse como la grana.

PERF. ¡Galanteos inocentes!... ¿A ver?...

REMED. Que si eran bonitas, que si eran... ¡saladas, señora, saladas! Que si el pié chico, que si la mano blanca, que si el... En fin, me callo.

PERF. Y Pepe no dejaría de echarles algún requiebro.

REMED. Aunque se hacía el indiferente, yo ví...

PERF. ¿Qué?

REMED. Que se le encandilaban los ojos... Pero en esto

sale Caballuco de la tienda de Macho y ve aquel cuadro... ¡Ay, qué cuadro de liviandad, de corrupción y concupiscencia!... Ya sabe usted que Cristóbal es novio de María Juana... Es celoso como un gallo y fiero como un tigre. Pues señor, siguen las muchachas su camino; ellos van por otro lado. Cristóbal... pim, pam... tras ellos. Yo salí al instante...

PERF. Para calmarle...

REMED. Sí señora, para calmarle. Le dije que don Pepe le había mirado así... con mofa despreciativa... ¡Ay, cómo bramaba el muy bruto!... Dice que ha de desafiarme, y que viene acá esta noche á pedirle explicaciones...

PERF. ¡A mi casa! No; no quiero querellas en casa. Si viene, verás qué pronto le despacho. ¡Yo qué tengo que ver...!

REMED. Otra cosa. Desconfíe la señora de toda la servidumbre de esta casa... menos de Librada. ¡Es un ángel! Por esa pongo yo mi mano en el fuego.

PERF. En punto á confianza, Librada es como yo misma.

REMED. Luégo, tan calladita, tan... Y en la iglesia da gusto verla. ¡Qué recogimiento, qué devoción! Es una chica que da ejemplo.

## ESCENA VII

### DICHAS; DON INOCENCIO

INOC. Eso es lo que hace falta: buenos ejemplos.

PERF. (Alegre, yendo á su encuentro.) ¡Ah!, don Inocencio...! ¿Con que novillos esta noche...?

INOC. (Bondadoso.) Señora mía, no me riña usted. Ya hice propósito de no retirarme á casa sin dar una vueltecita por aquí.

PERF. ¿Y el señor Deán?

INOC. Ya puede usted suponer. Hemos hablado largamente de la desagradable escena de esta maña-

na en la Catedral. Yo no estaba allí... y me alegre.

PERF. Bien merecido le está á mi sobrino..... Que aprenda.

INOC. Hallábase, según me contaron, embebecido en la contemplación de retablos, pinturas y sepulcros...

REMEDI. A la hora de misa mayor. ¡Qué irreverencia!

PERF. Ya sé... Y el señor Deán creyó procedente mandarle salir de la santa iglesia.

INOC. Justo. Paréceme, y así se lo he manifestado, un rigor excesivo.

PERF. El hecho carece de importancia.

INOC. Tal creo. Ya sabemos lo que son los artistas, los que sólo entran en el templo movidos de la fiebre del arte pictórico y monumental.

REMEDI. Infernales artes, digo yo...

PERF. Pues bien, don Inocencio de mi alma, yo deseaba verle á usted esta noche porque, verdaderamente, estoy algo inquieta... Tengo que dar á mi hermano una explicación...

REMEDI. ¡Silencio!... Las puertas oyen. (Acechando en la puerta del cuarto de Pepe Rey.)

INOC. (Bajando la voz.) ¡Explicación! Es muy sencilla. Si no mediara la conciencia, tendría usted que apurar el entendimiento para buscar razones. Pero mediando la fe sacrosanta, los grandes fines del alma, ante los cuales nada significa la conveniencia material, nada los vanos intereses y afectos de este mundo, no tiene usted que discurrir para expresar su resolución. Si la conciencia dice «no puede ser,» fácilmente y sin ninguna turbación lo repetirán los labios.

REMEDI. (Que lo ha oído con admiración, apoyando sus palabras con movimientos de cabeza.) ¡Qué bien!

PERF. (Reflexiva y melancólica.) «¡No puede ser!» ¡Qué duras palabras cuando median afectos de familia!

REMEDI. ¡Ay, mundo péfido...!

- INOC. No le faltarán á usted disgustos, amarguras... Pero...
- PERF. Sí; para eso está la paciencia.
- REMED. La resignación cristiana...
- INOC. Y á estas alturas, créame usted, lo mejor es arros-  
trar de frente la negativa, abandonando ya los  
procedimientos indirectos, por más que sean  
suaves... Sí, sí, señora mía. Pues él no parece  
comprender que debe alejarse y renunciar al  
matrimonio, convendría...
- REMED. (Sintiendo abrir la puerta.) ¡Chitón, que sale!

## ESCENA VIII

### DICHOS; PEPE REY

- PEPE (Deteniéndose receloso en la puerta.) (El canónigo.)
- INOC. (Inclinándose ceremoniosamente, sin demostrar afecto.) Señor don José...
- PEPE (Con ironía.) Amigo don Inocencio, usted siempre tan bueno, tan amable...
- INOC. Procuro ser ameno en la palabra, dulce en el tra-  
to, como inflexible en la conducta, en las ideas  
firme.
- PEPE Así debe ser.
- INOC. Y dígame, ¿es cierto que la Sociedad Minera de  
Mundogrande le encarga á usted trabajos de  
importancia?
- PEPE Tal vez...
- INOC. Me alegro. Le conviene á usted la actividad, sa-  
lir á trabajos de campo, ausentarse, recorrer to-  
do el país. (Siguen hablando.)
- PERF. (Aparte con Remedios á la derecha del proscenio.) Lo mejor  
que puedes hacer ahora es marcharte.
- REMED. Señora, déjeme... Vendrá Cristóbal... Quiero pre-  
senciar...
- PERF. (Intranquila.) No, no; vete pronto. Busca á ese bár-  
baro, y dile de mi parte que no parezca por  
acá.



- REMED. Pero...
- PERF. Anda te digo... No quiero cuestiones en casa...  
(Empujándola.) Vete...
- REMED. Ya me voy... Procuraré verle, y... Adiós, adiós.  
(Vase María Remedios.)
- PERF. Dime, Pepe, ¿has tenido alguna cuestión con Caballuco?
- PEPE ¡Yo!
- PERF. Me han dicho que está furioso contigo.
- PEPE ¡Connmigo!
- INOC. No haga usted caso de ese bruto.
- PERF. Pues quiere nada menos que desafiarte.
- PEPE ¡A mí!
- PERF. No, no temas nada.
- PEPE ¡Temer yo!
- INOC. ¡Pobre Cristóbal! (A doña Perfecta.) Si viene acá con alguna fanfarronada de las suyas, caliéntele usted las orejas.
- PEPE Es lo que me faltaba, que ese animal...
- INOC. ¡Si es un alma de Dios!...

## ESCENA IX

DICHOS; LIBRADA, con una carta voluminosa.

- LIBR. Señora.
- PERF. (Viendo la carta.) ¿Qué traes ahí?
- LIBR. Esto han traído para el señorito don José... del Presidente del Casino.
- PEPE ¡Ah!... ya sé. (Disimulando su gozo.)
- PERF. (Cogiendo la carta de manos de Librada. Vase ésta. Doña Perfecta alargaba la carta á su sobrino, observando con disimulo la letra del sobre.) Toma, Pepe... ¿Te escribe don Laureano?
- PEPE Sí, señora. (Disimulando su impaciencia.)
- PERF. (Queriendo irse, pero retenida por la curiosidad.) Será encargándote algún proyecto...
- PEPE (Cuida de que al abrir el pliego no se caiga la cartita que viene dentro, y ojea rápidamente el papel.) La Compañía Minera de Mundogrande me propone...

PERF. ¿Tendrás que salir á hacer estudios de campo?...  
PEPE Forzosamente. Sí, querida tía, saldremos, corre-  
remos...

## ESCENA X

PEPE REY, DON INOCENCIO, DON CAYETANO,  
JACINTITO, después DOÑA PERFECTA

CAYET. ¿No saben la gran noticia?

INOC. ¿Qué?

CAYET. Tropas en Orbajosa.

JACINT. Esta noche llegan á Villahorrenda... Pero no sa-  
bemos si vendrán aquí, ó seguirán á la capital de  
la provincia.

PERF. ¡Qué atrocidad! (Mal humorada.) Ya tenemos aquí las  
plagas de Faraón. ¡Soldados!...

JACINT. No es más que una provocación de ese Gobierno  
infame.

PEPE El Gobierno no provoca, caballerito; se previene  
contra las provocaciones. ¿Cuántas partidas han  
salido ya?

JACINT. Tres, la de Francisco Acero, la de Chispa, la de...

CAYET. Pero no valen tres cominos.

PEPE ¿Y el gran Caballuco no sale?

PERF. ¡Oh, si éste saliera...!

PEPE ¡Si esto sonara!

CAYET. Ha dado su palabra al gobernador, según dicen.

PERF. Y la palabra de Caballuco es la paz de Orbajosa.

CAYET. Yo creo que ese batallón y los dos escuadrones  
que dicen, no vienen acá.

JACINT. Y si vienen, no es más que á presumir.

PEPE Pero señor, dejarles que vengan. Por algo les  
manda el Gobierno.

PERF. (Irritada.) Calla... ¡Ni qué falta nos hacen aquí mi-  
litrunches!

CAYET. Señores, tocan á retirada.

INOC. (A Jacinto.) Niño...

PERF. (A Pepo Rey.) Y tú, ¿qué haces?

- PEPE Tengo que escribir... Enterarme de esto... con-  
testar..
- INOC. (Despidiéndose.) Sí, sí, que trabaje. Cada lobo por su  
senda... En vez de correr tras lo imposible, vaya  
usted tras lo posible y fácil. Ingeniero á tus inge-  
nios, empresario á tus empresas...
- PEPE A mis empresas voy.
- INOC. Adiós.
- PERF. Descansar.
- INOC. Buenas y santas noches.
- JACINT. (Despidiéndose.) Señor don José... Señora...
- CAYET. Pepe, que descanses. (Sale acompañando á don Inocencio y  
Jacintito.)

## ESCENA XI

PEPE REY; DOÑA PERFECTA, después LIBRADA

- PERF. (Mirándole recelosa.) Mejor es que trabajes en tu cuar-  
to. Llévate esta luz.
- PEPE (Examinando los papeles del pleito para disimular.) Sí señora.
- PERF. Buenas noches. (Se retira; vuelve, atisbadora é inquieta, quo-  
riendo observarle mejor.) Pepe...
- PEPE Señora...
- PERF. (Fingiendo cariño.) Vale más que te acuestes á dor-  
mir... No te calientes ahora la cabeza.
- PEPE No,... si me acostaré pronto.
- PERF. Vaya, que descanses, hijo. (Vase despacio, volviéndose  
para observarle. Ya cerca de la puerta, retrocede.) Oye.
- PEPE (Disimulando su impaciencia.) ¿Qué?
- PERF. (Clava en él sus ojos, como si quisiera adivinarle los pensamientos.)  
No vayas á olvidarte, y dejar aquí la luz...
- PEPE Descuide usted. Buenas noches. (Sale Librada con un  
farol.)
- PERF. ¿Has registrado bien abajo?
- LIBR. Sí señora.
- PERF. Pues ahora, lo de arriba. (Librada va delante. En la puer-  
ta, doña Perfecta se detiene, y vuelve á mirar á su sobrino, que  
continúa fingiendo que lee.)

- PEPE (Sin mirarla.) ¡Aún está ahí!
- PERF. (Desde la puerta, con voz blanda y calmosa.) Nada, nada... Cuidado con la luz, Pepe. No me quemes la casa.
- PEPE No la quemaré, señora. (Doña Perfecta desaparece sin ruido, como una sombra.)

## ESCENA XII

PEPE REY, después LIBRADA

- PEPE (Mirando á la puerta.) Me causa terror. (Pausa.) ¿Me acechará todavía? (De puntillas va á la puerta y mira.) No; subió... Ahora entra en el cuarto de Rosario. Allí estará un ratito antes de irse al suyo. Y á todas éstas, no he podido aún leer la carta. (Vuelve á la mesa, y sacando la cartita del pliego, la abre y lee:) «No salgas... bajaremos...» (Asustado, guarda la carta.) Siento pasos...
- LIBR. (Que sale con el farol.) Señorito...
- PEPE Librada, tú eres mi salvación.
- LIBR. Chist... bajito. (Secreteando.) Me ha mandado que registre otra vez, y que vea si se ha encerrado usted.
- PEPE ¿Aún está con su hija?
- LIBR. Sí; pero en seguida se va á su alcoba... Llévese la luz.
- PEPE ¡Ah! es verdad. (Coge la luz y la mete en su cuarto, saliendo en seguida.)
- LIBR. Así... Ahora, haga como que cierra. (Pepe Rey echa la llave, dejando abierta la puerta.) Bueno. (Se retira.)
- PEPE Oye. ¿La señora tiene el sueño ligero?
- LIBR. No señor, muy pesado.
- PEPE (Asombrado.) ¿Duerme?
- LIBR. Como un tronco.

## ESCENA XIII

PEPE REY

¡Dios mío! esa mujer terrible... ¿duerme? Con esa conciencia, ¿es posible en humana vida la

paz, el descanso del sueño? No, no creo que duerma. Fatigada, se enroscará como una serpiente, y el oído atento, abiertos los ojos, velará, velará siempre. (Poniendo atención, junto á la puerta. Vuelve hacia la izquierda.) Si Rosario baja, huiré con ella. Me la llevo, sí, la saco de esta horrenda cárcel. (Descorazonado.) ¿Pero cómo? (Mira por la ventana.) ¡Qué oscura la noche... los muros de la huerta, qué altos!... Imposible salir de esta morada feudal sin violencia y escándalo. (Con decisión.) Pero si es preciso... (Variando súbitamente de idea.) No, nada de violencia. La astucia, la malicia solapada es lo que se debe emplear contra tí, mujer insidiosa y resbaladiza. ¡Contra tí, tu sistema!... ¡Vencerte con tus armas, matarte con tu propio veneno!... (Siente pasos, y con gran ansiedad se aproxima á la puerta.)

## ESCENA XIV

PEPE REY; ROSARITO, envuelta en un chal de color claro, calzada con chinelas que no hacen ningún ruido. La escena débilmente iluminada por la lámpara que Pepe Rey ha llevado á su cuarto. La puerta de éste abierta.

ROSAR. Pepe... ¿estás aquí? (Avanza palpando.)

PEPE Vida mía, ven, dame la mano. (Le da la mano para evitar que tropiece en los muebles, y la lleva al centro de la escena.) Por aquí.

ROSAR. Si veo, tonto. La luz de tu cuarto nos alumbra.

PEPE (La lleva al sillón.) Siéntate.

ROSAR. (Suspirando.) ¡Ay!... ¡qué viaje, qué ansiedad! Creí que no llegaba. (Tiritando.)

PEPE (Besándole las manos.) Alma mía, estás helada. ¿Por qué tiemblos? (Se sienta á su lado.)

ROSAR. No tiemblo, no... El deseo de verte... la alegría de verte... El miedo de que mamá no esté dormida.

PEPE (Tocándole la frente.) Tu frente abrasa.

- ROSAR. De pensar, de sufrir, de temer... Pero no estoy enferma. Con verte sólo, ya me siento bien.
- PEPE Has padecido horriblemente.
- ROSAR. Sí. (Vencida de la emoción, rompe en sollozos. Saca del seno un crucifijo, y le besa con ardor.) ¡Jesús mío, Redentor mío, ampáranos!
- PEPE (Tocando la imagen.) ¿Tu crucifijo?
- ROSAR. El que tengo á la cabecera de mi cama. Le traje para que me saque en bien de este paso terrible. Pepe, (Se lo da.) bésalo.
- PEPE Sí, vida mía: una y mil veces. (Pausa. Pepe Rey besa el crucifijo.)
- ROSAR. Más, más.
- PEPE (Después de besar nuevamente.) Ya te entiendo: dudas de mi fe.
- ROSAR. No dudo, no quiero dudar. Que duden todos. Yo creo en tí. Dámelo ahora. (Recibe de manos de él el crucifijo, y lo guarda en su seno.)
- PEPE Díme la verdad: tu madre te dirá horrores de mí.
- ROSAR. No lo creas. Sabe que te quiero, y que me mataría diciéndome que eres malo. Me dice que espere, que tú decidirás, que te vas, que vuelves... Háblame con franqueza: ¿has formado mala idea de mi madre?
- PEPE (Después de vacilar en la respuesta.) No.
- ROSAR. ¿Crees que me quiere mucho, que á tí, á tí te quiere también?
- PEPE Nos quiere... no digo que no... á su manera... Pero si me tienes amor, Rosario de mi vida, y no desmayas en tu resolución de ser mía para siempre, es preciso que no hagas caso de nadie más que de mí, y estés dispuesta á obedecerme ciegamente cuando yo te diga: levántate y sígueme.
- ROSAR. (Valorosa.) ¡Sí, sí!
- PEPE Rosario, disponte á salir de aquí.
- ROSAR. ¿Cuándo?
- PEPE Mañana... Mañana por la noche. Yo lo prepararé

sin ninguna violencia. No hay otro medio. Tu madre es inflexible... No cederá nunca.

ROSAR. (Herida por el recuerdo, se desploma súbitamente, perdiendo el valor.) ¡Mi madre! Sólo con nombrarla, el valor se me disipa... me siento cobarde... tiemblo de pavor... ¡Mi madre! Su mirada me paraliza. El respeto me anonada. La quiero... es mi madre. Me dió la vida... me da la muerte.

PEPE (Con solemnidad.) Rosario, en las ocasiones graves de la vida, los sentimientos elementales, sagrados, sufren, pueden sufrir dolorosa prueba. Guarda en tu alma el respeto, guarda el cariño á tu madre... Pero convéncete de que ya no es ella, sino yo, yo, quien gobierna y dirige tus acciones, yo, tu esposo.

ROSAR. Sí, sí. (Con inspiración súbita, se arrodilla. Pepe Rey permanece en pié tras ella, inclinada la cabeza.) ¡Señor que adoro, Señor Dios del mundo y tutelar de mi casa y familia, Jesús bendito, que moriste en la Cruz por redimirnos del pecado: ante Tí, ante tu cuerpo herido, ante tu frente coronada de espinas, digo que este es mi esposo, y que después de Tí, es el que más ama mi corazón.

PEPE (Con gran emoción.) Mía serás.

ROSAR. Dame la mano. (Pepe Rey le estrecha la mano.)

PEPE ¡Mía! Ni tu madre, ni nadie lo impedirá. ¡Júrame que no desistirás!

ROSAR. ¡Te lo juro! (Con grave acento.) Que unidos en muerte como en vida, reposemos bajo una misma losa, cuando Dios quiera llevarnos de este mundo.

PEPE (Abrazándola.) ¡Oh, mi bien!

ROSAR. (Estremeciéndose.) ¡Oh!... ¡Escucha!

PEPE ¿Qué?

ROSAR. Parecióme sentir...

PEPE ¡No!... ¡Es tu miedo!...

ROSAR. (Atorrada.) ¡Ah!... ¡Siento pasos!...

PEPE ¡Alguien baja!

## ESCENA XV

DICHOS; LIBRADA, después DOÑA PERFECTA

- LIBR. (Despavorida.) ¡La señora!
- ROSAR. (Poseída de pánico.) ¡Mi madre!... Huyamos.
- PEPE ¡Que venga!... ¡Mejor! (Aparece doña Perfecta en la escalera, con una luz en la mano, y allí se detiene asombrada y coñuda. Rosario, al verla, da un grito de terror. A punto de caer desvanecida, Librada acude á sostenerla. Pepe Rey calla. Doña Perfecta, después de una pausa, baja lentamente, toda severidad y altanería.)
- PERF. (A Librada.) ¡Súbela, súbela al momento! (Librada lleva á Rosario, que del terror apenas puede moverse.)

## ESCENA XVI

PEPE REY; DOÑA PERFECTA

- PERF. (Con gravedad.) ¡Gracias, sobrino mío, gracias! ¿Merezco yo esa conducta? Rosario no se habría atrevido á bajar aquí, mientras yo dormía, si tú no la hubieras instigado á la liviandad, á la desobediencia.
- PEPE ¡Es verdad! La culpa es mía.
- PERF. ¡Y lo confiesas!
- PEPE Sí, señora. Soy todo sinceridad, lo contrario de otras personas; y puesto que á la lucha se me incita, lucharé; pero á cara descubierta. Sí señora; necesitaba ver y hablar á su hija de usted; era indispensable absolutamente que hablásemos los dos... y hemos hablado.
- PERF. ¡Calla!... ¡Qué atrevimiento! Paso que no ames á la hermana de tu padre, que correspondas á mi cariño con esta traición... ¿Pero no merezco siquiera respeto?
- PEPE Señora, perdóneme usted... pero aun el respeto he de negarle. Nunca lo creí. Estos sentimientos amargan horriblemente mi vida.
- PERF. ¡Me aborreces... dí la verdad!



PEPE      Sí señora... ¡Qué desgracia! Perseguido y atormentado por un poder tenebroso, he aprendido lo que nunca supe, he aprendido el rencor, véalo usted en mí. (Con bravura.) Míreme usted á la cara, de frente. Arroje usted sobre mí su mirada siniestra, como yo le arrojé la mía, leal... Estoy frente á mi enemigo, y antes que dejarme matar, quiero arrancarle la máscara con que encubre su rostro.

PERF.      ¡Loco! ¡Qué desvarío es ese! (Asustada, procura dominarse y sostener su altanería.)

PEPE      (Con gran calor y energía creciente.) Yo vine aquí con el candor de un niño y la lealtad de un caballero. Mi padre, de acuerdo con usted, me mandó para que viese á Rosario y la hiciera mi esposa. Desde que la ví, la amé. Usted aparentó aceptarme por hijo; usted, recibíendome con engañosa cordialidad, empleó desde el primer día todos los ardides de su fina astucia para es'orbar el cumplimiento de las promesas hechas á mi padre; usted trató de extraviar los sentimientos de su hija presentándome como un hombre abominable, sin fe, enemigo de Dios: y con los labios llenos de sonrisas y de palabras cariñosas, me ha estado matando, me ha estado achicharrando á fuego lento. Usted ha lanzado contra mí, en la obscuridad y á mansalva, una nube de litigantes; usted, por influencias que desconozco, me ha destituido del cargo oficial que traje á Orbajosa; usted me ha privado del consuelo de recibir las cartas de mi padre; usted me ha desprestigiado en el pueblo; usted me ha expulsado de la Catedral; usted me ha tenido días y días en dolorosa ausencia de la elegida de mi corazón; usted ha querido dominar á su hija con un encierro inquisitorial, que pondría en peligro su existencia si no estuviera yo aquí, yo, decidido á salvarla, cueste lo que cueste y caiga el que caiga.

- PERF. ¡Dios mío, Santa Virgen del Socorro!... ¡Ay!...  
(Anonadada, cae en un sillón y se cubre el rostro con las manos.)  
¿Es posible que yo merezca tan atroces injurias...?  
(Pausa.) Pepe, hijo mío, ¿eres tú el que habla? Si  
aciertas en tu juicio, en verdad que soy una gran  
pecadora.
- PEPE No habría para mí mayor dicha hoy que conven-  
cerme de que estoy equivocado. Demuéstreme  
usted que es ofuscación, engaño...
- PERF. ¡Con que yo soy una intrigante, una mujer hi-  
pócrita y malvada, que...!
- PEPE (Con viveza.) ¡Que no lo sea, Dios mío; que por al-  
guna parte venga la demostración de que no lo  
es!...
- PERF. (Con ira.) ¡Desdichado! ¿Y quién eres tú para juz-  
gar mis hechos, para desvirtuarlos con una in-  
terpretación de mala fe?
- PEPE (Estupefacto.) Según eso, usted no los niega.
- PERF. ¿Qué sabes tú lo que son actos buenos y malos,  
ni qué criterio tienes tú, necio, para fallar sobre  
ellos?
- PEPE (Impaciente.) Dígame pronto si los niega ó no los  
niega.
- PERF. (Con arrogancia.) Esperabas que yo te contestase con  
una denegación cobarde y pueril, y que por des-  
enojarte y tener contento al señorito, yo sería  
capaz de sacrificar, de pisotear mi conciencia...  
(Con fuerte voz.) ¡No! Mi conciencia, en la que no per-  
mito penetrar á un descreído como tú, es bas-  
tante fuerte y pura para que ante ella, con ella,  
pueda yo hacerte la declaración que vas á oír.  
(Se levanta con majestuoso orgullo.) Esos actos que desfi-  
gura tu ligereza... yo no los niego.
- PEPE (Estupefacto.) ¡Los reconoce!
- PERF. (Con gran energía.) Sí.
- PEPE ¿Como suyos...?
- PERF. Como míos. (Despreciativa.) ¿Con qué derecho los po-  
brecitos matemáticos se permiten juzgar estas ó

las otras acciones humanas, si no ven, si no pueden ver el fin de ellas, porque su ceguera moral se lo impide? (Creciéndose al ver que Pepe Rey, poseído de asombro, no le contesta.) ¿Qué dices, qué contestas?

PEPE ¡Nada, señora!... ¡Estoy aterrado; no puedo hablar!

PERF. ¿Y cuándo ha sido vituperable, señor mío, que para conseguir un fin justo y bueno se empleen medios que produzcan males insignificantes, pasajeros? ¡Ni qué valen éstos, si con ellos se impiden males hondos, irreparables!... ¿Pero no lo entiendes?

PEPE (Perplejo.) No señora... no lo entiendo. (Bruscamente.) ¿Por qué no me negó usted con lealtad la mano de su hija?

PERF. (Vivamente.) Porque no podía hacerlo, (Transición del tono severo á otro en que pone notas de ternura y piedad.) ¡ay de mí! no podía. Habría sido preciso decir á tu padre el motivo de mi denegación. Pepe, si nunca me ha faltado valor para resistir las mayores adversidades, no lo tengo ¡ah! no lo tengo para decirle á mi hermano, á tu padre: «no puedo dar mi hija á un hombre de ideas negativas en materias religiosas.» Sí; esta es la causa, la terrible causa, y cree que se me desgarrá el corazón al tener que manifestarla. (Con aflicción.) ¿Y cómo decirle esto á tu padre?... ¡Imposible, imposible!... A sus años, agobiado de achaques, habría sido asestarle un golpe mortal... No, no; todo antes que eso.

PEPE ¡Y si es verdad que existe ese abismo entre sus ideas y las mías; si es verdad que...!

PERF. (Interrumpiéndole.) ¿Cómo si es verdad? Abismo tan hondo, que no veo que se pueda llenar con nada de este mundo. ¡No, Pepe; entre tus ideas y las mías, entre mis creencias y tu manera de ver la vida, la muerte, el mundo, el más allá, hay, no digo distancia, sino la inmensidad infinita! La

discordia, la repulsión, la antipatía entre tú y yo son irreductibles. Conciliar el cielo con el infierno, ¡quién lo pudo soñar!

PEPE. Pues si es así, ¿por qué no me dijo usted á mí, no á mi padre, á mí: «apártate; no te quiero por hijo, no te quiero: vete?»

PERF. Porque rechazarte de frente, en tonos de maldición irreparable, me parecía, además de cruel, peligroso. (Con zalamería creciento, llegándose á él, y tocándole suavemente en los hombros, con afecto, casi con cariño.) Te hubiera irritado, te hubiera impelido á la violencia, á la desesperación, quizás á cometer actos criminales... Preferí el sistema de apartarte suavemente, gradualmente, por medio de acciones aisladas, procurando que tú mismo comprendieras la conveniencia de alejarte .. y que te alejaras, te desviaras, casi sin sentirlo tú mismo. Y te lo arreglaba de modo que la iniciativa de ruptura partiera de tí. Ya ves, te dejaba esta salida airosa: que fueras tú quien quisiera irse, no que salieras arrojado por mí... ¡Y me vituperas, sin ver que mis acciones entrañaban el bien de mi hija, y el tuyo, el tuyo también, porque yo te amaba como hijo de mi hermano!

PEPE. ¡Qué sarcasmo!

PERF. Te amaba, sí... Yo he procedido contigo en la forma que me parecía más eficaz... y más caritativa.

PEPE. ¡La caridad! ¡Se atreve á invocar la santa caridad!...

PERF. Sí... porque dejándote casar con Rosario, habrías sido muy desgraciado... y ella más, y yo, y tu padre, y todos. Ciego, ¿no lo comprendes...?

PEPE. (Descorazonado y con profunda aflicción.) No señora, no lo comprendo, por mi desgracia. Aquí estoy (Echándose mano al cráneo.) luchando con mi mente, para convencerla, para convencerme de que no es us-

ted un mónstruo... (Corrando los ojos horrorizado.) No quiero, no quiero que usted lo sea. (\*)

PERF. Es que no entiendes el alma humana, pobre filósofo de la Naturaleza y de los números. Con tus sabidurías de la materia no acertarás nunca á discernir el mal del bien. No ves más que lo que tienes delante; ves los efectos, no las causas, sientes los medios que duelen, no la santidad de los fines que salvan.

PEPE (Sin poder contener su ira.) Señora, no sé si admirarla á usted por la sutileza de su ingenio, ó si... no sé lo que digo... (Reprimiéndose con gran esfuerzo.) No, no, perdóneme usted. Usted me irrita, usted me escarnece después de matarme... ¡Horrible, horrible! (\*)

PERF. Me juzgas inícuamente. No me importa. (Con falsa mansedumbre.) Sé padecer. Oféndeme, injúriame más.

PEPE (Con vivo dolor.) Sí, veo que es usted mala y no quiero que lo sea, no quiero, no quiero... porque es usted madre de la mujer que adoro, y por la ley lo será usted mía también.

PERF. (Con mucha arrogancia.) ¡Nunca! Se acabaron las blanduras contigo. Tu ingratitud me pide rigor. Ya no más caridad, ya no más cariño. Pepe, lo que tú crees que debí decirte el primer día, te lo digo ahora. Mi hija no será nunca tu mujer.

PEPE Así, así se habla, señora mía, así se lucha, cara á cara. Contesto en la misma forma de leal reto: su hija de usted será mi esposa.

PERF. ¡Necio! ¡Tu esposa, no queriendo yo!

PEPE Ella quiere.

PERF. No es verdad. (Amenazadora.) Y aunque quisiera, cegada por tus amaños, ¿no hay en el mundo padres, no hay sociedad, no hay conciencia, no hay Dios?

---

(\*) Por abreviar la escena, se suprime el trozo indicado entre asteriscos.

- PEPE      Porque hay todo eso, digo y juro que me casaré con ella.
- PERF.      ¡Menguado! Piensas atropellarme. Yo sabré defenderme de tus violencias.
- PEPE      Si la ley no me ampara, la violencia, la fuerza será mi salvación.
- PERF.      (Burlándose.) ¡Fuerza... tú... aquí! En esta noble ciudad, mi persona, mi nombre, son sagrados.
- PEPE      En esta ciudad sediciosa, oscura y salvaje, hay leyes, las leyes de todo el país; y si no las hay, debe haberlas, y las habrá.
- PERF.      ¿Qué sabes tú de leyes? Tenemos aquí las eternas, y en ellas descanso. No podrás, no podrás nada contra mí. Estoy en mi santo terreno, en mi ciudad protectora. (Oyense clarines de caballería muy lejanos. Doña Perfecta, súbitamente poseída de terror, presta atención.) ¡Oh! ¡Qué es eso?
- PEPE      (Con júbilo.) Es la ley, señora; la ley que viene en mi ayuda.
- PERF.      (Rabiosa.) ¡La brutal soldadesca!
- PEPE      (Con exaltación.) Es la patria armada, nuestra madre, á quien adoramos, defectuosa, imperfecta, como quiera que sea. Por ella vivimos, por ella morimos. Oígala usted; ya se acerca. Viene á sofocar la rebelión infame. (Suenan los clarines más cerca.)
- PERF.      Esos locos no cuentan con nuestra valiente raza.
- PEPE      Valor contra valor, vencerá la razón, vencerá la justicia.
- PERF.      ¡Oh, qué ignominia! (Furiosa.) Vete, vete pronto de mi casa.
- PEPE      Ya mi vida, mi derecho, mi amor, no están desamparados. ¡Lucharemos! Tras de mí, tras de nosotros, hay una contienda espantosa, principios contra principios. Es nuestra misma guerra en proporciones colosales. En medio de esa lucha, pisando charcos de sangre, nos batimos usted y yo.
- PERF.      ¡Indigno, me amenazas con la fuerza!

- PEPE      Con la fuerza, no; con la ley.
- PERF.     La verdadera ley está aquí.
- PEPE      ¡Aquí! ¡Tierra de bandidos, raza de hipócritas!
- PERF.     Eres sanguinario, brutal.
- PEPE      Tan brutal el uno como el otro. Sólo que yo tengo razón, y usted no la tiene. Veremos quién cae. (Suenan los clarines muy cerca de la casa.)
- PERF.     (Desesperada.) ¡Ah!... ¡Malditos, malditos seáis, demonios de la guerra!
- PEPE      ¡Benditos, mil veces benditos! Venid, venid. (Abre la ventana. Suenan los clarines con estruendo, y siguen sonando mientras cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO





---

---

# ACTO TERCERO

---

Sala en casa de don Inocencio. La estancia y los muebles revelan un bienestar modesto y sin pretensiones, asco y buen gobierno de casa. Estampas religiosas, y algún estante con libros.

Puertas al foro y laterales. La de la izquierda conduce al cuarto del alojado, teniente coronel Vargas. La de la derecha al interior de la casa; por la del foro entran los que vienen de la calle. Mesa y sillas.

Es de día.

## ESCENA PRIMERA

VARGAS, de uniforme, sentado á la mesa, acabando de almorzar; MARÍA REMEDIOS, que le sirve; después un CABO CARTERO

VARGAS Confíeselo usted, señora doña Remedios, mi simpática patrona. Usted nos aborrece. (Después de esperar la respuesta.) Digo que usted nos aborrece.

REMEDIOS. Coma y calle.

VARGAS Cómo sin callar, porque el almuerzo está muy bueno, y la conversación alegra la vida del triste militar alojado, ausente de los suyos... Estaba diciendo á usted que nosotros hemos venido á traer la paz...

REMEDIOS. (Suspirando.) ¡Ay, mundo amargo, mundo falaz!

VARGAS Señora, no hace usted más que suspirar, y decirnos que si el mundo es amargo, que si es dulce... Yo digo que es riquísimo este Jerez con que me ha obsequiado don Inocencio. (Se sirve y bebe.)

REMEDIOS. A lo que han venido ustedes es á traernos las malas costumbres, y á favorecer á todos los pillos que tenemos por acá.

VARGAS ¡Señora!

REMEDIOS. Y usted el primero, señor de Vargas.

VARGAS ¡Que yo favorezco...! (Comprendiendo.) ¡Ah! ya salió el estribillo, la manía de usted...

REMEDI. A personas indignas.

VARGAS ¡Dale...!

CABO (Por el foro.) Mi teniente coronel, el correo. (Entrega varias cartas y se retira.)

REMEDI. A punto viene la prueba. (Atisbando, sin acercarse, las cartas que recibe Vargas.)

VARGAS Con permiso. (Abre uno de los sobres, y saca una carta de varios pliegos, por la cual pasa la vista rápidamente.)

REMEDI. ¿Tengo ó no tengo razón? Es usted su amigo.

VARGAS Y á mucha honra.

REMEDI. Recibe usted cartas para él.

VARGAS Ésta. (Mostrando la cerrada.) Y esta otra (Mostrando la abierta.) me la escribe su padre don Juan Rey, encargándome que vele por Pepe, y dando instrucciones para que salga del mal paso en que se ha metido. ¡Pobre Pepe, qué villanías han hecho con él en este poblacho!

REMEDI. ¿Usted qué sabe?

VARGAS Sé que tiene razón, y que su tía no la tiene. (Acaba de comer, y enciende un cigarro.)

REMEDI. ¡Ah! señor de Vargas, déjeme explicarle...

VARGAS No se canse usted. Ya, ya sé yo que doña Perfecta y su partido se defienden bien. No creyendo segura á la niña en su propia casa, la han traído aquí.

REMEDI. (Fingiendo asombro.) ¡Aquí!

VARGAS Y la tienen muy escondida en los altos de la casa... No lo niegue... Ni debe usted recelar de mí, que respeto, que respetaré siempre los fueros de la hospitalidad.

REMEDI. (Sintiendo pasos por el foro.) Ya tiene usted ahí á su amigo Pinzón, el capitancito que se aloja en casa de la señora. (Volviendo á mirar.) ¡Ay! viene con él ese grandísimo peine, Tafetán...

## ESCENA II

DICHOS; PINZÓN, TAFETÁN

- PINZÓN Buenos días... (Saludando á Remedios.) Señora...
- TAFET. Amigo Vargas... (Se estrechan la mano.) Señora, tanto gusto en verla.
- REMEDIOS. (Displícito.) El disgusto es mío.
- TAFET. ¡Jí, jí!... Sabe cuánto les quiero á todos, á usted, á don Inocencio, y á ese ángel coronado que tiene usted por hijo.
- REMEDIOS. ¡Adulón! (Rocogiendo el servicio.)
- VARGAS (A Pinzón.) ¡Y qué? ¿se echan al campo?
- PINZÓN ¡Qué se han de echar estos gallinas! Están muertos de miedo. El tal Caballuco, el Viriato de la localidad, anda escondido, y no se atreve á salir á la calle.
- TAFET. No se fíen, jí, jí!... Yo conozco á mi gente. (María Remedios se aparta y escucha.)
- VARGAS Yo también. Por eso no me fío.
- PINZÓN (Con vehemencia.) ¡Oh, si salieran! ¡Dios, que salgan! ¡Con qué gusto vería que nos mandaban arrasar este pueblo, y no dejar en él piedra sobre piedra!
- REMEDIOS. ¡Oh, mundo execrable, mundo satánico!
- TAFET. (Á Remedios.) Si con usted no va nada.
- PINZÓN Señora, tengo motivos para odiar á la negra Orbajosa. Aquí asesinaron á mi padre, coronel de Arapiles.
- REMEDIOS. (Con saña.) ¡Ah, que no hubiera sido antes de casarse con su madre! Así, no hubiera usted nacido.
- VARGAS ¡Vaya un genio!
- TAFET. Adiós, basilisco...

## ESCENA III

VARGAS, PINZÓN, TAFETÁN

- VARGAS (Con interés.) ¿Qué dice Pepe?
- PINZÓN Chist... las paredes oyen.
- TAFET. (Vigilando en la puerta derecha.) Yo me pongo aquí de es-

cucha. Hablen sin miedo. El basilisco en la cocina. No hay nadie.

PINZÓN (Con pena.) Pues hoy se ha decidido á llevar el asunto por el camino legal.

VARGAS Me alegro.

PINZÓN Yo no. ¡Legalidad á esta gente! Es como aquel que quería abrir las ostras... por la persuasión.

VARGAS Eh... déjate de tonterías. También su padre le aconseja la legalidad. Acabo de recibir esta larga carta... (Mostrándosela.)

PINZÓN (Pasando la vista rápidamente por el escrito.) Instrucciones precisas para proceder legalmente... Sí, muy bonito. Yo, con permiso de don Juan Rey, con permiso tuyo, creo que es perder el tiempo. Echar jueces y fórmulas legales á esta canalla cerril, es como querer matar leones... con polvos insecticidas.

TAFET. ¡Jí, Jí!...

VARGAS Bueno. Pues dile á Pepe que venga á enterarse de esto. (Deja las cartas sobre la mesa.) ¿Por qué no viene á verme? (Con misterio.) Sin duda no sabe que la niña está aquí.

PINZÓN (Riendo.) ¿Pero tú has creído esa paparrucha?

TAFET. (Sin aproximarse.) Invención del enemigo para desorientarnos.

VARGAS ¿Pero qué... no es cierto?

PINZÓN ¡Qué ha de ser! Sigue allá. Hoy lo descubrimos. Alojado en casa de doña Perfecta, he podido hacer estudios sobre el terreno. Allí está la niña. Yo no la he visto; pero sé que está. Según mis noticias, loquita de amor, y deseando que la saquen de su encierro. ¡No sabes cuánto siento que esto se arregle por el método lógico y legal... es decir, que sería legal y lógico en otra parte, aquí no! El amigo Tafetán y yo teníamos bien tomadas nuestras medidas para arreglarlo por el método absurdo, que es el único para esta gente.

TAFET. El absurdo es la razón de mi tierra.

VARGAS Cuidado, Pinzón, cuidado con las aventuras. Yo te conozco, y te temo... ¡Y que no serán diabluras las que habréis tramado!

PINZÓN (Displícete.) Poca cosa.

VARGAS A ver... cuéntamelas.

TAFET. Hablen sin miedo. La fiera está tendiendo ropa en el terrado.

PINZÓN No sé...

VARGAS Las tonterías de siempre... Sobornar á la criada...

TAFET. No he podido con ésta. Es más fea que Judas... ¡jí, jí!...

VARGAS Y según mis noticias, la casa está bien defendida.

TAFET. Por dos pedazos de tagarotes, de lo más bárbaro y montaráz que hay por estas tierras.

VARGAS Y difícilísima la entrada, sobre todo de noche...

TAFET. Esa dificultad, ¡jí, jí! quedó zanjada por mí del modo más ingenioso... Querido Pinzón, reléveme de la guardia. (Pasa Pinzón junto á la puerta, y Tafetán al centro.) Amigo Vargas, soy tremendo. Un herrero muy hábil, que me debe favores... y su mujer también me los debe, entre paréntesis... me ha proporcionado una llave de la puertecilla de la huerta de abajo, por el callejón del Viento... Aquí la tengo, por si Pepe quisiera...

VARGAS ¿Y qué más?

PINZÓN También habíamos inventado un gracioso ardid... (Atento á vigilar.)

TAFET. ¡Jí, jí!... para alejar á los dos cancerberos en un momento dado.

PINZÓN Y para... (Mirando al exterior por el foro.)

TAFET. No distraerse, amigo. Para hacer llegar una cartita á las blancas manos de...

PINZÓN Alguien entra, sube ..

TAFET. Oído.

PINZÓN Si es Pepe Rey... Aquí está.

VARGAS A punto viene.

## ESCENA IV

DICHOS; PEPE REY

- PEPE (A Vargas.) Sé que has recibido cartas. ¿Hay alguna de mi padre?
- VARGAS Para tí... (Se la da.) Y dos pliegos de instrucciones precisas, como de padre y jurisconsulto, para que te ajustes á ellas en esta delicadísima cuestión.
- PEPE Dame, dame pronto... (Lee rápidamente.)
- PINZÓN (Desconsolado.) ¡Legalidad!... ¡Qué lástima!
- TAFET. Lo mismo digo.
- PINZÓN Su lealtad le perderá. (Vuelve al foro á hacer la guardia.)
- VARGAS La ley, siempre por la ley...
- PEPE (Acabando de leer.) ¡Oh, padre, aquí veo tu noble espíritu, tu rectitud sublime! Paz, conciliación, amor...
- PINZÓN (Mirando por el foro.) ¡Cabo de guardia, doña Perfecta!...
- PEPE ¡Mi tía!...
- TAFET. (Mirando.) Sí... ella es... ya llega...
- VARGAS ¿Pero cómo viene á esta casa, no estando aquí su hija?
- TAFET. Cuando esta viene, por algo será.

## ESCENA V

DICHOS; DOÑA PERFECTA, JACINTITO, por el foro; MARÍA REMEDIOS, por la derecha. Al ver á los militares, doña Perfecta les saluda con frialdad ceremoniosa. Se sorprende desagradablemente al ver entre ellos á su sobrino.

- REMED. ¡Oh, no esperaba á la señora...!
- PERF. Vámonos adentro.
- PEPE Señora...
- PERF. ¿Qué...?
- PEPE No quiero perder esta feliz ocasión de proponer

á usted paces, mirando más á su interés que al mío.

PERF. ¡Paces! ¿Cómo tan pacífico, tú, antes tan guerrero?

PEPE (Con amargura.) Ah, señora mía, el odio pesa mucho: es carga intolerable para quien acostumbra andar muy ligero por el camino de la vida. Quiero soltar este peso. (Suspirando fuerto.) No puedo ya con él.

PERF. Veo con gusto tan nobles sentimientos. ¿Y qué debo yo hacer para que se efectúen esas paces?

PEPE Lo primero: perdonarme el mal que he podido causarle. Ya la perdono también de todo corazón.

PERF. ¿Y qué más?

PEPE Y que me entregue á su hija... por buenas, pues le gano la batalla sin disparar un solo tiro. No hay manera de evitar que Rosario sea mi mujer, y siendo esto así, ¿á qué se obstina usted en una lucha en que ha de llevar la peor parte?

PERF. ¡Ah...! ¿Estás seguro de que seré vencida...? ¿bien seguro?

PEPE Como que no habrá más lucha que la que usted provoque. El juez, entrando con la ley en la mano en la casa materna, retirará de ella á la que ha de ser mi esposa.

PERF. ¿El juez...? ¿Cuándo?

PEPE Quizás mañana... Toda resistencia es inútil; es más conveniente y más airoso para usted conceder á tiempo lo que pido, que verse obligada á humillar su orgullosa cabeza ante la ley.

PERF. No te canses en proponerme una paz imposible. La rechazo, prefiriendo, si necesario fuere, morir abrazada á mi derecho, morir con mis ideas, que podrán ser vencidas, nunca deshonradas.

PEPE (Con efusión.) Señora, arrojemos en una misma hoguera sus ideas de usted y las mías. Tenemos un sentimiento común en que reconciliarnos y vivir, el amor de su hija.

- PERF. Dios me ha hecho inflexible.
- PEPE También á mí. Pero yo no quiero serlo ahora, me violento, me humillo, depongo ante la soberbia de usted mi orgullo, y hasta mi dignidad, ansioso de restablecer la concordia. (Violentándose para parecer humilde.) Acepte usted, señora, esta rendición de mi voluntad, y funde sobre ella su consentimiento en las condiciones que guste. ¿Qué más puedo hacer? ¿Qué más quiere usted de mí?
- PERF. De tí no quiero más que una cosa: que te retires, que renuncies á mi hija.
- PEPE Más fácil me sería renunciar á la vida, que en muy poco estimo sin ella.
- PERF. Basta ya.
- PEPE (Desenfrenando su ira.) Y ahora me toca á mí ser inflexible, ¿qué digo inflexible? implacable, justiciero... No, no haya paces... De los desastres que la lucha ocasione, suya será la responsabilidad.
- PERF. Mía no: tuya.
- PEPE ¿Quién ha provocado?
- PERF. Tú... ¿No te acuerdas? Me arrojaste el guante... Lo recogeré.
- VARGAS (Sorprendido.) ¿Qué es esto?
- PINZÓN Nos provoca.
- PEPE ¡Oh, indomable fiereza! Ya lo veis, amigos: rechaza la paz, rechaza la ley, que es la santa voz de su hermano, de mi padre.
- PINZÓN El ciego fanatismo quiere guerra.
- VARGAS No se aplaca sino con sangre.
- PEPE (Con fuero.) Pues si en la sangre perece el mónstruo y se ahoga, que la mía, ¡oh Dios! la mía sea la primera que se derrame... Vámonos de aquí. (Vase seguido de los militares y de Tafelán.)

## ESCENA VI

DOÑA PERFECTA, MARÍA REMEDIOS, JACITINTO

- PERF. ¡La ley! Buena está la ley, que quiere arrancarme la hija de mis entrañas, la hija que amaman-



té, á quien nutrí con mi sangre, con mi savia, con mis ideas, arrancármela para entregarla á quien ha de pervertir su alma! No ha de ser. Muerta yo, la tendrías; viva, jamás... (Coge á cada uno de un brazo.) Remedios, Jacinto, necesito de vosotros... Nuestro buen don Inocencio no vendrá.

REMEDIOS. Está en el coro... Luégo dará un paseíto...

JACINTO. Si usted quiere, le avisaré...

PERFECTA. (Vivamente.) No, no; si no quiero que venga. Cuento con vosotros, con tu tío no, pues seguramente no consentiría...

REMEDIOS. (Confusa.) ¿Qué?

PERFECTA. Es muy sencillo. Antolín Pasolargo y Estéban Romero, dos hombres que se dicen valientes... y si no lo son lo han sido, quieren reunirse en mi casa. Me han suplicado que influya con Caballuco para que asista á esta reunión.

REMEDIOS. ¡Oh, sí!

PERFECTA. Yo creo que debemos dejarles que se junten y charlen y desfoguen la ira... pero no en mi casa.

JACINTO. ¿Pues dónde?

PERFECTA. Aquí. ¿Puede ser?

REMEDIOS. Sí, sí.

JACINTO. Señora, usted manda.

PERFECTA. Aprovechemos la ausencia de tu tío, á quien no ha de gustar que...

REMEDIOS. Pues pronto, pronto...

PERFECTA. ¿Y el militar?

JACINTO. No suele venir hasta la noche...

PERFECTA. (Impaciente; el resto de la escena con mucha viveza.) Bien. Jacinto, ya sabes dónde encontrarás á Pasolargo y á Romero. Con ellos está Licurgo.

JACINTO. Sí señora; ya sé.

PERFECTA. ¿Y Cristóbal?

REMEDIOS. En casa de las Troyas. Me consta.

PERFECTA. (A Jacinto.) Vé, y dile de mi parte que venga. Díle... fijate bien... que le mando venir.

JACINTO. ¡Volando!

PERF. Que estén aquí á las cuatro... ¡corre!

JACINT. Voy. (Vase por el foro.)

## ESCENA VII

DOÑA PERFECTA; MARÍA REMEDIOS

REMEDIOS. Vendrán, sí. ¡Quiera Dios que se entiendan!

PERF. Dime: los militares que estaban aquí, tu alojado y el mío, ¿son amigos de Pepe?

REMEDIOS. Sí señora. Y el tal Pinzón me parece que le ayuda en sus diabólicas tramas. Siempre andan juntos.

PERF. ¿Cómo sabes...?

REMEDIOS. ¡Ay, señora; cuando usted va yo estoy de vuelta!

PERF. Tú siempre alerta.

REMEDIOS. Alerta, sí; y no tose el enemigo, ni respira, ni se espanta una mosca sin que yo me entere. Verá usted... Se va á reír... Pues estas noches, después que doy la cena, me tapujo bien, y haciéndome como una pobre, salgo... pim, pam... me voy á la calle Mayor, y acecho la salida de don José de la posada ó del Casino... sale... le voy siguiendo... pim, pam.

PERF. ¿Y á dónde le has visto ir?

REMEDIOS. Ronda esta calle y las intermediaciones.

PERF. ¿Y mi casa no?

REMEDIOS. Por allí no le he visto. ¡Y es natural! ¿No ve usted que se tragarón la bola de que habíamos traído aquí á Rosario?

PERF. (Alegre.) ¡Feliz invención para desorientarle!... Así está segura mi casa de un atropello... ¿Y le has visto solo?

REMEDIOS. Anoche, á primera hora, con Pinzón. Después solo.

PERF. Pero, dí: en ese espionaje nocturno, ¿no temes que te conozca, y te...?

REMEDIOS. ¡Paso unos miedos, señora! Créame: ni por mi madre haría yo esto. ¡Oh, mundo pernicioso!...

Si me descubre, seguro, me da un trastazo que que no lo cuento. Vea por qué le propuse ayer...

PERF. (Asustada.) ¡Cállate; no repitas esa barbaridad!

REMED. La señora no me ha comprendido.

PERF. Sí, sí... ¡Dar un susto á mi sobrino! (Con firmeza.) Eso no puede ser. No lo consiento.

REMED. Pero, señora, si ahora no hay aquí justicia, ni nadie que mire por la honradez, ¿qué cosa más natural que...? (Con suavidad y formas humildes.) Bastaría que la señora llamara á Caballuco ó á Pasolargo, y les dijera...

PERF. (Horrorizada.) Quita, mujer, calla... ¿Y si se les va la mano, y del susto resultan heridas graves, ó...? Calla... ¡Ofender á Dios hasta ese punto! Remedios, ó no tienes conciencia ó has perdido el juicio.

REMED. (Con frialdad.) Pues entonces, no me queda que hacer más que consolarla á usted... cuando le hayan quitado á su hija.

PERF. (Con profunda aflicción.) ¡Oh, quitarme á mi hija .. á mi hija, que es mi encanto, mi alegría, mi sér, todo cuanto hay en la vida, en esta y en la otra, pues quiero tenerla conmigo en la eternidad como la tengo aquí! No, no me la quitarán. Dios no arrojará sobre mi pobre cabeza esta tribulación; no, no la merezco, aunque sea pecadora. (Con pasión.) Amo tanto á mi hija, que la siento como un sér semejante á mí, inferior á mí, dentro de mí misma, un alma para las dos... (Con fuerte voz.) No quiero, no, que sus sentimientos, que sus ideas, discrepen de las mías; porque si discrepan tanto así, me parece que no es mía, que no soy suya, que me han robado el alma. Diera yo mi vida por ella, siempre que me amase como la amo yo... Si no me ama, ni mi vida ni la suya quiero. (Pausa ligera. Continúa con voz lúgubre.) ¡Que nos entierren juntas!

## ESCENA VII

### DICHAS; JACINTITO

JACINT. (Presuroso, por el foro.) Aquí vienen ya.

PERF. ¿Y Cristóbal?

JACINT. Tambiénd... Pero no quiere subir.

REMED. Ya sé... Está durillo de pelar. Dicen que ha dado su palabra al Gobernador.

PERF. Anda, vé... y me lo traes vivo ó muerto.

REMED. Vaya si lo traigo.

PERF. (Á Jacinto.) Tú, Jacinto, cierras la puerta, y luégo te pones de centinela en el mirador. Vigila bien la calle por un lado y por otro, para que avises si viene alguien que nos estorbe.

JACINT. Voy. (Aparecen en la puerta Pasolargo, Romero y Licurgo.) Aquí están ya.

PERF. Mucho cuidado, hijo. (Vase Jacinto.)

## ESCENA VIII

DOÑA PERFECTA, PASOLARGO, ESTEBAN ROMERO, EL TIO LICURGO; poco después CABALLUCO y MARIA REMEDIOS

PERF. Adelante, caballeros.

PASOL. (Desde la puerta.) A la paz de Dios.

ROMERO (Idem.) Salud á la señora.

LICUR. Aquí está la gente buena. (Avanzan lentamente, cohibidos y recelosos. Visten de paño pardo ó pana; calzan borceguías con espuelas. Su aspecto es rudo, fiero, sin carecor de nobleza y dignidad.)

PERF. ¿Qué tal, Pasolargo? ¿Hay mucho miedo por el pueblo?

PASOL. Como miedo, no señora; como temor, alguno hay.

ROMERO Temor que tiene uno de sí mesmo, y de que el coraje le salga al rostro.

PERF. Licurgo, ¿hay novedad en casa?

- LICUR. (Acercándose á ella.) Nada, señora. Allí quedó Juan.
- REMED. (Que trae á Caballuco cogido por un brazo, trincados los dedos como tonazas.) Aquí traigo este figurón...
- CAB. (Sintiendo el dolor del brazo y soltándose con brusquedad.) Suéltame, condenada... ¡ay, me has clavado la garrá! (Rascándose.)
- REMED. ¡So bruto, de lo que te quiero!... Ven acá. (Presentándole á doña Perfecta.) Mira quién te espera.
- CAB. Mi señora...
- PERF. (Con lástima.) ¡Pobre hombre!... Pero dí, Cri stóbal ¿de qué rincón sales?
- CAB. (Hoscamente.) Cuando el sol pica, mejor se está á la sombra.
- PERF. ¿Por qué no se sientan?
- PASOL. Estamos bien...
- PERF. (Con autoridad.) Siéntense, digo. (Siéntanse Pasolargo y Romero junto á la mesa. Caballuco en el centro de la escena. Entre éste y doña Perfecta, que está á la derecha, alguna distancia. Licurgo permanece en pié detrás del sillón que ocupa doña Perfecta.)
- REMED. ¿Querrán tomar alguna cosa? (A una seña de doña Perfecta se va Remedios, y vuelve al poco rato con botellas, copas y azucarillos.) (\*)
- PERF. Díme, Cristóbal, ¿es cierto que ayer te abofetearon unos soldados...?
- CAB. (Con fiereza, levantándose.) ¡A mí...!
- PERF. Hombre, yo no lo afirmo; te lo pregunto.
- PASOL. Hay envidias, Cristóbal.
- PERF. Yo no lo he creído; pero tampoco extraño que las malas lenguas, que siempre te respetaron, se atrevan ahora contigo.
- CAB. Señora; salvo el respeto que debo á usted, que es mi madre... más que mi madre... mi reina.
- PERF. ¡Jesús!
- CAB. Salvo el respeto digo... (Premioso.) digo que el que ha dicho eso, miente como un... Es que han dado en hablar de mí, en traerme y llevarme... Saben

---

(\*) Pasolargo, Romero, Caballuco, doña Perfecta, Licurgo.

mi genio... Tiene uno su historia, pues... Nada, que quieren tomarme por monigote para revolver el país... Bien está Pedro en su casa, señora y caballeros. ¡Que ha venido la tropa!... Malo es; pero ¡qué remedio! ¡Que han quitado al alcalde y al secretario y al juez, y viene mañana otro juez...! Malo, malo. Por mí, que se los trague la tierra. Pero dí mi palabra, y la palabra de un hombre... (Rascándose.) la palabra dada,... es el honor en prenda. . y esto no se desempeña con dinero, sino con la... Ea, que soy bruto, no sé expresarme; pero á caballero no me gana ni el que inventó la caballería.

PERF. ¡Caballería! ¡Ah! la de Orbajosa, no está ya más que en los libros de mi hermano. En las almas, ya no existe. ¡A dónde han ido á parar el orgullo, la altivez, la vergüenza, que fueron patrimonio de esta tierra!

PASOL. (Levantándose como movido de un resorte.) ¡Viva la señora! Lo que ha dicho es oro molido... No se dirá por mí que no hay vergüenza, pues no estoy con los Aceros, porque... tengo tres hijos pequeñitos... ¡Ea, no importa! La vergüenza es antes que los hijos, porque ¿de qué valen éstos si no tenemos un pedazo de honor que dejarles? ¡Fuera melindres! Allá va Pasolargo... Pero tú por delante, Cristóbal. Valiente llama valiente... No canso más.

REMED. (Que está en el foro, vigilando la puerta.) Eso es un hombre...

PERF. (Mandándole sentarse y tener calma.) No nos asustes, Pasolargo. Y tú, ¿has dado también tu palabra al Gobernador?

PASOL. ¿Palabras yo? No señora.

ROMERO (Vivamente.) ¡El Gobernador! No hay en toda la tierra tunante que más merezca un tiro. Gobernante y Gobierno, todos son unos. Por ésta, (Besándose los dedos.) YO, (Se levanta.) Esteban Romero, á quien llaman las historias *el Terror de Villajuán*, digo

que no iré nunca con los Aceros: soy yo más. Con Cristóbal sí, con Cristóbal al fin del mundo. Que diga éste media palabra, y hoy como ayer, aquí está Romero. He dicho. (Se sienta.)

PERF. Donde no hay acciones, un buen deseo es muy de alabar... ¿Tampoco tú diste palabra...?

CAB. (Que ha oído lo anterior, ceñudo y metido en sí, la vista fija en el suelo.) Yo dí mi palabra... porque la dí... Yo prometí que ni yo ni mis amigos levantaríamos partidas, porque el tal me llamó y me dijo: «Ramos, ya ves, yo... que tal... El gobierno que tal, y yo... porque ya ves, el país y que tal... vamos, tú puedes, y que tal... conformes... el Gobierno... confianza, y que tal...» Esto me dijo. Por lo cual, á todo el que le rétoza la guerra en el cuerpo, le digo: «vete con Acero, si no puedes aguantar más, que yo... de esta agua no beberé...» Y por ahí está mi gente, desparramada en tierras, caseríos y montes circunstantes, haciendo de corazón tripas, comiéndose el coraje, y en espera de que Caballuco les diga...

PERF. (Interrumpiéndole.) Pero tú no les dirás nada, pobrecito, y haces bien. Tú, en tu casita, hecho un patriarca. Tu puchero, tus gallinas, tu caña de pescar... ¡Ay, hijo, para tí es la vida! ¿De qué te sirve á tí la gloria, que no es más que humo, vanidad?

CAB. (Nervioso y queriendo contenerse.) No me venga la señora con gramáticas, porque si no salgo es porque no quiero salir; y si quiero que haiga partidas las habrá como espuma, y si no quiero, no... Y lo vuelvo á decir... (Dándose golpes en el pecho.) ¡Yo soy... yo! A mí con claridades; con gramáticas no.

PERF. ¿Claridades quieres? Pues toma. Creo yo que con tantos humos no sirves para nada.

CAB. (Dolorido del acerbo juicio.) Bien sabe la señora quién es Caballuco, guerrillero muy nombrado... cuando Dios quería. Hablen lenguas y canten papeles.

Yo respeto á la señora, y la quiero más que á las niñas de mis ojos.

PERF. Gracias.

CAB. (Con emoción.) Porque á la señora debo el pan que hoy cómo, y el que comí cuando niño, y la vida de mi padre viejo... y la caja en que enterraron á mi madre... y todo lo que soy y todo lo que tengo. Y si la señora me dice: «Cristóbal, rómpete la cabeza,» voy á aquel rincón, y contra la pared me la rompo... Bien sabe la señora que si ahora dice ella que es de noche, yo, aunque vea el sol, creeré que es noche oscura. Bien sabe la señora que ella, y su hacienda y familia, son antes que mi vida. En fin, que la quiero más que cuanto hay en el mundo. A un hombre de tanto corazón, se le dice: «Caballuco, so bestia, hijo mío, haz esto, ó haz lo otro... pero no se le pincha con un mete y saca de retólicas al revés.

PERF. Vamos, hombre, sosiégate.

PASOL. Lo que dice la señora...

ROMERO Cristóbal, no te sofoques...

LICUR. ¡Vaya un temple de hombre!

REMED. (Pasa al centro.) Toma agua.

PERF. No, dales vino. (Remedios les sirve, y beben.) Yo no puedo, en asunto tan grave, decir á ustedes que salgan ni que no salgan. A tí, Cristóbal, te concedo que tienes un gran corazón. Consulta á ese juez, y haz lo que te diga.

ROMERO Los de Naharilla baja nos contamos ayer. Somos treinta, propios para cualquier cosa mayor. Pero temíamos que la señora se enfadara. Es tiempo de la trasquila.

PERF. Hay que trasquilar por otro lado.

LICUR. Pues mis hijos están con hormiguilla. El demonio que los ataje. Si Caballuco se sacude las pulgas y sale, ellos detrás como unos ángeles muy brutos.

PASOL. ¡Lástima que los Burguillos, á quienes, por lo



valientes, el mismo Cid podría descalzar el zapato, se hayan ido á labrar las tierras de Lugar noble.

PERF. Las labraremos en otoño. Decidles que vengán.

LICUR. Bien fácil es. Monto en la jaca, y antes de media noche estoy allá.

ROMERO Yo, á quien primero avisaría es á Robustiano Guerra, que rabia de ganas...

PERF. Robustiano no se atreve á venir acá, porque me debe un piquillo... Si le ves tú, puedes decirle que se lo perdono.

CAB. (Poniendo el vaso en la mesa con fuerte golpe.) En fin, que se nos manda que salgamos. Las cosas claras...

PERF. Yo no puedo ni debo mandártelo. (Se levanta. Todos en pié.) Sólo os diré una cosa, hijos míos. Creo que nos aguardan días terribles, si no se corta el paso á la invasión. (Con acento solemne.) Presenciamos, ¡ay! escenas vergonzosas y sacrílegas, atropellos, deshonoras, muertes, fieros males. . Al que defienda la justicia, los buenos le bendecirán. Si vive, gloriosísima será su vida. Si muere, muerte feliz y redentora será la suya. Su nombre será guardado por las generaciones como santa memoria...

PASOL. (Frenético.) ¡Viva Orbajosa y muera la nación!

ROMERO ¡Viva!

PERF. (Asustada.) ¡Silencio... por Dios...! Pueden oír de fuera.

REMED. Callarse. Hablen bajito.

CAB. (Pausa. Todos se fijan en él y esperan con ansiedad lo que va á decir.) Señora, amigos: Cristóbal Ramos no consentirá que nadie le eche el pié adelante en la defensa de lo bueno. Oyendo á la señora, pareceme que corre fuego, que no sangre, por estas venas mías; que mi pensamiento es un rayo, y que el golpetazo del corazón se ha de oír al otro lado del mundo... ¿Hay desafueros? ¿Hay trope-lías? ¿Nos pisan, nos deshonoran, nos saquean?

Pues las demasías del contrario desempeñan mi palabra, y soy libre, esclavo no más que del deber y de mi conciencia guerrera. Al campo, al combate. Es mi sino correr y trotar por la querida tierra de Orbajosa. ¡Oh, tierra mía bendita, llena de huesos de valientes! En tí, peleando sin tregua, quiero dejar también los míos.

TODOS. ¡Morir no!

PERF. Dí vivir y triunfar. (Levántase y le pone la mano en el hombro.) Cristóbal, eres grande.

CAB. Grandísimo por el corazón, por el desprecio de la vida, por...

REMED. ¡Viva Orbajosa y muera la nación! (Todos en pié vociferan.)

PERF. Silencio, calma, no alborotar. Retírense, pues ya saben que pueden contar con éste. (Por Caballuco.) La reunión debe darse por terminada. (A Licurgo.) Ya sabes, vas en busca de los Burguillos.

LICUR. Sí señora.

CAB. (Dando órdenes como un general en jefe.) Que estén en Mundogrande á la madrugada. Al que me falte... ¡rayo!... (A Licurgo.) Oye... Y llévate á tu hijo contigo.

LICUR. ¿Juanico?

CAB. Sí; y le mandas á avisar á los de Villajuán.

LICUR. Señora, ¿oye?

PERF. Sí, sí, llévatelo: no me hace falta.

ROMERO Y yo voy en busca de Robustiano.

CAB. Sí; en Mundogrande todo Dios. Que me esperen allí.

PASOL. ¿Cuándo irás?

CAB. Cuando arregle á mi gente de aquí. Mañana. (Siguen hablando.)

REMED. (Á doña Perfecta.) Señora, que se llevan también á Juanico.

PERF. El lo manda.

REMED. (Alarmada.) La casa sola.

PERF. ¿Qué importa? Ya no temo nada. Se acabó el miedo.

REMED. Ay, el mío no.

CAB. Yo estaré aquí esta noche. Si algo ocurre... cuenta conmigo. Con que... pocas palabras ya... ¡hala!

LICUR. ¡A Lugarnoble!

PASOL. ¡A Mundogrande!

ROMERO Mañana arde Troya.

PASOL. ¡Que nos echen soldados! ¡Que traigan, que traigan!...

CAB. Callar, callar. No olvidéis las virtudes del guerrillero, el valor y el silencio.

PASOL. (A media voz, pero con gran esfuerzo de pulmones.) ¡Que viva la señora!

PERF. No, no... (Mandando callar y denegando con el brazo.)

ROMERO ¡Que viva! (No pudiendo gritar, agitan los brazos y se retiran lentamente.)

PERF. No me aclaméis á mí, que nada soy, ni nada valgo.

REMED. Que vivan ellos, ¿verdad? (Quiere gritar.)

PERF. (Tapándole la boca.) No grites... Nuestra única misión es... rezar por todos.

FIN DEL ACTO TERCERO



---

---

# ACTO CUARTO

---

Sala en el piso bajo de la casa de doña Perfecta. Al fondo una gran puerta que da á la huerta y jardín.

Puertas laterales, y á la izquierda una reja pequeña, que da á la calle. En el foro derecha, reclinatorio delante de un altarito con la imagen de la Virgen, alumbrada por una lamparita.

Sofá grande hacia la izquierda, de frente al público.

Es de noche. La escena está alumbrada únicamente por la lámpara colocada ante la Virgen.

## ESCENA PRIMERA

ROSARITO, acostada en el sofá, durmiendo; envuelta en el mismo chal blanco con que sale en el acto segundo; DOÑA PERFECTA, que aparece por la derecha, con una luz en la mano, y un manojó de llaves.

PERF. ¿Duerme ó finge dormir? (Con tristeza.) ¡Ah...! ese amor absurdo ha enseñado á mi pobre ángel muchas cosas malas, el disimulo, artes de fingimiento malicioso, que en otras circunstancias no serían graves, ahora sí. (Deja la luz y contempla á su hija más de cerca.) Duerme de verás. El cansancio, el tedio, el insomnio de anoche, pueden más que su inquietud... Duerme, hija mía, descansa... Yo velo por tí. De esa loca inclinación te curará la ausencia, el olvido, sí... Y volverás á ser dichosa, y comprenderás qué madre tienes, y de qué abismo de perdición ha sabido apartarte... (Se aproxima al sofá, inclinándose y mirando á su hija con amor.) Hija querida, ¿dónde está, dónde, aquella conformidad dulcísima entre tus pensamientos y los míos...? (Se arrodilla ante ella.) Vuelve á mí, vuelve, paloma extraviada en los aires, vuelve al nido y

al seno de tu madre amorosa, que te adora. (Le toca el rostro suavemente para no despertarla.) Tu vida y tu amor me son tan necesarios como tu obediencia, porque te he criado para mí, para mirarme en tí, y ahora me miro... y no me veo. (La besa en la frente, tocándola apenas con sus labios.) ¡Qué dulce es besarte, y cómo se refresca el alma, abrasada de estos rencores...! Y tus manos qué suaves... (Se las besa.) ¡Cuándo volverán á acariciarme...! ¡Que no fueran siempre manos juguetonas... y tú siempre niña, siempre...! (Creyendo oír ruido en el exterior de la casa, levántase sobresaltada.) ¡Oh... qué es eso! (Corre á la ventana.) Nada... no hay nadie .. No tengo miedo, no. No debo tenerlo. (Infundiéndose valor.) Pasa pronto, noche de ansiedad... Mañana... estaremos lejos. (Coge la luz, y haciendo pantalla con su mano, para que la claridad no dé en el rostro de su hija, atraviesa la escena.) Duerme, amor mío, y que en tu sueño te visiten los ángeles, y te inspiren la obediencia, la santa obediencia. (Se va lentamente, sin hacer ruido, por la derecha.)

## ESCENA II

ROSARITO, que durante la anterior escena fingía dormir, y espía la salida de su madre. Cuando la siente salir, alza la cabeza y escucha.

Se fué... sí... la siento en el comedor... ¡Qué miedo tan horrible cuando se arrodilló aquí, y me besó la frente, las manos...! Creí morirme. ¡Qué ansiedad! (Se va incorporando.) ¡Si se le ocurre entrar la mano aquí, (En el seno.) y quitarme mi libro...! (Tocándose el pecho con mucha inquietud.) No, no... aquí está. (Besa el librito, y después lo abre.) Y la carta... aquí está. Se me ha olvidado la hora. ¡Decía las diez, las once? (Corre al otro lado, y á la luz de la lámpara lee:) «Las doce,» dice las doce. Lo demás me lo sé de memoria. (Repitiendo la carta.) «Tu madre no cede... Quiere huir contigo... Antes huiremos nosotros de ella... Ten valor... Espérame...» (Mirando consternada

á las puertas y á la ventana.) ¡Pero cómo saldré, Dios mío...? ¡Imposible...! Mi madre no duerme... (Escuchando por la derecha.) Desde aquí la siento echando llaves... llaves... Hasta esta noche, nunca me fijé en el sinnúmero de llaves que tiene esta casa. (Escuchando otra vez.) Y cerrojos, y cadenas... Cárcel es esto, panteón, no sé qué... Sospecho que mi madre ha dispuesto partir de Orbajosa... (Espantada.) ¡Oh! no, yo no... Con ella no... Aquí le espero... Él sabrá cómo entra, y cómo salimos... (Con gran confusión y aturdimiento.) Arde mi cabeza... Me vuelvo loca. (Tocándose el corazón.) ¡Qué opresión aquí! Parece que la vida se me acaba... ¡Valor! Hay que tenerlo á todo trance, aunque después me muera. (Dirígese á la reja de la izquierda.) For esta reja he de ver si aún rondan la calle Remedios y Cristóbal... (Después de observar un momento.) No veo nada... En la huerta, todo es tinieblas y un silencio de Camposanto. (Vuelve al proscenio.) ¡Oh, Dios mío, no me abandones! (Dirígese al altarito.) Y tú, madre mía, ábreme un camino en esta soledad pavorosa, (Se arrodiilla: aparece doña Perfecta por la derecha, y avanza cautelosamente, sin que su hija la vea.) aliéntame con tu mirada, envuélveme en tu manto... Y vosotros, angelitos que estáis á sus piés, prestadme vuestras alas... (Siente la proximidad de su madre, y dando un grito de terror, se vuelve hacia ella.) ¡Ah!

### ESCENA III

DOÑA PERFECTA; ROSARITO

PERF. Alma mía, ¿por qué te asustas?

ROSAR. No sé... creí...

PERF. Sosiégate. Pronto sacaré yo á mi niña de esta ansiedad. Antes de amanecer, nos vamos á Lugarnoble. Tu tío ha salido para prepararlo todo. No hay tiempo que perder. Esta noche no se duerme.

ROSAR. (¡No se duerme!) (Aterrada.) ¿Dices que... á Lugar noble?

PERF. A nuestras queridas montañas.

ROSAR. ¡Allá...! ¡Mamá, por Dios! Camino de la montaña van á estas horas todos los paisanos armados... No me lo niegues...

PERF. (Sorprendida.) ¿Cómo sabes...?

ROSAR. Lo sé... sí... ya ves cómo lo sé todo. La espantosa guerra estallará mañana. ¡Desdichado suelo... raza infeliz!

PERF. (Con frialdad.) Si es así, Dios lo ha permitido para confundir la iniquidad.

ROSAR. Ellos no querían guerra. ¿Quién les ha instigado á la rebelión?

PERF. ¿Quién? ¡Qué candidez la tuya! Cuando la impiedad y la corrupción extienden su imperio, la guerra arde por sí sola, sin que nadie se tome el trabajo de encenderla. Pero no nos entretengamos. Estaremos dispuestas antes del alba... Ven... subamos...

ROSAR. (Inquieta y turbada.) Aguarda... tengo que decirte...

PERF. ¿Qué?

ROSAR. (Resolviéndose tras penosa lucha interior.) Mamá mía, perdóname... y que me perdone Dios lo que voy á decir, y me dé fuerzas para decirlo... Madre, madre querida, no puedo obedecerte.

PERF. ¡Que no me obedeces!

ROSAR. No puedo: una obediencia superior me lo impide...

PERF. ¿Hay algo que obligue más que el respeto filial?

ROSAR. Sí, sí; otro respeto, otro amor. . (Luchando por buscar la expresión propia.)

PERF. ¡Oh, no me hables así! (Recobrando su entereza.) Estás alucinada, trastornada... Vuelve en tí, amor mío.

ROSAR. (Fatigada, con acento de congoja.) No... no estoy alucinada... Es que Dios me ilumina en este trance terrible... Veo claro, como los moribundos. Sé que Dios, siempre misterioso, incomprendible en su



justicia, permite que en estas infames discordias, perezcan, antes que los culpables, los inocentes.

PERF. (Vivamente.) Los inocentes no.

ROSAR. Los inocentes sí... Él, yo quizás, los dos... Toda causa grande y noble tiene sus mártires... tú me lo has dicho .. La causa de la paz los tendrá también. .

PERF. (Inquieta.) ¡Oh, Rosario, vida mía!... Arranca de tu pensamiento esas ideas lúgubres.

ROSAR. Quitámelas tú.

PERF. ¿Cómo?

ROSAR. ¿Dices que deliro?

PERF. Sí... (La toca.)

ROSAR. (Con la mirada extraviada.) Pues en mi delirio he visto...

PERF. ¿Qué?

ROSAR. (Con misterio.) He visto á Remedios y á Cristóbal rondando esta calle... á primera hora de la noche. O preparan una emboscada, ó acechan el paso de... \*

PERF. Silencio... ¡qué desvarío...!

ROSAR. Después... no hace mucho... les ví deslizarse junto á la tapia de la huerta... y perderse en la sombra...

PERF. ¿Y qué? Velan por mi seguridad. ¿Pero qué temes tú? ¿Quién puede interesarte más que yo misma y nuestra casa y... (Recelosa, mirándola fijamente.) ¡Rosario!

ROSAR. ¡Indigno espionaje! Mamá, por Dios, dime que tú no lo has ordenado, que no lo consientes, que...

PERF. Consiento que mi casa sea vigilada.

ROSAR. (Coge á su madre de la mano y quiere llevarla por la derecha.) Pues si esos locos rondan la calle todavía, mándales que se retiren.

PERF. (Soltándose.) ¡Que se retiren! (Mirándola fijamente, con severidad.) ¡Ah, ya comprendo...! Me preparas una traición... lo veo, lo estoy viendo. Tu inexperiencia del mal te ha vendido... (Con ira y vivcza.) Confíesá-melo... confíesálo pronto, arrepiéntete, y te per-

dono. Olvidada de tu decoro y el mío, has caído en la infame tentación de huir de mi casa, de huir con él.

ROSAR. (Con repentina efusión, arrodillándose.) Sí.. ya ves... te lo confieso. No quiero mentir.

PERF. ¡Y él te lo propuso,... y él vendrá á buscarte!

ROSAR. Sí, sí. Y yo iré con él al fin del mundo.

PERF. ¡Oh, no te llevará, no! ¡Aquí, sola, indefensa, me dejaré hacer trizas antes que consentirlo! (Óyese un fuerte aldabonazo.) Que no abran.

ROSAR. (Escuchando.) Han abierto ya...

PERF. ¿Quién puede ser?...

## ESCENA ÚLTIMA

DOÑA PERFECTA, ROSARITO, MARÍA REMEDIOS,  
PEPE REY

REMED. (Dentro, dando golpes en la puerta del fondo.) ¡Señora... soy yo... Remedios! (Doña Perfecta descorre el cerrojo y abre.) Ahí está.

PERF. ¿Quién?...

REMED. El enemigo... Entró por la puertecilla de abajo.

PERF. ¿Solo?

REMED. Solo... Fuera... en la calzada un coche... militares...

PERF. ¿Y Cristóbal?

REMED. Aquí... Entramos juntos... Ha pasado á la huerta. (Las dos en la puerta del foro.)

PERF. No veo nada.

REMED. (Mirando en la obscuridad.) Yo sí... Él es... hacia aquí viene... (Gritando.) ¡Cristóbal... aquí... junto á los cipreses!... ¡Que matan á la señora!

PERF. ¡Cristóbal, defiéndeme!

REMED. ¡Mátale! (Suena un tiro. Pausa.)

ROSAR. ¡Ah! (Quédase aterrada y sin movimiento.)

REMED. Uno ha caído.

PERF. ¿Quién?

REMED. No sé... se levanta...

ROSAR. (Exaltada, corriendo á la puerta.) ¡Aquí, aquí!

PERF. (Deteniéndola.) No, no salgas.

PEPE (Aparece en la puerta, herido, la mano en el pecho.) ¡Rosario!

ROSAR. (Acude á él, y le abraza. Doña Perfecta, paralizada por el terror, no se atreve á acercarse al grupo.) ¡Esposo mío!

PEPE Sígueme... ven... (Vacilante.)

ROSAR. Contigo... contigo... sí... vamos...

PEPE (Con voz de moribundo.) A la... eternidad... (Cae muerto.)

PERF. (Con desesperación.) ¡Misericordia, Señor, misericordia... para ellos... y para mí!

FIN DEL DRAMA



LA FIERA



# LA FIERA

DRAMA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

**B. PÉREZ GALDÓS**

Estrenóse en el TEATRO DE LA COMEDIA, la noche del 23 de Diciembre  
de 1896.



MADRID  
SUCESORES DE RODRÍGUEZ Y ODRIÓZOLA  
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

—  
1897

## PERSONAJES

SUSANA, Baronesa de Celis, sobrina del Marqués de Tremp..  
 DOÑA MONSA, Marquesa de Tremp.....  
 DOÑA SATURNA, hermana del Marqués.....  
 BERENGUER.....  
 DON JUAN, hijo del Marqués de Tremp, jefe de realistas y Gobernador de la plaza.....  
 SAN VALERIO.....  
 FABRICIO.....  
 BONAIRE.....  
 EL MARQUÉS DE TREMP, Regente.....  
 MAGÍN, soldado realista.....  
 CASTELL, oficial realista.....  
 BONALD, oficial realista.....  
 BLASA, criada.....

## ACTORES

SRTA. COBEÑA.  
 » CANCIO  
 SRA. FERNÁNDEZ.  
 SR. THUILLIER.  
 » CUEVAS.  
 » VALLÉS.  
 » VALENTÍN.  
 » BALAGUER.  
 » ALTARRIBA.  
 » MORENO.  
 » CLARIA.  
 » RUIZ TATAY.  
 SRTA. PALMA.

### La acción en Urgell, 1822.

NOTA. Lo indicado con este signo ✖, se suprime en la representación con objeto de abreviarla.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Administración Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.





# ACTO PRIMERO

---

Salón de planta baja en la residencia del Marqués de Tremp. A la izquierda, una puerta y gran chimenea gótica, encendida con gruesos troncos. A la derecha, puerta que conduce á las habitaciones interiores. Al fondo, puerta grande con forillo, comunicación con otras salas, patio, esplanada y calles. Decorado severo y antiguo. Mesas y sillas de nogal. Una alacena. Es de día.

(Derecha é izquierda se entiende del espectador).

## ESCENA PRIMERA

DON JUAN, á la derecha, despachando con CASTELL; MAGÍN, que acaba de llegar; á la izquierda, DOÑA MONSA, sentada, devanando una madeja que sostiene BONAIRE; junto á ella, DOÑA SATURNA, leyendo cartas, que va metiendo en su ridículo.

- JUAN. (A Magín). ¿Qué ocurre?  
MAGIN. Romagosa ha dado un achuchón al regimiento de Mallorca, de la columna de Zorraquín, matándole seis hombres y cogiéndole catorce prisioneros.  
JUAN. ¿Dónde?  
MAGIN. Hacia Bellver.  
JUAN. ¿Qué más?  
MAGIN. El Trapense ha destrozado la columna de Rotten.  
JUAN. Bien.

- MONSA. Ese es el hombre, fray Antonio Marañón, nuestro bendito guerrillero, defensor del trono y de la fe.
- BONAIRE. ¡Viva el Trapense!
- MONSA. Juicio, señor Bonaire. Con su entusiasmo ha enredado la madeja.
- SATURNA. Y con sus chillidos no me deja leer.
- BONAIRE. (Tratando de desenredar la madeja). Señoras, no es para incomodarse. ¡Viva el Rey absoluto!
- MONSA. ¡Adulón! (Se levanta para arreglar la madeja).
- JUAN. (Al Oficial, que se levanta). Que salgan al instante los refuerzos que enviamos á Misas.
- CASTELL. (Saludando). Mi General... (Vase).
- JUAN. (A Magín). ¿Y tú...?
- MAGIN. ¿Me vuelvo á la facción?
- JUAN. Sí.
- MONSA. ¡Pobre Magín! Déjale descansar siquiera un día. En casa le necesitamos.
- MAGIN. Quiere la señora doña Susanita que aliste la litera para salir de pasco.
- JUAN. Es verdad. Puedes quedarte hoy.
- MAGIN. Con permiso... (Vase. Don Juan, silencioso, se sienta y examina un plano).
- BONAIRE. Ya está deshecho el nudo. Adelante... No desharán tan fácilmente las tropas de Mina el que le han armado nuestros guerrilleros en este laberinto de montañas.
- MONSA. En la montaña y en el llano, Dios bendecirá las tropas de los leales.
- BONAIRE. Amén. (Declamatorio). Y hará suya la causa de la Regencia, constituida en esta gloriosa ciudad de Urgell, para arrancar á España de las uñas de toda esa taifa masónica, comunera y democratizante. ¡Muera la libertad!...
- SATURNA. (Imponiendo silencio). ¡Ss!..
- MONSA. (A Saturna). ¿Qué noticias hay?
- SATURNA. Excelentes. La duquesa de Montmorency me dice que monsieur de Villéle se va convenciendo de la necesidad de la intervención. (A don Juan). ¿Y qué? Ese fantasmón de Mina, ¿avanza?

JUAN. Trata de penetrar en la Cerdaña.

SATURNA. ¿Estaremos seguros?

JUAN. ¡Oh, sí!... Puede usted escribir á sus amigos de la corte de Francia que la Regencia y sus guerrilleros indomables sabrán redimir á la nación y devolver al Rey sus fueros, su autoridad sagrada.

MONSA. Muy bien. (Terminada de ovillar la madeja, Bonaire se ocupa en ordenar los ovillos en una cesta).

SATURNA. La Regencia está reunida, según creo.

MONSA. Dos horas llevan ya deliberando.

SATURNA. ¡Y que no saldrán buenas cosas de aquellas tres grandes cabezas!

BONAIRE. La primerita, el gallito como quien dice, mi señor Marqués de Tresp.

MONSA. De mi esposo nada he de decir, pues no es bien que yo le alabe...

SATURNA. Pues ¿y el Arzobispo? ¿Y dónde me dejas al Barón, con aquel pico de oro?

JUAN. ¡Ah!... Pero más que el discernimiento sutil importan hoy el valor rudo, la ira santa, perseguir al democratismo en sus últimas guaridas, despedazarlo sin compasión...

MONSA. Hijo, no tanto.

SATURNA. Aprenda el señor Bonaire.

BONAIRE. (Que está recogiendo la labor de las señoras y poniéndola en una cestita). ¡Ay! en punto á valor, nada tengo que aprender, mi señora doña Saturna. (Se ríen). No es cosa de risa. Soy el hombre más intrépido de la cristiandad, porque soy el más desdichado. Salí de mi casa de Barcelona resuelto á quitarme la vida, poniendo fin á mis horribles desgracias...

MONSA. No; no repita usted la historia.

BONAIRE. Bueno. Pues cuando ya estaba á dos dedos de la muerte, disponiéndome á tirarme por un despeñadero, reflexioné y dije: «Pues más práctico y más cristiano, sí, señoras, más cristiano será ponerme á que me mate una bala de esas condenadas tropas liberales...» Y hé-

teme aquí guerrillero de la santa causa con este soberbio uniforme cogido al enemigo. He tenido la suerte de caer en la Seo con la bendición, y el señor General lo mismo me ocupa en menesteres de la Intendencia, que me manda á batir el cobre á la facción. Y trabajando á pelo y á pluma, cuando no peleo allá, hago pasteles aquí, y guiso, y peino á las señoras, y el señor Regente y el señor Arzobispo me encargan mil diligencias...

**SATURNA.** No estará usted descontento.

**BONAIRE.** No, señora. Pero no renuncio al suicidio, digo, á la muerte. ¡Ah! mis infortunios son tan atroces, que no hay lengua que los pueda contar. Verán: la muy perra de mi mujer y mis dos suegras, porque tengo dos, la madre de mi primera mujer y la de...

**MONSA.** Sí, ya sabemos...

**BONAIRE.** Total, que quiero morirme. La vida me es odiosa, señoras; la detesto como se detesta una serpiente mordiscona que uno llevara dentro de sí. ¡No quiero vivir, no quiero! Figúrense ustedes que aquellas feroces harpías...

**SATURNA.** Basta... Si quisiera el señor Bonaire buscar quien lleve á Andorra mi carta para Francia...

**MONSA.** Antes hágame el favor de ver si Susana está ya vestida.

**BONAIRE.** Voy.

**MONSA.** Y que nos traigan las mantillas. Tenemos que salir.

**SATURNA.** ¡Ah! Nos vuelve locas la dichosa sobrinita.

**JUAN.** (Leyendo los planos y papeles y pasando al centro con las señoras). A mí también. Pero confieso que su viveza y desenfado me encantan.

**MONSA.** Ha caído en nuestro pacífico reino como una bomba. En los dos días que lleva en casa, ha hecho una revolución en nuestras austeras costumbres.

**BONAIRE.** (Volviendo por la derecha con las mantillas). Está dándose la última mano. Ya sale.

**MONSA.** Tres veces al día se cambia de ropa, á estilo neto de París.

- JUAN.** Costumbres de la gente principal con quienes ha vivido allá.
- BONAIRE.** Aquí dejo las mantillas. (Las pone con mucho cuidado sobre la mesa, preparándolas para que se las pongan). Conque... si no me mandan otra cosa...
- JUAN.** Sí... Averigüe usted dónde están alojados esos señores que han venido de Francia á ponerse al servicio de la Regencia.
- SATURNA.** ¿Franceses?
- JUAN.** No, españoles; y, según parece, personas muy principales. (Recogiendo de la mesa unas cartas). Aquí están sus credenciales, que dejaron en mi oficina esta mañana. Además de las testimoniales de Morejón y de Balmaseda, el uno trae carta de monsieur de Bulong, secretario del vizconde de Chateaubriand; el otro de monseñor de Broglie...
- BONAIRE.** Les he visto. Por las trazas parecen gente muy buena, enemigos furiosos de la mal llamada libertad.
- MONSA.** Habrá que alojarles en los pabellones de San Juan.
- JUAN.** Sin duda. (A Bonaire). Dígales usted que los espero.
- BONAIRE.** Al momento. (Vase por el foro).

## ESCENA II

**DON JUAN, DOÑA MONSA y DOÑA SATURNA; SUSANA,**  
por la derecha, muy elegante, con sombrero; detrás, **BLASA,** con el abrigo, el ridículo y dos abanicos.

- SUSANA.** (Con mucha viveza). ¡Mi tío!... ¿Dónde está mi tío, señor Marqués de Tresp? ¿Dónde se mete vuestra Alteza?
- MONSA.** ¡Ay, qué fuguilla!
- BLASA.** Señora, ¿qué abanico lleva?
- SUSANA.** (Cogiéndolo). Este.
- JUAN.** ¡Divina petimetra!
- BLASA.** (Dándole el ridículo). Lleva los dos pañuelos, el librito, los caramelos...

- SUSANA. (A don Juan). Tu padre... (Impaciente). ¿Dónde está? Necesito verle al instante.
- SATURNA. Tontuela, la serenísima Regencia está deliberando.
- BLASA. El abrigo.
- SUSANA. Venga... Voy allá. (Vase Blasa).
- MONSA. (Deteniéndola). ¡Loca!
- JUAN. No: los señores Regentes podrían trastornarse al verte, y Dios sabe qué atrocidades acordarían.
- SUSANA. ¡Buena está vuestra Regencia, que me parece á mí como la ínsula de Sancho.
- MONSA. ¡Jesús!
- SUSANA. ¡Qué cosas tan raras encuentro en mi querida patria! ¿Esto que aquí gobierna y gasta y triunfa es cosa de juego?
- SATURNA. ¡Niña!
- JUAN. ¿Tú qué entiendes?
- SUSANA. Que sí, que sí entiendo, vaya. Soy una gran política. Vengo del país de las ideas, y allí, aunque una se proponga ser tonta, no lo puede conseguir. Yo pienso... Veréis lo que pienso.
- MONSA. Veamos.
- SUSANA. En el colegio de Saint Denis, donde estuve seis años... ¡oh! todas las niñas éramos frenéticas partidarias de Bonaparte.
- MONSA. ¡Virgen de los Dolores!
- SUSANA. Le adorábamos. No hacíamos más que bordar águilas y *enes* dentro de una coronita de laurel.
- SATURNA. ¡Dios nos asista!
- SUSANA. Y cuando el héroe volvió de la isla de Elba y pasó revista á las tropas, fuimos en corporación y le ofrecimos ramitos de flores... ¡Oh, qué hombre, qué genio! Nos miraba con gravedad de estatua, y nosotras le tirábamos besos, así... (Tirando besos).
- MONSA. (Persignándose). ¡En el nombre del Padre!...
- SUSANA. Pero luego... pasan años, y viene el conde de Provence á sentarse en el trono.
- JUAN. ¿Y os hicísteis realistas?

SUSANA. Pero furibundas. En mi colegio no hacíamos más que bordar flores de lís, y todas llevábamos la cinta azul del Espíritu Santo.

SATURNA. Muy bien.

JUAN. ¿Y á Luis XVIII, no le ofrecísteis también ramitos de flores?

SUSANA. Sí... y él nos hizo mil cucamonas y nos cogía la cara. Es un viejo monfísimo. En fin, que aquí donde me veis, soy partidaria del vencedor, y proclamo los hechos consumados. Más claro: que soy de la escuela del príncipe de Talleyrand, que come con todos y con todos triunfa y mangonea.

JUAN. Bien, bravísimo.

SATURNA. Como graciosa lo es... Y puesto que te encuentras en casa el absolutismo...

SUSANA. Aquí que no peco... ¡Viva el Rey absoluto!

MONSA. ¡Muy bien!

SUSANA. Absolutismo hasta que nos saturemos bien y pidamos otra cosa. Esta es la opinión, un monstruo que come mucho, pero es *gourmet* y no gusta de hartarse siempre con el mismo manjar. En fin, las victorias que habéis alcanzado sobre los liberales, quiero celebrarlas esta tarde con un bailecito, ahí, en la esplanada.

MONSA. Niña, déjate ahora de bailes.

SUSANA. He mandado á Bonaire que me traiga todos los músicos que encuentre en el pueblo.

SATURNA. Nada; se le ha metido en la cabeza...

SUSANA. Pero ¿qué mal hay en esto? Bailaremos y nos divertiremos. La guerra y la política no están reñidas con el placer honesto. Me he criado en Francia, donde los grandes sucesos históricos se han señalado siempre con ruidosas fiestas... Pero nada dispondré sin tener el permiso de mi tío, el Marqués Regente. Voy á verle.

JUAN. Bajo mi responsabilidad, yo doy el permiso.

SUSANA. Bien, muy bien. Eso es rendimiento; eso es galantería.

JUAN. Tendréis mucha gente. Las sobrinas del señor Arzobispo, las de Castell, las de...

- MONSA. Caballeros, muy pocos, porque están todos en el campo de batalla.
- JUAN. Puedes invitar á los que han venido de Francia para defender con nosotros al Rey absoluto.
- SUSANA. ¿Sí?... ¿Sé llaman? ¿A ver si les conozco?
- JUAN. El uno... (Recordando). no sé qué de San Valerio...
- SUSANA. ¿San Valerio?... Saint Valiere, quizás.
- JUAN. No; es español. Hay otro, recomendado por Balmaseda, que trae, además, cartas del secretario de Chateaubriand.
- SUSANA. (Con interés). ¿Su nombre...?
- JUAN. Berenguer... me parece.
- SUSANA. Ya, ya... le conozco. Berenguer. Le vi y le hablé en el bosque de Foix la semana pasada en una fiesta que dió madame de la Grangerie, nuestra parienta.
- MONSA. ¿Es francés?
- SUSANA. Quía. Español recriado en el Lauguedoc; el hombre de cabeza más exaltada que he visto en mi vida. Por supuesto, frenético por el absolutismo.
- SATURNA. ¿Y están ya en Urgell esos nuevos adalides?
- JUAN. Sí... les espero aquí.
- MONSA. (Mirando por la izquierda). Concluída la sesión. Tu padre viene.

### ESCENA III

DICHOS; EL MARQUÉS DE TREMP, y al fin de la escena, MAGÍN

- MARQ. Tres horas de Consejo. ¡Qué fastidio!
- JUAN. ¿Y al fin...?
- MARQ. Lo que propuse. Reforzar nuestras guerrillas para contener á Mina, y armar cinco mil hombres más con los recursos que nos enviaron Austria y Prusia.
- JUAN. Muy bien.
- SUSANA. (Abrazándole). Tiito, mi ilustre primo, el jefe militar de la plaza, me ha dado permiso para bailar un poquitín esta tarde.



MARQ. ¿Sí? Me parece muy bien.

MONSA. No te quejarás de tu primo.

SUSANA. ¿Qué he de quejarme? Le tengo en gran estimación.

SATURNA. Se desvive por complacerte.

SUSANA. (Vivamente). Como que quiere casarse conmigo.

MONSA. ¡Chiquilla!

SATURNA. ¡Qué descarada!

SUSANA. Sé que la familia ha tratado de eso... Y mi tío, el señor Marqués Regente, me lo dijo esta mañana.

MARQ. Niña, te lo dije reservadamente. Vamos, ten juicio.

SUSANA. Y reservadamente lo repito yo. Serenísimo tío, repita usted ahora con absoluta reserva lo que yo le contesté.

JUAN. A ver...

MARQ. Pues me ha dicho... que no le gusta marido guerrero, que le preferirá pacífico.

SATURNA. ¡Vaya una necesidad!

JUAN. Ya la iremos curando de estas filosofías. En todos tiempos hicieron buenas migas Cupido y Marte.

SUSANA. Retórico estáis. El Cupido que yo conozco se asusta de la fiera...

MARQ. (Riendo). ¿De nosotros?

SUSANA. Y de ellos. Todos sois lo mismo. Quiero decir que odia con toda su alma la guerra fratricida, y no ve con buenos ojos á los héroes de estas luchas crueles y feroces, cualquiera que sea su bandera.

JUAN. Ese será un Cupido extranjero: español no es.

MARQ. Hija mía, abominas de tu raza y de tu familia. Todos en ella hemos sido guerrilleros.

MONSA. Tu padre...

SUSANA. Sí; ya sé... Fué un sectario implacable, terror de los franceses en la gran guerra, y de los liberales en las trifulcas del año 14.

SATURNA. Un defensor del trono legítimo y de la sagrada fe.

SUSANA. Sí, sí... muy bonito. Pero... os diré una cosa, aquí, en confianza. Cuando más gozoso está mi espíritu, lo oscurece y lo aplana una nube negra, la memoria de las

crueldades de mi padre, el tristemente célebre Barón de Celis.

SUSANA. (Irritada). Crueldades no... la guerra es guerra.

MONSA. Tonta, ¿tú qué sabes?

JUAN. Ha leído los amañados relatos de los jacobinos franceses.

SUSANA. He leído, sí; y he oído referir atrocidades sin cuento. En fin, doblemos esa hoja, aunque al tocarla nos manchemos los dedos de sangre. No más guerrilleros, no más espadones, llámense realistas, llámense patriotas.

MONSA. ¡Qué ideas!

MARQ. ¡Maldita Francia, maldita filosofía!

JUAN. Prima mía, tienes que hacerte á nuestra atmósfera.

SATURNA. Amoldarte á nuestras ideas.

MARQ. Para eso te hemos sacado del poder de tus tías maternas, las buenas damas de Crevillard, y ahora te españolizamos, te refundimos.

SUSANA. Bueno, bueno. Por de pronto, divirtámonos.

MARQ. Sí, sí; se aprueba lo del baile. Pero antes irás á pagar tus visitas.

SUSANA. Al momento.

MAGIN. (Por el foro). La litera está pronta.

SUSANA. ¡Ah! Magín, á tiempo llegas. Voy á encargarte una cosa.

MAGIN. Mi niña... mándeme lo que guste.

MARQ. (A doña Saturna mientras Susana habla con Magín). Yo me voy á pie al palacio del Arzobispo. Allí os aguardo, y al regreso entraremos un rato en casa del Barón Regente.

MAGIN. Descuide mi niña. Yo lo pondré todo como un vergel.

SATURNA. (A doña Monsa). ¿Tú no vienes?

MONSA. Iré después. Tengo que hablar á Juan.

MARQ. (A don Juan). Que salgan esta misma noche los refuerzos.

SUSANA. (Haciendo á don Juan una reverencia). Adiós, primó. Y paciencia. La guerra es la paciencia.

JUAN. Lo ha dicho Napoleón el Grande.

SUSANA. Lo digo yo... Susana la Chica. Adiós.

JUAN. (Irritado). Pues yo digo: la guerra es la guerra, ¡vive Dios!

## ESCENA IV

### DOÑA MONSA y DON JUAN

JUAN. (Con amargura). Ya lo ve usted, madre. Se burla de mí.

MONSA. ¡Inocente! Eres todo bravura, todo coraje militar, y no aprecias las finas estrategias de la mujer.

JUAN. ¿Será eso coquetismo?... Hace dos años, cuando la vi en París... su belleza, sus graciosas extravagancias me volvieron loco, y anteayer, cuando fuí á recibirla á la frontera de Andorra, parecióme un ángel que Dios me enviaba para...

MONSA. Para templar tu alma y aplacar en ella los infames rencores que encienden estas guerras...

JUAN. Quizás...

MONSA. Ya ves que Susana quiere paz, y abomina de vuestros rigores.

JUAN. ¡Contradicción horrible! Porque el rigor es necesario, y nuestros enemigos, no menos crueles que nosotros, nos imponen la barbarie y la ferocidad.

MONSA. ¡Qué pena, Dios mío!

JUAN. Yo quiero terminar la guerra para que mi prima no se asuste de mí. Pero la guerra, ¡ay! no concluye sino con el triunfo del absolutismo, y éste pide sangre, fuego, destrucción. Yo necesito hacer comprender á Susana que si mato y quemo y arraso es porque el santo deber me llena el espíritu y el corazón como ella misma con sus gracias picantes, porque mi fe realista y mi amor á Susana son ya una sola pasión indivisible... ¡El perdón, la benignidad, la relajación de la energía! No puede ser. Resultarían dos hombres en mí, y soy de un solo bloque, entero, absoluto. Si no matara, me parecería que no amaba; si no amara no sabría pelear.

- MONSA. Hijo mfo. Todo puede conciliarse, el deber y la clemencia.
- JUAN. Imposible.
- MONSA. Te digo que sí.
- JUAN. (Con tenacidad). Digo á usted que no.

## ESCENA V

DICHOS; BONALD y BONAIRE, por el foro.

- BONALD. Mi General...
- JUAN. ¿Qué quiere usted?
- BONALD. Saber si se forma Consejo de Guerra á los dos payeses que se vendieron al enemigo.
- JUAN. ¡Imbéciles! ¿No mandé que se impusiera castigo inmediatamente?
- BONALD. Es que...
- JUAN. Yo creí que les habían fusilado ya.
- BONALD. (Turbado). Mi General, yo...
- JUAN. (Estallando en cólera). Si seguimos así, ¡fuego de Dios! tendré que fusilar á los que con tal apatía cumplen mis órdenes. (Retirase Bonald).
- MONSA. ¡Hijo mío, piedad!
- BONAIRE. (Aparte). ¡Vaya un genio!
- JUAN. ¡Medrados estaríamos con la piedad! Si no castigamos la traición y la negligencia, será forzoso derramar más sangre, más, para concluir la guerra.
- MONSA. ¡Oh, qué desdicha! (Vase afligida).
- JUAN. (A Bonaire). ¿Y usted?...
- BONAIRE. Mi General, esos caballeros que vienen á servir á la serenísima Regencia...
- JUAN. ¿Están ahí los tres?
- BONAIRE. Por ahora dos, pues el llamado Berenguer ha ido á presentar al señor Arzobispo la carta que trae para él.
- JUAN. Que pasen. (Bonaire hace señas desde la puerta del foro, y entran San Valerio y Fabricio. Don Juan revuelve en la mesa buscando las cartas):

## ESCENA VI

DON JUAN, BONAIRE, SAN VALERIO y FABRICIO

VALERIO. Saludamos al héroe de Urgell, ansiosos de servir á sus órdenes.

JUAN. Por la causa del Rey y de la verdad. Bien venidos, señores. He leído las cartas de monseñor de Broglie y de madame de Penthièvre. ¿Es usted el señor de Berenguer?

VALERIO. Martín de San Valerio, y mi compañero y amigo Fabricio de Mercadal. Berenguer no tardará en venir.

JUAN. Examinadas las credenciales, serán ustedes admitidos á compartir las fatigas y las responsabilidades de esta dura campaña.

VALERIO. Esperamos demostrar á la gloriosa Regencia que sabremos corresponder al honor que nos hace.

JUAN. Ruego á ustedes me dispensen ahora. Mi deber me llama á la ciudadela. Luego les recibirá mi padre, el Regente Marqués de Tremp. Entre tanto, Bonaire se cuidará de aposentar á ustedes en los pabellones de San Juan. Con su permiso...

VALERIO. General, á sus órdenes. (Vase don Juan por el foro).

## ESCENA VII

SAN VALERIO, FABRICIO y BONAIRE

VALERIO. (Después de ver que se aleja don Juan). ¡Já, já!... ¡Necio, fantasmón, chacal nunca harto de sangre!

BONAIRE. (Asustado). ¡Silencio!

FABRIC. Déjanos, amigo Bonaire. No viene mal un rato de expansión después de tanto fingimiento.

BONAIRE. (Mirando por las puertas). No hay nadie. Soledad completa.

VALERIO. (Abrazándole). ¿Quién nos había de decir que encontra-

ríamos aquí al gran Bonaire, el famoso pastelero de la calle de la Cucurulla?

BONAIRE. Ni yo contaba con echarme á la cara, en este rincón del mundo, al gran tribuno de las logias, el maestro de esgrima Valeriano de San Martí...

VALERIO. ¡Chist!... que ahora se llama Martín de San Valerio. Al revés te lo digo...

BONAIRE. Ni á mi querido amigo, el hábil impresor y calígrafo Marcos Fabrés... hoy Fabricio de...

FABRIC. Mercadal. Abrázame otra vez, honrado Bonaire.

VALERIO. No nos habíamos visto desde aquella terrible zaragata en el Gran Oriente de Barcelona.

BONAIRE. (Asustado). Por las barbas de Moisés, no habléis aquí de Orientes ni... ¿Sabéis dónde estáis?

VALERIO. En el propio, en el auténtico nidal de las águilas realistas.

FABRIC. Ya daremos cuenta de ellas y de toda su cría.

BONAIRE. ¡Silencio! (Vuelve á mirar por las puertas). Estamos solos. Todo el mundo fuera. Pero decidme, ¿estáis locos?

VALERIO. Quizás.

BONAIRE. ¿Á qué demonios venís aquí?

VALERIO. Lo primero, á cortarte las orejas si nos vendes.

BONAIRE. Poco á poco. Yo ni vendo, ni compro, ni estorbo, ni ayudo. No haré más que callar como una empanada.

VALERIO. ¿Podemos contar con tu secreto?

FABRIC. ¡Oh, sí! Yo respondo de él.

VALERIO. Supongo que no te habrás afiliado en las negras, en las odiosas banderas del servilismo.

BONAIRE. ¡Ah! No.

VALERIO. Pues ¿qué viniste á buscar aquí?

BONAIRE. Una bala que me matara. (Jurando). Por ésta. También soy algo héroe.

FABRIC. Como que en la logia se te puso el nombre de Horacio Cocles.

BONAIRE. Horacio Cocles, sí; pastelero y mártir.

VALERIO. Tunante, tú viniste aquí á comer.

BONAIRE. Sí, hombre; á que me mataran y á comer.

FABRIC. ¿Cómo se entiende?

BONAIRE. Porque yo quería morirme... de cualquier manera, menos de hambre.

VALERIO. Sí... Debe de ser mala muerte... Horacio Cocles, ¿podrías darnos algo... mientras vienen esos señores?

BONAIRE. Sí... (Les indica que se sienten, y saca de una alacena ó aparador una botella y copas). Algo hay aquí para cuando los jefes se pasan la noche de palique.

VALERIO. Venga.

BONAIRE. Echad unas cuantas salvas con esta pólvora roja. ¡Oh! es más viejo que la Inquisición. De éste no beben más que los señores Regentes... y yo. (Sirve en las copas).

VALERIO. (Brindando). Por la Fortaleza. (Bebe). Pues no podemos revelar nuestro secreto, ni aun contando con tu fidelidad.

FABRIC. La cosa es muy grave.

BONAIRE. Sí; ya supongo que no habréis venido á matar moscas. Ello debe ser aventura de gran peligro y dificultad.

VALERIO. Lo que te digo, insigne Bonaire, es que al menor descuido de lengua, te proporcionaré esa bala que tanto deseas. (Saca una pistola y la pone sobre la mesa).

BONAIRE. Te conozco, y la intimación no es necesaria.

FABRIC. Bonaire es leal: de él respondo.

BONAIRE. Nada temáis de mí.

FABRIC. Quizás prefiera otra clase de balas. ¿Se las enseño? (Interroga á San Valerio, el cual afirma con una indicación de cabeza).

BONAIRE. ¿Á ver?

FABRIC. (Quitándose un cinto de seda y mostrándolo). Mira.

BONAIRE. (Lo toca; suenan las onzas que el cinto contiene). ¡Onzas!

VALERIO. Onzas y muertes reparto. Escoge lo que más te agrade.

BONAIRE. ¡Qué bonitas! La verdad es que... ¡Linda metralla!

VALERIO. Para los que ayuden á la causa santísima del pueblo.

BONAIRE. (Asustado). Guardad eso, por San Odón bendito...

FABRIC. Conque ya sabes... (Guardan las onzas y la pistola).

BONAIRE. Ayuda, poca puedo prestaros; pero contad con mi sigilo á toda prueba. ¿Me creéis? ¿sí ó no?

FABRIC. Te creemos, sí.

VALERIO. Y en cuanto á nuestros planes, sólo te diré que hoy somos más exaltados que ayer, y que trabajamos por las libertades y derechos del pueblo, por la...

BONAIRE. Sí; ya sé toda la canción...

VALERIO. Estos señores nos persiguen á sangre y fuego, y tratan de exterminarnos como á bestias dañinas. Pueseamos también cazadores intrépidos... y sagaces. Todos los medios son buenos, con tal que conduzcan al fin... (Se levanta, bebe otra vez y brinda). Por el triunfo de la Casa Fuerte, defendida por estos tres valientes campeones...

BONAIRE. (Recogiendo el servicio). ¿Tres?... Yo no.

FABRIC. Contamos á nuestro compañero Berenguer...

BONAIRE. Ya.

VALERIO. Por cierto que me inquieta su tardanza. Mira si viene. (Fabricio se asoma por la puerta del foro).

BONAIRE. (A San Valerio). ¿Y á ese Berenguer, le conozco yo?

VALERIO. No creo... ¡Oh, gran persona, admirable hallazgo para nosotros!

FABRICIO. (Desde la puerta del foro). Ya viene. Como siempre, abstraído y divagando. Se detiene en la sala de armas mirando las panoplias...

BONAIRE. (Asomándose). ¡Ya, ya le veo!... Parece que habla solo, ó con los retratos que hay en las paredes. (Vuelve al lado de San Valerio). Su figura y sus aires son de persona principal.

VALERIO. Primogénito de la casa de Claramunt de Cerdaña. Familia ilustre de las que fueron perseguidas y dispersas el año 14. Estos demonios de realistas mataron al padre, deshonraron á la hermana, é hicieron tabla rasa de todo...

BONAIRE. Y el tal se guareció en Francia... ¿Es valiente?

VALERIO. Como un Cid pobre y olvidado que quiere abrirse camino por la revolución.

FABRICIO. (Llamando á Berenguer desde el foro). ¡Pst... pst... que estamos aquí!



BONAIRE. Ya, ya te entiendo. Este noble arruinado, y que anhela vengar terribles injurias del despotismo, es en vuestras manos...

VALERIO. Un arma...

BONAIRE. Ó una herramienta para demoler...

VALERIO. Eso, eso. Te digo que ni buscándolo con candil se encontraría en toda España un martillo como ese.

## ESCENA VIII

DICHOS; BERENGUER, por el foro, abstraído y hablando solo.

FABRICIO. Chico, despierta...

VALERIO. Berenguer, deja en paz á los espíritus y ven á nosotros.

BERENG. (Pasándose la mano por los ojos). La soledad pavorosa de este caserón y los odiosos emblemas de la tiranía que veo en él... (Observando la estancia). agobian mi espíritu, apagando las memorias recientes y avivando las pasadas.

VALERIO. ¡Cuidado!... No basta transfigurar la persona, los nombres y la palabra...

FABRICIO. Hay que disfrazar hasta los pensamientos.

BERENG. Sí, sí... No temáis que la farsa se malogre por mí. ¿Habéis visto á ese verdugo, á ese monstruo?

VALERIO. ¿Quién?

BERENG. El General matarife, encarnación de una familia de asesinos.

VALERIO. Moderación en la palabra.

FABRICIO. Estamos solos.

VALERIO. No importa.

BERENG. (Alarmado súbitamente al ver á Bonaire). ¿Quién es ese pájaro?

BONAIRE. Yo no soy pájaro, sino un amigo de los amigos de usted.

FABRIC. Es de confianza. Puedes hablar delante de él.

BERENG. ¿Pertenece á nuestra comunidad?

VALERIO. En espíritu sí.

FABRIC. Y en cuerpo.

BERENG. ¿Y sabe que este pobre hidalgo, único resto de una familia destruída por los realistas, se une á vosotros para una empresa de vindicación que ha de ser tan implacable como justiciera? Sí; aquí estamos ya, en la caverna de esas terribles alimañas, decididos á destruirlas, sin temor de obstáculos, de peligros ni de muertes.

BONAIRE. Bien por los hombres intrépidos hasta el delirio.

BERENG. Diabólica aventura es esta. Pero si salimos triunfantes, ¡qué orgullo, qué gloria! Con la ayuda de Dios, sí, castigaremos los crímenes de estos infames sectarios.

VALERIO. Ellos sanguinarios, nosotros más.

FABRIC. (Con saña). Ellos crueles, nosotros feroces.

VALERIO. No haya compasión.

BERENG. ¡Compasión! ¿La tuvieron ellos de mi padre? A manos de aquel tigre que se llamó Barón de Celis, pereció mi familia. Vidas, hacienda, honra, todo fué devorado y destruído. En tierra extranjera, el último de los Claramunt, templando su alma en el infortunio y en la soledad, ha sabido forjarla de nuevo para la venganza. En esa Francia, que ha sido mi amparo y mi maestra, he adquirido la convicción de las justicias populares. Noble naací, pueblo soy, y ofrezco mi sangre para el exterminio de las tiranías, sean cuales fueren, y llámen-se como quieran llamarse.

VALERIO. Bien.

FABRIC. Así te queremos.

BONAIRE. ¡Eh!... Cuidadito... Hablen bajo... Ya no pueden tardar. (Se asoma al foro para vigilar).

BERENG. (Bajando la voz). ¡Ah! ¿No sabéis? En el palacio del Arzobispo vi al Marqués de Tremp, y cuando yo salía, encontré á Susana que entraba.

VALERIO. (A Bonaire). La sobrina del Regente. (Gozoso). ¿Pero ya está aquí?

BONAIRE. Hace dos días que llegó la baronesita de Celis.

BERENG. ¡Siniestro título, á fe mía! Pues al verme se sonrió, sin poder disimular su gozo...

VALERIO. Como que le caíste muy en gracia. Y á ti no te disgustó. ¡Oh! la verdad. Aparte la progeñie, la niña es seductora.

FABRIC. Y muy linda.

VALERIO. Espero que aquí seguirás haciendo lo posible por ganarte su afecto.... (Berenguer, que durante las últimas frases ha caído en profunda meditación, no contesta. Pausa). Berenguer, ¿en qué piensas?

FABRIC. Ese silencio, ¿qué significa?

BERENG. ¡Oh!... no sé... Es que temo...

VALERIO. ¡Temer tú!

FABRIC. ¡Temer un patriota que ha jurado exterminar la tiranía!

BERENG. Pues sí, compañeros míos, me impone temor...

VALERIO. ¿Quién?

BERENG. Esa mujer, Susana. Y os agradecería mucho que la dejárais fuera de todas nuestras combinaciones.

VALERIO. Hijo mío, ¿qué dices?

FABRIC. ¡Estamos lucidos!

VALERIO. Pues si empezamos con sensibilidades, ya verás á dónde vamos á parar.

BERENG. (Con resolución después de vacilar). Bien. Pues lo que queráis. ¿Qué debo hacer?

VALERIO. Muy sencillo. Continuar con sagaz donaire y perseverancia marrullera tu campaña galante.

BONAIRE. Apunten este dato. Quieren casarla con don Juan.

VALERIO. ¡Magnífico! Ya ves. Hijo, todo nos favorece. Dime, Bonaire, ¿es cierto que el titulado General tira bien las armas?

BONAIRE. ¡Vaya!... Aunque comparado contigo, figúrate. Todos los ratos libres los dedica á la esgrima.

FABRIC. ¡Oh, fortuna!

VALERIO. ¡Oh, Providencia!

BONAIRE. (Por Berenguer). ¿Y el señor, tira?

VALERIO. Es mi discípulo, y no te digo más. (A Berenguer con alegría). Chico, estamos en grande.

BONAIRE. (Alarmado). Oído... que vienen. Ya están aquí.

## ESCENA IX

DICHOS y DON JUAN; después, SUSANA y DOÑA SATURNA

JUAN. Señores...

VALERIO. (Presentando á Berenguer). Nuestro compañero Luis Berenguer. (Berenguer hace reverencia).

JUAN. Ya me ha dicho mi tío que le vió á usted en el palacio del Arzobispo. La carta que ha presentado usted pondera su bizarría y su acendrado amor á la tradición.

BERENG. El secretario del señor vizconde de Chateaubriand, y el vizconde mismo, me honran con su indulgencia. (Entran Susana y doña Saturna).

SUSANA. (Aquí está. No me engañaba el corazón). (Saluda ceremoniosamente).

SATURNA. Bonaire. No olvide usted que nos ha prometido hoy otro pastel de su invención.

BONAIRE. Sí, señora. Corro á la cocina... Verán las señoras qué pastel les preparo... Cosa rica. (Vase por la derecha).

SATURNA. ¿Son estos los señores que han venido de Francia á ponerse á las órdenes de la Regencia?

VALERIO. (Con exquisita galantería). Y á los pies de las ilustres damas de la casa de Tresp, el más preciado adorno de la causa realista.

SATURNA. ¡Oh, qué fino y galán!

SUSANA. Se les invita á un baile modestito... un pasatiempo ideado por mí.

VALERIO. Si no estoy equivocado, tengo el honor inmenso de hablar con la nobilísima señora hermana del señor Marqués, celebrada por su conspicuo entendimiento...

SATURNA. ¡Oh! ¡Qué lisonjero!... En Francia habrá usted oído hablar de mí.

VALERIO. Y sé que envía usted diariamente á su amiga la duquesa de Montmorency una relación admirable de lo que ocurre en esta ciudad.

SATURNA. Es cierto, sí... (Embelesada con los elogios). Pronto se conoce al caballero de ley.

VALERIO. En mí no hay más mérito que la sinceridad, señora.

JUAN. (Que ha estado hablando con Berenguer). Querrán ustedes ser presentados al Marqués Regente.

VALERIO. No deseamos otra cosa.

JUAN. (Por Berenguer). Al señor ya le ha visto.

BERENG. Y con su permiso me retiraré. (Se va hacia el fondo recatándose y aguarda á que Susana se quede sola).

SATURNA. Pasen á ver á mi hermano. Ya entra en su despacho. (Mirando por la derecha). Ven tú, niña.

SUSANA. (Buscando un pretexto para quedarse, y mirando á Berenguer, á quien no ven los demás). Voy también... ¿Pero este Bonaire?... (Llamando). ¡Bonaire!... Tengo que decirle... (Va tras doña Saturna, que sale por la derecha oyendo las lisonjas de San Valerio, y cuando todos desaparecen, vuelve al centro de la escena. Berenguer avanza).

## ESCENA X

### SUSANA y BERENGUER

SUSANA. Un momento, un momento nada más. Usted desea hablarme.

BERENG. Y usted á mí.

SUSANA. Yo no. Lo que yo quiero es reñirle.

BERENG. Se lo conocí en la cara cuando la vi á usted en la puerta del palacio episcopal.

SUSANA. Le miré á usted furiosa.

BERENG. Terrible... Por eso me he quedado. Ríñame usted.

SUSANA. Pues... (Recordando). Ya no me acuerdo... ¡Ah! sí... ya, ya.

BERENG. ¿Á ver?

SUSANA. Que salió usted escapado de Foix, como un criminal que teme que le descubran. Al despedirse de mí la última de aquellas dos tardes de paseo y merienda en el bosque, prometió usted visitar á mis primas, con quie-

nes yo vivía, y, efectivamente, si te he visto no me acuerdo.

BERENG. Huí de usted como se huye de un gran peligro.

SUSANA. ¿Peligro yo? Gracias.

BERENG. Su hermosura, su gracia, su ingenio, eran como la atracción de los abismos, cuyo fondo no se ve.

SUSANA. Sí, sí... Esa arña ya me la cantó usted en Foix. Pero yo no le hice maldito caso. Ya le dije que usted no había tenido aún la suerte... ó la desgracia de interesarme. Con todo su rendimiento, el galán no supo comunicar á la dama ni una chispa, ni una, de ese fuego que le devoraba.

BERENG. Es verdad, y sólo me quedaba el recurso de huir de usted. Pero yo, que siempre fui la contradicción viviente, al querer huir del abismo, he corrido tras él.

SUSANA. ¡Farsante! ¿Tengo yo cara de abismo?

BERENG. Sí... Y ojos de insondable profundidad... (Mirándola fijamente á los ojos). que atraen...

SUSANA. (Entre risueña y enojada). Para que se vea lo embustero que es usted... y con qué descaro ensarta las mentiras...

BERENG. ¿Qué?

SUSANA. Señor Berenguer; no hay tal abismo, ni tal atracción. ¡Si no ha venido usted á España por mí, sino por entrar al servicio de la Regencia como absolutista furibundo!

BERENG. Sí; pero...

SUSANA. Que está usted cogido... y ya no le valen sus enredos..... (Afectando desdén y haciendo que se va). Ea, hemos terminado.

BERENG. Todavía no.

SUSANA. Es verdad. Tenía usted que hablarme.

BERENG. Dos palabras.

SUSANA. Pues que sean muy breves.

BERENG. Tengo que suplicar á usted que interceda con el General para que me destine al puesto de mayor peligro; allí donde la muerte sea segura.

SUSANA. (Aflijida). ¡Ay, Dios mío! ¿Quiere usted morirse? No; eso no. (Corrigiéndose). Bueno; pues sí, señor Werther,

muérase usted todo lo que quiera. Ya comprendo que es por desesperación de amante no correspondido. Pues mire usted, eso me gusta mucho.

BERENG. ¿Le gusta?

SUSANA. Sí... que por mí se muera, ó quiera morirse alguien, ¡qué hermoso! Cuando yo era colegiala, soñaba que un galán muy bonito se dejaba matar por mí... Y moría, sí... quiero decir, no moría ni se mataba, porque en el momento preciso llegaba yo, y... Muy bien, señor Berenguer, aplaudo su desesperación...

BERENG. Pero Susana, si este anhelo de morir no es por usted, ni tiene nada que ver con el amor que me inspira.

SUSANA. (Desconcertada). ¡Que no es... que no es por mí! ¡Ay, qué chasco! ¿Por qué no lo dijo usted antes? ¿Y cometerá usted la grosería de querer morirse por otra?

BERENG. Bien sabe usted que sí.

SUSANA. ¿Yo qué he de saber?

BERENG. Si se lo he dicho.

SUSANA. (Incomodada). A mí no me ha dicho usted nada. ¡Pero qué embustero!

BERENG. Haga usted memoria.

SUSANA. ¡Otra, otra!... (Herida su mente por súbito recuerdo). ¡Ah! Ya me acuerdo. Perdone usted. Hoy tengo la cabeza trastornada. Su tedio del vivir es por la soledad en que le ha dejado la muerte de su querida madre. Sí; me lo dijo usted, y yo debí recordarlo. Aquella santa señora, destituida de su posición, indigente, proscrita, no tenía más consuelo de su infortunio que el amor de su hijo. Pues mire usted, Berenguer, yo, sin conocerla más que por lo que usted me ha contado, también la quiero.

BERENG. (Con emoción). ¡Oh, Susana!... En sus ojos conozco que es verdad lo que usted me dice.

SUSANA. Y cuando pienso que fué víctima inocente de estas terribles discordias... créame usted, por eso mismo la quiero más y venero su memoria.

BERENG. ¡Usted!

SUSANA. (Conmovida). Sí... Yo soy así. Me interesa profundamente la nobleza desgraciada, la virtud perseguida, y cuando siento sus ayes de dolor, aunque suenen lejos de mí, allá se me va toda el alma.

BERENG. (Con ardor). Susana, es usted un ángel, y yo debo amarla á usted aunque no quiera, aunque no deba amarla.

SUSANA. (Vivamente). ¿Cómo?

BERENG. Aunque usted no quiera.

SUSANA. Yo no se lo prohíbo. (Recobrando su viveza y coquetería). Lo que haré será no corresponderle... No se puede, no señor... Pero, por Dios, no vaya usted á que le maten. Trate usted de consolarse, de llenar ese vacío...

BERENG. Sólo podrá llenarlo el sentimiento de reparación, Susana; el castigo de los que nos quitaron honra, vidas, hacienda...

SUSANA. Los constitucionales... (Berenguer calla mirando al suelo). Los fanáticos del año 14. ¿Son esos los verdugos de su familia? Conteste.

BERENG. (Decidiéndose á mentir). Sí. Mis enemigos son, y como al propio tiempo lo son de usted, seguro estoy de que la Baronesita de Celis simpatiza con mi venganza.

SUSANA. Pues no señor, ea... Usted no me conoce. La venganza, ese horrible sentimiento que es el soplo de Satanás en nuestros corazones, no cabe en mí. Dirá usted que soy tonta, que desentono aquí, en el seno de mi familia.

BERENG. Sí que desentona.

SUSANA. Advierta que me he criado en ambiente muy distinto del de este horno de rencores. Señor Berenguer, yo le incito á usted á perdonar á sus enemigos.

BERENG. No puedo borrar la historia de mi vida.

SUSANA. ¡Bah! ¡La historia!... ¡historias! Por más que ahora parezca usted tan aferrado á sus odios, acabará por complacerme.

BERENG. Imposible.

SUSANA. Porque yo, aunque usted lo niegue ó lo disimule, le subyugo, le domino...



BERENG. (Asustado). ¡A mí!... ¡Oh! No... Susana, usted no sabe quien soy.

SUSANA. Ya lo iremos sabiendo, señor Berenguer. Es usted rencoroso. He visto en usted al hombre de convicciones exaltadas, á la voluntad delirante y ciega que antepone los furores políticos á los sentimientos más hermosos del alma. Créalo usted: detesto el fanatismo.

BERENG. ¿También el de los suyos?

SUSANA. También... Que no nos oigan.

BERENG. (Me desconcierta, me vuelve loco).

SUSANA. Y como soy así, quiero, fijese usted, quiero que el sectario se humanice y arroje de su alma esas brasas del infierno, perdonando para olvidar y olvidando para perdonar.

BERENG. (Oprimiéndose la cabeza). (¡Oh, Dios! ¿Qué mujer es esta?)

SUSANA. ¿Qué dice usted... qué piensa?

BERENG. Nada... locuras más... que yo la quiero á usted, y no quiero, no debo... En fin, que lo hermoso es imposible... y lo absurdo... es muy bello... No sé... Estoy loco.

SUSANA. (Risueña). Pues yo le voy á curar de su demencia ahora mismo. Venga usted acá. (Le lleva al otro lado). Si usted se humaniza, dispuesta estoy á hacer concesiones. Se ha dicho ojo por ojo.

BERENG. Y diente por diente.

SUSANA. Pues yo digo: corazón por corazón, alma por alma.

BERENG. (Con efusión). Susana, ¿usted me amaré?

SUSANA. Podría ser.

BERENG. ¡Alma hermosa!... No, no... Susana, huya usted de mí.

SUSANA. ¿Qué dice? (Aparecen San Valerio y Fabricio en la puerta de la derecha y observan).

BERENG. No sé lo que digo. Usted me anonada, me desorienta; usted me vuelve el alma del revés...

SUSANA. ¿Y por eso me manda huir? Pues ahora no quiero yo, ea. Prohibo las escapatorias. Señor fanático, oiga usted mi mandato.

BERENG. ¿Qué? (San Valerio y Fabricio aparecen por la derecha y escuchan).

SUSANA. Acepto sus galantes obsequios, y que quiera que no, tiene usted que hacerme la corte.

BERENG. Silencio; nos oyen.

## ESCENA XI

DICHOS; SAN VALERIO y FABRICIO; DOÑA SATURNA, por la derecha.

SATURNA. Niña, no se encuentra ningún músico en el pueblo.

SUSANA. Mejor. No hay que apurarse, tía. Tendremos música.

SATURNA. ¿Cuál?

SUSANA. Tambores, tía, tambores. Mi primo pondrá á mi disposición todos los que hay en la plaza.

VALERIO. Eso es bailar militarmente.

SUSANA. Es que ahora todo debe tener aquí un carácter guerrero. He mandado á Magín que adorne con ramaje los cañones de la esplanada.

VALERIO. ¡Precioso! ¡La guerra disfrazada de paz!

SATURNA. No me gustan disfraces.

VALERIO. Ni á mí, señora.

SUSANA. Pues á mí sí. Todo es más bello cuando parece lo que no es.

BERENG. (¿Qué dice?)

SATURNA. ¡Qué niña esta!

SUSANA. ¿Vendrán al baile?

FABRIC. ¿Cómo no?

SUSANA. ¿Y el señor Berenguer?

BERENG. También. Y bailaré con usted, si me concede este honor.

SUSANA. Concedido. Vamos, tía. Inspeccionemos nuestro salón al aire libre.

SATURNA. Pero ¿quién es éste?

SUSANA. Un realista furioso que á mí me hace mucha gracia. Verá usted. (Sale con su tía ponderándole con ademanes muy vivos las rarezas de Berenguer).

## ESCENA XII

BERENGUER, meditabundo; SAN VALERIO y FABRICIO

VALERIO. (Que ha observado con recelo á Berenguer y á Susana en la anterior escena). No olvides tu compromiso.

BERENG. Si os he vendido el alma... ¿Qué debo hacer?

VALERIO. Te lo diremos á su tiempo. Por de pronto, perseverancia, astucia y mala sangre. La niña bonita, esa preciosa víbora del absolutismo, puede ser en nuestras manos un resorte... ¿sabes? Además, si consigues que te ame, no te conviertas en guardador de su honra. Guárdala como guardó su padre la de tu hermana.

BERENG. (Con súbito coraje, echándole mano al cuello). ¡Calla, ó te...!

VALERIO. Suelta... (Berenguer le suelta). Bien, bien. Me gusta ese coraje.

FABRIC. ¿Eres nuestro? ¿sí, ó no?

BERENG. Vuestro, ó del diablo, que es lo mismo.

VALERIO. Bien. ¿Sostienes lo que jurastes?

BERENG. Lo sostengo, como caballero que soy.

VALERIO. (Saca una medalla del pecho, pendiente de una cinta morada). Júralo aquí, sobre la insignia de los caballeros comuneros, el escudo de Padilla.

BERENG. (Tocando la medalla). Lo juro. Os pertenezco. Afiliado á vuestra facción, mandadme, y os obedeceré ciegamente.

VALERIO. ¿Juras no retroceder ante ninguna prueba, ante ningún sacrificio, por tremendo que sea?

BERENG. Lo juro.

VALERIO. (Guardando la medalla). Está bien... Ahora, calma, vigilancia... y mala intención. Seamos zorros antes de ser tigres. (Suenan dentro tambores con aire de minuetto).

FABRIC. El baile.

BERENG. (Recordando). ¡Ah!... Susana...

VALERIO. Sales á la esplanada, y bailas con ella.

BERENG. Voy... (Andando mecánicamente). No tengo voluntad.

### ESCENA XIII

DICHOS; DON JUAN, por la derecha, y por el foro BONAIRE,  
con un manajo de llaves.

JUAN. (Sorprendido de verles). Creí que estaban ustedes en el baile.

VALERIO. Allá íbamos.

BONAIRE. Ya tienen los señores preparado su alojamiento.

JUAN. Querrán descansar.

VALERIO. Pero nuestro amigo Berenguer, carácter festivo y bullicioso, prefiere la diversión al descanso.

BERENG. Es que me permití invitar á la Baronesita de Celis, y ella se dignó aceptar. Pudiera creer que es descortesía...

JUAN. (Mirándole fijamente, receloso). ¡Oh, no!... ¿Y si ocurriese el caso de que tuviera usted que prestar servicio militar inmediatamente?...

BERENG. Estamos á las órdenes de vucencia.

JUAN. (Buscando un pretexto para impedir que vayan al baile). ¿Son ustedes aficionados á la esgrima?

VALERIO. (Por Berenguer). Éste tira regular.

JUAN. ¡Oh, dicha! Es mi afición favorita, y me precio de no ser mal tirador. Ea, propongo un asalto. Mientras la gente frívola se solaza en el baile, entretengamos nosotros los ocios de este día feliz con un ejercicio varonil y guerrero.

BERENG. Como vucencia guste.

JUAN. (Cogiendo de una panoplia los floretes y caretas). Empecemos...

### ESCENA XIV

DICHOS; SUSANA, DOÑA MONSA, DOÑA SATURNA  
y dos ó tres Oficiales, por el foro.

SUSANA. Pero ¿no vienen al baile? Señor Berenguer, estoy esperando...

BERENG. El General prefiere al baile la esgrima.

JUAN. Es mi pasión.

SATURNA. Yo quiero verlo... (Adelantan al proscenio, y Magín las pone sillas).

SUSANA. Yo también.

MONSA. Mi hijo es un tirador formidable.

SUSANA. Berenguer también.

SATURNA. ¿Tú qué sabes?

SUSANA. Me lo figuro. (Coge cada cual su florete y se colocan).

VALERIO. (Aparte á Berenguer, con disimulo). Disimula tu destreza...

SUSANA. Que continúen bailando. Ya volveremos.

BONAIRE. (Gritando desde la puerta á los que están dentro). Que siga el baile. ¡Viva el Rey absoluto! (Contestan dentro al viva. Suenan tambores).

JUAN. (Esgrimiendo los floretes). En guardia.

FIN DEL ACTO PRIMERO





# ACTO SEGUNDO

---

Pasadizo cubierto entre la iglesia de San Juan y otro edificio antiguo destinado á cuartel y pabellones de oficialidad. Techo de bóveda, construcción de sólida arquitectura, con dos gruesos pilares románicos en la embocadura ó rompimiento. A la derecha, el pórtico de la iglesia, convertida en hospital. A la izquierda, una puerta pequeña que conduce á las viviendas de Berenguer, de San Valerio y Fabricio. En el pilar de la izquierda, un farol grande encendido.

Tras el rompimiento, una calle con paso practicable por uno y otro lado.

Hacia la derecha, el palacio de la Regencia, del cual se ve un esquinazo. Es de noche.

Al alzarse el telón, óyense vivas á la Regencia y al Rey absoluto.

## ESCENA PRIMERA

DOÑA SATURNA y CASTELL, que salen de la iglesia por el foro; después, MAGÍN, BONAIRE y FABRICIO; luego, SAN VALERIO

SATURNA. ¡Qué alboroto!

CASTELL. Entusiasmo, señora. Es la partida de Romagosa, que sale al campo.

SATURNA. ¡Dios mfo! Ocho días de horrorosos combates. Y tantos heridos nos mandan acá, que ya no tenemos manos para socorrerlos, ni aun sitio donde colocarlos. (Magín, herido, entra por el foro, sostenido por Bonaire y Fabricio).

CASTELL. Aquí nos traen otro.

SATURNA. Magín... ¡pobre Magín! (Acudiendo á él). ¿Es grave? (Magín no contesta. Bonaire indica con un gesto que es herida grave). Todo sea por Dios... Ponedle aquí, hasta ver dónde podemos colocarle. (Le sientan en el banco).

CASTELL. En San Roque está todo lleno.

BONAIRE. ¿No podríamos acomodarle aquí, en el hospital de oficiales?

CASTELL. Ya no hay camas.

SATURNA. (Colocando al herido). Magín, ánimo. Tus heridas no serán cosa mayor.

MAGÍN. (focándose el cuerpo). No sé... Dios me favorezca. (Quejándose). ¡Ay, ay!

SATURNA. (Al Oficial). Vaya usted á San Roque á ver si han llevado más heridos. Ni allá ni aquí faltarán camas. Nosotras, las damas ilustres de la casa de Tresp, dormiremos en el suelo para que los defensores del Rey absoluto tengan lecho cómodo. Vaya, vaya usted.

CASTELL. Al momento. (Vase).

SATURNA. (A Fabricio). ¿Y el señor de San Valerio? (Señalando á la izquierda).

FABRIC. Creo que está durmiendo.

SATURNA. Si despertara le suplicaría que me acompañase á casa con un par de hombres.

VALERIO. (Apareciendo en la puerta de la izquierda). Aquí está San Valerio, siempre á las órdenes de la ilustre señora.

SATURNA. Dios se lo premiará. (Vuélvese hacia Magín para darle ánimos).

FABRIC. (A San Valerio, pasando ambos á la izquierda). Iré yo, si quieres.

VALERIO. No; yo. Me interesa mucho conocer las interioridades de aquella vivienda. Ocúpate en pagar á esos lo convenido y en prevenir á todos... Sigilo y prudencia... calma, vigilante, ¿sabes? (Cuchichean un momento).

SATURNA. (A Magín). Un poco de paciencia, Magín, y te instalaremos holgadamente.

VALERIO. Cuando usted guste. (Fabricio se va por la izquierda).

SATURNA. Mucho le agradezco esta nueva prueba de su delicadeza y atención.



VALERIO. Señora... Militar y caballero es lo mismo. (La conduce por el foro, haciendo extremos de cortesía).

## ESCENA II

### BONAIRE y MAGÍN

- BONAIRE. Bien, bien, Magín. Estás herido, gravemente herido. Puede que te mueras; puede que te salves... Y qué, ¿vamos ganando?
- MAGIN. Sí. Pero el Rey, nuestro señor, acuérdate de lo que te digo... no recobraré su trono absoluto.
- BONAIRE. ¿Por qué?
- MAGIN. Porque lo que ganamos por las armas, lo quita la traición. Amigo Bonaire, créelo como Dios es nuestro padre: hay traidores en la plaza.
- BONAIRE. ¿Qué me cuentas? ¿Tú sospechas?...
- MAGIN. No sospecho; sé. Lo descubrimos anoche Mongat y yo.
- BONAIRE. Mongat ha muerto.
- MAGIN. Y á mí me falta poco. Oye: á ti te lo cuento, á ti solo. (Con sigilo). El tal San Valerio y el tal Fabricio son perros liberales de la piel de Robespierre maldito.
- BONAIRE. (Con aspavientos de asombro). ¡Jesús!
- MAGIN. ¿Quieres saber más? Los veintitantos hombres que entraron ayer, también vienen con las de Caín.
- BONAIRE. ¡Por San Odón bendito!
- MAGIN. Nada, que tenemos á Judas en casa.
- BONAIRE. (Tomándole el pulso). Amigo Magín, tú tienes fiebre, y te ha entrado el delirio.
- MAGIN. Ya me lo dirás cuando veas que se alzan con la plaza, pasando á cuchillo á toda la guarnición y personajes, desde los Regentes serenísimos al último furriel.
- BONAIRE. ¡Abrete tierra y tráganos!
- MAGIN. Milagro fué el descubrirlo... Oye... Mongat y yo hicimos nuestro dormitorio en la ermita de San Odón. Allí nos metimos. Entraron Fabricio y el otro, y creyéndose solos, hablaron...

BONAIRE. Ya... Pues todo eso lo soñásteis el pobre Mongat y tú...

MAGIN. (Perplejo). ¿Lo soñoríamos? ¿Crees tú que lo soñaríamos?

BONAIRE. Sin duda. Mongat no despertará más.

MAGIN. Y yo... ¿Estoy yo vivo, estoy despierto?

BONAIRE. Sí, sí; pero no estás en tus cabales, créeme á mí...

MAGIN. ¿Me habré yo muerto sin saberlo?

BONAIRE. Todavía, no. Pero para estar tranquilo debes imitarme; ser lo que yo soy...

MAGIN. Y tú, ¿qué eres?

BONAIRE. Filósofo.

MAGIN. ¿Pues no eres pastelero?

BONAIRE. Pero lo uno no quita lo otro. Puede haber en una pieza pasteles y filosofías. Dime tú, ¿para qué le sirve á uno la vida, esa gran bribona de la vida? Para sufrir, para rabiarse, para que éste y el otro le mortifiquen á uno y le achicharren la sangre. (Magin cierra los ojos). Animo: voy á darte ahora un poquito de aguardiente. (Se lo sirve de una frasería que lleva al cinto).

MAGIN. Esta filosofía sí que me gusta.

BONAIRE. (Destornillando la tapa que hace de vaso). ¡Verás qué rico!... Pues sí; convéncete de que el morirse uno es la única cosa buena que hay en la vida... ¿Qué tal te sientes ahora?

MAGIN. (Después de beber). Mejor. Parec que me vuelve la vida...

BONAIRE. ✂ ¡La vida! ¡Já, já!... Fíate de esa embustera sin vergüenza...

MAGIN. Digas tú lo que quieras, la muerte es muy fea...

BONAIRE. Todo es comparar, Magín. Yo te aseguro que el enemigo, disparándonos á quemarropa con cien fusiles, es más bonito que mi mujer.

MAGIN. ¡Hombre!

BONAIRE. Y que mi suegra es más horrorosa que una batería de cañones apuntando á nuestros pechos...

MAGIN. (Animándose). Pues mira... Ya soy otro... ✂

BONAIRE. No te fies.

MAGIN. ✂ Dame más. (Saboreando el aguardiente). ¡Qué rico! (Ento-

nándose y poniéndose derecho). Nada; que yo estoy bien, pero muy bien.

BONAIRE. Ponte en lo peor, te digo... y acertarás. (Bebe otro poco). Yo te pregunto: ¿qué saca uno de vivir?

MAGIN. Y de morirte, ¿qué sacas?

BONAIRE. Pues saco... ahí es nada... No ver más la jeta de aquellas harpías feroces, ni oír sus chillidos broncos, ni recibir sus manotazos, estrujones y mordiscos... Saco el finiquito de cuentas con mis acreedores; saco el librarme de tanto pillo, de tanto necio, de aquel que me injuria, de estotro que me engaña... ¡De buena gana, te lo juro, me pondría yo en tu lugar; digo, que quisiera estar en tu pellejo! ¡Qué gusto morirse! Y como es en defensa de los santos principios, se va uno derechito á la gloria, donde no ve más que caras de ángeles graciosos y de serafines guapísimos.

MAGIN. Pues yo quiero vivir... (Animándose más). ¡Por San Odón! Yo quiero ver caras de personas mortales, aunque sean caras de traidores, que es lo que más aborrezco.

BONAIRE. (Cerrando la frasquera). ✱ Y á propósito, eso que has descubierto, ¿es verdad, ó no es verdad? yo no lo sé.

MAGIN. ✱ Tan verdad como que estamos aquí.

BONAIRE. ¡Qué tonto! ¡Y tú puedes asegurar que estamos aquí?... Sé filósofo, Magín amigo, y no afirmes nada tocante á la parecencia ó desaparecencia de las cosas, y di como yo que no sabemos si estamos aquí, ó en el otro mundo... ó en aquél... ó en el propio Limbo celeste ó acuático.

MAGIN. (Tocándose). No sé... pero lo que es muerto, á fe de Magín, que no lo estoy. ✱

BONAIRE. Vivas ó mueras, yo voy á darte un buen consejo.

MAGIN. A ver.

BONAIRE. De lo que oíste á San Valerio y á Fabricio no digas una palabra al General ni á nadie, porque te marearán á preguntas y no te dejarán descansar tranquilo... Como se te escape algo, en seguida empieza la indagatoria... y que declares y que jures... ¡Ay, pobre de ti entonces!

MAGIN. No; yo debo decir...

BONAIRE. Sigue mi consejo y no te metas en historias. Figúrate que ellos niegan, y no puedes probarlo... Pasarás por embustero calumniador... digo, ¿y si les da por vengarse de ti?

MAGIN. Voy creyendo que tienes razón.

BONAIRE. Ten por seguro que en esos dimes y diretes habrías de irritarte, encolerizarte... ¡Bonito negocio! Como que sin comerlo ni beberlo te morirías en pecado mortal.

MAGIN. Eso no, ¡voto va!

BONAIRE. Tú te callas, y muy agasajadito en tu cama de finas holandas, la cama de las señoras, perdonas á todo el mundo, y mientras llega el dulce trance, te cuidan las niñas bonitas del pueblo... y vengan calditos y vino blanco, y tal vez buenos tragos de aguardiente... Conque...

MAGIN. Y si me muero, ¿me callo también?

BONAIRE. ¡Hombre!

MAGIN. Quiero decirte...

BONAIRE. Comprendido. Después de muerto puedes hablar todo lo que quieras... Se lo cuentas á San Pedro y á...

MAGIN. Quiero decirte que en el caso de que me sienta moribundo... pues... si debo callar.

BONAIRE. Claro que sí... callar siempre, siempre...

### ESCENA III

DICHOS; DON JUAN, DOÑA MONSA, BONALD  
y dos Ordenanzas, por la derecha.

MONSA. (Acudiendo á Magín). ¡Pobrecito Magín!... Ya puedes entrarle aquí. (Por la derecha).

JUAN. ¿Hay sitio?

BONALD. El que han dejado los dos que acaban de morir.

MONSA. Ven... vamos. (Ayudando á transportar á Magín). Para éste y otros de preferencia se traerán nuestras camas.

BONALD. (Que á ido hacia el fondo). Mi General, vienen más heridos...

JUAN. A San Roque.

BONALD. Mi General, no hay sitio.

JUAN. (A gritos, con humor endiablado). Pues pídaselo usted al demonio. (Vase Bonald por el foro. Don Juan se pasea por la escena muy agitado).

MAGIN. (Conducido al hospital en brazos de Ordenanzas). Bonaire amigo, no me abandones.

BONAIRE. Contigo voy. (Le llevan por la derecha, Bonaire cogiéndole la mano, doña Monsa le acompaña hasta la puerta, y vuelve luego hacia su hijo, mostrando inquietud).

#### ESCENA IV

DOÑA MONSA y DON JUAN, que, impaciente, tan pronto recorre la escena como se pára ante la puerta de la izquierda y aplica el oído á ella.

MONSA. Pero qué, ¿te quedas aquí?

JUAN. (Muy displicente). Sí.

MONSA. ¿Buscas á alguien?

JUAN. Sí. (Párase ante la puerta, y la empuja á ver si está abierta).

MONSA. ¿Esperas que salga?

JUAN. O que entre... (Va hacia el fondo, mira y vuelve).

MONSA. Pero ¿no quedamos en que irías á despachar á casa? Te esperan los secretarios de Guerra y Hacienda.

JUAN. Sí... pero ya no voy.

MONSA. ¿Temes que Mina, con los refuerzos que ha recibido, ponga en un aprieto á la Regencia?

JUAN. Sí.

MONSA. (Remedándole). «Sí, no...» Lacónico estás. ¿Te inquieta el número exorbitante de heridos?

JUAN. No; los heridos ó se curan ó se mueren. Dios cuida de ellos.

MONSA. ¡Ay! Y de nosotros, ¿qué hará Dios?

JUAN. Lo que le dé la gana.

MONSA. ¡Vaya un humorcito!... (Deteniéndole y abrazándole). Ven acá... Hablame con franqueza. ¿Es que ya no tienes fe en la causa?

- JUAN. En la causa sí.
- MONSA. ¿Y en el valor, en la constancia de los leales?
- JUAN. De nada vale la lealtad cuando la corrompe la traición.
- MONSA. ¿Traición has dicho?... Hijo mío, ¿sospechas de alguno?
- JUAN. Sí.
- MONSA. ¿De quién?
- JUAN. (Enérgicamente, señalando al cuarto de Berenguer). De ese.
- MONSA. ¿Quién vive ahí?
- JUAN. Berenguer.
- MONSA. ¿Y sospechas también de San Valerio y de Fabricio?
- JUAN. No; son honrados. Por mis espías sé que vigilan á su compañero.
- MONSA. Pero ¿fundas tu sospecha en algo real?
- JUAN. En nada real la fundo... (Recordando). ¡Ah! Sí... En los asaltos con que solemos entretenernos oculta su destreza, y se reserva los hábiles golpes que, sin duda, sabe.
- MONSA. Eres un niño. En algo más te fundarás para acusarle.
- JUAN. (Con alarde de franqueza ruda). Pues bien; le acuso porque le detesto... Ya ves; te descubro mi alma toda entera.
- MONSA. Toda no... Descubre más... Le detestas porque estás celoso.
- JUAN. Sí, madre... ¡Celoso! Me declaro culpable de esa ridiculez.
- MONSA. Tus celos podrán ser infundados...
- JUAN. No lo son. (Furioso). Madre, no me contradiga usted, no defienda á quien me mata, á quien me crucifica.
- MONSA. ¡Dios mío, qué carácter!
- JUAN. Sí... Soy terrible... Así me hizo Dios; así me trajo usted al mundo.
- MONSA. Sosiégate... Reflexiona... Digas lo que quieras, yo dudo que Susana...
- JUAN. No dudes... Es mala, mala.
- MONSA. Pero ¿qué ha hecho, Dios mío?
- JUAN. Olvida su decoro y el de la familia.
- MONSA. Mira lo que dices. Quizás algún coquetismo inocente...
- JUAN. ¡Coquetismo inocente sus entrevistas secretas con Berenguer!

MONSA. ¿Dónde?

JUAN. Aquí... En la muralla... no sé. Sus visitas á los hospitales, tanto ir y venir so color de cuidar heridos, no son más que el disimulo de su liviandad.

MONSA. ¡Ofuscación! Los celos te ciegan.

JUAN. No me ciegan, me iluminan. Son como la fe.

MONSA. ¡Oh, qué delirio!

JUAN. ✱ A la luz de mis odios veo las honduras negras del alma de Berenguer. Ese hombre no es lo que parece. Es la serpiente criada en la podredumbre de las logias, y que, arrastrándose, viene hasta nosotros y nos acecha para matarnos, no con su fuerza, sino con su veneno.

MONSA. Hijo del alma, me aterras. ✱

JUAN. (Con amargura rencorosa). Vivimos en pleno terror. España es una jaula de locos delirantes. Las ideas no son ya ideas, sino furores. Luchamos ellos y nosotros, no por vencer al contrario, ni aun para someterlo, sino para destruirlo. Por mi parte, exterminaré y arrasaré cuanto se me ponga por delante... No hay remedio; los desprecios de una mujer son nubes tempestuosas que en alguna parte y de algún modo han de causar estragos.

MONSA. ✱ ¿Qué haría yo para librarte de esa horrible aprensión? (Con una idea feliz). Hijo mío, sea ó no culpable Berenguer, mándale hoy mismo á la facción del Trapense, que es la que opera más lejos.

JUAN. ¡Y se iría riéndose de mí!... No, madre. Podría su doblez ser más perniciosa en otra parte. (Con saña). No; aquí vino con las artes de Judas, fingiéndose amigo para herirnos, para deshonorarnos... Pues aquí se queda, aquí.

## ESCENA V

DICHOS; DOÑA SATURNA y BERENGUER, por el foro; al fin de la escena, CASTELL y BONALD

BERENG. (Viendo á doña Monsa al entrar). Aquí está, señora.

SATURNA. Gracias á Dios que te encuentro.

MONSA. Pero ¿qué es de ti?

SATURNA. Buscándote por todas partes. Gracias al señor de Berenguer, cuya finura y amabilidad merecen mi reconocimiento (Se hacen ambos una reverencia), he podido franquear ese laberinto de patios llenos de pertrechos, y tantos baluartes y galerías.

MONSA. Pero ¿no ibas con San Valerio?

SATURNA. Sí. Por cierto que rectifico la opinión que de la cortesía de ese sujeto había formado.

JUAN. Pues ¿qué ha ocurrido?

SATURNA. Figúrense ustedes... Acompañóme á casa, y al llegar allá, no hacía más que correr de sala en sala... Es inteligente, eso sí, en cuadros, tapices y bargueños. Pues señor, concluyo mi tarea; hago desarmar las camas; dispongo lo que ha de ser llevado á San Roque y aquí, y cuando quiero salir, busco á mi caballero *servente*, y no le encuentro por parte alguna.

MONSA. ¿Voló?

BERENG. Sin duda exigencias del servicio...

SATURNA. No hay servicio que deba anteponerse á las atenciones que merecen las damas... Y lo más extraño es que se quedó con mi ridículo.

JUAN. Ya parecerán el ridículo y el hombre.

SATURNA. Sí, sí; disculpáis la descortesía, la falta de buenas maneras, sin reparar que esa es la verdadera causa de que se entronicen las revoluciones. Ya no hay caballeros... Ved como sube y nos ahoga la desvergüenza popular.

JUAN. Sin duda.



SATURNA. Pero en fin, ya estoy aquí, gracias á la amabilidad de este señor, que se ha dignado acompañarme.

JUAN. (Displicente). ¿Y qué hacía en aquella parte de la ciudad el señor de Berenguer?

BERENG. Iba en busca de vuccencia para permitirme hacerle una petición.

JUAN. ¡Qué casualidad! Yo vine aquí en busca de usted con deseos de hablarle.

BERENG. A las órdenes de vuccencia.

SATURNA. (A doña Monsa). Tú dirás si vamos á San Roque.

MONSA. Iremos, sí.

SATURNA. He mandado á Susana que cuide con sus amigas de vigilar el servicio en el hospital de oficiales.

JUAN. (Vivamente). No hace falta.

MONSA. Vigilaremos nosotras. Y mi parecer es que prohibamos á la niña salir de casa. (Consulta con una mirada á don Juan, el cual lo aprueba. Oyese marcha fusilera con pifanos y tambores. Entran por el foro sucesivamente Castell y Bonald).

SATURNA. La Regencia sale del solemne rosario en Santa María, y se dirige á su palacio...

CASTELL. Mi General, los señores Regentes desean que vuccencia asista á la sesión... Asisten también todos los secretarios del despacho y el prior de Dominicos.

BONALD. Mi General...

JUAN. (Muy displicente). ¿Qué?... ¿qué más?

BONALD. En la Ciudadela esperan á vuccencia las fuerzas que van á salir.

JUAN. (Colérico). Pero ¿tengo yo veinte cuerpos? Al castillo, á la Regencia, al hospital, ¡al demonio!

MONSA. (Procurando apaciguarle). ¡Hijo, por Dios!...

SATURNA. (A doña Monsa). Vámonos ya.

MONSA. Voy. (Aparte á don Juan, aludiendo á Berenguer, que permanece alejado del grupo principal). Haz lo que te dije... Aléjale... Tierra por medio.

JUAN. Ya, ya... ¡Tierra... se pondrá! (Don Juan hace á los Oficiales seña de que se retiren, y se van acompañando á las señoras).

## ESCENA VI

### DON JUAN y BERENGUER

JUAN. ¿Tenía usted que hablar conmigo?

BERENG. Sí, mi General.

JUAN. Yo también con usted.

BERENG. Pues hable primero vuecencia.

JUAN. No; primero usted.

BERENG. La gerarquía exige...

JUAN. Usted primero. Lo mando.

BERENG. Obedezco. Pues quería suplicar á vuecencia que me destine á las partidas que operan fuera de la plaza.

JUAN. (Con ironía). Desea usted combatir.

BERENG. Sí, mi General.

JUAN. Comprendo y aplaudo su ardimiento. Pero militares de tanta valía, de lealtad tan probada, son más necesarios dentro que fuera de la plaza.

BERENG. Estoy á sus órdenes.

JUAN. Y ahora yo. Señor Berenguer, voy á dar á usted la mejor y más gallarda prueba de confianza. Usted arde en deseos de probar su destreza, su arrojo en defensa de los grandes principios.

BERENG. Es verdad. Los grandes principios, la justicia sobre todos, me trajeron aquí.

JUAN. Ese amor á la justicia invoco yo para asociarle á un trabajo menos brillante, pero más fecundo que las operaciones militares.

BERENG. Vuecencia dirá.

JUAN. Sospecho, mejor dicho, sé que dentro de la plaza hay traidores. Pero no puedo señalarlos... no los conozco.

BERENG. ¿Y qué?

JUAN. Que yo encargo á usted la delicada misión de descubrirlos.

BERENG. Mi General, estimando la confianza, debo decir á vuecencia que no soy espía ni polizonte.

**JUAN.** ¿Se ofende usted?... Espero que el señor Berenguer lo pensará mejor y comprenderá que cuantos defienden al Rey absoluto están obligados á servirle en aquello que se les encarga.

**BERENG.** Yo...

**JUAN.** (Sin dejarle continuar). Permítame usted. A media noche le espero en mi sala de armas con las noticias que haya podido adquirir, y que desde luego aseguro han de ser preciosas. En cuanto me las comunique, celebraremos el descubrimiento con un asalto.

**BERENG.** Está bien.

**JUAN.** A florete sin botones, ó á espada española, como usted quiera.

**BERENG.** Lo que vucencia guste.

**JUAN.** Sí; porque de otro modo, la esgrima es juego de chicos, impropio de usted y de mí. ¿No piensa usted lo mismo?

**BERENG.** Exactamente.

**JUAN.** Y no digo más.

**BERENG.** Y es bastante.

**JUAN.** Hasta la noche, señor de Berenguer.

**BERENG.** Mi General, hasta la noche. (Vase por el foro).

## ESCENA VII

### BERENGUER y BONAIRE

**BERENG.** (Con amargura y desaliento). ¡Ah, tirano rencoroso! Quieres someter mi vida y la tuya al juicio de Dios. No; juicio no. La vida me pesa como una maldición, y te la entrego. Quítamela, y te lo agradeceré.

**BONAIRE.** (Por el foro derecha, muy asustado y descompuesto). ¡Al campo, al fuego! Quiero una bala, una santa bala que me quite esta vida indecente. (Se pasea muy agitado por la escena).

**BERENG.** ¿Qué tienes, Bonaire?

**BONAIRE.** ¿Qué he de tener?... nada, que me voy á la facción ahora mismo en busca de mi salud, que es la muerte.

BERENG. Lo mismo digo de mí. Pero yo no salgo. Aquí encontraré mi remedio. ¿Qué te pasa?

BONAIRE. ¡Que están ahí!

BERENG. ¿Quién?

BONAIRE. ¿Quién ha de ser sino las mismísimas potencias infernales? Mi mujer y mis cuatro suegras; digo, dos. ¡Ay! anoche tuve los primeros barruntos de que vendrían. Me dolían todos los huesos, graznaban las lechuzas, y en el cielo vi unas nubes muy feas en figura de dragones, dromedarios y salamandras. ¡Infeliz de mí! Han llegado hoy, y están en la casa del Marqués de Trempe. Mi mujer es prima de Blasa. Vienen á buscarme... (Llorando) y á pedir á la Regencia que me entreguen á ellas vivo ó muerto. No; vivo de ninguna manera. Les entregarán mi cadáver.

BERENG. Tu ves fantasmas, pobre Bonaire.

BONAIRE. ¡Ah! No son fantasmas, sino demonios reales y monstruos efectivos. Yo no los he visto; pero me lo ha dicho Blasa, que vino á traerme un recado para usted.

BERENG. ¿Qué?

BONAIRE. (Desmemoriado). ¿Qué?... Pues se me ha ido de la cabeza... ¿Qué era, Señor?... Vaya una tontería olvidásemelo... ¡Ah! Pues que esta noche vendrá doña Susanita...

BERENG. ¿Es de veras? (Disgustado).

BONAIRE. Sí. Le han mandado que no salga. Pero ella, como es así, se escapará luego con Blasa y vendrá al hospitalito, de donde se dejará caer aquí como al descuido... Conque ya lo sabe, para que la espere...

BERENG. Pues me harás el favor de ir en busca de Blasa y decirle...

BONAIRE. ¡Yo!

BERENG. Sí; que advierta á Susana que no venga. Sé que la vigilan...

BONAIRE. ¡Yo... yo ir allá, yo!... Pero ¿está usted loco? Ni por todo el oro del mundo, ni por una corona imperial voy yo ahora á la casa de Trempe.

BERENG. ¡Qué tonto!...

BONAIRE. Pídame usted que me meta en una cueva de leones hambrientos; pero no me pida que vaya donde sé que están mis verdugos... No, no. Yo me voy al campo, á la facción. Señor Berenguer; vámonos juntos, puesto que ambos nos tenemos por desgraciados. Huyamos de este infierno, y busquemos ante el enemigo la gloria y la dicha del morir.

BERENG. Yo no puedo salir ahora.

BONAIRE. Pues sepa que usted y sus amigotes corren peligro... ¡Pero qué peligro, San Odón de mi alma! Un guerrillero que ya está gozando de Dios, y otro que está gravemente herido, pero que no quiere morirse ni á tiros, saben... vamos, que oyeron hablar á San Valerio y á Fabricio... ¡Ay! Pongámonos en salvo, Berenguer amigo.

BERENG. No... yo no puedo. ✱ ¿Qué temes? Que alguien descubra y delate... Por mí nada me importa ya. La mentira en que vivo llena mi alma de una consternación indecible. Esta máscara infame me quema el rostro. Me la pusieron, me la puse, celebrando un pacto con el infierno, en momentos de obcecación... ¡Ay! hora tremenda, de angustia y pavor... mi madre moribunda, yo amenazado de nuevas persecuciones. Pero ya no más, ya no más. Mi conciencia estalla. No puedo mentir. Prefiero la muerte á la ignominia. Morir, sí, y quédense en manos de Dios todas las venganzas y todas las justicias. ✱

## ESCENA VIII

BERENGUER, BONAIRE y SAN VALERIO

VALERIO. (Presuroso por el foro). ¿Estás aquí?... He visto todo el interior de la casa de Tresp, y traigo el plano aquí (En la mente), y en el ridículo de la señora diplomática (Mostrando el ridículo de doña Saturna). dos cartas preciosas...

BERENG. ¿Persistes en llevar adelante tu plan?

VALERIO. Si no nos matan de aquí á la madrugada, el sol de mañana no alumbrará la Regencia de Urgell. (Mirando al Palacio de la Regencia).

BERENG. ¿Has pensado en el riesgo inmenso?...

VALERIO. He pensado todo lo que puede pensar la audacia. Tu frialdad ve los peligros... Mi entusiasmo ardiente no quiere verlos.

BONAIRE. (¡Dios nos asista!)

BERENG. Yo no temo por mí, sino por vosotros.

VALERIO. Yo por nadie temo. Todo está prevenido; imposible retroceder... Muerte y destrucción. Perezca el servilismo. El gran principio que defendemos todo lo santifica. (A Bonaire). Oye... ¿Sabes tú quién podría llevarme un aviso al Coronel Rotten?

BONAIRE. ¿El que manda las avanzadas de Mina?

VALERIO. Sí... y pronto, ahora mismo.

BONAIRE. Pues para esa comisión se necesita al hombre más bravo del mundo.

VALERIO. Tiene que franquear las líneas de la facción de Misas y Romagosa.

BONAIRE. Es preciso ser pájaro, lagarto y león, todo en una pieza. Y de esa casta de fenómenos no existe más que uno en la tierra.

VALERIO. Y eres tú.

BONAIRE. Que á estas cualidades añado la precisión absoluta de tener que salir de la Seo huyendo de las furias que me persiguen. Yo llevo el parte.

VALERIO. Bien: pruébame tu valor y tu sutileza.

## ESCENA IX

DICHOS; FABRICIO, por el foro, presuroso y con recelo de ser visto en la calle.

FABRIC. Aquí estoy.

VALERIO. Creí que no llegabas. (Aparte los dos á la izquierda).

FABRIC. Pues no sé... ¿Te parece que ha sido poca tarea? Con

tanto sigilo y tal exceso de precauciones, imposible andar muy deprisa.

VALERIO. Bueno, ¿qué hay?

FABRIC. Decisión, entusiasmo, coraje. Todo prevenido.

VALERIO. ¿No nos faltará alguno en el momento preciso?

FABRIC. Ninguno. Respondo con mi cabeza.

VALERIO. La ocasión que hemos escogido no puede ser más oportuna.

FABRIC. Esta noche no pasa de setenta hombres la guarnición de la plaza. Me lo ha dicho Berenguer.

VALERIO. ¿Sabes que de éste no me fío?

FABRIC. ¿Que no? (Durante este diálogo, Bonaire se ha acercado á Berenguer, y con vivos ademanes le quiere convencer de la necesidad de huir).

VALERIO. Berenguer.

BERENG. ¿Qué mandas?

VALERIO. Se aproxima el instante decisivo. La gloria y la muerte nos contemplan. A ti no pienso confiarte en esta locura... porque locura es de las que conducen á la perdición ó á la victoria... no te señalo, digo, ningún servicio de carácter militar...

BERENG. ¿Pues qué? ¿Qué tengo que hacer?

VALERIO. Ante todo, no habrás olvidado tu compromiso.

BERENG. No puedo olvidar que he venido aquí contratado de revolucionario y conspirador. He jurado fidelidad á vuestra bandera, cuyos lemas son la intriga tenebrosa y la guerra de exterminio.

VALERIO. Vamos al caso. Esta noche tienes entrevista con Susana

BERENG. No sé... No debe venir.

VALERIO. Pero viene. Yo lo sé.

BERENG. Bueno, ¿y qué?

VALERIO. Que en la entrevista que te haga la niña esta noche, has de conseguir de ella...

BERENG. ¿Qué, por Cristo?

VALERIO. Ya te lo dije esta mañana. Que nos traiga... la correspondencia del Rey con los Regentes... que está archivada en la casa de Trempe.

FABRICIO. Figúrate si es pieza de valor. Los poderes que ha dado Fernando á estos caballeros para constituirse... y que nosotros, si triunfamos, presentaremos á las Cortes en testimonio de...

BERENG. (Indignado). Yo no puedo pedir á Susana eso. Semejante infamia es impropia de ella y de mí.

FABRICIO. ¿Ves? No nos sirve...

VALERIO. No es infamia... es un servicio político. La santidad de la idea es el Jordán que todo lo limpia.

BERENG. Me he contratado de revolucionario, de guerrillero, de asesino, si queréis; pero no de ladrón de papeles.

FABRICIO. ¡Qué tontería!

VALERIO. (Colérico). Berenguer, mira lo que dices.

BERENG. Lo he mirado bien.

BONAIRE. (Que ha estado vigilando por el fondo). Ahí está la niña. Viene con Blasa. (Vuelve al foro).

VALERIO. ¡Si es un acto político como otro cualquiera!...

BERENG. No...

BONAIRE. Han entrado en el hospital para hacer que visitan á los heridos. No tardará la niña en aparecerse por ahí...

VALERIO. Vámonos...

BERENG. (Acercándose á la puerta derecha y tratando de ver el hospital). Quizás no pueda pasar aquí... No se atreverá.

VALERIO. Hay que vigilar á este hombre.

FABRICIO. Yo me encargo... Veré y oiré.

VALERIO. Yo vuelvo al instante. Voy á la muralla. Bonaire, ven.

BONAIRE. A tus órdenes, Gran Maestro. (Vanse San Valerio y Bonaire. Fabricio se va también; pero en distintos momentos de la escena que sigue se le ve aparecer tras el esquinazo de la izquierda, vigilando).

## ESCENA X

BERENGUER; luego, SUSANA

BERENG. ¿Vendrá? No sé si lo temo ó lo desco... (Con desesperación). ¡Dios, Dios, cómo has hecho al hombre, cómo me has hecho á mí! No me conozco, no sé quién soy, pues amo



á esa mujer con el mismo corazón, con la misma alma con que aborrezco su nombre y su raza. ¡Ah!... aquí está.

SUSANA. (Aparece en la puerta y examina inquieta toda la escena antes de avanzar). Berenguer... (Imponiendo silencio). Pst... mucho cuidado esta noche...

BERENG. Cuidado, siempre.

SUSANA. Mi primo, el General Caraculiambro, como tú dices, ha mandado vigilarme... ¿Nos verá alguien, Berenguer?

BERENG. No creo...

SUSANA. Y si nos ven y nos oyen...

BERENG. Pues nada.

SUSANA. Dirán: ¡cuánto se quieren esos!... Verás lo que he tramado para venir aquí. Mis tías están en San Roque. Su orden de no salir de casa se acata, pero no se cumple. Me echo á la calle pensando en que hace mucha falta mi presencia en los hospitales, y decido empezar mi visita por este. Ahí he dejado á Blasa de guardia, para que me avise en cuanto la cara de alguna de mis tías aparezca en el horizonte visible.

BERENG. ¡Ay, Susana! tus mentiras, como inventadas por el amor, son graciosas, inocentes, y no dejan rastro en nuestro espíritu. Otras hay que lo agobian con pesadumbre irresistible...

SUSANA. ¡Tétrico estás!... Berenguer, me causas miedo... Y no puedo menos de relacionar esas tristezas tuyas con algo que... ¿te lo digo?

BERENG. Dímelo.

SUSANA. Mira que es muy grave. Yo no lo he creído, no. No he hecho más que asustarme.

BERENG. Dilo pronto.

SUSANA. Pues sospechan que tú... Mi primo, ese loco sanguinario, es el que lo ha dicho al secretario de Hacienda... á mi tío y al Arzobispo.

BERENG. ¿Qué?

SUSANA. Un embuste ridículo... Pues que tú... Sospechan que tú no eres lo que pareces, y que bajo el antifaz que te has

puesto para engañarnos, se esconde el patriota exaltado, el jacobino furibundo. ¡Dios mío, qué noche he pasado, atormentándome con la idea de que resultara verdad, y que te descubrieran, y á los cinco minutos te fusilaban sin compasión. No quiero decirte que me fusilaban también á mí.

BERENG. A ti, ¿por qué?

SUSANA. Porque sí... Abrazándome á ti en el momento de... las mismas balas nos atravesaban á los dos.

BERENG. ¡Corazón generoso y amante, no te merezco! Dime, Susana; respóndeme con plena conciencia: si lo que sospecha tu primo fuera verdad...

SUSANA. ¡Oh!... (Asustada). ¿Qué dices?

BERENG. No te asustes, y respóndeme. Si yo fuera tal como crees ó aparenta creer tu primo, ¿me querrías lo mismo?

SUSANA. (Vivamente). Pero como no es...

BERENG. Responde, te digo.

SUSANA. (Reflexionando). Pues... en ese caso... (Decidiéndose). Te he dado mi corazón, y no podría volver á tomarlo aunque quisiera. Si fueses traidor, yo sería traidora, y los dos correríamos la misma suerte.

BERENG. ¡Oh! ¡Bendita mujer, por más que busco y revuelvo en tu alma, no encuentro en ella ni un punto en que pueda fundarme para dejar de quererte!

SUSANA. (Confusa). ¿Qué quieres decir?

BERENG. Óyeme; (Con gran entereza). lo que sospecha ese hombre (Pausa; ambos se miran aterrados)... es verdad. (Susana se queda inmóvil y como petrificada. Retrocede mirando á Berenguer sin poder articular palabra). Sí... Este secreto no cabe en mí. Quiere salir. (Con horrible angustia). ¡Oh, Dios, cuánto padezco! El secreto y el amor se pelean dentro de mi alma, y destrozándose me destrozan, y mordiéndose me muerden á mí... (Airado contra sí mismo, se golpea).

SUSANA. (Trémula). ¡Ay de mí!

BERENG. ¿Tiemblas?

SUSANA. Me muero. (Cae desfallecida en el banco y se cubre el rostro).

BERENG. Sí... Aparta de mí tus miradas, porque verías en mi rostro la infamia de olvidar á los míos por quererte. Desatada en mí la verdad, lo diré todo, aunque tu alma se desgarré en la desesperación como la mía. Víctima fui de la facción sañuda que representas tú y tu familia. He venido aquí con engaño para ser lo que fuisteis con los míos, falaz primero, después brutal, sanguinario; he venido á castigar la iniquidad con iniquidad, los crímenes con crímenes. Triste condición de la humanidad... ya ves... Que no siente verdaderamente la justicia sino por la venganza... (Con amargura). Y si la venganza no existiera, ¡qué poca, qué poca justicia habría en el mundo!

SUSANA. ¡Oh, qué horrible! Pero yo, Dios mío, ¿qué culpa tengo?

BERENG. (Acercándose á ella) Ninguna. La fatalidad ha inventado esta burla, este sarcasmo...

SUSANA. (Vivamente). ¿Qué?

BERENG. Que tú seas buena. Fatalidad, no. La Providencia ha querido que por tus ojos, más que por los míos, vea yo la infamia de mi falsedad al entrar aquí. El amor hace estos milagros. Pero no acaba, no, de cegar el abismo. Cuando más descuidados estemos, saltará una ocasión, un incidente, que haga revivir aquel pasado terrible, y nos espantaremos, tú de considerar quien soy, yo de considerar quien eres. (Muy inquieto). Susana, perdóname mi engaño. Somos incompatibles... Si odiosa es la venganza, ignominioso es que yo te quiera... Aléjate de mí... Muramos el uno para el otro... Tú puedes aún consolarte y ser feliz... Para mí no hay consuelo... ni más solución que la muerte...

SUSANA. ✱ ¡Qué obcecación! Y ese odio á mi padre y á mi familia, ¿no puede ser infundado? ¿Quién te dice que no hay en ello error, falsas historias?...

BERENG. No; no son falsas... son historias reales, vívidas. Las han presenciado estos ojos, que ahora reproducen imágenes sangrientas, (Cerrando los ojos). horrores que veo cuando no quiero verlos... (Desechando una imagen). No

quiero, no... Yo he visto á mi padre caer, atravesado el pecho, en la masía de Clariá, á donde fué conmigo y tres servidores nuestros con objeto de rescatar á mi hermana, burlada y prisionera. ¡Qué infamias, qué horrores amparan con su sombra las banderas políticas!... Mataron á mi padre los sectarios de aquel que no nombro, no puedo nombrarlo, capitán de asesinos y ladrón de honras. Con dificultad logré defender mi vida, que habría entregado también á la infame turba si no la necesitara para ir en socorro de mi madre, á quien pude salvar, llevándola hasta la frontera... De mi hermana supimos que murió á los dos meses de vergüenza y terror...

SUSANA. ✱ (Llorando le interrumpe). No sigas, ten piedad de mí.

BERENG. Mi casa y mi familia se hundieron para siempre.

SUSANA. No es tu apellido Berenguer.

BERENG. Es mi nombre. Berenguer de Claramunt...

SUSANA. Y olvidas que tu santa madre murió perdonando á sus enemigos. Ejemplo sublime que no has sabido imitar.

BERENG. Quiero, sí... Pero no tengo esa virtud... (Transición del abatimiento á la ira). Susana, huye de mí, te digo. Tu corazón, hermoso y sano, podría encontrarse con las serpientes que salen del mío... ¿Para qué me has hecho evocar estos recuerdos lúgubres?... En mí renace el espíritu de facción, ese sentimiento irresistible que todo lo arrolla, que nada respeta...

SUSANA. Yo no tengo espíritu de facción. Y como libre de esa iocura, no me voy, no te deajo, no puedo abandonarte. Tu vida está en gran peligro.

BERENG. Déjala. Mi vida no vale tu interés por salvarla.

SUSANA. Sí lo vale, sí. Tu vida me importa mucho. Ya ves, soy más generosa que tú, y borro el pasado, lo arrojé de mí y abomino de él.

BERENG. Susana, te admiro; pero no puedo imitarte. (Con terrible lucha). Soy hombre; el hombre es esclavo del pasado.

SUSANA. Pues yo, mujer, vivo en el presente, mirando impávida el porvenir. Quiéraslo ó no, he de ser tu redentora.

- BERENG. En mi vida, en mi destino, mando yo.
- SUSANA. En todo eso mando yo, porque algo de eso es mío, ó debe serlo, y yo quiero, y Dios también quiere que lo sea.
- BERENG. ¡Sublime criatura! ¡Cuánta grandeza en ti!... ¡Terrible sino el que de mí te separa!
- SUSANA. (Con entusiasmo). Rompamos ese sino, hagámoslo trizas.
- BERENG. Imposible. Es más fuerte que nosotros.
- SUSANA. Pues yo te salvo, yo arreglaré que puedas salir de la plaza disfrazado antes de media noche.
- BERENG. ¡Qué delirio! No puede ser. (Oyese la Ronda lejana; pínfanos y tambores se acercan lentamente).
- SUSANA. ¡La Ronda!
- BERENG. Se cierran las puertas de la plaza.
- SUSANA. ¿Pasan por aquí?
- BERENG. Sí. (Mirando por el foro). Viene también tu primo con toda la plana mayor. ¡Retírate, por Dios!
- SUSANA. Aguarda.
- BERENG. (Muy inquieto). No, no... El escándalo sería tu perdición.
- SUSANA. La mía no... la tuya.
- BERENG. (Empujándola). Pronto.
- SUSANA. Entraré en el hospital hasta que pasen esos... Pero con una condición.
- BERENG. ¿Qué?
- SUSANA. Júrame por la memoria de tu madre que me aguardarás aquí.
- BERENG. Bien. Te lo juro... Ya vienen; ya están aquí... Pronto.
- SUSANA. Que me esperes.
- BERENG. Sí, sí...
- SUSANA. (Con solemne acento). Dios me ilumina. (Con gran tenacidad y energía). Quiéraslo ó no lo quieras, yo salvo tu vida... la compro, la gano, la robo, no sé... Porque es mía, tan mía como estos ojos con que te veo... y no me la dejo quitar, ¡no, no, no!... Contra cielo y tierra la defendiendo. (De una carrera entra en el hospital. Pasa la Ronda. San Valerio aparece por la calle, y escabulléndose entra en el cuarto de la derecha y se encierra, como esperando á que se despeje la escena).

## ESCENA XI

BERENGUER y DON JUAN, que viene tras de la Ronda, seguido de varios militares. Berenguer avanza hacia la calle; encuéntrase frente al General, á quien saluda.

JUAN. (Deteniéndose al verle). ¡Ah!... Berenguer... ¿Ha empezado usted sus investigaciones?

BERENG. Sí, mi General... Pero hasta ahora no he podido descubrir más que uno.

JUAN. Quizás nos baste... Luego me dará usted cuenta.

BERENG. A media noche... (Continúa don Juan seguido de los militares por el foro de la derecha).

## ESCENA XII

BERENGUER, SAN VALERIO y FABRICIO

BERENG. ¿Volverá hacia aquí? (Mirando al interior). Entra en el palacio de la Regencia... (Receloso, mirando al hospital). Aguardaré á Susana...

VALERIO. (Entreabre la puerta de su cuarto). Pasó la Ronda... Está solo... Espera á Susana.

FABRIC. (Avanza presuroso por el foro hacia Berenguer, á quien coge por un brazo). ¡Traidor!

BERENG. (Irritado). Suéltame.

VALERIO. (Avanzando hacia él. Cogiéndole por el otro brazo). ¿Y qué? ¿Te traerá esa niña loca los papeles de la Regencia, los poderes del Rey?

BERENG. (Secamente). No.

FABRIC. (Cogiéndole por el otro brazo). Si lo que ha hecho es denunciar, desembuchando mil tonterías sentimentales.

VALERIO. ¿Qué has hecho?

BERENG. (Soltándose). Ceder al impulso de mi conciencia, que se

desbordaba. He revelado á Susana mi engaño. Nada he dicho del vuestro.

VALERIO. ¡Oh!... Pero el secreto y el peligro son solidarios... Infame, al denunciarte faltas á tu compromiso. (Le vuelve á coger del brazo).

FABRIC. ¡Miserable, así pagas nuestros beneficios!

VALERIO. Ante el cadáver todavía caliente de tu madre nos diste: «Mi voluntad, mi vida os pertenecen.»

BERENG. Y por su santa memoria os digo ahora que no soy vuestro.

VALERIO. ¡Traidor!

BERENG. Dejadme, os digo, fieras, demonios ó lo que seáis... He revelado á Susana lo que me incumbía. Ni una palabra he dicho que os comprometa, ni la diré. Nadie sospecha de vosotros.

FABRIC. Es que tu conducta puede comprometernos...

VALERIO. Te creo capaz de delatarnos.

BERENG. Eso nunca. Moriría cien veces antes de decir una palabra en contra vuestra.

FABRIC. (Que ha mirado por la puerta del hospital). La niña vuelve...

BERENG. Dejadme solo...

VALERIO. Te acceharemos, y al menor indicio de traición... (Amenazante).

BERENG. Ya viene...

FABRIC. (Llevando á San Valerio detrás del esquinazo). Ocultémonos aquí.

### ESCENA XIII

BERENGUER y SUSANA; SAN VALERIO y FABRICIO, ocultos.

BERENG. Vuelves al fin...

SUSANA. (Consternada). ¡Sí; vuelvo con el espantoso enigma descifrado!

BERENG. ¿Qué dices?

SUSANA. Ya sé la verdad. San Valerio y Fabricio son los traido-

res. Fingiéndose amigos entraron en la plaza para apoderarse de ella con un atrevido golpe de mano.

BERENG. ¿Quién te ha dicho eso?

SUSANA. Un pobre guerrillero moribundo... Esos locos sectarios han traído gente allegadiza, traidora como ellos, y derramando el oro, han corrompido á muchos de nuestros leales.

BERENG. (Vivamente: muy agitado). Eso no es verdad. El único traidor soy yo.

SUSANA. No te vale el acusarte. Eres inocente; pero aunque no lo fueras, yo haré que lo parezcas, y te salvaré.

BERENG. (Irritándose gradualmente). Te digo que no hay aquí más traición que la mía.

SUSANA. Los culpables son ellos, y ahora mismo los denunciaré á la Regencia.

BERENG. (Cogiéndola violentamente por una mano). ¡Susana!

SUSANA. (Queriendo soltarse). Déjame.

BERENG. No harás esa denuncia, Susana.

SUSANA. ¿Por qué?

BERENG. Porque te lo prohibo... No la harás.

SUSANA. Sí lo haré. Por ti nada temás. Respondo de facilitarte la fuga.

BERENG. No. Huyan si quieren San Valerio y Fabricio. Yo me quedo, y la responsabilidad de lo que ocurra después, caiga sobre mí. Yo pagaré por todos.

SUSANA. ¿Tú? Y me propones tal absurdo á mí, que te quiero, que... Berenguer. (Con vivo movimiento se suelta).

BERENG. No irás, te digo... (Con gran energía). No harás esa denuncia. Yo no quiero. (Intenta cogerla y ella se escapa, poniéndose á distancia). ¡Oh! Ven... aguarda... Susana. (Corre hacia ella y la coge ambos brazos).

SUSANA. Suéltame... lo haré... Sólo matándome podrás impedirlo.

BERENG. (Estrechándola fuertemente). Obedéceme... ¿No ves mi rabia?... ¿No temes que mi locura llegue al frenesí? (La oprime en un abrazo frenético).

SUSANA. Me ahogas...



- BERENG. Sí... no te dejo, no... (Salen de su escondite San Valerio y Fabricio, y avanzan cautelosamente).
- SUSANA. (Que les ve antes que Berenguer, y da un grito). Esos hombres...
- VALERIO. (Aparte á Berenguer). Cumple tu deber si no quieres ser el más vil de los traidores.
- FABRIC. (Idem). Mátala, ó estamos perdidos.
- VALERIO. Que no salga viva de aquí.
- BERENG. ¿Qué decís? (Suelta á Susana, pero queda junto á ella como protegiéndola).
- FABRIC. (Sacando un puñal). Si no cumples tu deber como honrado patriota, esclavo de tu causa, lo cumpliré yo. (San Valerio hace ademán de sacar un arma).
- BERENG. ¡Al diablo la causa! (San Valerio y Fabricio avanzan hacia Susana en actitud amenazadora). Atrás, fanáticos. Esta mujer es sagrada, y el que la ofenda sabrá quién es Berenguer de Claramunt. (San Valerio y Fabricio se sobrecogen ante la actitud resuelta de Berenguer). Perezca todo antes que ella. Vale más que todas las banderas, que todos los agravios y vindicaciones de este mundo y del otro... (Con fiera). El que quiera ir al infierno, que se atreva á dar un paso. (Aparecen Oficiales y Soldados).

## ESCENA XIV

DICHOS; DON JUAN, y su séquito; EL MARQUÉS DE TREMP,  
acompañado de otros personajes que permanecen en el foro.

- JUAN. (Escandalizado). ¡Qué es esto! ¡Aquí Susana!...
- MARQ. ¡Oh! ¡Qué ignominia!
- VALERIO. (Sin saber qué decir). Ese infame...
- JUAN. Berenguer, ¿eres traidor?
- BERENG. (Con energía). Sí.
- SUSANA. (Frenética). No, mil veces no.
- BERENG. Lo soy.
- SUSANA. ¡Mentira! (Señalando á San Valerio y Fabricio). Los traidores son aquellos... aquellos.

MARQ. Prendedles á todos. (Los Soldados se acercan á los conjurados).

SUSANA. Yo os revelaré sus infamias.


JUAN. Y las de Berenguer...

BERENG. Las mías...

SUSANA. (Denegando con desesperación). No, no; es inocente.

BERENG. (Concluyendo la frase). Las mías... las revelaré yo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



# ACTO TERCERO

---

Sala en el cuartel de San Juan. Puertas laterales; la de la derecha conduce á la calle; la de la izquierda comunica con la sala de armas. Al fondo puerta grande con verja, tras de la cual se ve otra estancia que comunica con la sala del Consejo. Bancos y tarimas. Es de día.

## ESCENA PRIMERA

BERENGUER, sentado á la derecha en un banco, meditabundo; á la izquierda, en otro banco, SAN VALERIO; junto á él, FABRICIO, dormido; BONAIRE, sentado en el suelo junto á San Valerio; BONALD.

Guardia en la puerta.

VALERIO. (Impaciente y colérico, dándose un golpetazo en la rodilla). ¡Maldición de maldiciones!

BONAIRE. ¿Se impacienta el Gran Maestre?

VALERIO. Sí... y juro por las ternillas de Holofernes, que deseo llegar al fin, cualquiera que sea.

BONAIRE. Estamos lucidos. Y gracias que no os han metido en las mazmorras fétidas y oscuras. Están llenas de carne de cañón, los pobrecitos que formaban vuestro ejército revolucionario. A vosotros, los jefes, os han puesto en esta sala hasta que llegue la hora de comparecer

ante el Consejo de guerra, el cual dispondrá que seamos reducidos á polvo.

VALERIO. Pero tú, intrépido Cocles Horacio, estarás en tus glorias. Deseabas una bala, y vas á tener... ocho lo menos.

BONAIRE. Esto es una infamia... ¡Protesto! Yo no soy traidor... Soy filósofo... digo, pastelero.

VALERIO. ¡Ay! En estos lances, la pastelería, aun siendo filosófica, tiene sus quiebras.

BONAIRE. Figúrate que estaba yo tan tranquilo en Tresponts, después de entregar tu carta, cuando me traen el cuento de que los tres dragones infernales habían ido en mi seguimiento, y me buscaban de casa en casa por todo el pueblo. Saberlo y venirme para acá en la primera caballería que encontré, fué todo uno. Llego al amanecer, y ¡zás! me trinean... Todo porque uno de los andorranos dijo si yo era ó no era... En fin, San Odón bendito nos ampare...

VALERIO. Sí; fíate de San Odón. (Bajando la voz). Mejor invocaría yo á San Espoz y Mina.

BONAIRE. (Con mucha cautela). ¿Sabes, amigo Valeriano, que aquello anda mal?... digo, bien para nosotros. Misas no podrá resistir más tiempo, y si los liberales siguen avanzando, pronto les tendremos á dos leguas de aquí, y la serenísima Regencia tendrá que tomar con toda su serenidad el caminito de Francia.

VALERIO. (Imponiendo silencio por la proximidad de Bonald). Chitón.

BERENG. (Que poco antes ha empezado á hablar con Bonald, que se acerca á darle ánimos). Mi desco es abreviar, llegar pronto al fin. Esta tristísima expectación me anonada.

BONALD. No basta la entereza, amigo mío, hay que tener calma.

BERENG. Pero ese maldito Consejo, ¿cuándo se reune?

BONALD. Creo que á las diez. Pero antes les darán á ustedes algún alimento.

BERENG. Vale más que nos despachen pronto, y así se ahorran la comida.

BONALD. (Dirigiéndose al otro grupo). Pronto comerán todos.

FABRIC. (Despertándose). Santa palabra.

BONAIRE. Y nos cebarán, como si ya estuviéramos en capilla, dándonos buenas magras, pavos, y tocino del cielo.

VALERIO. Verás como no. Rancho de patíbulo nos darán estos bárbaros. (Alto, para que lo oiga Berenguer). Y si hay golosinas, serán para el señorito de la casa, para el angelical Berenguer.

BERENG. Cállate, infame. Respeta la común desgracia.

BONAIRE. Sí; no es ocasión de bromitas.

VALERIO. Y tú, ¿para qué echas roncas? ¡Ah! No siento la falta de libertad más que por no poder darte el castigo que mereces.

FABRIC. Por tu culpa estamos todos aquí.

BERENG. ¿Qué hablas ahí, menguado? Tu fanatismo no es menos odioso que el de nuestros verdugos. Yo fui tu discípulo ¡desdichado de mí!; pero el sentimiento de humanidad me libró de tu bárbaro dominio: ya estoy libre, y sabré morir con mi conciencia en paz.

VALERIO. ¡Hipócrita!

BONALD. (Que viene del fondo). La señora doña Saturna, que consagra su vida al socorro de los desgraciados, os trae víveres y desea entrar á veros.

VALERIO. ¡Qué honor tan grande!

## ESCENA II

DICHOS; DOÑA SATURNA, por la derecha, y BONALD

SATURNA. Es inicuo que por que sean criminales se les tenga tanto tiempo sin comer.

VALERIO. (Saludándola). Señora...

BONALD. Voy á disponer que se les sirva. (Vase el Oficial).

SATURNA. Señor de San Valerio, me trae un deber de humanidad, y además un asunto de interés propio...

VALERIO. La señora se compadece de este desgraciado.

SATURNA. ¡Oh, no puedo menos de suponer que en esto hay una

grave equivocación! Cuando usted se defiende ante el Consejo de las notas de traidor y falsario...

VALERIO. ¡Oh! Sin duda oirá usted buenas cosas, que podrá comunicar á Francia...

SATURNA. Pero ante todo, señor mío, no habrá usted olvidado que anoche le confié mi ridículo, en el cual había varias cartas...

VALERIO. ¡Ah; sí, señora; mil perdones! Llamáronme repentinamente para un asunto del servicio... En mi alojamiento dejé el ridículo que pensaba devolver á usted. Las cartas aquí están. (Metiéndose la mano en el pecho, saca las cartas y se las muestra). Como son políticas, mi calidad de conspirador me autorizaba para leerlas. Tenía derecho á ello. El sagrado interés de la causa que defiende me eximía de todo escrúpulo de delicadeza.

SATURNA. ¿Y cómo sabía usted que eran políticas antes de leerlas?

VALERIO. Por el olor, señora. Los conspiradores tenemos un olfato finísimo para estas cosas... En una de ellas la duquesa de Montmorency dice á usted que Su Majestad Luis XVIII retirará su protección á la causa del Rey absoluto si continúan ustedes en su sistema de terror y de sangrientas represalias... Conque aplique usted el cuento.

SATURNA. Recomienda la política de clemencia, pero no la impunidad de esta clase de delitos.

VALERIO. ¡Ah, señora! en política no hay más delincuentes que los vencidos ó los que no saben vencer.

SATURNA. (Guardando sus cartas). Sea como quiera, si Dios dispone que usted no se salve, procure morir santamente.

VALERIO. Moriré maldiciendo el despotismo.

SATURNA. (Volviéndose). ¡Ah!... y el pobre Berenguer, ¿está muy abatido?

VALERIO. (Indicando locura). Está...

BERENG. No, señora; tranquilo estoy. Moriré creyendo que sólo Dios castiga, y que es locura combatir una tiranía con otra.

VALERIO. ¿Lo ve usted?

SATURNA. Vaya. Tomen algún alimento, que estarán desfallecidos.

VALERIO. Con su permiso. (Vase por el foro con Fabricio y Bonaire).

BERENG. Si el comer es un trámite, comamos y abreviemos. (Dirigese al fondo).

SOLDADO. (Que está de guardia en la puerta de la derecha). El señor General.

SATURNA. Al fin puedo verle. Gracias á Dios.

### ESCENA III

DOÑA SATURNA, DON JUAN y CASTELL

JUAN. (Muy agitado). ¿Usted aquí?

SATURNA. Tus padres te buscaban por toda la ciudad. Parece qué vienes huyendo de ellos.

JUAN. Sí; huyo de ellos, huyo de la piedad, y me escondo allí donde no pueda oír sus clamores. (Suenan tiros lejanos).

SATURNA. Pero en cambio, oirás el tiroteo de las tropas de Mina. Cerca están ya.

JUAN. No importa...

SATURNA. Importa, sí, reflexionar en los peligros de la grave situación que se prepara.

JUAN. (Sin hacerle caso, dirigiéndose á Castell). En cuanto coman, que se les conduzca á la sala del Consejo. (Vase Castell por el foro).

SATURNA. ¿Se reune pronto?

JUAN. En seguida. Y luego serán conducidos al castillo, donde se cumplirá la sentencia... Tía, retírese usted.

SATURNA. No sin decirte que hoy sería gran torpeza extremar el rigor.

JUAN. (Impaciente y nervioso). Déjeme usted... Obedezco tan sólo á mi conciencia. Sólo escucho la voz de mi deber.

## ESCENA IV

DICHOS; EL MARQUES DE TREMP y DOÑA MONSA, por la derecha. Después, CASTELL

MARQ. (Desde la puerta). Calma, hijo, calma.

MONSA. Al fin te encontramos.

JUAN. (Airado). La piedad me acosa.

MONSA. Para impedir que te ciegue la ira...

MARQ. Y á la piedad se une mi autoridad de padre y de Regente.

SATURNA. ¿La negarás?

JUAN. ¿Cómo he de negarla? (Resignándose). En suma, ¿qué manda usted?

MARQ. Que se suspenda el Consejo de guerra.

JUAN. Las dilaciones son la hipocresía de la debilidad.

SATURNA. Y á veces la garantía del juicio sereno.

MONSA. Oye las razones de tu padre en un asunto más que militar, político, de Estado.

MARQ. Las circunstancias, hijo, se imponen. Nuestras relaciones con las potencias nos obligan á proceder con pulso en la aplicación de castigos.

MONSA. Imposible dar muerte á tantos hombres.

MARQ. Luis XVIII y su Gobierno paternal nos recomiendan gran parsimonia en el empleo de procedimientos de rigor.

JUAN. Concluamos: ¿qué pretende la piedad? ¿qué dispone la Regencia?

MARQ. Que se imponga castigo; pero con moderación.

JUAN. En política, como en guerra, la moderación es cobardía, y la cobardía es la muerte.

MARQ. Seamos severos, sin dejar de ser humanos. Por tanto, será pasado por las armas el que resulte más criminal entre los conjurados.

JUAN. ¡Uno solo!

MARQ. El peor, la verdadera cabeza del complot.



- JUAN. Y el más perverso, ¿cuál es? Todos lo son en igual grado.
- MARQ. (Con misterio). Pero hay otro asunto, en el cual nosotros, la familia, debemos proceder con tiento antes de llevar á esos hombres ante el Consejo.
- MONSA. Susana...
- JUAN. Sí... Esto me vuelve loco.
- MARQ. No negarás que nuestra sobrina aparece en lamentable conexión con los delincuentes. A unos acusó; defendiéndole á otros... ¿Qué significa esto?... ¿Tendrá fundamento el rumor de que Susana...?
- JUAN. (Airado). ¡Horrible, horrible!...
- MARQ. ¿Tú crees...?
- JUAN. Creo en su liviandad, como creo en el infierno.
- SATURNA. No; no está probado que nuestra sobrina ame á Berenguer.
- MONSA. Sí, sí... Ella lo declara.
- MARQ. ¡Lo declara!... ¡Oh, me temo que los criminales, en sus manifestaciones ante el Consejo, arrojen la ignominia sobre nuestro nombre!
- JUAN. ¡Nuestro nombre, nuestra honra, fuego de Dios, en lenguas de bandidos!... ¿Y ella?... ¡No; no hay término bastante duro para increparla!... Su nombre mismo me quema los labios.
- MONSA. ¡Infeliz mujer!
- MARQ. El caso es grave, gravísimo, de cualquier modo que lo miréis.
- JUAN. Ciertamente... Y respecto á los conjurados, usted piensa que...
- MARQ. Que debemos interrogarles privadamente, antes de enviarles al Consejo; y así, al paso que desciframos el misterio de las conexiones de Susana con esos hombres, sabremos cuál de ellos es el más criminal, el que debe perecer, indispensable tributo á la justicia.
- CASTELL. (Por el foro). Mi General...
- MARQ. Manda que los traigan aquí, y les interrogaremos á puerta cerrada y sin testigos. (Don Juan habla con Castell retirándose al foro).

MARQ. (En el proscenio con las señoras). ¿Y Susana?

SATURNA. ¿La interrogaréis también?

MARQ. (Vacitando). No sé...

JUAN. (Después de dar órdenes á Castell, volviendo al proscenio). De ningún modo.

MARQ. ¿Y por qué no? Es muy sincera, y su testimonio puede darnos luz...

MONSA. Mi opinión es que no venga.

SATURNA. Opino lo contrario: que venga y que hable.

MARQ. Sí, sí... Id á buscarla, traedla en seguida, y entre tanto nosotros aquí procuraremos sondear esas conciencias tenebrosas.

MONSA. Vamos. (Vanse las señoras).

## ESCENA V

EL MARQUÉS DE TREMP, DON JUAN, BERENGUER, SAN VALERIO, FABRICIO y BONAIRE. Oficiales y Soldados que los custodian. Un Soldado coloca á la izquierda un sillón, donde se sienta el Marqués. A su lado don Juan, en pie.

MARQ. Retírese la guardia. (Retíranse los Soldados, quedando uno en cada puerta de centinela).

JUAN. ¿Interrogamos primero á Berenguer?

MARQ. No... Antes á éste. (Por San Valerio). A ver... Valeriano de San Martí, no negará usted su verdadero nombre.

VALERIO. No, señor; no lo niego.

MARQ. Maestro de armas, célebre profesor de esgrima en Barcelona.

VALERIO. En Barcelona, como en Madrid, la fama es conmigo más lisonjera de lo que merezco.

MARQ. Y tú, Bonaire, ¿conocías á estos hombres antes de venir aquí?

BONAIRE. ¿Yo? (Dudando). ¿Que si los conocía? Sí, señor, y no señor... Solían ir á mi tienda... A entrambos les oí celebrar por su destreza... digo... pues...

- JUAN. Siga usted. Este maneja con destreza la espada... esotro la pluma.
- BONAIRE. No sé... Lo que digo es que...
- MARQ. Basta... (A Fabricio). Obra de usted son los documentos y cartas que nos presentaron...
- FABRIC. No sé... no sé nada. Sirvo mi causa, defiendiendo una idea. ¿Con qué armas, con qué medios? Todos son legítimos cuando conducen á un legítimo fin. No digo más.
- MARQ. Bien. (A San Valerio). ¿Y usted confiesa también su culpabilidad en esta indigna conjuración?
- VALERIO. (Con entereza). Sí, señor. Detesto el absolutismo. He consagrado mi vida á las ideas de libertad y emancipación del pueblo. Tal como son mis enemigos, fanáticos y crueles, así soy yo, por ley de guerra. Desconozco la piedad; vivo para exterminar á mis contrarios y limpiar la tierra de toda tiranía. El partido de Vuestra Alteza es el mal; yo, nosotros también. Contra el despotismo todo es lícito, crueldad, alevosía, engaño. Desprecio la vida. Si no puedo alcanzar la gloria, venga pronto el martirio.
- MARQ. ¿Y usted indujo á Berenguer á venir aquí, ó fué él quien á usted le indujo?
- VALERIO. El á mí.
- BERENG. (Con entereza fría). No es verdad.
- VALERIO. Pero no negará que tenía agravios particulares que vengar. Su padre...
- MARQ. Sí... ya sé... Diga usted, Berenguer. ¿Es cierto que un plan de venganza personal le movió á usted á venir aquí, disfrazando alevosamente las intenciones, la idea política y el nombre?
- BERENG. Sí, señor; no puedo negarlo.
- VALERIO. Señor, permítame Su Alteza que hable...
- MARQ. Hable usted.
- VALERIO. Juzgue Vuestra Alteza de la diferencia entre mis oñios y los de Berenguer. Yo soy el enemigo político que trabajo por que mi causa destruya y aniquile la vuestra.

Combato con vosotros á sangre y fuego. Pero éste ha venido á satisfacer una venganza personal, y no pudiendo ó no sabiendo herir á esta ilustre familia cuerpo á cuerpo, ha querido herirla en lo que vale más que la vida, la honra.

JUAN. (Furioso). Calla... No nombréis la honra, ó á entrambos os mando cortar la lengua.

BERENG. Señor, ese hombre no dice la verdad.

VALERIO. La verdad digo.

BERENG. Compare Vuestra Alteza su ira con mi resignación, y comprenderá quién esconde la conciencia y quién la descubre.

MARQ. (A Berenguer). Para que sepamos si es ó no cierta la grave acusación de su cómplice, explíquenos usted los misterios que envuelven su conducta. ¿Por qué si vino usted á coadyuvar á un plan político se revolvió contra éstos y les amenazaba de muerte en el momento de ser sorprendidos?

BERENG. Porque Dios quiso que á poco de entrar aquí yo amase la verdad y abominase la ficción y el pacto infame que á ellos me ligaba. Nuestra amistad se convirtió en discordia, y la venganza dejó de ser la pasión dominante en mi espíritu...

VALERIO. (Vivamente). Permítame Su Alteza... Era que su natural hipócrita le inducía á haceros la guerra, no como nosotros, con la guerra, sino con las traidoras armas del amor, de un amor fingido, aleve...

BERENG. Voy á morir, y las injurias del que fué mi compañero no me harán perder la serenidad.

MARQ. (A Berenguer). ¿Niega usted que ha intentado herirnos en nuestra honra fingiéndose enamorado de una persona de nuestra familia?

BERENG. Lo niego; sí, señor; amé y amo á Susana con amor verdadero. Susana ha sido el ángel que despertó en mi alma los sentimientos humanitarios y de perdón. Le debo nueva vida, lo que no podéis quitarme, la grande, la eterna.

MARQ. Peio no se atreverá á decir que mi sobrina le ama.

BERENG. Me atrevo á decirlo.

MARQ. ¡Amar al enemigo de su familia, al que vino aquí con el propósito de exterminarnos!

BERENG. Sí, señor. Ante Dios y por Dios juro que la hija del Barón de Celis me ama.

JUAN. ¡Qué absurda farsa!

BERENG. Lo que llamamos absurdo suele ser la única razón de nuestra existencia.

MARQ. ¿Y daba usted al olvido las ofensas de antaño?

BERENG. No, señor; odio la tiranía, y á todos los que á nombre de una idea cometen crímenes.

MARQ. Entonces, desdichado, se aborrecerá usted á sí mismo y á sus compañeros.

BERENG. Les detesto también, porque son tan tiranos como los de vuestro bando. Entre unos y otros asolarán la tierra y la llenarán de sangre y ruinas.

MARQ. Ya... cree usted que nuestro bando realista es una fiera, y el bando contrario otra.

BERENG. Creo que es una sola fiera, señor; una sola con dos cabezas. La idea exaltada y el orgullo despótico la engendraron.

MARQ. (Burlándose). Será horrible.

BERENG. Es hermosa, arrogante, y sus rugidos enardecen á los hombres y les arrastran á un heroísmo brutal. En su piel están pintorreadas todas las ideas. Cada cual ve en ellas lo que le acomoda.

MONSA. Y morderá...

BERENG. Con una de sus feroces bocas muerden los que me escuchan; con la otra... muerdo yo.

MARQ. (A don Juan). ¿No te parece que este hombre está loco?

JUAN. O lo finge para eludir el castigo.

BERENG. Yo no rehuyo el castigo que me corresponde por la ley de esa terrible bestia de la discordia. La vida me abruma. Hay en ella un nudo que no puedo desatar. Forzoso es que lo corte. Quiero la muerte. Matadme.

La imagen de la única persona humana que me ha enseñado á perdonar me infunde valor y piedad. Perdono á todos, y les agradeceré que abrevien mi suplicio.

MARQ. No está en su juicio, no.

JUAN. (Rabioso). Yo aseguro que cuanto ha dicho este hombre es fingimiento; obra de un ingenio solapado; y el amor de Susana no es más que una grosera invención para conseguir la impunidad.

VALERIO. Yo también lo afirmo.

FABRICIO. Y yo.

MARQ. Silencio.

BERENG. (Con calma). Digan lo que quieran. Palabras y juicios humanos nada me importan ya.

MARQ. Vuestras discordias os delatan. Sois reos de traición infame.

JUAN. Conspiraban contra nosotros, de acuerdo con el enemigo. Ese tunante (Por Bonaire). llevaba los mensajes.

BONAIRE. Señores serenísimos, yo...

MARQ. Has abusado infamemente de nuestra confianza, y eres más criminal que ellos, por lo cual recaerá sobre ti el castigo que todos merecen.

BONAIRE. Bueno, señor... Está muy bien. (Esforzándose en aparecer sereno y jovial). ✱ Yo acepto el castigo... y muy contento... y muy agradecido... porque... ya lo saben... Deseo la muerte, y más ahora que he sabido una cosa atroz, monstruosa y que me pone los pelos de punta.

MARQ. ¿Qué?

BONAIRE. Que mi mujer y mis dos suegras quieren arrojarse á los pies de la Regencia... pidiéndoles mi vida... ¡No, no, y mil veces no! ¡Que me fusilen!... Yo pido á la serenísima Regencia que les dé mi cadáver.

MARQ. Se les dará. (Aparte á don Juan). Creo que fusilando á este pillete cumplimos.

BONAIRE. ✱ Ya me tengo por muerto, y con la poquita vida que me resta, pido á Vuestras Altezas que perdonen á todos... menos á mí, se entiende. Si son traidores San Valerio y Fabricio, sean castigados con la vida... ¡tre-

mendo castigo! Y por la misma culpa de traición, condenen también á Berenguer y á doña Susanita... Sí, sí; condenados á vida, y para mayor escarmiento, condenados á matrimonio.

JUAN. ¡Calla, imbécil!

MARQ. Mi sobrina no es culpable.

BONAIRE. Ella lo dijo.

FABRIC. Y dijo la verdad.

JUAN. ¿Qué, qué es eso? (Aparece Susana en la puerta de la derecha, seguida de doña Monsa y doña Saturna).

FABRIC. (Señalándoles). La hermosa damisela, sobrina del señor Marqués, había concertado con Berenguer entregarle los papeles del Rey que están en el archivo de la Regencia.

MARQ. (Aterrado). ¿Será posible?

JUAN. ¡Qué infamia! (Avanza Susana y las dos señoras).

## ESCENA VI

DICHOS; SUSANA, DOÑA MONSA y DOÑA SATURNA

SUSANA. (Adelantándose). No creais esa fábula indigna. Mi delito, como el de Berenguer, es la piedad, el perdón de las ofensas, el sacrificio de todos los horrores del pasado á la verdad presente. Iguales en la culpa, igualadnos también en el castigo. Vengo á deciros que si Berenguer muere, moriré con él.

JUAN. (Cogiéndola por un brazo y queriendo llevársela). Esto no puede ser... Ven.

MONSA. ¡Hija, por Dios!...

SUSANA. (Con gran firmeza). No; no me doblegaréis. Soy inflexible, soy indomable. Ante vosotros lo he dicho; ante Dios lo he jurado. Su suerte es la mía. Perdonadle, ó moriremos juntos.

SATURNA. El delito es grande.

SUSANA. Todos sois lo mismo, jueces y víctimas. En la conciencia de esos, como en la vuestra, existen las mis-

mas negruras; en la conducta las mismas atrocidades. Sois un solo monstruo, aunque parezcan muchos.

MARQ. Déjanos, y aquí decidiremos...

SUSANA. No; no me voy.

BERENG. Vida mía, obedece á tu familia, y deja que Dios decida de mi suerte.

MARQ. (Cariñosamente). Niña querida, reconozco tu grandeza de alma. (Tomándola una mano, la lleva aparte). Ven, óyeme un momento. Confía en mí.

SUSANA. Prométame...

MARQ. Berenguer no morirá...

SUSANA. (Con alegre efusión). Tío del alma, júremelo usted.

MARQ. Basta que lo afirme. (Alto). Que se retiren los presos. Tenemos que deliberar. (Salen los guardias, y á una señal de don Juan les conducen por el foro).

JUAN. (Dando prisa). Vamos...

VALERIO. (Aparte á Berenguer, con rencor). Infame, te salva el amor, la estupidez sentimental.

BERENG. (A San Valerio). Rencoroso, ni ante la muerte perdonas.

VALERIO. ¡A ti, nunca! (Con saña). Morirás conmigo.

BERENG. Cúmplase el destino.

FABRICIO. (Aparte á Bonaire.) El tunante se salvará por el amor.

BONAIRE. (Aparte á Fabricio). Cállate... Nosotros también. (Se llevan los presos por el foro).

## ESCENA VII

SUSANA, EL MARQUÉS DE TREMP, DON JUAN, DOÑA MONSA y DOÑA SATURNA; después, BONALD y CASTELL

SUSANA. No morirá.

MONSA. No, hija mía... Si le amas...

SATURNA. Imposible.

SUSANA. Pero no me basta la palabra de mi querido tío.

MARQ. ¿Cómo?

SUSANA. Quiero más garantías. (A don Juan). Necesito también la palabra del jefe militar de la plaza.



JUAN. Yo te la doy.

SUSANA. ¿De veras? Júramelo.

JUAN. Por la cruz de mi espada juro que Berenguer no irá Consejo de guerra.

MONSA. ¿Ves qué generoso y magnánimo?

JUAN. No dirán que no soy benigno.

MARQ. Pero alguno ha de sufrir el castigo...

SUSANA. Ninguno. Perdonadles á todos, para que os perdone Dios... (Suenan tiros lejanos). ¿Oís?

MARQ. ¿Qué es eso?

MONSA. ¡Santo Dios!

SUSANA. El enemigo está cerca. Vuestras represalias son tardías. Ni aun tendréis tiempo de ser inhumanos, ni de regatear la piedad, porque la necesitáis toda para vosotros mismos, para ponerlos en salvo, para huir...

JUAN. ¡Huir, nunca!

BONALD. (Presuroso y anhelante por el foro). Señor Regente, mi General...

TODOS. ¿Qué? (Oyense tiros lejanos).

BONALD. La gente de Misas no ha podido resistir al número, y los liberales están ya en la vega de Urgell y avanzan sobre la plaza.

MARQ. (Con resignación). ¡Dios lo quiere! (Las dos damas hacen aspavientos de terror).

JUAN. Mejor. ¡Húndase el mundo... perezca la causa... vivan los traidores!

MARQ. Vámonos. ¡La Regencia decidirá!...

BONALD. Señor, los otros dos Regentes se disponen á salir para Francia.

SATURNA. Nosotros también. (A Susana). Ven.

SUSANA. YO NO. (El Marqués de Tremp y doña Saturna tratan de llevarse á Susana, que se resiste á salir. Entra Castell por el foro).

JUAN. (Hablando aparte con Castell y Bonald). Ya sabéis...

CASTELL. ¿Les soltamos á todos?

JUAN. A todos. Y á San Valerio y á Berenguer les mandáis venir aquí. (Vase Bonald por el foro. Castell, después de recibir órdenes de don Juan, vase por la izquierda).

- SUSANA. (Resistiéndose con tenacidad). Digo que no me voy.  
MARQ. Pues yo sí... No hay tiempo que perder.  
SATURNA. A casa... Salvaremos lo que se pueda, y partiremos inmediatamente. Vamos.  
JUAN. (A doña Monsa, que quiere llevarsele). Yo no; yo no me muevo de aquí.  
MONSA. Pues yo contigo.  
JUAN. Déjame ahora... Cuando todos huyan, aquí me encontrarás, en mi puesto.  
MARQ. (Cogiendo á su mujer de la mano). Ven... pronto. (Vanse el Marqués de Tremp, doña Saturna y doña Monsa).

## ESCENA VIII

### DON JUAN, SUSANA y CASTELL

- JUAN. ¿Y tú?  
SUSANA. Ya ves. Aquí me quedo, como tú, en mi puesto.  
JUAN. Todos huyen.  
SUSANA. Menos yo.  
JUAN. ¿Qué esperas?  
SUSANA. Espero una vida que has jurado entregarme, y que necesito recoger de tus manos.  
JUAN. Te juré que Berenguer no iría al Consejo de guerra.  
SUSANA. Pero eso no me basta. (Recelosa). Necesito esa vida, y me la vas á dar.  
JUAN. Sal pronto de aquí.  
SUSANA. No quiero... (Castell sale por la izquierda con dos espadas, que entrega á don Juan. Inmediatamente se retira). ¿Qué haces?... ¿Cuál es tu infernal idea?... ¡Oh, un duelo!... Asesinato más bien... Dame las espadas... (Suplicante). Primo mío, por Dios, por su santa madre, por la tuya, te ruego que...  
JUAN. (Imperioso). Vete.  
SUSANA. No... no harás lo que pretendes, infame. (Agarrándole las manos). Yo lo impediré.  
JUAN. ¿Cómo?

SUSANA. ¡Oh, infeliz de mí!... ¿No hay quien me socorra?... Gritaré... Llamaré á tu madre, que no consentirá tal iniquidad... ¡Favor, socorro! ¡Quieren matarse!... (Sale presurosa por la derecha). ¡La guardia! ¡Favor! ¡Aquí!

## ESCENA ÚLTIMA

BERENGUER, DON JUAN y SAN VALERIO; después, SUSANA

BERENG. General, á sus órdenes. (En expectación).

JUAN. (Dándole una espada). Toma.

BERENG. Y ahora...

VALERIO. (Presuroso por el foro). ¿Dónde estás, traidor infame?

BERENG. Aquí.

JUAN. (A Valerio, dándole la otra espada). Toma. Los traidores resuelvan por sí, en juicio de Dios, cuál debe morir.

VALERIO. (A Berenguer con saña). ¡Ya no te escapas, miserable!

BERENG. ¡Monstruo, no te temo!

SUSANA. (Dentro). ¡Favor, socorro!

JUAN. (Sintiendo ruido por el foro, les indica que entren en la habitación de la izquierda). ¡Aquí! ¡Batíos aquí! (Entran ellos; don Juan cierra, y permanece como guardando la puerta. Atiende al ruido del duelo. Pausa. Momento de ansiedad. Sale Berenguer blandiendo la espada). ¿Y San Valerio?

BERENG. ¡Muerto!... ¡Ahora tú!

JUAN. (Desenvainando). ¡Entrégame tu vida, miserable!

BERENG. La tuya quiero. (Se baten. Pausa).

JUAN. (Herido). ¡Ah!... Perro jacobino. (Se desploma. Muere).

SUSANA. (Despavorida, por la derecha). ¡Ah! ¡Vives! (Abraza á Berenguer).

BERENG. (Delirante, mirando á uno y otro cadáver). Sí; he matado á la fiera. ¡Muertos los dos!

SUSANA. Huyamos á regiones de paz.

BERENG. (Con desvario). Huyamos, sí; que éstos... éstos resucitan...

FIN DEL DRAMA



459743

Perez Galdos, Benito

Los condenados, drama en tres actos.

LS

P4387co.2

DATE.

NAME OF BOOK

# University of Toronto Library

**DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET**

Acme Library Card Pocket  
**LOWE-MARTIN CO. LIMITED**

